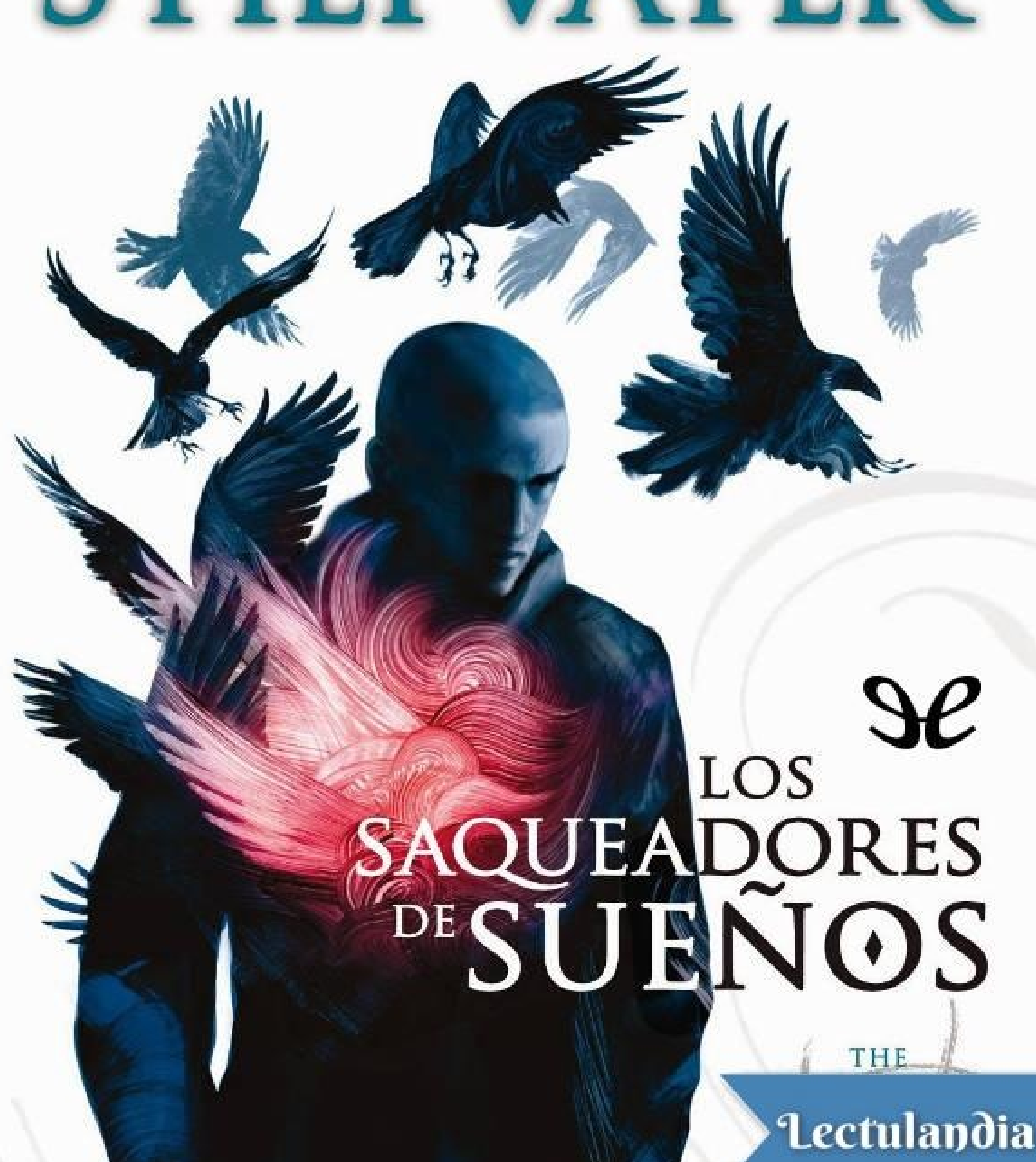
MAGGIE STIEFVATER



Todo el mundo tiene secretos. Los guardamos o nos los guardan, los controlamos o escapan a nuestro control. Ronan Lynch también. El gran secreto de Ronan es que puede coger cosas de los sueños y traerlas al mundo real. Lo malo es que hay alguien más que desea esas mismas cosas. Alguien cuyas intenciones son más siniestras. Y mientras tanto, las líneas ley que rodean Cabeswater se están debilitando. Glendower es un sueño cada vez más lejano, y Gansey no está dispuesto a permanecer indiferente.

Lectulandia

Maggie Stiefvater

The Raven Boys: Los saqueadores de sueños

The Raven Cycle - 2

ePub r1.0
NoTanMalo 24.6.16

Título original: *The Dream Thievess*
Maggie Stiefvater, 2013
Traducción: Alexandre Casal

Editor digital: NoTanMalo
ePub base r1.2

Para Jackson,
por todas las horas maravillosas
[sic]

Y si durmieras
Y si
mientras duermes
soñaras
Y si
mientras sueñas
fueses al cielo
y allí arrancaras una flor extraña y hermosa
Y si
al despertar
tuvieras esa flor en la mano
Ah, ¿qué dirías entonces?
SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

Quienes sueñan durante la noche desde rincones polvorientos de la mente despiertan por la mañana para encontrar que aquello que soñaron era vanidad. Pero los soñadores diurnos son gente peligrosa, pues actúan en sus sueños con los ojos abiertos, para que aquello que sueñan se haga realidad.
T. E. LAWRENCE

Desprecio a los que tienen perro. Son unos cobardes que no tienen agallas para morder por sí mismos.
AUGUST STRINDBERG

PRÓLOGO

Los secretos son raros.

Los hay de tres clases. Los primeros son los que todo el mundo conoce, los que requieren al menos dos personas. Una para guardarlos. Otra para no descubrirlos jamás. Los segundos son más complejos: son los que te guardas para ti. Todos los días, miles de personas callan confesiones a sus confesores sin ser conscientes de que esos secretos nunca admitidos se resumen en las mismas dos palabras: «Tengo miedo».

Y luego está la tercera clase de secreto, el más recóndito. El secreto que nadie conoce. Quizá se supo una vez, pero se fue a la tumba con su portador. O quizá se traté de un misterio inútil, un misterio oscuro y solitario que nadie ha descubierto porque nadie se ha preocupado por él.

A veces, en ocasiones excepcionales, hay secretos que permanecen sin descubrirse porque lo que contienen es de una naturaleza tan extraña, vasta y aterradora que sobrepasa la capacidad de comprensión de la mente.

Todos tenemos secretos en nuestras vidas. Los guardamos o nos los guardan, los controlamos o escapan a nuestro control. Secretos y cucarachas; eso es lo único que sobrevivirá cuando todo termine.

En la vida de Ronan Lynch había todo tipo de secretos.

El primero concernía a su padre. Niall Lynch era un poeta de baratillo, un músico fracasado, un pobre diablo con el encanto de los pobres diablos, nacido en Cumbria pero criado en Belfast, y Ronan lo quería como a nadie.

Pese a que Niall fuese un granuja y un desalmado, los Lynch eran ricos. No se sabía a qué se dedicaba Niall. Se ausentaba durante meses, pero resultaba difícil decir si se debía a su profesión o a sus correrías de bala perdida. Siempre volvía cargado de regalos, tesoros y fabulosas cantidades de dinero, pero para Ronan lo más asombroso de todo era volver a verlo. Siempre daba la impresión de que se marchaba para toda la eternidad, de modo que cada regreso tenía regusto a milagro.

—Cuando me hizo —le decía Niall Lynch a su segundo hijo—, Dios se apartó tanto de la norma que tembló la tierra.

Pero mentía, porque si de verdad Dios se había apartado de la norma con Niall, había roto todos los moldes veinte años después al concebir a Ronan y sus otros dos hermanos, Declan y Matthew. Los tres eran copias poco menos que perfectas de su padre, si bien en cada uno destacaban aspectos distintos. Declan tenía la misma manera de entrar en una habitación y adueñarse de todas las miradas. Los rizos de Matthew se entretejían con la misma gracia y comicidad que los de Niall. Y Ronan se había quedado con el resto: una mirada de metal y una sonrisa para hacer la guerra.

De su madre no habían heredado prácticamente nada.

—Fue lo que se dice un terremoto —insistía Niall, como si sus hijos se lo hubiesen preguntado, lo cual, conociéndolo, podría ser cierto—. Cuatro punto uno en la escala de Richter. Menos de cuatro, y no habría valido para nada.

En aquella época, Ronan no practicaba el arte de creer en lo que le decían, pero daba igual, ya que lo que su padre buscaba era adoración y no confianza.

—En cuanto a ti, Ronan —decía Niall. Siempre pronunciaba su nombre con un énfasis especial, como si en lugar de dirigirse a su hijo fuese a pronunciar una palabra distinta, como «cuchillo», «veneno» o «venganza», y cambiara de opinión en el último momento—. Al nacer tú, los ríos se secaron y, en el condado de Rockingham, el ganado lloró sangre.

Era una historia que contaba de vez en cuando, pero Aurora, la madre de Ronan, aseguraba que no había sucedido así. Aseguraba que, al dar a luz, los árboles habían florecido y se había oído por toda Henrietta la risa de los cuervos. Mientras la una y el otro discutían sobre lo sucedido en su nacimiento, Ronan prefería callarse y contentarse con que tal vez fuesen ciertas ambas versiones.

Declan, el mayor de los hermanos Lynch, había preguntado una vez:

—¿Y qué pasó cuando nací yo?

—No sabría decirte —habría respondido Niall mirándolo a los ojos—. No estuve presente.

Cuando Niall pronunciaba el nombre de Declan, estaba claro que lo único que quería decir era eso: «Declan».

Y luego desaparecía durante un mes más. En busca de una pista que aclarara el origen del dinero de su padre, Ronan aprovechaba sus ausencias para registrar Los Graneros, que era el nombre con que se conocía la granja de los Lynch. Nunca encontró ni un solo indicio, pero sí un amarillento recorte de periódico en una caja de metal oxidado. Era del año en que había nacido su padre. Con tono aséptico, daba cuenta del terremoto de Kirkby Stephen, que se había sentido en el norte de Inglaterra y el sur de Escocia. Cuatro punto uno. Menos de cuatro, y no habría valido para nada.

Aquella noche, Niall Lynch llegó a la casa en medio de la oscuridad y, cuando se levantó a la mañana siguiente, vio a Ronan de pie, a su lado, entre las blancas paredes del dormitorio principal. El sol matutino hacía que ambos pareciesen tan pálidos como ángeles, lo cual se alejaba bastante de la realidad. En el rostro de Niall había manchas de sangre y pétalos azules.

—Estaba soñando con el día en que naciste, Ronan —dijo Niall.

Se pasó una mano por la frente para limpiarse la sangre y mostrarle a Ronan que no había herida. Los pétalos tenían forma de estrellas diminutas. Pasmado, Ronan se descubrió con la certeza de que procedían de la mente de su padre. Nunca había estado tan seguro de nada.

De pronto, el mundo de alrededor se abrió y se extendió.

—Ya sé de dónde viene el dinero —anunció Ronan.

—No se lo cuentes a nadie —dijo su padre.

Ese era el primer secreto.

El segundo secreto era la perfección del ocultamiento. Ronan no hablaba de él. Ronan no pensaba en él. Nunca le puso letra a aquel segundo secreto, el que se guardaba para sí.

Su música, con todo, sonaba siempre de fondo.

Y después estaba esto: tres años más tarde, Ronan soñó con el coche de su amigo Richard C. Gansey III. Gansey confiaba en él lo suficiente para dejarle cualquier cosa, excepto armas. Ni armas ni el coche, un Camaro del 73 pintado del mismo color que el infierno y con franjas negras. En horas de vigilia, Ronan no llegaba más allá del asiento del copiloto. Además, cuando se marchaba de Henrietta, Gansey se llevaba las llaves.

Pero en el sueño de Ronan, Gansey no estaba y el Camaro sí. El coche aguardaba en la pendiente de la esquina de un aparcamiento abandonado, sobre un fondo de montañas azuladas, espectrales en la distancia. Ronan posó la mano sobre el tirador de la puerta del conductor. Probó a accionarlo. Evanescentes, las fuerzas apenas le alcanzaban para aferrarse a la idea de abrir la puerta. Bastó con eso. Se acomodó en el asiento del conductor. Las montañas de más allá del aparcamiento eran un sueño, pero el aroma del habitáculo pertenecía al campo de la memoria: gasolina, plástico, alfombrillas y el ronroneo de años engranándose los unos con los otros.

«Las llaves están puestas», pensó Ronan.

Lo estaban.

Pendían del contacto como un racimo de frutos metálicos, y Ronan dedicó un rato a sopesarlas con el pensamiento. Las tuvo a medio camino entre el sueño y la memoria, y después las asió con la mano. Notó la suavidad del cuero y los bordes gastados del llavero; la frialdad del metal del aro y de la llave del maletero; la fina y aguda promesa que la llave de contacto le dejaba entre los dedos.

Y se despertó.

Al desplegar los dedos, vio que tenía la llave en la mano. Del sueño a la realidad.

Aquel era el tercer secreto.

1

En teoría, Blue Sargent tenía todas las papeletas para matar a alguno de aquellos chicos.

—¡Jane! —gritó una voz desde el otro lado de la colina. Aunque no la llamase por su nombre, se dirigía a Blue—. ¡Date prisa!

Como único miembro sin dotes para la clarividencia en una familia de clarividentes, oía una y otra vez lo que le tenía reservado el destino, lo cual invariablemente se resumía en que mataría a su amor verdadero si le daba un beso. Y aún más: los augurios decían que aquel era el año en que se enamoraría. Y por si eso fuera poco, en abril, junto a Neeve, adivina y hermanastra de su madre, había visto a uno de los chicos en el invisible camino de los muertos, lo que implicaba que moriría en el plazo de doce meses. El panorama era aterrador.

Pero, por el momento, aquel chico en particular, Richard Campbell Gansey III, parecía más bien inmortal. La brisa húmeda que soplaba en lo alto de la majestuosa y verde colina le sacudía el polo, de un intenso color amarillo, y hacía que la tela caqui de los pantalones cortos le azotara las piernas, tostadas por el sol. Los chicos como él no se morían; se convertían en estatuas de bronce instaladas frente a una biblioteca.

Como si estuviera dirigiendo el tráfico aéreo en lugar de haciendo un gesto de ánimo, Gansey alargó una mano hacia Blue, que ascendía por la ladera de la colina desde el coche.

—¡Jane, tienes que ver esto! —Su voz rezumaba el acento meloso de las familias más adineradas de Virginia.

Mientras subía con el telescopio al hombro, Blue hizo una evaluación mental de los riesgos: «¿Estaré ya enamorada de él?».

Gansey corrió cuesta abajo para arrebatarle el telescopio.

—No es que pese tanto —le dijo, y volvió a correr hacia la cima.

Blue no se creía enamorada de él. Nunca se había enamorado, pero estaba segura de que, si lo estuviese, lo sabría. Hacía unos meses, había tenido una visión en la que lo besaba, cosa que no le costaba mucho tener presente. Pero su lado más racional, que a menudo era el único, le decía que aquello tenía más que ver con el atractivo de los labios de Richard Campbell Gansey III que con la posibilidad de un amor inminente.

Fuera como fuese, iba listo el destino si se creía con derecho a indicarle de quién debía enamorarse.

—Creía que estabas en mejor forma —observó Gansey—. ¿No sois muy fuertes las feministas?

¿Enamorada de él? Ni de broma.

—Por mucho que sonrías, no me hace ninguna gracia —replicó Blue.

Como parte del proceso de encontrar al rey escocés Owen Glendower, Gansey había pedido a los terratenientes locales que les permitieran caminar por sus fincas. Todos aquellos terrenos eran atravesados por la línea ley de Henrietta —una línea invisible y recta que conectaba lugares con una carga espiritual especial—, y se encontraban en las proximidades de Cabeswater, un bosque de aires místicos situado justo en la trayectoria de la línea. Gansey estaba convencido de que Glendower se hallaba en algún rincón de Cabeswater, sumido en un sueño de siglos. Se suponía que quien despertase al rey vería cumplido un deseo, y aquello era algo en lo que Blue no había dejado de pensar. Opinaba que Gansey no era el único que necesitaba pedir deseos. Aunque, claro, no sabía que se iba a morir en unos meses. Y, desde luego, no sería ella quien se lo contara.

«Si encontramos pronto a Glendower», pensó Blue, «Gansey podrá salvarse».

El camino cuesta arriba los dejó en una cumbre amplia y cubierta de hierba que se elevaba sobre el ondulado manto del bosque. Allá, en la distancia, se adivinaba Henrietta, estado de Virginia. Diminuto y ordenado como una maqueta de tren, el pueblo estaba flanqueado por granjas y praderas salpicadas de ganado. Excepto la azulada cordillera, todo era un espejismo de verdor que centelleaba suavemente bajo el bochorno estival.

Pero los chicos no estaban contemplando las vistas. Formaban un círculo cerrado: Adam Parrish, delgado y esbelto; Noah Czerny, difuso y desgarbado, y finalmente, el feroz y sombrío Ronan Lynch, en cuyo hombro tatuado descansaba Sierra, el cuervo que tenía por mascota. El pájaro se le aferraba con cuidado, pero aun así le había dejado marcas en la piel. Todos los ojos estaban centrados en algo que Ronan tenía en las manos. Gansey dejó el telescopio en la hierba y se les unió.

Adam miró a Blue fugazmente y se apartó un poco para que entrara en el círculo. Como siempre, sus facciones intrigaron a Blue. No se correspondían con los cánones de belleza convencionales, pero resultaban interesantes. Tenía los pómulos prominentes y los ojos hundidos, como era típico entre la gente oriunda de Henrietta, pero había en él una delicadeza que lo volvía extraño, casi impenetrable.

«Escucha, destino: me quedo con este», se dijo Blue, desafiante. «Nada de Richard Gansey III. Tú no gobiernas mi vida».

Adam le rozó con una mano el hombro desnudo. El contacto era una insinuación pronunciada en un idioma que Blue no dominaba.

—Abre eso —le ordenó Adam a Ronan con pesimismo.

—Tú y tus dudas —masculló Ronan armándose de paciencia. El avión que tenía entre los dedos era apenas más ancho que su mano. Estaba hecho de plástico blanco y basto, sin ningún detalle: más que un avión, era un objeto que recordaba a un avión. Ronan abrió la tapa de la batería. El hueco estaba vacío.

—Pues no puede ser —dijo Adam. Se quitó un saltamontes que se le había posado en el cuello de la camiseta. Los demás lo miraron. Vigilaban todos sus

movimientos desde el curioso sacrificio ritual que había efectuado el mes anterior. Notara o no aquel extra de atención, el hecho era que se mantenía impasible—. Sin batería ni motor, es difícil que vuele.

Blue comprendió lo que estaba ocurriendo. Ronan Lynch, pozo de secretos, enemigo de la humanidad y rebelde impenitente, les había contado que era capaz de hacer que se materializasen objetos que veía en sueños. Ejemplo número uno: Sierra. Gansey estaba muy excitado con aquello; era de los que no se lo creían todo pero, en el fondo, deseaban hacerlo. En cambio, Adam, que se abría camino en la vida a base de cuestionar las verdades que le salían al paso, había exigido pruebas.

—Sin batería ni motor, es difícil que vuele —repitió Ronan imitando con voz aguda el acento de Adam, en el que se adivinaba el deje típico de Henrietta—. Noah, pásame el mando.

Noah registró los penachos de hierba en busca del mando. Resultó ser como el avión, blanco, brillante y redondeado. A su lado, las manos de Noah lucían precisas, casi reales. A pesar de estar muerto y manifestarse como una proyección espectral, Noah revivía y se volvía más corpóreo cuando se encontraba en la línea ley.

—Si no es para una batería, ¿para qué vale ese hueco? —preguntó Gansey.

—No lo sé —respondió Ronan—. En el sueño vi unos misiles pequeños, pero parece que no están.

Blue arrancó las espigas de unos hierbajos.

—Toma.

—Buena idea, listilla. —Ronan las metió en el hueco y cerró la tapa. Hizo ademán de coger el mando, pero Adam se le adelantó. Se lo colocó junto a la oreja y lo agitó.

—No pesa nada —observó dejando el mando en la mano de Blue.

Según Blue pudo comprobar, era muy ligero. Tenía cinco botones diminutos: cuatro formando una cruz y un quinto que estaba separado. Para Blue, aquel quinto botón era Adam. Su propósito era el mismo que el de los otros cuatro. Pero se había alejado.

—Seguro que funciona —prometió Ronan haciéndose con el mando y dándole el avión a Noah—. Funcionaba en el sueño y funcionará ahora. Levántalo un poco.

Encorvado, Noah alzó el avión en el aire sosteniéndolo entre el índice y el pulgar, como si estuviera por lanzar un lápiz. La excitación vibró en el pecho de Blue. Era imposible que Ronan hubiese soñado con aquel avioncito. Pero también eran imposibles muchas de las cosas que habían ocurrido.

—Kerah —graznó Sierra. Así llamaba a Ronan.

—Sí —dijo Ronan. Luego, volviéndose hacia los demás, proclamó—: Contad.

Adam puso una mueca, pero Gansey, Noah y Blue obedecieron.

—Cinco, cuatro, tres…

Cuando llegaron al cero, Ronan pulsó uno de los botones.

Sin emitir un sonido, el avión abandonó la mano de Noah y salió disparado.

Funcionaba. Funcionaba de verdad.

Gansey soltó una carcajada, echando la cabeza hacia atrás para observar el ascenso del aparato. Blue se protegió los ojos con una mano mientras trataba de seguir el vuelo del objeto en la blanca neblina. Era tan pequeño y fugaz que parecía un avión auténtico que estuviese surcando el cielo a varios miles de metros de altura. Tras emitir un potente graznido, Sierra saltó del hombro de Ronan y salió volando tras él. Ronan hizo que el avión se inclinara para rodear la colina, y el cuervo lo siguió de cerca. Cuando el avión pasaba justo por encima de su cabeza, Ronan presionó el quinto botón. Las espigas se precipitaron desde el aire y les cayeron encima. Blue aplaudió y extendió una mano para capturarlas.

—Eres un ser increíble, Ronan —murmuró Gansey. Su alegría era contagiosa e incondicional, igual que su amplia sonrisa. Adam miraba hacia arriba con una expresión reconcentrada y distante en los ojos. Con las manos aún tendidas hacia el cielo, como si esperara que el avión regresara hasta ellas, Noah jadeó de puro asombro. Ronan, por su parte, se mantenía impertérrito, con las manos en el mando y la mirada orientada hacia las alturas. Los ojos le centelleaban y la boca se le curvaba en una expresión de desafío y satisfacción. De pronto, no parecía tan extraño que fuese capaz de traer a la realidad lo que veía en sueños.

En ese momento, Blue sintió amor por todos ellos. Por su magia. Por su arrojo. Por su extravagancia y su apasionamiento. Los chicos del cuervo eran sus chicos.

Gansey le dio una palmada en el hombro a Ronan.

—¿Sabías que Glendower viajaba con magos? Con brujos, vamos. Le ayudaban a controlar la meteorología. Quizá podrías soñar con un poco de fresco; nos vendría muy bien.

—Ja.

—También le decían el futuro —explicó Gansey volviéndose hacia Blue.

—A mí no me mires —replicó esta. Todo el mundo sabía que no tenía dotes para la adivinación.

—Bueno, o al menos le ayudaban a conocer el futuro —siguió diciendo Gansey, obstinado y burlón. Otra cosa que sabía todo el mundo era que Blue tenía muy malas pulgas y también que su presencia fortalecía los poderes espirituales de otras personas—. ¿Nos ponemos en marcha?

Blue fue más rápida que él en hacerse con el telescopio, cosa que Gansey le reprochó con la mirada, y los demás se ocuparon de recoger los mapas, las cámaras y los medidores de frecuencias electromagnéticas. Echaron andar por la línea ley, y Ronan permaneció con la mirada fija en las dos siluetas, una blanca y la otra negra, que se recortaban sobre el azul de la atmósfera. Mientras caminaban, un soplo de brisa barrió la hierba trayendo consigo un aroma de agua corriente y rocas cobijadas entre las sombras, y Blue se dijo, emocionada, que la magia existía, que era real, que la estaba viviendo.

2

Declan, el mayor de los hermanos Lynch, nunca estaba solo. Prescindía, eso sí, de la compañía de sus hermanos, pero nunca estaba solo. Era una máquina de movimiento perpetuo que se alimentaba de la energía de otras personas: hoy, instalándose en la mesa de un amigo en una pizzería; mañana, entrando en un dormitorio con la mano de una chica tapándole la boca, y pasado, riéndose apoyado en el capó de un Mercedes ajeno. La sociabilidad brotaba a su alrededor de manera espontánea, y no se sabía muy bien si era Declan el imán que ejercía la atracción o, por el contrario, el metal que se dejaba arrastrar por el magnetismo de los demás.

El hecho motivaba que el Hombre de Gris tuviese dificultades para encontrar la ocasión en que hablar con él. En realidad, llevaba buena parte del día merodeando por el recinto de la Academia Aglionby.

Sin embargo, la espera no estaba siendo del todo desagradable. El Hombre de Gris descubrió que le gustaba el colegio y los umbrosos robles que lo rodeaban. El lugar destilaba cierta gravedad desenfadada que solo llegaba con la antigüedad y la riqueza. Los dormitorios estaban más vacíos de lo que sería normal durante el calendario lectivo, pero no vacíos del todo. Todavía pululaban por ellos algunos alumnos: los hijos de directores generales que andarían de viaje por países pobres en busca de fotos con las que lavarse la cara, los hijos de viejos rockeros que tenían mejores cosas que hacer que llevarse de gira a un retoño de diecisiete años nacido por equivocación, los hijos de padres que habían muerto y ya nunca volverían.

Aunque fueran pocos, aquellos huérfanos del verano se hacían notar.

El edificio en que residía Declan no era tan bonito como los demás, pero también en él se notaba el dinero. Se trataba de una reliquia de los setenta, una década en tecnicolor por la que el Hombre de Gris sentía un cariño especial. La entrada se franqueaba introduciendo una clave en un teclado, pero alguien había dejado un taco de goma entre la puerta y el marco. El Hombre de Gris chascó con la lengua en señal de desaprobación. Desde luego, no había cerradura que pudiera impedirle el paso, pero lo que contaba era la intención.

En realidad, el Hombre de Gris no estaba tan seguro. Lo que de verdad contaba era el hecho.

El interior del edificio lo recibió con la neutralidad de tonos característica de la decoración de un buen hotel. Tras una de las puertas sonaba un estruendo de *hip-hop* colombiano, a la vez seductor y violento. Aquella no era, en modo alguno, una música que le gustara al Hombre de Gris, quien, no obstante, supo captar su atractivo.

Estudió la puerta. En Aglionby, los dormitorios no estaban numerados. Lo que se utilizaba para identificarlos era alguna de las cualidades que la administración del

colegio esperaba inculcar en el alumnado. En aquella puerta se leía «clemencia». No era eso lo que andaba buscando.

El Hombre de Gris se dio la vuelta y fue leyendo las inscripciones que distinguían a cada una de las puertas («diligencia», «generosidad», «devoción») hasta dar con la de Declan Lynch: «efervescencia».

Una vez, para referirse a su persona, alguien había usado en un artículo el adjetivo «efervescente». El Hombre de Gris intuía que tenía que ver con la buena dentadura que poseía. De algún modo, unos dientes inmaculados parecían ser un requisito indispensable para la efervescencia.

Al fondo del corredor, retumbaba una música apocalíptica. El Hombre de Gris consultó su reloj. La compañía de alquiler de coches cerraba en una hora, y no había nada que aborreciese más que el transporte público. Tendría que ser un visto y no visto.

Abrió la puerta de una patada.

Tendido en una de las dos camas de la estancia, Declan Lynch levantó la cabeza. Era muy guapo y tenía una gran mata de pelo oscuro y una nariz de perfil romano, recta y distinguida.

Y también, por cierto, una estupenda dentadura.

—¿Qué pasa? —exclamó Declan.

A modo de respuesta, el Hombre de Gris lo asió con ambas manos, lo levantó de la cama y lo estrelló contra la ventana adyacente. El sonido resultante no fue más que un leve eco provocado, en gran medida, por el aire que abandonó bruscamente los pulmones del chico cuando este se golpeó contra el alféizar. Pero enseguida se recompuso y plantó batalla. No era un mal boxeador, y el Hombre de Gris adivinó que se creía con ventaja.

Sin embargo, hacía tiempo que el Hombre de Gris estaba al tanto de que Niall Lynch les había enseñado a sus hijos el arte del boxeo. En cambio, lo único que su padre le había enseñado a él era la pronunciación de la palabra *trébuchet*.

Pelearon. Declan se manejaba con destreza, pero el Hombre de Gris lo superaba. Lo empujó y lo lanzó contra la colección de premios, tarjetas de crédito y llaves que descansaban sobre el aparador. La cabeza del chico se estampó contra uno de los cajones con un ruido sordo que quedó sofocado por la música que llegaba desde el fondo del pasillo. Aun así, Declan contraatacó. El Hombre de Gris lo esquivó, le dio una patada en las piernas para que perdiera el equilibrio y lo arrojó contra la pared, tras lo cual recogió del suelo un casco de motocicleta que se había caído y se dispuso a embestir de nuevo.

Con una rápida sucesión de movimientos, Declan se apoyó en el aparador para levantarse y sacó una pistola de uno de los cajones.

Encañonó al Hombre de Gris.

—Para —le dijo con sencillez, y le quitó el seguro al arma.

El Hombre de Gris no se lo esperaba.

Se quedó quieto.

En el rostro de Declan tomaron cuerpo distintas emociones, pero ninguna de ellas se parecía a la sorpresa. Quedaba claro que el arma no respondía a la eventualidad de que se produjera un ataque, sino a la certeza de que se produciría.

El Hombre de Gris se preguntó cómo sería vivir así, a la espera de que alguien entrara de pronto abriendo la puerta de una patada. «Incómodo», se dijo. «Muy incómodo».

Calculó que Declan Lynch no dudaría en apretar el gatillo. No había vacilación en su actitud. La mano le temblaba ligeramente, pero, según adivinó el Hombre de Gris, se debía a que se había hecho daño, y no al temor.

Tras reflexionar durante unos instantes, el Hombre de Gris lanzó el casco. El chico abrió fuego, pero el único resultado que obtuvo con ello fue la detonación. El casco le golpeó las manos y lo dejó como aturdido, cosa que el Hombre de Gris aprovechó para acercarse a él y arrebatarle el arma de los entumecidos dedos.

El Hombre de Gris volvió a ponerle el seguro al arma y, después, la estampó en la mejilla del muchacho. Repitió la maniobra varias veces, para cerciorarse.

Cuando consideró que ya era suficiente, permitió que Declan se derrumbase y se quedara arrodillado en el suelo, apenas con un hilo de consciencia. Al chico no le faltaba coraje. El Hombre de Gris lo obligó a tenderse empujándolo con el pie, y Declan, con los ojos fijos en el ventilador del techo y la nariz ensangrentada, se dejó hacer.

El Hombre de Gris se agachó junto a él y le hincó el cañón del arma en el estómago, que subía y bajaba penosamente por el esfuerzo de la respiración. En cuanto le localizó el riñón derecho, sobre el que dejó detenida la pistola, adoptó un aire paternalista y dijo:

—Si te pego un tiro aquí, estarías muerto en veinte minutos, y daría igual lo que hicieran los médicos. ¿Dónde está el Greywaren?

Declan no respondió. El Hombre de Gris le dio unos momentos para que se lo pensara. Los golpes en la cabeza no ayudaban a aclarar la mente.

Como Declan seguía callado, le puso el cañón del arma en el muslo y presionó con violencia. Declan dio un grito ahogado.

—Aquí, y te mueres en cinco minutos. Pero, claro, ni siquiera me haría falta dispararte. Me valdría la punta del paraguas que tienes ahí. Y te garantizo que esos cinco minutos se te harían tan largos que desearías que fueran solo tres.

Declan cerró los ojos. O más bien, solo uno. El izquierdo estaba tan hinchado que no le respondía.

—No lo sé —dijo tras unos instantes, con voz amodorrada—. No sé qué es eso.

—Deja las mentiras para la política —respondió el Hombre de Gris, impasible. Quería que Declan entendiese que lo sabía todo acerca de su vida y su condición de becario. Quería que entendiese que lo había investigado a fondo—. Sé dónde están tus hermanos. Sé dónde vive tu madre. Sé cómo se llama tu novia. ¿Nos entendemos?

—No sé dónde está —balbuceó Declan—. Esa es la verdad. No sé dónde está. Lo único que sé es que existe.

—El plan es el siguiente —el Hombre de Gris se puso de pie—: lo vas a buscar y, cuando lo encuentres, me lo vas a dar. Y después desapareceré.

—Y suponiendo que lo encuentre, ¿cómo hago para entregártelo?

—Me parece que aún no lo has comprendido. Soy tu sombra. Soy la saliva que tragas. Soy la tos que no te deja dormir por las noches.

—¿Mataste tú a mi padre? —le preguntó Declan.

—Niall Lynch. —El Hombre de Gris pronunció aquel nombre como si quisiera comprobar su sonoridad. En su opinión, Niall Lynch había sido un padre bastante irresponsable: no contento con morirse, había permitido que sus hijos vivieran en un lugar en el que las puertas de seguridad se dejaban abiertas. El mundo estaba lleno de padres descuidados—. Él mismo me hizo también esa pregunta.

Declan dejó escapar un poco de aire entre los labios. Según advirtió el Hombre de Gris, al fin sentía miedo.

—Está bien —dijo Declan—. Lo encontraré. Y luego nos dejaréis en paz. Tú y los demás.

El Hombre de Gris devolvió la pistola al cajón y lo cerró. Miró su reloj. Le quedaban veinte minutos para recoger el coche de alquiler. Quizá se permitiera elegir uno de tamaño medio. Odiaba los compactos casi tanto como el transporte público.

—Correcto.

—Vale —contestó Declan.

El Hombre de Gris salió de la habitación. Tuvo que dejar la puerta entreabierta, ya que había doblado uno de los goznes al entrar y no podía cerrarla del todo. Sin duda, habría algún capítulo en el presupuesto del colegio que podría dedicarse a la reparación.

Se detuvo para atisbar por la rendija de la puerta.

Todavía quedaban cosas que aprender de Declan Lynch.

Durante unos minutos, no ocurrió nada. Declan se quedó donde estaba, tumbado y encogido, sangrando. Después, sus dedos reptaron por el suelo hasta dar con el teléfono móvil. Sin embargo, no marcó el número de emergencias. Con lentitud agonizante —sin duda tenía el hombro dislocado—, pulsó los dígitos de un número distinto. Instantes después, sonó otro teléfono en la segunda cama. El Hombre de Gris sabía que aquella cama pertenecía a Matthew, el más pequeño de los hermanos Lynch. El tono era la melodía de una canción de Iglu & Hartly que conocía y que, además, no soportaba. Y también estaba al corriente del paradero de Matthew Lynch: se encontraba en un barco, paseando por el río con unos amigos. Igual que su hermano mayor, le tenía alergia a la soledad.

Con los ojos cerrados, Declan dejó que el teléfono de Matthew siguiese sonando durante más tiempo del necesario. Luego, colgó y marcó un nuevo número. Pero no el de emergencias. Quienquiera que fuese, no respondió. Y Declan se lo tomó mal, a

juzgar por su expresión, ya bastante crispada de por sí. El Hombre de Gris llegó a oír la voz de un contestador automático que no pudo identificar.

Declan Lynch frunció el ceño y susurró:

—Ronan, ¿dónde diablos estás?

3

—El problema —gritó Gansey por el auricular del teléfono, para hacerse oír por encima del ruido del motor— es que si Glendower estuviera tan a la vista que solo hiciera falta caminar por la línea ley para dar con él, no veo cómo es posible que no lo haya encontrado nadie en tantos siglos.

Regresaban a Henrietta en Pig, el viejo Camaro color naranja chillón de Gansey. Por supuesto, conducía Gansey, ya que, tratándose del Camaro, siempre era él quien iba al volante. Y por supuesto, conversaban sobre Glendower, ya que, cuando estabas con Gansey, Glendower era siempre el tema de conversación.

En el asiento trasero, Adam, debatiéndose entre atender a la charla o a su propio agotamiento, tenía la cabeza echada hacia atrás. Instalada en el lugar central, Blue se inclinó hacia delante para oír mejor mientras se quitaba restos de hierba de las mallas de croché. Noah estaba en el otro lado, aunque no se sabía cuánto duraría su corporeidad a medida que fuesen alejándose de la línea ley. En suma, no iban muy cómodos, y el calor no hacía sino empeorar la situación, pues el chorro de frescor del aire acondicionado se escapaba por las rendijas de un habitáculo agujereado por todas partes. El aire acondicionado del Camaro solo contaba con dos posiciones: encendido o estropeado.

—Ahí está la clave —le dijo Gansey a su interlocutor.

Ronan se apoyó en el ajado vinilo que forraba la puerta del copiloto y se mordisqueó las pulseras de cuero que llevaba en la muñeca. Tenían gusto a gasolina, sabor que Ronan encontraba tan voluptuoso como veraniego. Para él, lo de Glendower era una preocupación ocasional. Gansey necesitaba encontrar a Glendower porque quería una prueba que demostrase lo imposible. Pero Ronan ya sabía que lo imposible existía. Su padre había sido imposible. Él mismo era imposible. Más bien, Ronan quería encontrar a Glendower porque Gansey quería encontrar a Glendower. Y solo de vez en cuando se preguntaba qué ocurriría si por fin lo hallaban. Sospechaba que sería como morirse. Cuando era un niño y estaba más dispuesto a creer en milagros, concebía la muerte como un éxtasis de deleite. Su madre le había dicho que, al mirar a Dios a los ojos junto a las puertas celestiales, todas las preguntas tendrían respuesta.

Y Ronan tenía muchas preguntas.

Tal vez, despertar a Glendower sería así. Claro está, con menos ángeles entre la asistencia y con el añadido de un fuerte acento escocés. Y también, quizá, con menos enjuiciamientos.

—No, lo comprendo —Gansey empleaba aquel tono de voz suyo de profesor universitario, seguro de sí mismo y lo bastante persuasivo para que lo siguiera un

batallón de ratas o de niños. O, al menos, Ronan—. Sin embargo, si asumimos que Glendower fue traído hasta aquí entre 1412 y 1420 y que su tumba quedó abandonada, debemos tener en cuenta que la habrá tapado la acumulación natural de tierra. Starkman insinúa que los estratos de ocupación medieval podrían encontrarse bajo una capa de sedimentos de entre dos y cinco metros de espesor… Sí, ya sé que no estamos en una planicie de aluvión. Pero Starkman partía de la hipótesis de que… Claro, desde luego. ¿Qué me dices de un RPT?

Blue miró a Adam. Sin levantar la cabeza, este murmuró:

—Radar de penetración terrestre, también conocido como georradar.

Quien hablaba desde el otro lado de la línea telefónica era Roger Malory, el ancianísimo profesor británico con quien Gansey había trabajado en Escocia. Como Gansey, llevaba años investigando las líneas ley. A diferencia de Gansey, no se proponía utilizarlas para encontrar a un rey de la antigüedad. En realidad, parecía considerarlas un pasatiempo de fin de semana para cuando no tenía otra cosa mejor que hacer. Ronan no lo conocía en persona ni tenía intención de conocerlo. La gente mayor lo ponía de los nervios.

—¿Y una radiometría? —sugirió Gansey—. Ya hemos sobrevolado la zona varias veces. Pero no sé si veremos mucho hasta que llegue el invierno y los árboles hayan perdido las hojas.

Inquieto, Ronan cambió de postura. El éxito del avión hacía que la vida le corriera por las venas a borbotones. Tenía ganas de quemar algo y verlo arder hasta la última ascua. Para refrescarse un poco, puso la mano sobre la rejilla del aire acondicionado.

—Conduces como una vieja —refunfuñó.

Gansey agitó una mano en el aire como diciendo: «Cállate». Junto al arcén de la interestatal, cuatro vacas negras levantaron la cabeza para ver pasar el Camaro.

«Si estuviera conduciendo yo…». Ronan pensó en aquel juego de llaves del Camaro que había materializado mediante el sueño y guardaba en un cajón de su cuarto. Repasó con parsimonia las posibilidades que le darían. Comprobó su teléfono. Catorce llamadas perdidas. Lo dejó en el bolsillo de la puerta.

—¿Y qué te parecería un magnetómetro de protones? —le preguntó Gansey a Malory. Luego, malhumorado, añadió—: Ya sé que vale para hacer mediciones submarinas. Precisamente, lo querría para eso mismo.

El agua era lo que había puesto fin a la jornada. Gansey había concluido que el siguiente paso de la búsqueda consistía en establecer los límites de Cabeswater. Solo habían entrado al bosque desde el este y nunca habían llegado hasta los demás costados. Aquella vez habían penetrado desde el norte, con todos los aparatos apuntados hacia el suelo para detectar la frontera electromagnética septentrional del bosque. Sin embargo, tras una caminata de varias horas, lo que habían encontrado era un lago.

Al llegar a la orilla, Gansey había frenado en seco. No era que no se pudiera

superar el lago: apenas tenía unas pocas hectáreas de extensión, y el sendero que lo rodeaba no entrañaba dificultad alguna. Y tampoco era un lago especialmente bonito. De hecho, para tratarse de un lago, no tenía nada de especial: poco más que un cuadrado de agua de aspecto artificial en un campo anegado. El ganado, probablemente, había abierto un sendero de barro a lo largo de una de las orillas.

Lo que había hecho que Gansey se detuviera era que el lago había sido hecho por la mano humana. Debería haber tenido en cuenta la posibilidad de que algunos sectores de la línea ley se encontrasen inundados. Pero no se le había ocurrido. Además, por alguna razón, aunque no fuese del todo imposible aceptar que Glendower siguiese vivo después de cientos de años, era impensable que lo estuviera si se hallaba bajo toneladas de agua.

—Tenemos que hallar el modo de registrar el fondo de ese lago —había dicho Gansey.

—Venga ya, Gansey —le había respondido Adam—. Las posibilidades de que…

—Registraremos el fondo.

El avión de Ronan había amerizado y se había quedado flotando en el centro del lago, inalcanzable. Habían desecho el largo camino hasta volver al coche. Y Gansey había llamado a Malory.

«Como si un vejestorio a miles de kilómetros de distancia pudiese darnos alguna idea que sirviese de algo», pensó Ronan.

Gansey colgó el teléfono.

—¿Y…? —inquirió Adam.

Gansey fijó la vista en los ojos de Adam a través del espejo retrovisor. Adam suspiró.

Ronan creía que podían limitarse a rodear el lago. Sin embargo, eso conllevaría meterse en Cabeswater de cabeza. Y a pesar de que el viejo bosque fuese la ubicación más probable de Glendower, la volubilidad de la línea ley, activada hacía poco, lo volvía un tanto impredecible. El propio Ronan, a quien le importaban bastante poco los riesgos que pudieran correrse, tenía que admitir que no lo animaba demasiado la perspectiva de verse pisoteado por criaturas bestiales o encerrado en un bucle temporal de cuarenta años de duración.

Todo era culpa de Adam; él era el que había activado la línea ley, por mucho que Gansey prefiriese considerarlo una decisión tomada en grupo. El sacrificio al que se había comprometido para lograrlo, fuera lo que fuese, lo había vuelto, también a él, un tanto impredecible. En todo caso, lo que asombraba a Ronan no era aquella transgresión, sino el hecho de que Gansey se empeñase en fingir que Adam era un santo.

Gansey no mentía. Aquellas falsedades no eran dignas de él.

El teléfono de Gansey emitió un silbido. Gansey leyó el mensaje que acababa de llegar y, con un grito ahogado, dejó caer el aparato junto al cambio de marchas. Súbitamente melancólico, recostó la nuca en el reposacabezas del asiento. Por gestos,

Adam le indicó a Ronan que cogiese el teléfono, pero Ronan odiaba los teléfonos móviles por encima de todas las cosas.

De modo que se quedó a la espera, con las cejas enarcadas.

Unos momentos más tarde, Blue se estiró y se hizo con el móvil. Leyó el mensaje en voz alta:

—«Me vendría bien contar contigo este fin de semana. Podría ir a buscarte Helen. Olvídalo si estás ocupado».

—¿Es por lo del congreso? —preguntó Adam.

El sonido de la palabra «congreso» hizo que Gansey suspirara largamente y que Blue murmurara con tono burlón:

—¡Ay, el congreso!

No hacía mucho que la madre de Gansey había anunciado que se presentaba a las elecciones. La campaña, que todavía estaba arrancando, aún no había alterado la vida de Gansey, pero no era de extrañar que comenzara a necesitarse su participación. A nadie se le escapaba que el guapo y pulcro Gansey, joven intrépido y explorador y estudiante de sobresaliente, era una baza que jugaría sin dudarlo cualquier político con expectativas de éxito.

—No puede obligarme —dijo Gansey.

—Ni falta que le hace, niño de mamá —replicó Ronan.

—¿Por qué no sueñas con una solución y me la das?

—No tengo por qué. La naturaleza ya te ha dado un seso. ¿Sabes lo que te digo? Que le den a Washington.

—Esa es la razón por la que nadie te pedirá nunca algo así —respondió Gansey.

Un coche que venía por el otro carril se colocó a la altura del Camaro. El primero en fijarse fue Ronan, experto en carreras callejeras. Vio un borrón de pintura blanca; después, una mano saliendo por la ventanilla del conductor con el dedo corazón enhiesto. El coche aceleró y deceleró varias veces, retándolos.

—No, por favor —murmuró Gansey—. ¿No será Kavinsky?

Por supuesto, era Joseph Kavinsky, alumno de la Academia Aglionby y famoso en Henrietta por sus dotes de falsificador aficionado. Envidiado por cualquier adolescente, su Mitsubishi Evo no pasaba inadvertido: blanco metalizado, devoraba aire por la gran boca negra de la parrilla delantera y lucía en ambos costados la imagen de un inmenso cuchillo ensangrentado. Acababa de salir del depósito de automóviles de la policía, en donde había pasado un mes. El juez le había dicho a su conductor que, si volvían a sorprenderlo participando en carreras ilegales, le obligarían a presenciar el desguace del automóvil, como hacían en California con los niñatos ricos con ínfulas de piloto de carreras. No obstante, se rumoreaba que Kavinsky había soltado una carcajada y le había contestado al juez que jamás volverían a pararlo en la carretera.

Probablemente fuera cierto. Por lo visto, el padre de Kavinsky se había metido en el bolsillo al *sheriff* de Henrietta.

Para celebrar la liberación del Mitsubishi, Kavinsky había recubierto los faros con un tinte que repelía el láser de los radares de tráfico y había instalado un detector de radar nuevo.

O eso se decía.

—Menudo imbécil —masculló Adam.

Ronan opinaba lo mismo.

Descendió la ventanilla del lado del conductor y tras ella apareció Joseph Kavinsky con unas gafas de sol de montura blanca cuyos cristales reflejaron tan solo el cielo. Colgada del cuello, llevaba una ostentosa cadena de oro. Tenía cara de santurrón, con la mirada vacía y un gesto inocente.

Sonrió con pereza y le murmuró algo a Gansey que terminaba en «uta».

Era un ser perfectamente despreciable.

A Ronan se le inflamó el pecho. Un acto reflejo.

—Dale una lección —murmuró.

Ante ellos se extendían los cuatro carriles de la interestatal, grises y calcinados. El sol prendía con furia en el naranja del capó del Camaro, bajo el que ronroneaba inútilmente el motor, tan trucado como infrautilizado. La situación pedía a gritos un pie que hundiera el acelerador hasta el fondo.

—Supongo que no estarás hablando de carreras ilegales —respondió Gansey, lacónico.

Noah reaccionó con una carcajada ronca.

Gansey evitó mirar a Kavinsky y a quien lo acompañaba, el inevitable Prokopenko. Este llevaba tiempo intentando amistarse con Kavinsky, a quien rondaba como un electrón al núcleo de un átomo, pero al fin daba la impresión de haberse ganado el puesto de compinche.

—Venga, tío —insistió Ronan.

—Sería absurdo —opinó Adam con una voz despectiva y adormilada—. Pig va cargado con cinco personas…

—Noah no cuenta —replicó Ronan.

—Oye —exclamó Noah.

—Estás muerto. ¡No pesas nada!

Adam prosiguió con su razonamiento.

—Además, tenemos encendido el aire acondicionado. Y eso de ahí es un Evo, ¿no? De cero a cien en cuatro segundos. Y nosotros, ¿qué? ¿De cero a cien en cinco? ¿En seis? No salen las cuentas.

—Yo ya le he ganado —dijo Ronan. No soportaba perder la oportunidad de una carrera. La posibilidad estaba justo allí, al alcance, y la adrenalina esperaba el momento de estallar. Además, tenía que ser Kavinsky, precisamente. A Ronan le hervía la sangre.

—No me lo creo. ¿En ese coche? ¿En tu BMW?

—Sí, en ese coche —contestó Ronan—. En mi BMW. El tío no sabe conducir.

—El hecho es que da igual —dijo Gansey—. Aquí no va a pasar nada. Kavinsky es un macarra.

Kavinsky perdió la paciencia y aceleró. Blue observó su coche.

—¿Ese? —exclamó—. No, no es un macarra. Es un gilipollas.

El resto de ocupantes del Camaro dedicaron unos instantes a reflexionar a qué podía deberse el juicio de Blue. Pero, vamos, tenía toda la razón.

—Y así habló Jane —ironizó Gansey.

Ronan distinguió la cara de Kavinsky, que, tras las gafas de sol, miraba hacia atrás para observar su reacción. Su cobardía. A Ronan se le revolvieron las entrañas. Instantes después, el Mitsubishi blanco salió catapultado hacia delante dejando tras de sí una nube de humo. Cuando el Camaro alcanzó la salida de Henrietta, ya se había perdido de vista. El sol bruñía la interestatal y hacía que el encuentro con Kavinsky se volviese un espejismo. Como si nunca hubiera sucedido.

Ronan se revolvió en el asiento, frustrado.

—Contigo no hay manera de divertirse —rezongó.

—Eso no es divertirse —contestó Gansey accionando el intermitente—. Eso es hacer el tonto.

4

El Hombre de Gris no siempre había querido ser un matón.

De hecho, no se había formado para dar palizas a la gente. Había llegado a escribir un libro llamado *La fraternidad en la poesía anglosajona* que había tenido cierto éxito, hasta el punto de que había sido lectura obligatoria en diecisiete facultades de distintas partes del país. Había recolectado las bibliografías que incluían su obra y las había guardado en una carpeta junto a diseños de portada, primeras versiones del texto y un par de reseñas que elogiaban la obra. Cuando andaba falto de ánimos, sacaba la carpeta del cajón de la mesilla de noche y revisaba los contenidos entre sorbo y sorbo de cerveza. Había dejado huella.

Sin embargo, por mucho que se deleitase con ella, la poesía anglosajona era más una afición que una carrera. El Hombre de Gris prefería una profesión más práctica que le dejara tiempo para estudiar y leer cuando le apeteciese. Y por eso estaba en Henrietta.

Lo cierto era que el Hombre de Gris estaba bastante satisfecho con su vida.

Tras la entrevista con Declan Lynch, se registró en la pensión Pleasant Valley, a las afueras del pueblo. Se había hecho tarde, pero a Shorty y Patty Wetzel no pareció importarles.

—¿Cuánto te quedarás con nosotros? —le preguntó Patty, ofreciéndole una taza adornada con un gallo mal dibujado mientras observaba su equipaje: un macuto de lona y una maleta de color gris.

—En principio, unas dos semanas —respondió el Hombre de Gris—. Sí, me tendréis por aquí unos quince días.

El café era detestable. El Hombre de Gris se quitó la chaqueta, bajo la que vestía una camiseta de cuello de pico. Los Wetzel se quedaron mirándole los hombros y el pecho.

—¿Tendríais algo un poco más sustancioso? —les preguntó.

Tras soltar una risita, Patty sacó de la nevera tres cervezas Corona.

—No queremos que la clientela se piense que nos gusta el alcohol, y por eso… ¿Lima?

—Lima —repuso el Hombre de Gris. Durante unos segundos, no hubo allí más que tres adultos saboreando cerveza, bien merecida tras un largo día. Aquel silencio cómplice que compartieron los transformó casi en amigos.

—¿Dos semanas? —preguntó Shorty.

El Hombre de Gris no podía sino asombrarse por la manera de hablar de Shorty. Por lo visto, la gente de Henrietta no tenía por costumbre diferenciar entre unas vocales y otras.

—Más o menos. No sé cuánto tiempo me llevará acabar el trabajo.

Shorty se rascó la barriga.

—¿A qué te dedicas?

—Soy sicario.

—Con esa profesión, no debe de ser fácil ganarse la vida en estos tiempos, ¿no?

—Me iría mejor si fuera contable, desde luego —respondió el Hombre de Gris.

La respuesta les hizo mucha gracia a los Wetzel. Tras unos minutos de risas, Patty aventuró:

—¡Tienes una mirada muy intensa!

—La heredé de mi madre —mintió el Hombre de Gris. Lo único que había heredado de su madre era la incapacidad para ponerse moreno.

—¡Una mujer afortunada! —juzgó Patty.

Los Wetzel llevaban semanas sin recibir a ningún huésped, y el Hombre de Gris les permitió aprovechar su compañía durante una hora, tras la que se retiró a su habitación con una Corona, sabiendo que los había dejado impresionados.

Pensó que el mundo se ahorraría muchos problemas si hubiera más amabilidad y más decencia.

Su nuevo alojamiento era el sótano entero de la mansión. Deambuló bajo las vigas que sostenían la techumbre y se asomó a cuantas puertas pudo abrir. Vio colchas, cunas antiguas y desvaídos retratos de niños de la época victoriana. Todo olía a cerrado, a rancio. Pero le gustaban los lugares así, con pasado. Por lo demás, habría prescindido de los gallos.

Regresó al dormitorio y abrió el macuto. Entre pantalones, artículos de higiene y objetos robados envueltos en calzoncillos, encontró los aparatos que debía utilizar para detectar el Greywaren. En la repisa del ventanuco angosto y alto que había junto a la cama, situó un medidor de campos electromagnéticos, una vieja radio y un geófono, y después extrajo de la maleta un sismógrafo, un analizador de radiofrecuencias y un ordenador portátil, todo ello cortesía del profesor. Si por él fuera, el Hombre de Gris utilizaría métodos bastante más rudimentarios.

Los distintos diales y agujas se pusieron a oscilar sin ton ni son. El Hombre de Gris estaba al corriente de que el Greywaren provocaba aberraciones energéticas, pero lo que estaba viendo allí no era más que… ruido. Reinició algunos instrumentos y sacudió otros. Las lecturas no mejoraron. Quizá fuese el lugar; quizá todo allí estuviese cargado como una pila. Y lo que era peor: en aquellas circunstancias, los equipos podían resultar inútiles.

«En fin, tengo tiempo». Cuando el profesor le había explicado la tarea, le había parecido imposible: ¿un objeto que permitiese a su portador materializar aquello que viera en sueños? Desde luego, quería creérselo. Magia y misterio; el material del que estaban hechas las leyendas. Además, desde la primera vez que habían hablado, el profesor se había hecho con muchos otros artefactos igualmente inverosímiles.

El Hombre de Gris extrajo del macuto una carpeta que abrió sobre la cama. El

primer folio a la vista era el programa de una asignatura: Historia Medieval 1. Lectura obligatoria: *La fraternidad en la poesía anglosajona*. Se puso unos auriculares y seleccionó una lista de reproducción con canciones de The Flaming Lips. En resumidas cuentas, estaba contento.

Sonó el teléfono. La alegría del Hombre de Gris se quedó en suspenso. El número que parpadeaba en la pantalla no era de Boston y, por tanto, no podía ser su hermano mayor. Razón por la que respondió.

—Buenas noches —dijo.

—¿Lo son? Tal vez. —Era Colin Greenmantle, el profesor que le pagaba los gastos. La única persona con una mirada más intensa que la suya—. ¿Sabes qué es lo que me ayudaría mucho cuando tengo que llamarte? Tu nombre.

El Hombre de Gris no contestó. Greenmantle había aguantado cinco años sin saber cómo se llamaba; aguantaría otros cinco años más. A su modo de ver, si él mismo seguía sin acordarse de su propio nombre, terminaría por olvidarlo y convertirse en una persona distinta.

—¿Lo has encontrado? —preguntó Greenmantle.

—Acabo de llegar —pretextó el Hombre de Gris.

—No me has contestado. Bastaría con que dijeras que no.

—«No» no es lo mismo que «aún no».

Greenmantle guardó silencio. Se oyó el canto de un grillo que debía de andar cerca del ventanuco.

—Esta vez, quiero que te apures —dijo el profesor al fin.

Desde hacía ya bastante tiempo, el Hombre de Gris se dedicaba a perseguir cosas imposibles de hallar, imposibles de comprar, imposibles de tener; y el instinto le decía que el Greywaren no iba a dejarse encontrar a la primera de cambio. Le recordó a Greenmantle que ya habían transcurrido cinco años desde que habían empezado a buscarlo.

—Irrelevante.

—¿A qué viene tanta prisa?

—Hay otra gente buscándolo.

El Hombre de Gris dirigió la mirada hacia los aparatos. No le apetecía que Greenmantle le estropease el deleite de explorar Henrietta con calma.

Le dijo lo mismo que Declan Lynch sabía.

—Siempre ha habido otra gente buscándolo.

—Pero esa gente no siempre ha estado en Henrietta.

5

Más tarde, aquella misma noche en Manufacturas Monmouth, Ronan se despertó. Se despertó como un timonel llevando su barco contra las rocas: embistiendo a ciegas, envuelto en vértigos, con el alma en vilo.

Había soñado que volvía a Los Graneros en coche. El camino hacia la granja era tan revirado como el filamento de una bombilla, con una inacabable sucesión de curvas y bruscos cambios de rasante por terreno accidentado. Aquellas no eran las suaves colinas que le gustaban a Gansey. Los cerros orientales de Singer's Falls eran plegamientos verdes y abruptos, elevaciones súbitas y cañadas profundas en un bosque salpicado de peñascos. La niebla nacía en ellos y en ellos morían las nubes. La noche allí era mucho más oscura que en Henrietta.

Ronan había soñado con aquel trayecto una y otra vez, hasta el punto de que casi lo conocía más por los sueños que por el recuerdo. El negro azabache de la carretera, la vieja casa surgiendo de pronto de entre las sombras, la eterna luz de la habitación en la que su madre aguardaba en silencio. Pero, en sus sueños, nunca llegaba hasta la casa.

Tampoco lo había hecho en aquella ocasión. Con todo, había visto algo que quería recuperar.

Todavía acostado, intentó moverse. Recién despierto y después de haber soñado, su cuerpo no le respondía. Lo miró como si no fuera suyo, como si fuera el de un muerto en un funeral. Lo que veía se parecía poco a la sensación interior. Aquello que no quedase ensartado en la afilada crueldad que le tensaba la boca, sucumbiría a los despiadados ganchos del tatuaje, que lo arrastrarían bajo la piel para ahogarlo.

A veces, Ronan se imaginaba que se quedaría atrapado en tierra de nadie, flotando más allá de su propio cuerpo.

Le estaba prohibido ir a la granja. Al morir Niall Lynch —quien, en realidad, había sido asesinado con una palanca de desmontar neumáticos que Ronan había encontrado junto al cadáver cubierta de sangre, sesos e incluso partes de lo que había sido la cara, una cara que había estado viva hacía tan solo un par de horas mientras Ronan, a pocos metros, dormía a pierna suelta, algo que ya no podría volver a hacer—, un abogado les había explicado los detalles del testamento de su padre. Los hermanos Lynch serían ricos como muy poca gente en Virginia, pero también conocerían el exilio. El dinero sería suyo con una condición: no debían acercarse a la granja. La casa y todos sus contenidos les estaban vedados.

Y también su propia madre.

—Si vamos a juicio, le daremos la vuelta —había dicho Ronan—. Tenemos que luchar.

—Qué más da —le había contestado Declan—. Mamá no es nada sin él. Poco importa que no la veamos más.

—Tenemos que luchar —había insistido Ronan.

—Para ella, la lucha está perdida —había zanjado Declan, alejándose.

Ronan alcanzó a mover los dedos. Había vuelto a tomar posesión de su cuerpo. Notó la superficie fresca de la caja de madera que tenía en las manos y los aros de las pulseras de cuero que le rodeaban la muñeca. Notó las aristas y los surcos de las letras grabadas en la caja y las rendijas de sus piezas móviles. Se le aceleró el pulso. Era la emoción de crear, el pasmo violento de haber sacado algo de la nada. No resultaba sencillo extraer un objeto de los sueños.

No resultaba sencillo extraer tan solo un objeto de los sueños.

Traerse un bolígrafo era poco menos que un milagro. ¿Y qué decir de las cosas que Ronan veía en sus pesadillas? Solo él conocía los terrores que le campaban por la mente. Calamidades y demonios, conquistadores y monstruos.

Aquel era el secreto más peligroso de Ronan.

La noche se le revolvió en las entrañas. Rodeó la caja con los brazos mientras procuraba aclararse las ideas. Empezó a temblar levemente. Recordó lo que Gansey le había dicho:

«Eres un ser increíble, Ronan».

Era un ser increíble; pues perfecto. «¿Pero qué clase de ser soy?», pensó.

Con suerte, Gansey estaría despierto.

Ronan y Gansey padecían de insomnio, aunque cada uno lo afrontaba de manera diferente. Cuando no podía —o no quería— dormir, Ronan escuchaba música, bebía o se iba en busca de jaleo en la carretera. O todo a la vez. En las mismas circunstancias, Gansey prefería repasar el grueso diario en el que había recopilado todo lo relativo a Glendower o, si se encontraba demasiado cansado para la lectura, se entretenía empleando una caja de cereales y unas pinturas para añadir un edificio nuevo a la enorme maqueta de Henrietta que había construido. Ambos se sabían incapaces de ayudar al otro a conciliar el sueño. Pero a veces era un consuelo comprobar que el otro también estaba despierto.

Ronan salió de su habitación con Sierra en el hombro. Y, efectivamente, Gansey estaba sentado con las piernas cruzadas en la calle principal, zarandeando con suavidad, frente al chorro del aire acondicionado, un trozo de cartón que acababa de pintar. Visto así, de noche, parecía muy pequeño, o quizá el almacén muy grande. Iluminada tan solo por la pequeña lámpara que Gansey había situado en el suelo, junto al diario, la estancia se volvía cavernosa, una cueva de brujo atiborrada de libros, mapas y distintos instrumentos topográficos montados en trípodes. La oscuridad del exterior se pegaba a los cientos de cristales que componían el ventanal, haciéndolo tan opaco como el resto de las paredes.

Ronan dejó junto a Gansey la caja de madera con la que había soñado y se retiró

al extremo opuesto de la calle en miniatura.

Con las gafas de montura de metal en la punta de la nariz, Gansey ofrecía un aspecto bastante pintoresco, como de profesor. Miró la caja, miró a Ronan y miró de nuevo la caja sin decir nada. Eso sí, se quitó del oído uno de los auriculares mientras proseguía con la labor de verter una línea de pegamento en una de las juntas de la maqueta.

Ronan estiró el cuello para relajar la musculatura y permitió que Sierra descendiese al suelo. El pájaro procedió a volcar la papelera e inspeccionar su contenido. Era una operación ruidosa, como de un secretario revolviendo papeles.

Se trataba de una escena cotidiana. Los dos chicos llevaban casi dos años viviendo juntos en Manufacturas Monmouth, prácticamente desde que Gansey había llegado a Henrietta. Desde luego, el edificio había cambiado bastante. Al principio no era más que una de las plantas abandonadas del valle. Nadie las derribaba. Caían en el olvido. Y Manufacturas Monmouth no había sido diferente.

Pero, nada más llegar al pueblo armado con sus alocados proyectos y su llamativo Camaro, Gansey había comprado el edificio de una tacada, con dinero en efectivo. A pesar de que hubiese mucha gente que pasaba por allí a diario, nadie le prestaba atención. Estaba cercado por la hierba y las enredaderas, y Gansey lo había salvado.

El otoño siguiente, Gansey y Ronan habían dedicado la mitad del tiempo libre a buscar a Glendower y la otra mitad a retirar los cachivaches que se acumulaban en el segundo piso. El suelo estaba cubierto de manchas de pintura desconchada. Del techo colgaban toda clase de cables que parecían las lianas de una selva. Había tablas de madera apolillada dispuestas a modo de cabañas, apoyadas en horrendos escritorios de la época de la guerra fría. Los chicos habían ido trasladándolo todo al aparcamiento, en donde pretendían quemarlo, pero la policía se había presentado allí y les había prohibido hacerlo. Sin embargo, después de que Gansey les explicase la situación, los agentes habían terminado por echarles una mano. Ronan se había quedado de piedra; todavía no sabía que Gansey era capaz de convencer al mismo sol de que se detuviese y le diera más tiempo.

Estuvieron meses trabajando en Manufacturas Monmouth y en Glendower. La primera semana de junio, Gansey encontró una estatua descabezada de un pajaro con la palabra «rey» inscrita en galés en el vientre. La segunda semana, consiguieron reparar una nevera y la instalaron en el cuarto de baño de arriba, justo al lado del retrete. La tercera semana, Niall Lynch murió asesinado. La cuarta, Ronan se mudó al almacén.

Mientras colocaba en su sitio un porche hecho con una caja de cereales, Gansey preguntó:

—¿Qué fue lo primero que trajiste? ¿Siempre supiste que tenías esa capacidad?

A Ronan le agradó ser el centro de interés.

—No, no siempre. Fue un ramo de flores. Me refiero a la primera vez.

Se acordó del sueño: un bosque viejo y encantado, unas flores azules y

abombadas creciendo aquí y allá. Iba caminando entre árboles susurrantes acompañado por alguien que solía estar con él en los sueños, y entonces, súbita como el soplo de una borrasca, una presencia poderosa había barrido el follaje de las ramas. Aterrorizado y convencido de que aquella extraña fuerza venía a por él y solo a por él, Ronan se había agarrado a lo primero que había encontrado para evitar que el misterioso fenómeno se lo llevase a las alturas.

Al despertar, se había descubierto asiendo un haz de flores azules de una especie que no conocía.

Ronan intentó explicárselo a Gansey: la rara consistencia de los estambres, la vellosidad de los pétalos, la inverosimilitud de aquellas flores.

Ni aun ante Gansey era capaz de describir el júbilo y el espanto que había sentido. La certeza cegadora: «Soy igual que mi padre».

Mientras Ronan hablaba, Gansey contemplaba la noche con los ojos entrecerrados. Su meditabunda expresión delataba asombro o pesar; cuando se trataba de Gansey, lo uno y lo otro iban a menudo a la par.

—Pero fue accidental —valoró Gansey. Tapó el bote de pegamento—. ¿Ahora serías capaz de hacerlo a propósito?

Ronan se debatió entre exagerar sus capacidades o enfatizar la dificultad de la tarea.

—A veces soy capaz de controlar lo que traigo, pero no puedo elegir lo que sueño.

—Explícame cómo es eso. —Gansey se estiró para sacarse del bolsillo una hoja de menta. Se la metió en la boca y continuó hablando mientras la mascaba—. Cuéntamelo paso a paso. ¿Cómo empieza?

En las proximidades de la papelera sonó un sonido como de papel que se rasgaba. El cuervo acababa de rajar un sobre.

—Primero, me tomo una cerveza —dijo Ronan.

Gansey lo fulminó con la mirada.

Lo cierto era que Ronan no entendía muy bien el proceso. Intuía que estaba relacionado con la manera en que se quedaba dormido. Los sueños se volvían más maleables cuando bebía; menos dominados por la ansiedad y más susceptibles de manipulación, hasta que de pronto se disolvían.

Iba a decir eso mismo, pero lo que le salió fue otra cosa.

—Están en latín, sobre todo.

—¿Cómo?

—Desde siempre. Lo que pasa es que cuando era niño no sabía identificar el latín.

—Ronan, eso no tiene sentido —contestó Gansey con severidad, como si Ronan hubiese tirado un juguete al suelo.

—No jodas, Sherlock. Pero resulta que es así.

—¿Pero qué es lo que está en latín? ¿Lo que piensas? ¿Los diálogos? ¿Sueñas con gente que habla en latín? ¿Y yo? ¿Estoy en tus sueños?

—Claro, mi amor. —Ronan se rio de su propio chiste. Sus carcajadas alarmaron a Sierra, que de inmediato fue a comprobar que no le estuviera dando una apoplejía. De vez en cuando, Ronan también soñaba con Adam, quien se le aparecía hosco y desdeñoso en sus torpes intentos de comunicarse.

Gansey continuó con el interrogatorio.

—¿Y yo te hablo en latín?

—Tío, tú hablas en latín hasta en la vida real. Así que no tiene demasiada importancia. Pero el hecho es que así es, cuando estás. Pero, por lo general, es gente que no conozco. O inscripciones; sí, las inscripciones están en latín. Y también los árboles hablan en latín.

—Como en Cabeswater.

Sí, como en Cabeswater. En la íntima familiaridad que le inspiraba Cabeswater, el cual, sin embargo, no había conocido hasta la primavera anterior. Aun así, al llegar allí, se había sentido como si fuese un lugar perteneciente a un sueño olvidado.

—Será coincidencia —opinó Gansey. Porque no lo era. Porque era lo que tocaba decir—. ¿Y si quieres algo en concreto?

—Cuando quiero algo, tengo que estar lo bastante consciente para saber que lo quiero. Casi despierto. Y tengo que desearlo mucho. Y después, tengo que agarrarlo —Ronan pensó en poner como ejemplo las llaves del Camaro, pero desechó la idea —. Tengo que agarrarlo no como en un sueño, sino como si fuera real.

—No lo entiendo.

—No puedo fingir que lo tengo en la mano. Debo sujetarlo de verdad.

—Sigo sin entender.

Tampoco Ronan lo entendía, pero no se le ocurría otro modo de describirlo. Se quedó unos instantes callado, meditando y oyendo el ruido que hacía el cuervo al picotear el sobre.

—Mira, es algo así como darle la mano a alguien —dijo al fin—. Se te acerca un tío con la mano por delante, ¿no? Y tú se la miras y, antes incluso de tocársela, es como si supieras si la va a tener sudada o no. Bueno, pues esto es lo mismo.

—En resumidas cuentas: no sabes cómo explicarlo.

—Acabo de hacerlo.

—No. Lo que has hecho es acumular verbos y sustantivos de manera bastante correcta pero ilógica.

—Insisto, acabo de explicarlo —remarcó Ronan, tan alterado que Sierra hizo ademán de echarse a volar de puro susto—. Es una pesadilla, colega. Imagínate que sueñas que te muerden y que, al despertar, ves que tienes una dentellada en el brazo. Es así.

—Oh —murmuró Gansey—. ¿Entonces te duele?

A veces, cuando traía algo de un sueño a la realidad, Ronan se quedaba tan aturdido que, durante horas, el mundo real le parecía pálido y descolorido. En ocasiones, ni siquiera podía mover las manos. Y había días en que Gansey creía que

había estado bebiendo. Sí, había veces en que de verdad se sentía como si estuviera borracho.

—¿No dices nada? ¿Significa eso que sí? En fin, ¿qué es eso que tienes ahí? —Gansey se hizo con la caja de madera. Mientras la manipulaba, se hundió una de las piezas incrustadas en el costado que no estaba tocando.

—Es una caja rompecabezas.

—¿Y eso qué significa?

—Yo qué coño sé. En el sueño tenía ese nombre.

Gansey miró a Ronan por encima de la montura de las gafas.

—No me hables en ese tono, Ronan. ¿De verdad no tienes ni idea?

—Creo que vale para traducir. O eso vi en el sueño.

Vistos de cerca, los surcos formaban letras y palabras. Los botones que tenía la caja eran tan pequeños y la caligrafía tan precisa que costaba imaginar cómo se había hecho. También resultaba sorprendente que los discos giratorios sobre los que estaban realizadas las inscripciones estuviesen unidos a la madera sin que se advirtiese ninguna juntura.

—Por este lado, latín —observó Gansey dándole la vuelta a la caja—. Y en este, griego. Y esto de aquí debe de ser… sánscrito. ¿Y esto? ¿Será copto?

—¿Y yo qué sé qué pinta tiene el copto? —replicó Ronan.

—Pues deberías, por lo que cuentas. En cualquier caso, creo que es copto. Y esto de aquí es nuestro idioma. Sin embargo, no sé lo que es esto otro. El resto son lenguas muertas, pero esta no la reconozco.

—Oye —dijo Ronan poniéndose de pie—. Estás mareando la perdiz. —Caminó hacia Gansey y le quitó la caja. Accionó los discos que empleaban su idioma y, al punto, los botones de los demás costados empezaron a moverse. Había algo estremecedor en todo aquello.

—Vas a hacer que me estalle la cabeza —musitó Gansey.

Ronan le mostró la cara correspondiente a su lengua. Las letras formaban la palabra «árbol». Luego, le enseñó la parte latina, en donde se leía «bratus». Y después, la que estaba en griego: «δένδρον».

—Es decir, que ha traducido la palabra «árbol» en todas esas lenguas. Aun así, sigo sin saber qué idioma es ese. ¿«T'ire»? No me suena a… —Agotado su conocimiento de curiosidades idiomáticas olvidadas, Gansey dejó la frase en el aire —. Estoy que me caigo.

—Pues duerme.

Gansey miró a Ronan fijamente. No alcanzaba a creer que alguien como él, precisamente, pudiera pensar que dormir era tan sencillo.

—Pues vayamos a Los Graneros —propuso Ronan.

Gansey estaba atónito. No alcanzaba a creer que Ronan pudiera proponer algo tan descabellado a una hora tan intempestiva.

—Pues entonces, ¿qué tal si nos tomamos un zumo de naranja? —ofreció Ronan.

Gansey reflexionó. Observó el lugar en donde había dejado las llaves, junto a la planta de menta. A su lado estaba el viejo reloj que había encontrado tirado en las proximidades de un contenedor de basura; marcaba las tres y treinta y dos.

—Vale —dijo Gansey.

Y se fueron a tomar un zumo de naranja.

6

—No te despegas del teléfono —dijo Blue.

—Lo que pasa es que envidias mi trabajo —contestó Orla, impertérrita.

—Para nada. —Sentada en el suelo de la cocina de su madre, Blue le lanzó a su prima mayor una mirada feroz mientras se ataba un zapato. De pie junto a ella, Orla ofrecía una imagen más bien imponente: llevaba una blusa de imitación de cachemir tan ceñida que parecía una segunda piel, y unos pantalones de campana en cuyas perneras habría podido esconderse una familia de conejos. Hipnótica, Orla trazó con el teléfono un ocho en el aire.

El teléfono en cuestión se correspondía con la línea de servicios de videncia que operaba desde el segundo piso del 300 de Fox Way. Por un dólar cada minuto, los clientes recibían un análisis superficial de sus arquetipos —no tan superficial en el caso de Orla— y una recua de sabios consejos que los ayudasen a mejorar sus destinos. Todos los habitantes de la casa atendían las llamadas por turnos. Todos menos Blue, como Orla estaba señalando.

Las percepciones extrasensoriales no se contaban entre los requerimientos del trabajo que tenía Blue para el verano. De hecho, las camareras se volverían locas en el Nino si contasen con más de cinco sentidos. Aunque, por lo general, Blue tuviese por principio no hacer cosas desagradables, el hecho era que el trabajo la desagradaba y que, no obstante, aún no lo había dejado. Ni tampoco la habían despedido. Trabajar de camarera exigía paciencia, una sonrisa perenne y convincente y la capacidad de poner la otra mejilla mientras se rellenaban de refresco dietético todos los vasos vacíos. Blue no cumplía todas esas condiciones a la vez y siempre le ocurría que la que necesitaba en un momento dado resultaba ser precisamente aquella para la que no le alcanzaban los ánimos. Y no ayudaba el hecho de que la clientela del Nino se compusiera casi en exclusiva de alumnos de Aglionby, quienes tenían por costumbre lanzar los piropos más ruidosos y groseros.

Pero el sueldo estaba muy bien.

—Oh, por favor —se quejó Orla—. Todo el mundo sabe que ese es el motivo por el que te irritas tanto.

Blue se levantó y se plantó frente a su prima. De no ser por la nariz, demasiado grande, Orla era muy guapa. Poseía una larga melena de color castaño que llevaba sujeta con una diadema de encaje, un rostro alargado que solo interrumpía la protuberancia de la nariz, y un cuerpo cuya esbeltez natural se veía incrementada por las plataformas de los zapatos. Por muy derecha que se pusiera, Blue, que no superaba el metro y medio de estatura, apenas le llegaba al cuello, de piel bronceada.

—Me da igual no ser adivina —argumentó Blue. No era del todo cierto, pero no

envidiaba las dotes de Orla para la clarividencia. Lo que sí envidiaba era su capacidad para ser diferente sin siquiera proponérselo. Blue debía esforzarse. Y mucho.

—No me mientas, Blue —respondió Orla, de nuevo haciendo lentos aspavientos con el teléfono—. Por si lo habías olvidado, puedo leerte el pensamiento.

—Nada de eso —replicó Blue con sequedad mientras tomaba su cartera cubierta de botones de la encimera. Que no fuera médium no significaba que no conociese los entresijos de la profesión. Observó el reloj del horno. Se le hacía tarde. Demasiado tarde. Apenas tenía tiempo—. A diferencia de lo que pasa con algunas, mi amor propio no depende de mi ocupación.

—Oooh —cacareó Orla, echando a trotar por el pasillo con zancadas de cigüeña. En ella, el acento de Henrietta había sido suplantado por un suntuoso deje sureño—. Me parece a mí que hay alguien por aquí que ha pasado demasiado tiempo en compañía de Richard Campbell Gansey Tercero. «Mi amor propio no depende de mi ocupación» —repitió, imitando de manera teatral y exagerada la forma de hablar de Gansey. Hablaba como lo habría hecho un gerifalte del ejército confederado.

Blue la adelantó y se encaminó hacia la puerta.

—¿Todo esto es por haberte dicho que no te despegas del teléfono? Pues no pienso retirarlo. No creo que a nadie le guste que le prediguen el futuro con esa voz que pones. Mamá, haz que Orla me deje en paz. Tengo que irme.

Instalada en el cuarto en que despachaban a la clientela, Maura levantó la vista. Aunque más alta, era la viva imagen de su hija. Como siempre, se tomó con humor la exhibición de carácter de Blue.

—¿Te vas al Nino? ¿Qué tal una cartita antes?

Pese a lo tardío de la hora, Blue fue incapaz de resistirse. «Solo será un momento», se dijo. Desde pequeña, adoraba el ritual de predecir la fortuna mediante una sola carta. A diferencia de la compleja cruz celta que su madre componía con la baraja del tarot cuando estaba con clientes, la carta única resultaba divertida, pintoresca y breve. Más que a un ejercicio de clarividencia, se asemejaba a un cuento muchas veces oído en el que Blue desempeñaba siempre el papel de heroína.

Blue se sentó junto a su madre, cuyo reflejo daba lugar a una figura difusa en el lustre de la mesa. Sin desviar la mirada de las cartas, Maura le acarició la mano, eligió un naipe al azar y le dio la vuelta.

—Ah, ahí te tenemos —dijo.

Se trataba de la sota de copas, la carta que, tal y como Maura acostumbraba a decir, mejor representaba a Blue. En aquella baraja en particular, la ilustración consistía en una figura de rostro lozano que sostenía un cáliz adornado con diamantes. El palo de copas representaba las relaciones —las de amor y las de amistad—, y la sota indicaba posibilidades nuevas e inminentes. Blue había oído muchas veces la interpretación que vendría a continuación, y casi oía ya las palabras: «¡Fíjate en cuántas potencialidades hay en ella!».

De manera que se adelantó.

—¿Y cuándo van a hacerse realidad las potencialidades? —inquirió.

—Ay, Blue.

—No me vengas con eso de «ay, Blue» —Blue soltó la mano de su madre—. Lo único que quiero es saber cuándo esas potencialidades van a pasar a ser algo más.

Maura devolvió la carta a la baraja con gesto enérgico.

—¿Quieres que te dé la respuesta que quieres oír o la de verdad?

Blue resopló. Solo había una respuesta que buscara oír.

—Quizá ya seas algo más. Con tu presencia haces que aumenten nuestros poderes adivinatorios. Tal vez ese algo más que tienes es el potencial que despiertas en otras personas.

Blue llevaba toda la vida sabiéndose una rareza. Y sí, estaba bien ser útil. Pero no bastaba. Aquello no era el «algo más» dichoso.

—No voy a ser una subordinada —dijo, haciendo acopio de paciencia.

Desde el pasillo se oyó la voz de Orla decir, nuevamente con aquel meloso toque sureño:

—«No voy a ser una subordinada». Pues entonces deja de frecuentar a millonarios.

Malhumorada, Maura siseó pidiendo silencio.

—Orla, ¿no deberías estar al teléfono?

—No importa. Me voy a trabajar —dijo Blue tratando de ignorar las palabras de Orla. Pero era cierto que le costaba menos mantener la calma en el instituto que cuando se veía rodeada por adivinas o por niños ricos.

«No», pensó. «No es eso. Lo que cuenta es lo que hago y no lo que soy».

Con todo, la idea le pareció un poco endeble. Todo era más fácil cuando se identificaba con Adam, que era el que menos recursos tenía del grupo. Pero ahora se sentía como si tuviera algo que demostrar. Los demás eran los poderosos, y ella debía apañárselas para ser la ocurrente o algo por el estilo.

Su madre agitó un naipe en el aire a modo de despedida.

—Adiós. ¿Vendrás a cenar? Tendré preparada una ración de crisis de identidad.

—Oh —respondió Blue—. Pues guárdame un poco. Si es que no la tienes ya preparada.

Al llegar al Nino, Blue descubrió que Gansey, Adam, Noah y Ronan ya se habían hecho con una de las mesas grandes del fondo. Como no había podido ir a visitarlos, habían decidido presentarse allí para hablar con ella de Glendower.

«¡Ja!», se dijo. «¡Toma ya, Orla!».

Adam y Gansey se habían sentado en un banco, forrado de naranja y bastante roto, que se extendía a lo largo de la pared. Por su parte, Noah y Ronan ocupaban sendas sillas del otro lado de la mesa. En el círculo de luz proyectado por la lámpara verde que colgaba del techo había una caja de madera. La rodeaba una colección de diccionarios de idiomas.

Blue hizo el esfuerzo de comparar la imagen que tenía de los chicos con la primera impresión que le habían causado. Además de desconocidos, le habían parecido el enemigo. Le chocó haberlos visto de aquel modo. Quizá tuviera una crisis de identidad, pero esta se manifestaba en casa y no con ellos.

Jamás lo habría previsto.

Les llevó una jarra de té helado.

—¿Qué es todo eso?

—¡Jane! —exclamó Gansey con alegría.

—Es una caja con un mago dentro —dijo Adam.

—Te hace los deberes y todo —apuntó Noah.

—Y hasta te roba la novia —apostilló Ronan.

Blue frunció el ceño.

—¿Estáis todos borrachos?

Excitados y sin hacer caso de su pregunta, le enseñaron el funcionamiento de la caja de madera. No la sorprendió demasiado que se tratase de un curioso artefacto que servía para traducir. Lo que sí la sorprendió fue que hubiesen sido lo bastante previsores para traer consigo los diccionarios.

—Queríamos saber si las traducciones son correctas —explicó Gansey—. Y, por lo visto, el chisme no falla.

—Esperad un momento —pidió Blue, que acudió a la mesa catorce para atender a una pareja. También querían té helado.

El Nino era inmerecidamente famoso por su té helado, el cual, según rezaba un cartel colocado en una de las ventanas, se preciaba de ser el mejor de Henrietta. Sin embargo, Blue se encontraba en posición de atestiguar que la preparación del té no entrañaba ningún secreto ni sofisticación. «Los chicos del cuervo son presa fácil de la publicidad», se dijo.

Al regresar, se apoyó en la mesa junto a Adam, quien le tocó la muñeca. Blue no supo cómo reaccionar. ¿Debía tocarlo también ella? Optó por no hacer nada, lamentando, eso sí, no haber dado con la respuesta correcta.

—Por cierto, ¿qué idioma es ese de ahí? —preguntó.

—No lo sabemos —contestó Gansey entre sorbo y sorbo, con la pajita en la boca —. ¿Por qué será tan bueno el té de aquí?

—Le echo saliva. Dejadme ver eso.

Blue se hizo con la caja. Pesaba lo suyo, como si estuviese llena de resortes y mecanismos. En realidad, era un poco como el diario en el que Gansey documentaba la búsqueda de Glendower. Desde luego, había sido soñada con todo lujo de detalles; tratándose de Ronan, costaba creerlo.

Manipulando la caja con cautela, Blue movió los discos del costado correspondiente para formar la palabra «azul». En los demás lados, los botones se hundieron y los discos giraron sin emitir ni un solo sonido.

Blue fue leyendo los vocablos resultantes: *hyacinthus*, ϣⲱϣⲉⲛ, नील, *celea*. Uno

de los costados no había funcionado.

Gansey señaló cada una de las palabras.

—Latín, copto, sánscrito, un idioma que no conocemos y… Aquí debería aparecer la palabra en griego. Es raro que no haya nada, ¿verdad?

—No —repuso Ronan, despreciativo—. Los griegos de la antigüedad no tenían una palabra para el color azul.

Los demás se lo quedaron mirando.

—¡Caramba, Ronan! —exclamó Adam.

—Me cuesta entender —dijo Gansey— cómo es posible que todo ese conocimiento que tienes de la época clásica nunca llegue a reflejarse en las notas.

—Porque nunca me hacen las preguntas adecuadas —dijo Ronan.

En aquel momento, la puerta del restaurante se abrió. Pese a que le tocase a ella atender a los recién llegados, Blue se demoró un poco más, fascinada por la caja.

—Tengo una pregunta adecuada —anunció—. ¿En qué idioma está esto?

Ronan torció el gesto, irritado.

—No lo sabemos —admitió Gansey ladeando la cabeza.

Blue señaló con un dedo a Ronan, quien se mordió el labio.

—Él sí lo sabe. De algún modo, lo sabe. Estoy convencida.

—Tú no estás convencida de una mierda —le espetó Ronan.

Se hizo un breve silencio. Aquel tipo de contestaciones impertinentes no eran raras en Ronan. Sin embargo, hacía tiempo que no las empleaba con Blue.

Consciente de estar ruborizándose, Blue se enderezó.

—Ronan —dijo Gansey, tomándose su tiempo para pronunciar cada una de las sílabas—, no vuelvas a hablarle a Jane de esa manera.

Tanto Adam como Blue dirigieron la mirada hacia Gansey, quien, a su vez, fijó los ojos en su servilleta. Lo extraño del momento no se debía a lo que había dicho, sino a que no hubiera mirado a nadie.

Blue decidió intervenir pese al intenso calor que notaba en las mejillas.

—Oye, no necesito que me defiendas —le dijo a Gansey. Luego, volviéndose hacia Ronan, añadió—: Y tú no creas que voy a permitir que me hables así. Porque me da igual que estés pirado.

Al volverse hacia la parte delantera del restaurante, oyó a Adam decir:

—Eres imbécil, Ronan.

Luego oyó una risotada de Noah. Pero lo que acabó de desanimarla fue el individuo que aguardaba en la entrada: Joseph Kavinsky. No había modo de confundirlo: era el típico alumno de Aglionby que venía de fuera. Entre los atributos de su rostro —la nariz alargada, los ojos hundidos, las pestañas espesas y el oscuro arco de las cejas— no había ni uno que se pareciera a las caras que solían verse por la región. Como muchos otros chicos del cuervo, se distinguía por unas enormes gafas de sol, el pelo peinado de punta, un pequeño pendiente, una cadena alrededor del cuello y una camiseta blanca y sin mangas. Sin embargo, a diferencia de los demás

chicos del cuervo, conseguía aterrorizar a Blue.

—Oye, muñeca —dijo para saludarla, y se le aproximó con rapidez. Siempre inquieto, siempre en movimiento. Blue le detectó algo errático y vulgar en la expresión de los carnosos labios de la boca, como si fuera a tragársela si se acercaba lo suficiente. Detestaba hasta su olor corporal.

Tenía muy mala fama, incluso en el instituto de Blue. Si necesitabas algo para mantener la cabeza en funcionamiento durante la temporada de exámenes, él lo tenía. Si querías un carné falso, él te lo conseguía. Si te daba la gana de hacerte daño, allí estaba él.

—No soy ninguna muñeca —respondió Blue con voz glacial asiendo uno de los menús plastificados. Volvían a arderle las mejillas—. ¿Mesa para uno?

Pero no la estaba escuchando. Se puso de puntillas y estiró el cuello para otear el panorama. Sin siquiera dirigirle la mirada, le dijo:

—Mi gente ya está aquí.

Y siguió adelante. Como si ella no existiese.

Blue no estaba segura de ser capaz de perdonar a Kavinsky por hacerla sentirse siempre insignificante, y tampoco sabía si se perdonaría a sí misma por no tomar medidas para impedirlo.

Devolvió el menú a su lugar y se quedó allí parada durante unos instantes, odiándolo todo y a todos, odiando aquel trabajo y notando el amargo sabor de una extraña humillación.

Luego, tomó aire y fue a servir té en la mesa catorce.

Kavinsky fue derecho hacia la mesa del fondo y, al punto, las posturas de Gansey y los demás cambiaron de manera drástica. Adam se puso a observar la mesa con estudiado desinterés. Noah, vuelto ya una figura bastante borrosa, agachó la cabeza, si bien no pudo apartar la vista del recién llegado. Gansey se puso de pie y afirmó las manos en la mesa con gesto más bien amenazador. Pero fue a Ronan a quien se le notó más la transformación. Pese a que continuara con los brazos cruzados como si no pasara nada, los hombros se le tensaron ostensiblemente. A los ojos le acudió un gesto feroz, una urgencia que era la misma con la que había observado el vuelo del avión teledirigido.

—He visto tu pedazo de chatarra aparcado en la calle —le dijo Kavinsky a Gansey—. Y me he acordado de que tengo algo para Lynch.

Riéndose, dejó frente a Ronan un bulto enmarañado.

Ronan contempló el regalo con una ceja enarcada en manifiesta señal de desdén. Repantigándose en el asiento, fue deshaciendo el revoltijo hasta que se hizo patente que se trataba de una colección de pulseras semejantes a las que le gustaba llevar.

—Qué detalle, tío —Ronan levantó en el aire las pulseras, que se quedaron colgando como espaguetis—. Pegan con todo.

—Como tu madre —replicó Kavinsky, de buen humor.

—¿Y qué quieres que haga con ellas?

—¿Y a mí qué me dices? Las vi y pensé en ti. Regálalas. Para un amigo invisible y tal, aunque en tu caso…

—¿Qué pasa en su caso? —murmuró Gansey.

—Ya tuvo que intervenir el defensor de las causas pobres —repuso Kavinsky, que posó una mano abierta en la cabeza de Ronan y le revolvió el cabello. Ronan parecía a punto de darle un mordisco—. En fin, me largo. Cosas que hacer y eso. Disfrutad de la terapia de grupo.

Al marcharse, ni siquiera miró a Blue. «Es mejor que no me haga caso», se dijo Blue. «¿Será esto lo mismo que siente Noah?».

—Lo único que me alegra es imaginar el concesionario de coches de segunda mano en que va a trabajar cuando llegue a los treinta —comentó Gansey.

Con la cabeza gacha, Ronan continuó examinando las pulseras. Tenía los puños cerrados. Blue se preguntó cuál sería el verdadero significado del regalo de Kavinsky. Se preguntó si Ronan lo sabría.

—Lo dicho —murmuró Gansey—. Un macarra.

7

El Hombre de Gris no estaba nada contento con el coche de alquiler. Daba la impresión de que, cuando era nuevo, no había sido conducido por gente que supiera pisar el acelerador, y no había manera de que el chisme se comportase como era debido. Desde que había ido a recogerlo, se le había calado varias veces y había exhibido una extraordinaria resistencia a alcanzar el límite de velocidad.

Para colmo, era de color crema. No existía un color más absurdo para un coche.

Habría querido cambiarlo por otro, pero prefería no hacer nada que llamase la atención. Había tenido que entregar el coche de alquiler anterior con una mancha en el asiento trasero que podía levantar sospechas, y no quería correr ningún riesgo.

Tras meter en el automóvil todos los aparatos de Greenmantle, el Hombre de Gris inició la cacería electromagnética. No le importaba demasiado que los pilotos luminosos, las alarmas y las agujas no acabaran de decidirse sobre la localización del Greywaren. Henrietta tenía su encanto. El centro del pueblo estaba ocupado por bocadillerías en donde se adivinaban exuberantes chorros de grasa, tienduchas trasnochadas en las que se vendían cacharros de segunda mano, porches combados bajo el peso de los años y rústicos tejadillos apoyados en columnas de sección cuadrada. Como los libros de una biblioteca, los edificios estaban bien cuidados, pero se notaba que habían pasado por muchas manos.

Como las lecturas de los instrumentos seguían siendo confusas, el Hombre de Gris aparcó el adefesio rodante junto a un establecimiento que anunciaba «¡el mejor atún de Henrietta!». Entró, pidió un bocadillo y un batido y, al acodarse en el acero inoxidable del mostrador, vio que acababa de producirse un apagón.

La encargada, una señora con los labios pintados de rojo, aporreó con una mano regordeta la máquina de los batidos y musitó un juramento con acento dulzón y casi afectuoso.

—La electricidad volverá enseguida —prometió.

Vistas a la tenue luz que entraba por las ventanas, las existencias —un batiburrillo de postales, chucherías y medicamentos esparcidos por las estanterías— tenían un aspecto mísero y desabrido.

—¿Ocurre a menudo?

—Sí señor, sí. La cosa empezó la primavera pasada. Venga a irse la luz. Y también las subidas de tensión. ¡Allá van los fusibles! Figúrese que hasta se incendian los transformadores. Y oiga, que, de repente, van y se encienden las luces del estadio, el de Aglionby, sin que haya partido ni nada. En fin, lo bueno es que, al ser verano, no tenemos que aguantar a toda esa juventud. O no a toda, porque los hay que no se marchan. Pero usted está de paso, ¿verdad?

—Voy a quedarme unas semanas.

—Pues entonces andará por aquí el cuatro de julio.

El Hombre de Gris tuvo que hacer un repaso mental del calendario. No solía llevar cuenta de las festividades.

—No debe perderse las fiestas del condado —dijo la mujer meneando con desgana el batido que estaba preparando—. Busque sitio en la azotea del juzgado, que desde allí verá muy bien lo lindos que son los fuegos artificiales. Eso sí, no se confunda con los de esa gente.

—¿Qué gente?

—La gente de Aglionby —respondió la mujer—. Algunos de esos muchachitos se dedican a jugar con petardos cuando no deberían. Asustan a las señoras mayores. No sé por qué el *sheriff* no le para los pies a ese granuja.

—¿Qué granuja? —El Hombre de Gris estaba interesado en saber por qué el plural implícito en «la gente de Aglionby» se había transformado en el singular de «ese granuja».

La mujer se quedó absorta mirando los coches que circulaban por la calle. Al cabo de unos momentos, volvió en sí.

—Pero la culpa es de los de HEPCO. Saben perfectamente que la instalación es muy vieja, pero ¿piensa usted que la cambian? No señor.

El brusco cambio de tema hizo que el Hombre de Gris alzara las cejas, parpadeando.

—¿HEPCO?

—¿Qué dice? Ah, HEPCO es la compañía eléctrica de Henrietta. —Tal y como lo había dicho, había sonado más bien como «campana ética de enreda». Como por invocación de sus palabras, se restableció la electricidad—. Mire, ya ha vuelto. Ya se lo decía yo. No hay que preocuparse.

—Ya veo —dijo el Hombre de Gris mirando de soslayo los parpadeos de los tubos fluorescentes del techo—. Pero no estaba preocupado.

Ella reaccionó con una risita satisfecha y paternalista.

—Si usted lo dice…

El atún del bocadillo estaba bueno. Era el primero que probaba el Hombre de Gris desde su llegada, de modo que le faltaba información para saber si era el mejor del pueblo.

Volvió al coche y prosiguió con la ronda. Al atravesar la interestatal, la arquitectura de pretensiones victorianas fue suplantada por un paisaje de campos, graneros con torrecillas apuntadas, casas de paredes blancas, ganado y camionetas herrumbrosas. La paleta de colores estaba compuesta casi en exclusiva por los rojos y los verdes, y hasta la basura parecía haber brotado de las laderas de las colinas. Lo único que estaba fuera de lugar eran las montañas que jalonaban el horizonte como espectros azules.

Para sorpresa del Hombre de Gris, los instrumentos de Greenmantle empezaron a

alcanzar cierto consenso en sus indicaciones.

Apuntaban hacia una carretera secundaria. En ella, el Hombre de Gris no divisó más que buzones y viviendas de una sola planta.

Sonó el teléfono.

Era su hermano.

El Hombre de Gris sintió que le daba un vuelco el estómago.

El teléfono tan solo emitió dos tonos. «Una llamada perdida». Su hermano no pretendía que contestara; lo único que quería era que detuviese el coche y se quedase pensando si debía devolverle la llamada o si debía esperar a que volviese a sonar el teléfono. Lo que pretendía era sacarlo de sus casillas.

Lo sacó de su ensimismamiento un perro de caza que se puso a ladrar junto a la puerta del coche. El Hombre de Gris escondió el teléfono en la guantera.

Y volvió a concentrarse en los aparatos de Greenmantle.

Lo condujeron hacia una casa pintada de amarillo junto a la cual había un cobertizo vacío. Con el medidor de campos electromagnéticos en una mano y el magnetómetro de cesio en la otra, el Hombre de Gris se apeó del coche y recibió el embate abrasador de los rayos del sol.

Se agachó para pasar bajo un tendedero sin ropa. Reparó en una caseta de perro en la que no había ningún animal. El aire que respiraba le trajo el aroma seco y sustancioso de un campo de maíz, pero no divisó ninguno. La situación le hizo pensar en la funesta impresión que había tenido al producirse el corte del suministro eléctrico cuando había decidido probar el supuesto «mejor atún de Henrietta».

Tras la casa encontró una huerta muy extensa y ambiciosa, y en ella vio siete impecables bancales en los que crecían matas de tomate, guisantes, habas y zanahorias. Los siguientes cuatro, en cambio, habían resultado ser menos fértiles. Mientras se dejaba guiar por las pulsaciones del piloto luminoso del lector de campos electromagnéticos, cuya cadencia iba acelerándose, el Hombre de Gris observó que los cultivos raleaban cada vez más a medida que iba desplazándose en perpendicular a los bancales. Los tres del fondo eran apenas unas franjas de tierra yerma orientadas hacia campos distantes. Como esqueletos, tres o cuatro tallos renegridos aguantaban aún abrazados a estacas clavadas en la tierra.

Los instrumentos apuntaban hacia un rosal situado un poco más allá, frente al brocal de cemento de un pozo. En medio de la esterilidad de aquella parte de la huerta, el rosal destacaba por su opulencia. Sobre el tallo verde, las ramas se contorsionaban unas alrededor de otras, ciñéndose con fuerza, y se bifurcaban para dar lugar a brotes nuevos. Las extremidades más prósperas estaban teñidas de un rojo intenso, como si por ellas corriera la sangre.

La consecuencia última de aquella fecundidad desmesurada se hacía patente en los ennegrecidos muñones de las ramas más altas. Estaban secas. En su vertiginoso desarrollo, el rosal acabaría por matarse a sí mismo.

El Hombre de Gris se quedó impresionado ante semejante aberración.

Tras estudiar los instrumentos, comprobó que la energía se concentraba en la planta, o quizá en el suelo en el que esta hundía las raíces. Era probable que aquel crecimiento desmedido fuera consecuencia de una anomalía energética. Con todo, el Hombre de Gris no llegaba a imaginarse cuál podría ser la relación con el Greywaren. A no ser que…

Tras echar un vistazo a la casa, dejó los aparatos en el suelo y levantó la tapa del pozo.

Advirtió que el medidor de campos electromagnéticos, con todos los pilotos en rojo, estaba recibiendo una señal muy potente. La aguja del magnetómetro, por su parte, oscilaba con violencia.

Por la boca del pozo, que se abría a una oscuridad impenetrable, salía un chorro de aire frío. El Hombre de Gris tenía una linterna en el coche, pero no creyó que fuese lo bastante potente para iluminar un hoyo que se adivinaba tan profundo. Intentó figurarse, por si acaso, de qué manera podría recuperar un objeto que se hallase oculto en el fondo.

De repente, los aparatos se quedaron en estado de reposo, como si la señal hubiese cesado tan repentinamente como había aparecido.

Sorprendido, el Hombre de Gris los levantó del suelo y probó a sacudirlos, pero fue en vano. Los situó junto al rosal. Nada. Los colocó al borde de la boca del pozo. Nada. Fuera lo que fuese, el brusco borbotón de energía que lo había llevado hasta allí había desaparecido.

Pensó que era posible que el Greywaren se manifestase a intervalos y que, escondido en el pozo, acabara de volver a la inactividad.

Sin embargo, le pareció más plausible que el fenómeno tuviese que ver con HEPCO y los problemas del suministro eléctrico. Las subidas de tensión que afectaban al sistema de iluminación del estadio podían tener su origen en aquel lugar. Quizá surgiesen del pozo. Quizá fueran lo que provocaba el crecimiento desmesurado del rosal.

El Hombre de Gris cerró la boca del pozo, se secó el sudor de la nuca y se enderezó.

Tomó una foto del rosal con el teléfono. Y luego regresó al coche.

8

Adam Parrish tenía en la cabeza problemas más importantes que los sueños de Ronan.

Para empezar, su nueva casa. Vivía en una pequeña habitación de la rectoría de Saint Agnes. El edificio había sido construido a finales del siglo dieciocho, y se notaba. Una y otra vez, Adam se golpeaba la cabeza contra las inclinadas techumbres y se clavaba en los pies las astillas que se levantaban de los tablones del suelo. Su cuarto olía como una casa muy vieja: a yeso húmedo, a polvo de madera y a flores marchitas. Había tenido que procurarse los muebles, que consistían en un colchón de IKEA tirado en el suelo, una serie de cajas de cartón y cubos de plástico que hacían de mesillas de noche y de escritorio, y una alfombra que había encontrado de saldo por tres dólares.

Eran cuatro cosas insignificantes, pero eran las suyas. Adam las odiaba y las necesitaba. Se enorgullecía de ellas y se avergonzaba. Era su madriguera.

Y su madriguera no tenía aire acondicionado. Y no había manera de escapar al calor del verano de Virginia. Adam conocía demasiado bien la sensación de las gotas de sudor deslizándose por sus muslos.

Por otro lado, estaban los tres trabajos a tiempo parcial con los que pagaba la matrícula de Aglionby. Aprovechaba las vacaciones para trabajar todo lo posible y tener tiempo que dedicar al estudio cuando llegase el otoño y comenzaran las clases. Venía de invertir dos horas en el trabajo más llevadero —en Talleres Boyd, reemplazando zapatas de freno, cambiando aceites y descubriendo que la pieza que hacía ruido era esta o la de más allá— y, pese a haber terminado, ya no le restaban fuerzas para más. Estaba sucio, estaba machacado y, por encima de todo, estaba agotado, siempre agotado.

Mientras le ponía el candado a la bicicleta junto a las escaleras de la rectoría, advirtió unas lucecitas titilantes en los márgenes de su campo de visión. Enjugándose la frente con una mano o, más bien, mezclando los sudores de la una y de la otra, subió por los escalones y descubrió que Blue se encontraba en lo alto, esperándolo.

Blue Sargent le parecía tan guapa que verla hacía que le doliese el pecho. Sí, como si fuera a darle un ataque al corazón. Estaba sentada junto a la puerta, con unas mallas de punto y una blusa hecha con una camiseta demasiado grande de The Beatles, recortada a tijeretazos. Pasaba con pereza las páginas del folleto del supermercado, pero dejó de hacerlo en cuanto percibió su presencia.

Lo único malo era que Blue, en sí misma, constituía también un problema. Se parecía a Gansey; como él, buscaba que Adam le diese explicaciones. ¿Qué es lo que quieres, Adam? ¿Qué es lo que necesitas, Adam? «Querer» y «necesitar» eran

palabras a las que Adam pedía demasiadas cosas: libertad, autonomía, una cuenta bancaria saneada, un apartamento moderno en una ciudad luminosa, un deportivo negro, abrazar a Blue, ocho horas de sueño, un teléfono móvil, una cama, besar a Blue tan solo una vez, unos pies sin ampollas, beicon para desayunar, tener la mano de Blue entre las suyas, una hora más de sueño, papel higiénico, desodorante, un refresco, un minuto para cerrar los ojos.

¿Qué es lo que quieres, Adam?

«Sentir que estoy despierto cuando abra los ojos».

—Hola —dijo Blue—. Te ha llegado una carta.

Adam lo sabía. Hacía dos días que había visto el sobre engalanado con el cuervo que la Academia Aglionby tenía por insignia. Y, como si con ello pudiera negar su existencia, había hecho caso omiso. Ya había recibido el boletín de notas, y el sobre era demasiado delgado para contener la revista que informaba de la gala benéfica trimestral. Quizá fuese una invitación para una cena de alumnos o el anuncio del libro de orlas. El colegio siempre estaba distribuyendo publicidad de actividades que completaban la experiencia Aglionby: campamentos de verano, lecciones de pilotaje de aviones, anuarios en edición de lujo o parafernalia diversa con el distintivo del cuervo. Adam lo tiraba todo a la basura. Aquellas misivas iban dirigidas a padres ricos que vivían en casas decoradas con retratos enmarcados de sus retoños.

Sin embargo, aquella vez no daba la impresión de que fuese una notificación de un acto benéfico.

Se inclinó para hacerse con el sobre y después, titubeando, llevó la mano hacia el pomo de la puerta.

—¿Pasas? Tengo que ducharme.

El corazón le dio un único golpe en las costillas. «Era más fácil cuando no nos conocíamos», pensó.

—Vale —dijo Blue—. No me importa que te pegues una ducha. Dentro de un rato tendré que irme al trabajo y venía solo a saludar.

Adam abrió la puerta, y entraron. No dejaron de caminar hasta encontrarse en el centro de su cuarto, que era el único lugar en el que podían estar de pie sin que la cabeza se topase con el techo.

—Pues… —dijo Blue.

—Pues… —repitió Adam.

—¿Qué tal en el taller?

Adam intentó dar con alguna anécdota que compartir. Después del trabajo, su mente era una caja vacía.

—Boyd me preguntó ayer si me apetecía ser su técnico para la temporada que viene. La temporada de *rallies*.

—¿Y eso qué significa?

—Que tendría trabajo cuando me gradúe. Me pasaría fuera unas seis o siete semanas al año.

En realidad, era una oferta de lo más halagadora. La mayoría de los mecánicos que viajaban con Boyd llevaban con él bastante más tiempo que Adam.

—Pero has dicho que no —adivinó Blue.

Adam la miró. Le costaba más que con Gansey figurarse lo que estaba pensando. No sabía si la decisión le parecía acertada o, por el contrario, la decepcionaba.

—Quiero ir a la universidad.

Omitió que, además, no se estaba dejando la piel en Aglionby para acabar siendo un mecánico, por muy apasionantes que fueran los *rallies* y la mecánica de competición. Había otras cosas en el mundo. Una vez que las vislumbrabas, ya no había marcha atrás.

Blue tocó con la puntera del zapato un surtidor de gasolina medio desmontado que estaba encima de unos periódicos.

—Ya.

Había algo tras su respuesta, algún tipo de aflicción íntima. Adam le rozó el rostro.

—¿Te pasa algo?

No era justo. Adam sabía muy bien que aquel roce los distraía a ambos y echaría a perder la conversación. Y, en efecto, Blue cerró los ojos. Adam le acarició la mejilla y luego, tras una pausa, le tanteó el cuello. Sintió con aguda precisión el vello que le cubría la nuca, la tibieza del sol que todavía conservaba en la piel, el bulto móvil de la nuez que ascendía y descendía cuando tragaba saliva.

La asió con la otra mano y, con suma delicadeza, la atrajo hacia sí hasta dejarla pegada a él. Tuvo vergüenza por el sudor que se le había quedado prendido a la camiseta tras la jornada en el taller, pero siguió adelante y descansó la barbilla en su cabeza. Ella respondió con laxitud, rodeándole el torso con los brazos. Adam notó la calidez de su aliento, que le provocaba hormigueos en el pecho. Y no fue capaz de deshacerse de la sensación que le devolvían las caderas, acopladas a las de ella.

No le bastaba con eso. Lo invadía el anhelo. Pero había una línea que no debía cruzar, una línea que nunca sabía situar con certeza. Debía de estar cerca. Saboreó el peligro, saboreó el impulso.

Poco después, los dedos de Blue le presionaron la espalda y le palparon la espina dorsal. Era señal de que aún no había ido demasiado lejos.

Se encorvó para besarla.

Blue se desembarazó de su abrazo. Y tal fue su apresuramiento al apartarse de él que se golpeó la cabeza con el techo.

—Te dije que no —murmuró Blue cubriéndose la nuca con las manos.

Adam acusó el golpe.

—Pero ya hace mucho: seis semanas —protestó.

—¡Pues sigo diciendo que no!

Se miraron el uno al otro, heridos.

—Mira… —murmuró Blue—. Nada de besos. Punto.

Adam seguía inflamado. Su piel era una constelación de terminaciones nerviosas.

—No lo entiendo.

Blue se tocó los labios como extirpándose de ellos un beso que no había llegado a producirse.

—Ya te lo he explicado.

Adam necesitaba una respuesta. Necesitaba saber si era por él o por ella. No se le ocurría cómo preguntarlo, pero lo intentó.

—¿Te pasa… algo?

Blue se quedó sin expresión durante unos instantes.

—¿Cómo? Ah. ¡No! ¿Es que tiene que haber un motivo? ¡La respuesta es que no y ya está! ¿No te vale con eso?

Sí, debía valerle con eso. Por supuesto. Pero, por otro lado, necesitaba una razón concreta: ¿le olía mal el aliento? ¿Blue no estaba segura porque él era el primero? ¿Habría algún otro impedimento aún por revelarse?

—Me voy a la ducha —anunció Adam. Intentó disimular la tristeza, pero estuvo lejos de lograrlo—. ¿Me esperas? ¿Cuándo empieza tu turno?

—Te espero. —Blue intentó disimular también la tristeza, pero, como él, estuvo lejos de lograrlo.

Mientras Blue ojeaba los mapas que se acumulaban sobre una de las cajas, Adam se mantuvo bajo el chorro de agua fría de la ducha hasta apagar el incendio que le abrasaba el pecho. «¿Qué es lo que quieres, Adam?». Ni siquiera lo sabía. Descubrió su imagen en el espejo, alojada en aquel viejo cuarto de baño, y dio un respingo. Detectaba en ella algo extraño. Se vio auscultado por sus propios ojos, fijos y rodeados por facciones demacradas. No indicaban nada que se saliera de lo normal; tan solo desazón.

Y así, de pronto, se descubrió pensando, una vez más, en Cabeswater. Había días en que no había otra idea en su mente. A lo largo de su vida, nunca había tenido nada que pudiera considerar suyo y solo suyo, pero ahora sí: el trato. Hacía poco más de un mes desde que se había ofrecido a Cabeswater como sacrificio a cambio de activar la línea ley. En sus recuerdos, el ritual se le aparecía difuso y surrealista, como si en lugar de protagonizarlo hubiese asistido a él en calidad de espectador. Había ido con toda la intención de sacrificarse. Pero, pese a haberla pronunciado, no entendía muy bien la sentencia a la que se había comprometido: «Seré tus manos. Seré tus ojos».

Por el momento, no había pasado nada digno de mención. Lo cual no hacía sino empeorar las cosas. Era un paciente con un diagnóstico que no comprendía.

Se rascó la morena piel con la uña. El arañazo resultante pasó del blanco al rojo en cuestión de un instante, y mientras lo estudiaba, comprobó que estaba teniendo lugar algo muy raro con el agua que le resbalaba por la piel. Se diría que circulaba a cámara lenta. Remontó con la mirada el curso del agua hasta la pieza de metal en que se formaban los chorros de la ducha y dedicó un rato a examinarla. Las gotas que pendían del metal le recordaron a la lluvia trémula enganchándose a hojas verdes.

Parpadeó.

No ocurría nada extraordinario. No había hojas. Lo que necesitaba era dormir o, en otro caso, se arriesgaría a perder la cabeza.

Tras salir de la ducha, se secó y se vistió con lentitud. Le dolía la espalda, le dolían los hombros, le dolía el alma. Temía —o tal vez deseaba— que Blue se hubiese marchado, pero al empujar la puerta del cuarto de baño mientras se peinaba el cabello con las manos, la descubrió junto al umbral, charlando animadamente.

Su interlocutora resultó ser la secretaria de Saint Agnes, a quien se le había ensortijado el pelo por efecto de la humedad del ambiente. A buen seguro que Ronan conocería su puesto exacto, de submonja o algo por el estilo, pero Adam se limitaba a llamarla «señora Ramírez». Se ocupaba de todo lo necesario para preservar una iglesia en funcionamiento, a excepción, claro, de decir misa.

Entre sus tareas, en cualquier caso, figuraba la de recolectar los cheques mensuales con los que Adam pagaba el alquiler.

Al verla, Adam se sintió desfallecer. Estaba convencido de que el banco no había aceptado el cheque anterior. Calculó que la señora Ramírez estaba allí para informarle de que no tenía fondos suficientes, y entonces tendría que remover cielo y tierra para restablecer el balance de la cuenta y también para extender un nuevo cheque, lo cual vendría a complicar todavía más el pago de la siguiente mensualidad y prolongaría aquella interminable cadena de deudas y carestía.

—¿Qué puedo hacer por usted, señora Ramírez? —preguntó con un hilo de voz.

Se produjo un cambio en el gesto de la mujer. Al parecer, no sabía cómo expresar lo que tenía que decir.

—Ah, pues nada —dijo—. He venido a hablar del alquiler de la habitación.

«Estoy perdido», pensó Adam. «No puedo más. Por favor, que se acabe esto».

—El hecho es que nos han informado de una modificación en los impuestos que pagamos —explicó ella—. Por el edificio y demás. Y como ya te hemos explicado, el alquiler es una de nuestras actividades no lucrativas. De manera que… en fin, el precio va a cambiar. Seguirá siendo proporcional a… los gastos del edificio. En resumen, doscientos dólares menos.

Al oír la palabra «doscientos», Adam creyó que se iba a derrumbar, pero después, al oír el resto, supuso que había entendido mal.

—¿Menos? ¿Cada año?

—Cada mes.

Blue sonrió, radiante, pero Adam no logró aceptar que el alquiler se hubiese reducido en las dos terceras partes. Iba a ahorrarse dos mil cuatrocientos dólares al año; así, de golpe y porrazo.

—¿Y por qué ha dicho que va a bajar? —farfulló.

—Por la fiscalidad —respondió la señora Ramírez, sonriente—. No es habitual que los impuestos abaraten nada, ¿verdad?

Se quedó a la espera de una respuesta, pero Adam no supo qué decir.

—Gracias, señora Ramírez —atinó a articular al fin.

Mientras Blue cerraba la puerta, Adam se desplazó hasta el centro del cuarto. Todavía no llegaba a creérselo. De hecho, no se lo creía. No tenía sentido. Recuperó la carta de Aglionby. Se derrumbó en el colchón y la abrió.

Lo que contenía no era otra cosa que un único folio con varias líneas mecanografiadas y el membrete del colegio. Adam la leyó con rapidez. La matrícula del curso siguiente iba a incrementarse para cubrir gastos adicionales, pero la beca seguiría igual. La dirección de Aglionby entendía que el encarecimiento de la matrícula le supondría un esfuerzo y tenía en cuenta que era un estudiante excepcional, pero deseaba recordarle, con toda la amabilidad posible, que la lista de espera para entrar en Aglionby era muy extensa e incluía a chicos igualmente excepcionales que, además, podían pagar la matrícula entera. Finalmente, le ponían al corriente de que, si quería mantener su plaza, debía abonar el cincuenta por ciento de la matrícula del curso siguiente a final de mes.

La diferencia entre la matrícula del curso anterior y la nueva equivalía a dos mil cuatrocientos dólares.

De nuevo aquel número. No era una coincidencia.

—¿Quieres que lo hablemos? —ofreció Blue sentándose en el colchón.

Adam no tenía ganas de hablarlo.

Debía de ser obra de Gansey. Había pergeñado toda aquella maniobra porque sabía que Adam nunca le pediría el dinero. Habría persuadido a la señora Ramírez de aceptar un cheque suyo y aparentar una modificación fiscal para no levantar sospechas. Como Adam, tenía que haber recibido la carta de la modificación de matrícula hacía dos días. Pero Gansey no tendría ningún problema para hacer frente al incremento.

Durante unos momentos, Adam se imaginó cómo sería vivir la vida de Gansey. Las llaves de un coche en el bolsillo. Unos zapatos nuevos en los pies. Una actitud despreocupada respecto de las facturas mensuales. Porque no había factura que pudiera siquiera rozar a Gansey; la gente que decía que el dinero no podía comprarlo todo no había visto a nadie tan rico como los chicos de Aglionby. Eran intocables, inmunes a los problemas de la vida cotidiana. Lo único que no se podía arreglar con una pasada de tarjeta de crédito era la muerte.

«Un día yo también seré así», se prometió Adam, desconsolado.

Con todo, aquel acuerdo era intolerable. Jamás le habría pedido ayuda a Gansey. No se imaginaba cómo se las ingeniaría para pagar el total de la matrícula, pero, desde luego, no de aquel modo, no con el dinero de Gansey. Se lo figuró: un cheque doblado viajando directo al bolsillo, miradas que se evitaban. Gansey aliviado porque al fin hubiese entrado en razón. Y él, incapaz de darle las gracias.

Se dio cuenta de que Blue lo estaba observando fijamente. Tenía los labios tensos y el ceño fruncido.

—No me mires así —le pidió.

—¿Cómo te miro? ¿No tengo derecho a estar preocupada por ti?

—No hace falta que te compadezcas de mí —replicó Adam, acalorándose.

Si no estaba por la labor de admitir la compasión de Gansey, mucho menos la de Blue. Después de todo, Blue y él estaban en el mismo bando. ¿No iba ella de camino al trabajo? ¿No acababa Adam de regresar de él?

—¡Pues no actúes como si te hiciera falta! —exclamó Blue.

La ira inundó a Adam y lo poseyó al instante. En los Parrish no había medias tintas: o reinaba la calma, o se desataba la tormenta.

—¿Qué hay en mí que inspire compasión, eh? Vamos, contesta —estalló—. ¿Es porque me he ganado trabajando todo lo que tengo? ¿Es eso lo que hace que te compadezcas de mí y no de Gansey? —Agitó la carta en el aire—. ¿Es porque a mí esto no me viene dado?

Blue no movió un músculo, pero los ojos le centellearon.

—No.

Adam habló con un tono de voz cargado de odio; lo supo y no pudo evitarlo.

—Por mí, tu compasión puede irse al carajo.

Blue se quedó boquiabierta.

—¿Qué acabas de decir?

Tenía los ojos clavados en la caja que hacía de mesilla de noche, la cual, por algún motivo, se había separado varios palmos de la cama. El costado se había abollado, y su contenido estaba desparramado por el suelo de la habitación. Al ver todo aquello, Adam advirtió que le había dado una patada; él mismo, sin darse cuenta.

Aun así, la furia no amainaba.

Durante un rato largo, Blue se limitó a observarlo, y luego se levantó.

—Ten mucho cuidado, Adam Parrish. Porque un día acabarás encontrando lo que buscas. Supongo que hay chicas en Henrietta que te permiten que les hables así, pero yo no soy una de ellas. Me voy fuera, a las escaleras, y estaré allí hasta la hora de marcharme. Si logras volver a ser… persona, sal y hablamos. Si no, hasta luego.

Encorvada para evitar golpearse con el techo, salió del cuarto y cerró la puerta. Habría sido más sencillo si hubiese gritado o llorado. Sus palabras se quedaron resonando en la mente de Adam, una y otra vez, como chispas producidas por el choque entre dos piedras. Estaba equivocada, igual que Gansey. «¿Cuándo aprenderá?». En cuanto Adam se graduase y saliese de Henrietta de una vez por todas, Blue seguiría allí atrapada, y entonces lo lamentaría.

Adam tuvo el impulso de abrir la puerta y decírselo a la cara, a gritos.

Pero se obligó a permanecer en donde estaba.

Después de un rato, se sosegó lo bastante para advertir que aquella ira no era propia de él, que era un regalo amargo heredado de su padre. Se sosegó lo bastante para recordar que si esperaba lo suficiente y analizaba con cuidado lo que sentía, la cólera perdería fuelle. Era como un padecimiento físico. Cuanto más se empeñaba en

discernir por qué le dolía tanto, menor se volvía la capacidad de su mente para percibir el dolor.

De modo que se apartó de aquel furor destructivo.

«¿Es así como se sentía mi padre cuando me agarró de la manga para impedirme salir?», se preguntó. «¿Es esto lo que lo empujó a estamparme la cara contra la nevera? ¿Sintió esto al pasar junto a la puerta de mi cuarto? ¿Era esto lo que debía afrontar cada vez que se acordaba de mi existencia?».

Se calmó lo suficiente para darse cuenta de que, en realidad, no estaba enfadado con Blue; que ella había tenido la mala suerte de estar presente cuando él había estallado.

Pero nunca conseguiría liberarse. Por las venas le corría demasiado veneno. Había escapado de la casa familiar, eso sí, pero las experiencias que había acumulado al criarse lo traicionaban. Y sabía muy bien por qué inspiraba compasión. No se debía a que tuviese que pagarse el colegio ni porque estuviera obligado a trabajar para ganarse el sustento. El verdadero problema estaba en que aspiraba a ser alguien que nunca sería. Era la impostura, la pantomima. No necesitaba graduarse. Necesitaba a Glendower.

Algunas noches se adormecía imaginando qué palabras utilizaría para expresar su deseo ante Glendower. Debía escogerlas con precisión, sin cometer un solo error. Y en aquel momento volvió a hacerlo, volvió a probar unas frases y otras, desesperado por hallar la oración justa, aquella que al fin lo consolaría. Y a pesar de que en otras circunstancias se le habría atiborrado la cabeza de palabras desordenadas y caóticas, en aquella ocasión vislumbró una única fórmula: «Arréglame».

De pronto, entrevió algo.

Un instante después pensó: «¿Qué significa eso?». ¿Qué era aquello de entrever? Desde luego, no le pasaba con frecuencia. Aun así, la sensación persistía, la de una idea que hubiese adivinado a lo lejos, la de una emoción o un recuerdo que se le hubiese insinuado en la distancia, como un movimiento captado con el rabillo del ojo. Como una instantánea tomada tras la frontera de los ojos.

Presa del extrañamiento y el desconcierto, intuyó que no debía confiar en sus sentidos. Le pareció que estaba saboreando una imagen, oliendo un sentimiento o tocando un sonido. Era lo mismo que había ocurrido hacía tan solo unos minutos, cuando había apreciado, en el espejo, algo que no se correspondía con su propia imagen.

Las preocupaciones de Adam perdieron fuelle y fueron reemplazadas por una aprensión distinta, la de aquel cuerpo magullado en el que habitaba su ser. Había recibido muchos golpes. Se había quedado sordo del oído izquierdo. Y tal vez había algo más que había quedado inutilizado durante aquellas noches de miseria y tensión.

Entonces entrevió algo más.

Y se volvió.

9

Cuando llamó Adam, Ronan, Noah y Gansey estaban en Ciudad Dólar, en Henrietta, pasando el rato. En teoría, estaban allí para comprar pilas. En la práctica, estaban allí porque Blue y Adam tenían que trabajar, porque el temperamento siempre informe y brusco de Ronan tendía a empeorar por las noches y porque Ciudad Dólar era uno de los pocos comercios de Henrietta que admitía la entrada de mascotas.

Gansey contestó la llamada mientras Ronan examinaba un paquete de gomas de borrar con forma de cocodrilo. Eran fosforescentes y lucían gestos de pasmo variados. Noah se esforzaba en imitarlas torciendo la boca al tiempo que Sierra las observaba con desconfianza. Desde el fondo del pasillo, la dependienta del comercio vigilaba al cuervo con similar recelo. En Ciudad Dólar se permitía el paso a los animales, por supuesto, pero un ave carroñera quizá fuera demasiado.

En todo caso, Ronan estaba disfrutando con el gesto de la dependienta.

—¿Diga? Ah, hola —dijo Gansey palpando una libreta con una pistola dibujada en la cubierta. El «ah, hola» había llegado acompañado por un cambio en el timbre de voz. Eso implicaba que quien había llamado era Adam, lo cual, por algún motivo, avivó el enfado de Ronan—. Creía que aún estarías trabajando. ¿Cómo? Ah, estamos en el patio de juegos de la clase media.

Ronan le enseñó a Gansey un original reloj de pared en forma de pavo. Colgando bajo la cabeza, el buche hacía de segundero.

—*Mon dieu!* —exclamó Gansey. Luego, retomando la conversación telefónica, dijo—: Si no estás seguro, no creo que lo fuera. Cuesta bastante confundir a una mujer con otra cosa.

Ronan no acababa de acertar a entender por qué estaba enfadado. Aunque no hubiese hecho nada para enojarlo, Gansey era parte del problema; eso estaba claro.

Gansey se colocó el teléfono entre la mejilla y el hombro y observó un par de platos de plástico adornados con una ilustración de un tomate sonriendo. Llevaba la camisa medio abierta, enseñando buena parte de las clavículas. Mimado producto de un emparejamiento tan agraciado como pudiente, no podía negarse que era una gloriosa representación viviente de la juventud. Por lo general, iba siempre tan de punta en blanco que hasta resultaba tolerable, pues saltaba a la vista que no pertenecía a la misma especie que la tosca y asilvestrada familia de Ronan. Pero aquella noche en particular, bajo los tubos fluorescentes de Ciudad Dólar, la cosa cambiaba. Con el pelo revuelto, los pantalones cortos llenos de grasa tras vérselas con las entrañas de Pig y los náuticos sin calcetines, parecía un ser humano de carne y hueso, un ser humano como cualquier otro, y aquello a Ronan le provocaba ganas de atravesar una pared de un puñetazo.

Gansey apartó la boca del teléfono y les dijo:

—Adam dice que ha visto una aparición.

Ronan miró a Noah.

—Yo la estoy viendo ahora mismo.

Noah respondió con un gesto obsceno, lo cual, viniendo de él, tenía su gracia, ya que era como si un gatito se pusiera a rugir. La dependienta meneó la cabeza y chasqueó la lengua.

Sierra se tomó muy a pecho aquella amonestación. Irritado, el cuervo picoteó las pulseras de cuero de la muñeca de Ronan, quien recordó el curioso regalo que Kavinsky le había dado hacía unas horas. Resultaba inquietante saberse observado tan de cerca. Kavinsky había acertado con las cinco pulseras hasta en la tonalidad del cuero. Ronan no se figuraba qué pretendería con aquello.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Gansey, de nuevo dirigiéndose al teléfono.

Ronan apoyó la cabeza en el estante más alto. El metal le arañó la piel de la frente, pero no le importó. Por la noche, la nostalgia del hogar se volvía incesante y omnipotente como un veneno que contaminara el aire. Veía los guantes de cocina baratos de Ciudad Dólar y veía a su madre a la hora de la cena. Oía el trajín de la caja registradora y oía a su padre llegando a casa por la noche. Olía las súbitas vaharadas de ambientador y recordaba los viajes a Nueva York en familia.

Por la noche, Los Graneros parecía aún más cerca. Eran tan solo veinte minutos en coche. Ronan tuvo ganas de destrozar todo lo que había en las estanterías de la tienda.

Noah, que había ido derivando hacia el extremo del corredor, regresó muy sonriente trayendo consigo una auténtica atrocidad. Se colocó junto a Ronan y lo obligó a admirarla. Se trataba de una esfera llena de agua en cuyo interior tomaban el sol dos bañistas echados sobre la siguiente leyenda: SIEMPRE ES NAVIDAD EN ALGUNA PARTE.

—Pero tiene algo mejor que nieve —murmuró Noah con actitud reverencial, sacudiendo la bola. En efecto, en lugar de nieve, lo que se precipitó sobre aquellas arenas eternamente felices fue purpurina. Anonadados, Ronan y Sierra observaron cómo las pequeñas partículas de colores se posaban sobre la diminuta palmera.

Un poco más allá, en el mismo pasillo, Gansey seguía con la conversación.

—Podrías venirte a Monmouth a pasar la noche —ofreció.

Ronan soltó una carcajada, lo bastante fuerte para que Gansey la oyera. No había manera de mover a Adam del agujero en el que vivía. Y daba igual que fuera un horror de sitio, que lo era, o una *suite* en un hotel de cinco estrellas. Jamás sería como la destartalada morada que, para su vergüenza, aún añoraba, ni como Manufacturas Monmouth, el hogar que rechazaba por puro orgullo. A veces, Ronan tenía la impresión de que Adam estaba tan acostumbrado a que el camino correcto fuese también el más doloroso que desconfiaba de toda alternativa que no conllevase algún

tipo de sufrimiento.

Gansey les dio la espalda.

—Oye, no sé a qué te refieres. ¿Ramírez? Yo no conozco a nadie en la iglesia… Sí, dos mil cuatrocientos dólares. Eso ya lo sé. Pero…

Por lo visto, estaban hablando de la carta de Aglionby. La habían recibido tanto Ronan como Gansey.

El tono de voz de Gansey se volvió grave y tenso.

—Yo no te quiero engañ… Vale, tienes razón. Tienes toda la razón y lo entiendo perfectamente… No sé quién lo ha hecho. Yo no lo haría jamás.

Al parecer, Adam había deducido la conexión entre el abaratamiento del alquiler y la subida de tasas en el colegio. La cosa era obvia y, además, Adam era inteligente. Tampoco era extraño que sospechara de Gansey. Aun así, si hubiera estado en sus cabales, Adam se habría percatado de que era Ronan el que estaba mejor relacionado en Saint Agnes. Y también de que quien estuviese detrás del asunto del alquiler tendría que haberse presentado en las oficinas de la parroquia pertrechado con un buen fajo de billetes y un buen fajo de argumentos para persuadir a la secretaria de inventarse lo de la modificación fiscal. Visto así, el tema llevaba el nombre de Ronan escrito con letras mayúsculas. Pero parte de la gracia de ser Ronan Lynch estaba en que nadie le creía capaz de llevar a cabo un acto de generosidad con otra persona.

—No he sido yo —insistió Gansey—, pero me alegro de lo ocurrido… Pues vale. Tómatelo como quieras.

Lo cierto era que Ronan conocía muy bien el aspecto que adquiría una cara cuando estaba a punto de romperse en pedazos. Se había visto a sí mismo en el espejo bastantes veces. Y también había visto las grietas en la cara de Adam.

Noah, como si acabara de presenciar un prodigio, exclamó:

—¡Oh!

Y luego se volatilizó.

La esfera de cristal cayó al suelo justo en el lugar que habían ocupado los pies de Noah hacía unos instantes. Rebotó y comenzó a rodar dejando tras de sí un reguero de agua. Sobresaltado, Sierra picó a Ronan, que intentó defenderse como pudo.

—Lo que faltaba —protestó la dependienta.

No había visto nada, pero estaba claro que se olía algo.

—Todo en orden —le dijo Ronan—. Ya lo pago yo.

Jamás habría sido capaz de admitir de qué manera le martilleaba el corazón en el pecho.

Gansey se volvió de inmediato con cara de no entender nada. La escena —Noah ausente, la espantosa bola de cristal perdiéndose bajo una de las estanterías— no era fácil de interpretar.

—Espera un momento —le pidió a Adam.

De pronto, Ronan sintió frío, un frío súbito, intenso, abrumador; el tipo de frío que seca la boca y espesa la sangre. Se le entumecieron los dedos de los pies, y

después los de las manos. Sierra chilló:

—¡Kerah!

Trató de consolar al pájaro acariciándole la cabeza, pero tenía la mano helada y no sirvió de mucho.

En ese momento, Noah volvió a hacerse visible en un violento chisporroteo, como una descarga eléctrica que saltase entre dos cables. Aferró el brazo de Ronan y, mediante los dedos, empezó a absorber el calor que necesitaba para volverse visible de nuevo. El aire que los rodeaba, cálido y estival, se disipó dejando tras de sí el olor del bosque en que Noah había sido asesinado.

Todos sabían que Noah, al manifestarse, hacía que descendiese la temperatura del ambiente, pero no hasta semejante punto.

—¡Eh! ¡Podías haberme avisado, cabronazo! —estalló Ronan, que, con todo, no se apartó de Noah—. ¿Qué ha sido eso?

Noah tenía los ojos muy abiertos.

—Te llamo enseguida —le dijo Gansey a Adam.

—¿Habéis terminado ya? —preguntó la dependienta.

—¡Casi! —le respondió Gansey con voz azucarada, guardándose el teléfono en el bolsillo—. Ahora voy a por unas toallitas de papel —luego, bajando el tono de voz y mirando a Ronan y Noah, inquirió—: ¿Qué está pasando aquí?

—Noah tiene uno de esos días.

—He perdido… —balbuceó Noah—. Me faltaba el aire. Ya no está la… ¡la línea!

—¿La línea ley? —preguntó Gansey.

Noah se encogió de hombros y asintió con la cabeza torpemente.

—Me quedé sin… nada.

Soltó a Ronan y se sacudió las manos.

—De nada, hombre —gruñó Ronan. Todavía no sentía los dedos de los pies.

—Gracias. No pretendía… No me di cuenta de que estabas ahí. Ah, la bola.

—Sí. La bola —replicó Ronan, sulfurado.

Apurado, Gansey recogió la bola del suelo y se encaminó hacia la caja registradora. Volvió al cabo de unos momentos con un recibo y unas toallitas.

—¿En qué anda metido Parrish? —preguntó Ronan.

—Ha visto una mujer en su cuarto. Dice que intentaba hablar con él. Parecía bastante asustado. Creo que la línea ley debe de estar volviéndose más fuerte.

Evitó decir que podía haberle sucedido algo terrible a Adam el día en que se había ofrecido en sacrificio a Cabeswater, o que, al activar la línea ley, podía armar un buen lío en Henrietta. Porque estaba prohibido hablar de aquellos temas. De la misma manera que no se podía mencionar que Adam hubiese robado el Camaro aquella noche. O nada que tuviera que ver con el hecho de que hacía exactamente lo contrario de lo que Gansey le había pedido. A Adam lo perdía el orgullo, y a Gansey lo perdía la amistad con Adam.

—La línea ley volviéndose más fuerte. Sí, claro. Seguro que es eso.

A nadie le hacía gracia ya aquello de estar en Ciudad Dólar.
Mientras se dirigían a la salida con Gansey a la cabeza, Noah le dijo a Ronan:
—Sé por qué estás enfadado.
Ronan hizo una mueca de desdén, pero el pulso se le aceleró.
—A ver, profeta, dime por qué.
—No pienso contar los secretos de otras personas.

10

—Estaba pensando en que podrías venirte conmigo —dijo Gansey con prudencia, dos horas más tarde. Con el teléfono entre el hombro y la cara, fue desplegando un enorme rollo de papel por el suelo de Manufacturas Monmouth. A escasa altura respecto del suelo, las lámparas proyectaron una hilera de círculos luminosos sobre el papel—. A la fiesta de mi madre. Con suerte, puede que allí encuentres alguna ayuda laboral.

Del otro lado de la conexión telefónica, Adam se quedó callado. Era difícil adivinar si se lo estaba pesando o si encontraba irritante la sugerencia.

Gansey continuó desenrollando el papel. Era una imagen de alta resolución de la línea ley tomada por satélite. Había costado una fortuna ensamblar las distintas fotografías e imprimirlas en color, pero valdría la pena si con ello se revelaba algún dato interesante. Si servía para llevar un registro de la exploración. Y además, era una hermosura.

La risa de Noah llegó flotando desde la habitación de Ronan. El uno y el otro se dedicaban a lanzar objetos desde la ventana del segundo piso hasta el aparcamiento. Se oyó un gran estruendo.

La voz de Ronan se alzó, exasperada:

—Menuda puntería, Noah.

—Primero tendría que ver si puedo salir antes del trabajo —contestó Adam—. Aunque creo que no habrá problema. ¿Te parece que debo ir?

Gansey recibió con alivio aquella respuesta.

—Oh, sí. —Arrastró la silla del escritorio y la colocó sobre una de las esquinas de la gigantesca fotografía para impedir que volviera a enrollarse. Sujetó la esquina opuesta con un ejemplar de *Trioedd Ynys Prydein*, las tríadas galesas.

—¿Sabes algo de Blue? —preguntó Adam.

—Pues esta noche se supone que está trabajando, ¿no? —Gansey continuó extendiendo la fotografía, cuyo borde debía empujar con el pie para evitar que se torciese. Constituía todo un placer contemplar hectáreas y hectáreas de montañas y bosques por el suelo. Si fuese un dios, crearía el mundo justo de aquella manera: desenrollándolo como si fuese una alfombra.

—Sí. Pero… ¿te ha dicho algo sobre mí?

—¿Como qué?

Se hizo un silencio incómodo.

—Como algo sobre besos, supongo.

Gansey hizo una pausa. En realidad, Blue había hablado bastante de besos. Para empezar, había dicho que mataría a su verdadero amor si lo besaba. Era extraño

acordarse de aquel momento. Gansey había dudado de sus palabras. Pero ya no dudaba. Blue era muy dada a las fantasías, sí, pero también muy razonable. Su modo de ser podía compararse con un ornitorrinco: imaginativo hasta extremos estrambóticos y, al tiempo, perfectamente lógico en su manera de adaptarse al entorno.

También le había pedido que no se lo contase a Adam.

—¿Sobre besos? —inquirió, evasivo—. ¿Ha ocurrido algo?

Se oyó un nuevo estrépito y una nueva carcajada diabólica. Gansey valoró la posibilidad de pararles los pies a Ronan y Noah antes de que viniese la policía.

—¿Qué se yo? No quiere besos —admitió Adam—. No la culpo, claro. En realidad, no sé muy bien lo que estoy haciendo.

—¿Y le has preguntado por qué no quiere? —repuso Gansey pese a no tener ganas de oír la respuesta. De pronto, se había cansado de la conversación.

—Dice que todavía es muy joven.

—Pues será verdad. —Gansey no sabía nada acerca de la edad de Blue. Calculaba que debía de andar por los dieciséis. O quizá por los dieciocho. O quizá por los veintidós y era muy baja y había repetido curso muchas veces.

—No sé, Gansey. ¿Tú crees que el verdadero motivo es ese? Dime, anda. Tú tienes más experiencia que yo en estas cosas.

—Ahora no estoy saliendo con nadie.

—Excepto con Glendower.

Gansey no discutió.

—Mira, Adam, yo creo que no tiene que ver contigo. Pienso que le gustas y que harías bien en no darle más vueltas.

Adam volvió a quedarse callado, señal inequívoca de que no le había gustado la contestación. Gansey aprovechó para recordar aquel día en el Nino, cuando se había acercado a Blue para hablarle de Adam. Se habían conocido así y, la verdad, había sido bastante desastroso. Desde entonces, se le habían ocurrido decenas y decenas de estrategias distintas que habrían resultado mejor.

Lo cual no dejaba de ser una estupidez. Porque todo había ido bien, ¿verdad? Blue y Adam estaban juntos. Y daba igual que Gansey hubiese quedado como un perfecto imbécil.

—¡Ni de coña, tío! —gritó Noah medio en broma. Se notaba que estaba a punto de reírse—. Ni de…

Gansey empujó con el pie el rollo de papel, que fue rodando hasta acabar de desplegarse varios metros más allá, donde no alcanzaba los haces de luz de las lámparas. Luego, se encaminó hacia los ventanales de la fachada este del edificio. Se acodó en el marco y apoyó la frente en el cristal para observar la extensa y oscura planicie de Henrietta.

Una vez había soñado que encontraba a Glendower. No había soñado con el hallazgo en sí, sino con el día posterior. En lugar de alegría, había sentido, más bien,

ausencia de sufrimiento. No lograba olvidar aquella liviandad. Aquella libertad.

—No me gustaría que lo nuestro se torciera —dijo Adam al fin.

—¿Se está torciendo?

—No. Supongo que no. Pero, de alguna manera, no acaba de ir como debería.

Gansey observó las diminutas luces de los faros de los coches que salían de Henrietta, lo cual lo llevó a pensar en la maqueta del pueblo que estaba construyendo. En la distancia, distinguió un primer fogonazo de los fuegos artificiales.

—Ya, pero Blue no es cualquier chica. O sea, es una chica, claro. Pero no se parece nada a ninguna de las que han salido conmigo. Es Blue. Habla con ella. La vemos todos los días. A lo mejor quieres que lo hable yo con ella.

En el fondo, Gansey habría preferido evitarlo por todos los medios, pero se había visto forzado a ofrecerse.

—A mí no se me da bien hablar, Gansey —confesó Adam con impaciencia—. Tú, sin embargo, eres un maestro. Quizá… quizá si lo dejaras caer como quien no quiere la cosa…

Gansey notó que los hombros se le venían abajo. Su aliento empañó el cristal fugazmente.

—Por supuesto.

—Gracias —Adam hizo una pausa—. Me gustaría que, para variar, las cosas fueran fáciles.

«A mí también, Adam. A mí también».

Ronan abrió con brusquedad la puerta de su cuarto. Asentando las manos en el marco, se asomó y oteó el panorama. Era una mezcla del peligroso individuo en que se había convertido y la persona más alegre que Gansey había visto en él al conocerlo.

—¿Noah está por aquí?

—Espera un segundo —le pidió Gansey a Adam. Después, dirigiéndose a Ronan, dijo—: ¿Por qué iba a estar por aquí?

—Por nada. Por nada en especial —dando un portazo, Ronan volvió a meterse en su habitación.

—Oye, perdóname, pero, para ir a la fiesta, ¿aún tienes ese traje?

Gansey no llegó a oír la respuesta de Adam. La puerta del segundo piso se abrió chirriando. Era Noah, el desgarbado y encorvado Noah.

—¡Me ha tirado por la ventana! —informó con tono de reproche.

—¡Pero si tú ya estás muerto! —protestó Ronan desde la habitación.

—¿Qué está pasando por ahí? —inquirió Adam.

Gansey escrutó a Noah. No tenía peor aspecto de lo que era normal en él.

—Ni idea. Vente, anda.

—Esta noche, no —replicó Adam.

Hasta entonces había creído que bastaba con evitar el bosque para preservar al Adam de siempre y eludir las consecuencias de lo que fuera que había sucedido

aquella noche, pero los acontecimientos habían empezado a ir mal. Tal vez diera lo mismo. Cabeswater lo reclamaría para sí de todos modos.

—Vale. Pero acuérdate de ponerte elegante.

11

Aquella noche, Ronan soñó con árboles.

Estaba en un bosque vasto y viejo, con robles y sicomoros que emergían del frígido substrato de la montaña. El follaje ondeaba en la brisa. Ronan alcanzaba a sentir bajo los pies el tamaño de la montaña. Su antigüedad. Allí abajo, en las profundidades, envolviendo el mundo, latía un pulso más lento, fuerte e inexorable que el de su propio corazón.

Ya había estado allí, muchas veces. El bosque era una presencia recurrente en sus sueños desde hacía mucho tiempo. Sus raíces le llegaban hasta lo más remoto de las entrañas.

El aire estaba inquieto, y había voces en su vaivén. Pronunciaban su nombre.

«*Ronan Lynch, Ronan Lynch, Ronan Lynch*».

Allí no había nadie. Solo estaban los árboles y aquello con lo que estos soñasen.

Ronan danzaba en el filo de navaja que distingue el sueño de la vigilia. Y era el rey. El mundo era suyo. Podía manipularlo a su antojo. Podía quemarlo.

«*Ronan Lynch: Greywaren, tú es Greywaren*».

La voz procedía de todas partes y de ninguna. La palabra «Greywaren» hizo que se le pusiera la carne de gallina.

—¿Niña? —preguntó.

Allí estaba ella, cautelosa, oculta tras un tronco. Cuando había soñado con ella la primera vez, tenía una melena larga y rubia, pero desde hacía unos años se le aparecía con el pelo muy corto y tapado casi por completo por un gorro blanco. Aunque el paso del tiempo hubiese hecho mella en él, en ella no. Por algún motivo, al verla, Ronan pensaba en viejas fotografías en blanco y negro de obreros en Nueva York, pues tenía el mismo aspecto de orfandad y abandono. Su presencia le facilitaba extraer objetos de los sueños y llevarlos a la realidad.

Alargó una mano hacia ella, pero la niña tardó en salir de su escondrijo. Miró a un lado y a otro, temerosa. Ronan la comprendió. Su mente estaba habitada por cosas terribles.

—Vamos, sal de ahí. —Todavía no sabía qué quería llevarse de aquel sueño, pero se sentía tan vivo y despejado que confiaba en que sería sencillo. Con todo, la niña continuó aferrada a la corteza, manteniendo las distancias.

—*¡Ronan, manus vestras!* —exclamó—. ¡Ronan, las manos!

Ronan se estremeció, envuelto en hormigueos, y se dio cuenta de que había avispas recorriendo su piel, las mismas que habían dejado sin vida a Gansey durante unos instantes. Esta vez no eran muchas, tan solo unos pocos cientos. De vez en cuando, soñaba con cantidades formidables, con millones y millones, con auténticas

infinidades. De vez en cuando, las avispas lo mataban.

Pero no aquella noche. Aquella noche, lo más venenoso que había en el bosque era él. Aquella noche, el mundo era arcilla en sus dedos.

«No son avispas», pensó.

Y no lo eran. Al levantar las manos, vio que tenía los dedos cubiertos de mariquitas rojas como gotas de sangre. Arremolinándose, levantaron el vuelo dejando tras de sí un soplo de un aroma punzante y veraniego. Cada una de sus alas era una voz sibilante que pronunciaba palabras en un idioma rudimentario.

Siempre acobardada, la niña decidió al fin abandonar el tronco para unirse a Ronan. Ambos viajaron por el bosque, atravesando un paraje tras otro. Ella tarareaba con insistencia el estribillo de una canción y, por encima, entre los ramajes, se multiplicaban los murmullos.

«*Ronan Lynch, loquere pro nobis*».

Habla por nosotros.

Bruscamente, Ronan topó con una roca estriada tan alta como él a cuyos pies crecían espinos y bayas. La imagen le resultó conocida y demasiado coherente para tratarse de un sueño, y notó una comezón de incertidumbre. ¿Era de verdad un sueño o un recuerdo? ¿Estaba aquello sucediendo de verdad?

—Estás durmiendo —le recordó la niña.

Ronan se agarró a sus palabras, de nuevo rey. Viéndose ante la roca, supo lo que debía hacer; lo que, en realidad, ya había hecho. Y supo también que le dolería.

Mientras la niña volvía el rostro hacia el otro lado, Ronan agarró los espinos y las bayas. Las púas se le clavaron en la piel, agudas como el aguijón de una avispa, y temió despertarse. Las aplastó hasta el punto de que los dedos se le tiñeron del rojo de los jugos y de la sangre, oscura como la tinta que llevaba en la espalda. Le dedicó unas palabras a la roca:

—*Arbores loqui latine*.

Los árboles hablan en latín.

—Esto ya lo has hecho —indicó la niña.

El tiempo era un círculo, una rutina, un disco gastado que Ronan no se cansaba de oír.

Las voces le susurraron: «*Gratias tibi ago*». Gracias.

—¡No olvides las gafas! —exclamó la niña.

Ronan miró adonde apuntaban sus ojos. Entre flores, enredaderas y hojarasca, había un objeto blanco centelleando. Al asirlo, se descubrió enfrentado a las gafas de sol de Kavinsky, que lo miraban sin ver. Recorrió con el dedo la suave superficie plástica de la montura y empañó con el aliento los tintados cristales. Las estuvo palpando hasta sentir incluso la minúscula hendidura en la que se alojaba el tornillo de las patillas. Del sueño a la memoria, y de la memoria a la realidad.

Alzó la vista y observó a la niña. Parecía asustada. En aquel tiempo, siempre parecía asustada. El mundo daba miedo.

—Llévame contigo —dijo.

Ronan se despertó.

Aquella misma noche, el Hombre de Gris soñó que lo apuñalaban.

En un principio, percibió cada una de las heridas. En particular, la más profunda. Su cuerpo era una unidad, un continuo, y su integridad le fue arrebatada por aquel ladrón, el cuchillo. De manera que aquella cuchillada fue la peor. Un poco por encima de la clavícula, clavándolo al suelo entre una bocanada de aire y la siguiente.

Después, otra vez, pero más cerca del bulto del hombro, desviada por la clavícula. Y luego, dos dedos por debajo del ombligo. La palabra «víscera» era un nombre y también una acción. Y otro corte más, y otro. Viscosidad resbaladiza.

Cambio. Esta vez el asaltante era el Hombre de Gris. La empuñadura del cuchillo estaba incrustada a perpetuidad en su mano. Llevaba una eternidad acribillando aquel pedazo de carne. Había empezado al nacer y moriría al terminar. Era el hálito que lo mantenía vivo: el instante en que la hoja diseccionaba un nuevo centímetro de piel. Primero, la resistencia; luego, nada. Recibir y lanzar.

Nuevo cambio. Ahora el Hombre de Gris era el cuchillo. Era una hoja en el aire, suspendida, y luego era un filo hincado, asfixiándose en la carne. Era voraz y mordía, insaciable. Pertenecía al género del hambre, a la especie más ávida.

El Hombre de Gris abrió los ojos.

Miró el reloj.

Se dio la vuelta y volvió a dormir.

También aquella noche, Adam no soñó.

Ovillado sobre el colchón, se cubrió la cara con el brazo, en cuya piel persistía el calor del verano. A veces, si se taponaba la nariz y la boca para situarse en la frontera de la asfixia, el sueño terminaba por vencerlo.

Pero el remordimiento y el recuerdo de la fugaz aparición lo mantuvieron despejado. El cariz inexplicable y funesto de aquella mujer todavía flotaba en el ambiente. O quizá en su interior. «¿Qué he hecho?».

Estaba lo bastante despierto para pensar en su hogar —«No era mi hogar, nunca lo fue. Esa gente no existe y, si existiera, no significaría nada para mí»— y en la expresión que se le había quedado a Blue cuando había perdido los estribos. Estaba lo bastante despierto para recordar con precisión el olor del bosque cuando se había ofrecido en sacrificio. Estaba lo bastante despierto para sospechar que, en toda su vida, no había hecho más que tomar decisiones equivocadas; que él mismo era producto de una decisión equivocada, incluso desde antes de nacer.

Deseó que hubiese terminado el verano. En Aglionby, al menos, podía recurrir a repasar el boletín de notas para hacerse con una prueba palpable de que había algo que hacía bien.

Estaba lo bastante despierto para reflexionar sobre la invitación de Gansey.

«Puede que allí encuentres alguna ayuda laboral». Adivinaba que era un favor. ¿Estaba mal aceptarlo? Había dicho que no en tantas ocasiones que ya no sabía cuándo decir que sí.

«Además, puede que no sirva de nada», se dijo, dándole voz a un pequeño rincón de su conciencia. «Seguro que enseguida me captan el olor de la suciedad de Henrietta bajo las uñas».

Odiaba el tacto con que Gansey se lo había ofrecido. Lo había hecho de puntillas, igual que él mismo había hecho con su padre tantas veces. Necesitaba un botón de reinicio. Pulsaría el botón de reinicio de Adam Parrish y volvería a comenzar.

No durmió. Y si durmió, no llegó a soñar.

12

A la mañana siguiente, mientras Blue leía con detenimiento uno de los textos que le habían asignado para el verano, Jimi, su tía, le llevó a la habitación un plato en el que humeaba algún tipo de rescoldo de origen vegetal. Jimi era tan alta como Orla, su hija, pero bastante más oronda. Poseía la misma gracia natural que Orla, lo que la llevaba a tropezar con todos y cada uno de los muebles del cuarto de Blue. Cada vez que le ocurría, exclamaba cosas como «¡corcho!» o «¡narices!», que sonaban todavía peor que las palabrotas con que se correspondían.

Blue levantó la mirada. El humo hacía que le escociesen los ojos y los orificios nasales.

—¿Qué haces?

—Limpiar —respondió Jimi. Sostuvo el plato frente a los árboles de tela con que Blue adornaba las paredes y sopló para dirigir el humo hacia allí—. Esa mujer horrible ha dejado la casa cargada de energías negativas.

La mujer horrible no era otra que Neeve, la hermanastra de la madre de Blue, que había desaparecido hacía unos meses tras practicar magia negra en el desván. La limpieza de Jimi consistía en emplear el humo de ciertas hierbas curativas para expulsar la energía negativa. Blue siempre había pensado que debía de existir una manera de aprovechar las propiedades de una planta sin que fuera necesario quemarla.

Jimi sacudió la lavanda y la salvia junto a la cara de Blue.

—Humo sagrado —entonó—, lava el alma de esta jovencita e insufla en ella un ápice de sentido común.

—¡Oye! —protestó Blue levantándose—. ¡Tengo todo el sentido común que necesito, gracias! No habrás echado ahí artemisa, ¿no? ¡Porque tengo cosas que hacer!

Jimi decía que la artemisa le afinaba las dotes adivinatorias. Por lo visto, no le importaba que tuviese también efectos alucinógenos temporales.

—No —respondió con hosquedad, igual que habría hecho Orla—. Tu madre no me deja.

Blue agradeció en silencio la prohibición de su madre. Iban a visitarla Gansey y Adam, y lo último que quería era perderlos en un viaje astral. Con cierta incomodidad, pensó, sin embargo, que a Adam no le vendría mal algo que lo ayudara a limar las esquinas más afiladas de su temperamento. Y, de paso, a pedir perdón.

—En ese caso —dijo—, ¿te importaría darle una pasada también al armario?

Jimi frunció el ceño.

—¿Estuvo Neeve ahí dentro?

—Con Neeve, nunca se sabe —contestó Blue.

—Está bien. Por si acaso, lo limpiaré a fondo.

La limpieza a fondo resultó durar más tiempo de lo que cabía suponer, y el humo hizo que Blue tuviese que abandonar la habitación al cabo de unos minutos. Ya en el pasillo, descubrió que Jimi había abierto la puerta del desván como medida inicial del proceso de limpieza del antiguo cuartel general de Neeve. Aquello era una invasión.

Tras echar un vistazo para comprobar que no hubiese alguna mirada indiscreta, Blue fue hacia la escalera y empezó a subir. De inmediato, se vio envuelta en un aire caliente y apestoso. El ambiente conservaba el hedor de la asafétida, una de las exquisiteces que Neeve solía utilizar, y la canícula del verano no contribuía a mejorar la situación.

Blue se detuvo en lo alto de la escalera, vacilando. Los efectos de Neeve todavía seguían allí, pero se encontraban metidos en cajas colocadas sobre el colchón, tapado por una tela. Sus máscaras y símbolos ya no colgaban de las desconchadas e inclinadas paredes, y las velas habían sido almacenadas sin mucha ceremonia en un contenedor de plástico. No obstante, los espejos continuaban en su lugar: de gran tamaño, estaban orientados de tal manera que se reflejaban el uno al otro. Y junto a ellos había un cuenco hondo y negro apoyado en el suelo. Era el que Neeve usaba en sus sesiones de ocultismo.

El fondo del cuenco contenía un resto de líquido aún fresco. Lo había utilizado alguien, sin duda, pero no podía tratarse de Neeve, quien llevaba ya varias semanas sin ir por allí. Blue sabía que Maura, Persephone y Cala no aprobaban aquel tipo de rituales. En teoría, la técnica era sencilla: la médium escrutaba un espejo o un recipiente lleno de líquido, salía de su propio cuerpo y veía en el reflejo el futuro u otros lugares.

Sin embargo, según Maura le había contado a Blue, la técnica era también impredecible y peligrosa.

—El alma se vuelve vulnerable cuando abandona el cuerpo —le había explicado.

La última vez que Blue había visto aquel cuenco, Neeve se hallaba en una especie de trance, viajando con la mente por algún punto de la línea ley. Probablemente, por algún rincón de Cabeswater. Al interrumpirla, Blue había visto que estaba como poseída por la misteriosa y oscura criatura que había encontrado allí.

Pese al sofocante calor del desván, Blue se estremeció. No le había costado olvidarse del terror que habían experimentado en Cabeswater. Aun así, la presencia de humedad en el fondo del cuenco hacía que lo reviviera de golpe.

«¿Quién lo estará usando?», se preguntó. Pero, claro, aquella era solo la primera parte de la pregunta.

La segunda parte era la siguiente: «¿Y para qué?».

Ronan Lynch creía en el cielo y en el infierno.

Una vez, había visto al diablo. Había sucedido en una mañana brumosa y ya

cercana al mediodía, en Los Graneros. Repentino en su aparición, el sol había quemado la niebla, el frío y hasta la tierra del suelo, y todo relampagueaba bajo los rayos abrasadores. En aquella región no solía hacer calor, pero aquel día había sido la excepción. Ronan jamás había visto al ganado resollar de aquel modo. Rezumando baba, las vacas sacaban la lengua en un vano intento de refrescarse. Según su madre le había encargado, debía guarecerlas del bochorno en el establo.

Ronan se había encaminado hacia la ardiente verja de metal y, mientras caminaba, había divisado a su padre, que ya se encontraba en el establo. A unos metros de él, había un hombre rojo. Pero su color no era exactamente el rojo, sino el naranja calcinado de las hormigas de fuego. Y tampoco era exactamente un hombre, pues tenía cuernos y pezuñas. Ronan recordaba la monstruosidad de aquel ser y, al mismo tiempo, su indiscutible carnalidad. Se equivocaban todos los disfraces del mundo y todas las representaciones artísticas. Olvidaban que el demonio era un animal. Observándolo, Ronan se había quedado pasmado con el barroquismo de su cuerpo, en el que un sinnúmero de órganos y extremidades encajaban con suavidad y perfecta armonía.

Niall Lynch blandía una pistola —los Lynch tenían armas de todos los tipos y tamaños— y, al ver a su hijo abriendo la verja, le había pegado trece tiros en la cabeza a la bestia. Agitando los cuernos, el maligno se había descubierto los genitales y, luego, había abandonado el lugar.

Y así, Ronan se había convertido en lo contrario de un predicador. La verdad había echado raíces en él y no dejaba de crecer, pero no debía revelarla. Nadie debía conocer el infierno antes de descender hasta él. Nadie debía vivir habiendo visto al diablo. Las homilías sobre la fe se volvían innecesarias; Ronan no las necesitaba para creer.

Era domingo y, como todos los domingos, Ronan iba de camino a Saint Agnes. Gansey, que practicaba una religión en la que era obligado asistir a misa tan solo en Navidad, no estaba con él, pero sí Noah. De vivo, Noah no había sido católico, pero la muerte le había hecho buscar el amparo de la religión. En la iglesia, nadie reparaba en él; posiblemente, ni siquiera el propio Dios. Sin embargo, Ronan, que era otro al que Dios tal vez también ignorase, agradecía su compañía.

De humor sombrío, Ronan atravesó el atrio y las grandes y antiguas puertas y, ya objeto de las miradas desaprobatorias de los integrantes del coro, hundió los dedos en la pila de agua bendita. Escudriñó los bancos en busca de Declan. Si bien fuese el demonio el motivo que lo conminaba a ir a la iglesia cada domingo, era su hermano Matthew el que lo llevaba a sentarse junto a Declan.

Su hermano mayor se encontraba en el banco más alejado del altar, con la cabeza derrumbada sobre la madera del respaldo y los ojos cerrados. Como siempre, se había vestido para la ocasión: una camisa blanca como la inocencia, el nudo de la corbata bien prieto y mortificante, y los pantalones pulcramente planchados. Pero había en su aspecto varias novedades, como los cardenales que le oscurecían las cuencas de los

ojos, o el corte que le atravesaba la mejilla y la nariz, que a todas luces se había roto.

Ronan se puso de mejor humor al instante. Agitó los dedos para salpicar de agua bendita la cara de Declan.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó.

Dos mujeres que estaban instaladas tres bancos más allá murmuraban entre sí. Sonaba de fondo la afonía del órgano.

Declan no abrió los ojos.

—Asalto —susurró. Apenas tenía fuerzas para elevar la voz, y mucho menos para articular poco más que alguna sílaba.

Ronan y Noah intercambiaron una mirada.

—Venga, hombre —dijo Ronan. Para empezar, aquello era Henrietta. Y para terminar, aquello era Henrietta. Allí no había asaltos y, si los hubiera, no vendrían acompañados de palizas. Además, era impensable que a alguien se le ocurriera pelearse con alguno de los hermanos Lynch. Ronan era de lo peorcito que había en Henrietta, a excepción de cierto individuo que andaba por ahí haciendo el tonto con su pequeño Mitsubishi blanco y que, en consecuencia, no tenía tiempo para asaltar a nadie—. ¿Y qué te han robado?

—El ordenador. Y un poco de dinero.

—Y la cara, por lo que veo.

Por toda respuesta, Declan tomó aire por medio de una bocanada lenta y cautelosa. Ronan se acomodó en el banco, y Noah lo imitó ocupando el lugar que quedaba libre en el extremo. Al desplegar el escabel del reclinatorio, Ronan captó el olor a hospital y a antisépticos que despedía su hermano. Se quedó tan abrumado que, durante unos instantes, tuvo que aguantar la respiración. Se arrodilló y apoyó la cabeza en los brazos. La imagen que vio tras los párpados fue la de una palanca ensangrentada junto a la cabeza de su padre. «He tardado demasiado en venir. Perdóname, perdóname. Haría lo que fuera por deshacer lo ocurrido, pero no puedo…». Mientras resonaban a su alrededor los ecos de los murmullos, se concentró en la cara de su hermano mayor e intentó sin éxito figurarse al individuo capaz de dejársela en aquel estado. La única persona capaz de moler a golpes a un Lynch era otro Lynch.

Tras agotar las posibilidades de aquel razonamiento, Ronan se permitió brevemente el lujo de odiarse a sí mismo, como era su costumbre cuando estaba en la iglesia. Le resultaba reconfortante regodearse en aquel aborrecimiento; era como un pequeño regalo que se hacía todos los domingos.

Pasados unos minutos, el reclinatorio se combó un poco más por el peso de Matthew, que acababa de unírseles. Ronan ya había percibido su llegada por la excesiva cantidad de colonia que se echaba para ir a la iglesia.

—Eh, colega —susurró Matthew. Había muy poca gente que pudiera dirigirse a Ronan con tanta familiaridad. Matthew Lynch era corpulento, sólido e imponente: un verdadero oso. Tenía la cabeza cubierta de rizos dorados y esponjosos, algo único en

la familia. Además, en su caso, la inmaculada dentadura de los Lynch se enmarcaba en una sonrisa enternecedora que podía manifestarse de dos maneras distintas, o bien precedida por un gesto pudoroso de la barbilla y dos hoyuelos formándose en las mejillas, o bien vacilando durante unos instantes antes de producir la más contagiosa de las carcajadas. Era muy querido por mujeres y hombres de todas las edades. Ellas lo consideraban adorable. Ellos lo trataban como a un amigo íntimo. En todo caso, Matthew tenía bastantes más problemas que cualquiera de sus dos hermanos mayores, pero, a diferencia de ellos, siempre se esforzaba al máximo en todo lo que hacía.

En multitud de ocasiones aparecía en las pesadillas de Ronan, en las que le sucedían todo tipo de tragedias.

Matthew había dejado sitio para Noah, pero no le saludó. En cierta ocasión, Ronan le había preguntado a Noah si se volvía invisible a propósito, y este, apenado, le había respondido de manera enigmática: «¿Por qué no pruebas tú?».

—¿Le has visto la cara a Declan? —le preguntó en voz baja Matthew a Ronan. El órgano gemía lastimosamente.

—Estoy aquí, por si no te habías enterado —rezongó Declan.

—Un asalto —explicó Ronan. Era como si Declan pensase que la verdad era una enfermedad que podía matarlo.

—A veces, cuando te llamo —murmuró Declan con aquella extraña voz que le salía al tratar de no mover los labios mientras hablaba—, mi intención es que contestes.

—¿Vamos a discutir? —inquirió Ronan—. ¿Es eso lo que pretendes?

Noah sonrió con gesto satisfecho, de una manera poco piadosa.

—Por cierto, no me gusta nada verte con Joseph Kavinsky —dijo Declan—. No resoples. Te lo digo en serio.

Ronan se limitó a reunir en la mirada todo el desdén del que fue capaz. Una señora que venía por el pasillo se paró a darle una palmada de afecto en la cabeza a Matthew. Por lo visto, no le importaba demasiado que Matthew tuviese solo quince años, aunque tampoco suponía un problema para él, pues a Matthew también parecía darle igual. Ronan y Declan observaron la escena con deleite, como dos padres asistiendo a los prodigios de un hijo con talento.

—Insisto: es peligroso —perseveró Declan.

A veces, Declan se creía que, solo por el hecho de ser un año mayor, conocía mejor los bajos fondos de Henrietta. En realidad, lo que quería era asegurarse de que Ronan tuviera en cuenta que Kavinsky era cocainómano.

—¿El *crack* es lo mismo que el speed? —le preguntó Noah a Ronan al oído.

Ronan no contestó. La pregunta estaba fuera de lugar en una iglesia.

—Ya sé que te consideras un chulo de primer nivel —dijo Declan—, pero no eres tan duro como te crees.

—Vete al carajo, Declan —le espetó Ronan al tiempo que los monaguillos abrían

las puertas laterales.

—Un poco de respeto —imploró Matthew.

Tanto Declan como Ronan guardaron silencio. Estuvieron callados durante el cántico de apertura, que Matthew entonó con vigor y alegría; durante las lecturas, que Matthew escuchó con sonrisa arrobada, y durante la homilía, que Matthew aprovechó para dormitar. Estuvieron también callados cuando llegó la comunión, durante la cual Noah permaneció en el banco, Declan fue cojeando hasta el altar a recibir el cuerpo de Cristo, Ronan cerró los ojos y rezó —«Dios, por favor, dime qué es lo que soy»— y Matthew observó el vino meneando la cabeza. Y, por fin, estuvieron callados durante el cántico de cierre, mientras el sacerdote y los monaguillos iban saliendo del templo.

En el exterior, junto al atrio, los esperaba Ashley, la novia de Declan. Llevaba un modelo digno de la portada de *People* o *Cosmopolitan* y el cabello a juego, teñido de rubio. En cada oreja lucía tres pequeños aros de oro. No prestaba atención a los deslices de Declan, y Ronan la odiaba. Ella, a su vez, lo odiaba a él.

Ronan la saludó con una mueca que no pretendía ser una sonrisa.

—Nadie va a morderte si entras.

—Me niego a participar en una ceremonia que no garantiza igualdad de derechos espirituales a las mujeres —contestó Ashley. Evitó mirar a Ronan y también a Noah, pese a que este soltara una risita.

—¿Vosotros dos sacáis vuestra ideología del mismo catálogo? —replicó Ronan.

—Ronan… —avisó Declan.

Ronan se sacó del bolsillo las llaves del coche.

—Ya me marchaba. —Le permitió a Matthew efectuar un choque de manos que ambos habían inventado hacía cuatro años. Luego le dijo a Declan—: Procura que no vuelvan a asaltarte.

Para Ronan, participar en carreras ilegales no era tan fácil como pudiera pensarse. La mayoría de la gente respetaba los límites de velocidad. Pese a la mala prensa que tenían ese tipo de carreras, la mayor parte de los conductores estaban demasiado preocupados por la seguridad, eran demasiado pudorosos, tenían demasiados principios o, sencillamente, se comportaban con demasiada indiferencia como para reaccionar ante una provocación. Además, los que sí estarían dispuestos a pisar a fondo al ponerse el semáforo en verde sabían cuándo sus automóviles no daban la talla. Así, las carreras no aparecían por arte de magia, nada más tocar el asfalto. Había que cultivarlas.

De ahí los problemas de Ronan Lynch.

Un coche pintado de algún color rotundo, para empezar. Ronan sabía lo que era tener el único coche negro en una marea de tráfico en donde solo se veían tonos pastel. Buscaba utilitarios compactos o cupés. Un descapotable, casi nunca. El personal no quería despeinarse. Su lista de sospechosos habituales era la siguiente:

carrocerías con cualquier tipo de accesorio, tubos de escape sobredimensionados, chasis pegados al suelo, faros ahumados, llamaradas dibujadas en el parachoques. Cualquier coche con alerón; cuanto más grande y más aparatoso, mejor. La silueta de una cabeza afeitada o de una gorra ladeada era siempre una señal prometedora, igual que un brazo apoyado en el marco de la ventanilla o, aún mejor, una mano bien morena reposando en el retrovisor. El estruendo de una radio era una llamada a la batalla. Y también los mensajes en la matrícula, siempre que no fueran del estilo de CACHNDA O CNJITA. Las pegatinas en el parachoques trasero eran casi siempre un mal síntoma. Ah, y la potencia del motor, de por sí, no quería decir nada. Con mucha frecuencia, los mejores deportivos transportaban a individuos demasiado temerosos de lo que tenían bajo el capó. Ronan también evitaba los coches que llevasen pasajeros, porque creía que únicamente el conductor solitario estaría dispuesto a quemar rueda al salir de un semáforo. Sin embargo, había aprendido que cierto tipo de pasajeros tenían la virtud de exaltar a un piloto manso. De hecho, no había nada que excitara más a Ronan que un chaval medio colgado de la ventanilla de un Honda cargado de amigotes, ruidoso y normalmente muy rojo.

Y así empezaba todo. La cara vuelta hacia el semáforo. Los ojos fijos en los del contrincante. El aire acondicionado apagado, para exprimir hasta el último caballo de potencia. El motor revolucionado. Y una sonrisa letal.

Ese era el procedimiento que Ronan ponía en práctica para meterse en líos. Excepto cuando se trataba de Kavinsky. En ese caso, eran los líos los que se metían en él.

Terminada la misa, Ronan y Noah fueron hacia el exclusivo barrio en que vivía Kavinsky con su madre. Ronan tenía la intención de darle las gafas de sol con las que había soñado, dejándoselas en el buzón o bajo los limpiaparabrisas del Mitsubishi. Bajo el sol del mediodía, el aire acondicionado del BMW funcionaba al máximo. Las cigarras se llamaban las unas a las otras. No se divisaba ni una sola sombra.

—Tenemos compañía —anunció Noah.

Kavinsky se situó junto a ellos en un cruce. El semáforo se puso en verde, pero como no había tráfico por detrás, ni Kavinsky ni Ronan hicieron ademán de arrancar. Ronan tenía las palmas de las manos sudadas. Kavinsky bajó la ventanilla. Ronan hizo lo propio.

—Maricón —dijo Kavinsky acelerando. El Mitsubishi aulló y vibró un poco. Era una obra de arte sobre ruedas y también un espanto.

—Ruso de mierda —replicó Ronan pisando también el acelerador. El BMW emitió un rugido.

—Oye, mejor no te pases —masculló Kavinsky.

Tras abrir la compuerta de la guantera, Ronan asió las gafas con las que había soñado la noche anterior. Las lanzó por la ventanilla y fueron a aterrizar al asiento del copiloto del Mitsubishi.

En el semáforo brilló la luz ámbar y, después, la roja. Kavinsky recogió las gafas

del asiento y las examinó. Y hasta se quitó las que llevaba puestas para ver mejor. Regocijado, Ronan comprobó que los dos pares eran prácticamente idénticos. El único detalle que se le había pasado por alto era el tinte de los cristales, más claro en la versión original. Seguro que Kavinsky, gran maestro de las falsificaciones, era capaz de apreciarlas.

Pasados unos momentos, Kavinsky miró de soslayo a Ronan con una sonrisa de astucia pintada en la cara. Casi de complicidad.

—Buen trabajo, Lynch. ¿De dónde las has sacado?

Ronan sonrió con desgana. Desconectó el aire acondicionado.

—¿Te ha costado encontrarlas? Por cierto, ¿vamos o no?

El semáforo de la calle transversal viró al rojo.

—Sí —dijo Ronan.

El semáforo volvió a ponerse en verde. Sin más preámbulos, los dos coches entraron en erupción. Bramando, el Mitsubishi fue por delante durante dos segundos, pero Kavinsky no dudó en meter cuarta.

Ronan no lo hizo.

Y lo rebasó, lanzado.

Al doblar una esquina, Ronan advirtió que Kavinsky tocaba el claxon y hacía un gesto obsceno con una mano. Y luego, nada más. El BMW lo dejó todo atrás y voló hacia Manufacturas Monmouth.

Ronan se permitió dedicarle la más fugaz de las sonrisas al espejo retrovisor.

La felicidad era aquello.

13

A Blue le gustaba mucho que los chicos fueran a su casa.

Le gustaba por diversos motivos. El más simple consistía en que Blue, cada vez con más frecuencia, se hartaba de ser el cien por ciento de la población no adivina que habitaba el 300 de Fox Way, y aquel porcentaje menguaba bastante cuando venían sus amigos. La segunda razón era que Blue los veía a todos, particularmente a Richard Campbell Gansey III, de una manera muy diferente cuando estaban allí. En lugar del individuo seguro de sí mismo y artificial por quien lo había tomado al conocerlo, el Gansey del 300 de Fox Way era un espectador autocrítico para el que las artes del ocultismo resultaban tan interesantes como ajenas a sus capacidades. Era un turista privilegiado en una región primitiva: empujado por una curiosidad halagadora, torpe sin pretenderlo y, desde luego, incapaz de sobrevivir por sí mismo en ausencia de un guía.

La tercera causa radicaba en que aquello implicaba permanencia en el tiempo. Blue tenía relaciones en el instituto, gente que le caía simpática. Pero no eran para siempre. Pese a que se llevase bien con muchos de ellos, no había nadie con quien sintiese el deseo de comprometerse indefinidamente. Y no se le escapaba que la culpa era suya y no de los demás. Las amistades casuales no eran su fuerte. Para Blue estaba la familia —que, en el caso del 300 de Fox Way, nunca había tenido que ver con la sangre—, y después, a mucha distancia, todo lo demás.

Cuando los chicos iban a su casa, dejaban de formar parte de aquel «todo lo demás».

Aquel día, Adam y Gansey pululaban por los intestinos de la casa. El sol brillaba en lo alto de un cielo límpido, y su luz cargada de promesas entraba a raudales por todas las ventanas. Sin mucha discusión, Gansey y Blue habían acordado que aquella sería una jornada de exploración, cuando llegase Ronan.

Vestido con un polo de color verde hierba, Gansey se sentó junto a la mesa de la cocina. Tenía junto a la mano izquierda una botella de alguna bebida con cafeína que había traído, y junto a la derecha, una de las infusiones curativas de Maura. La madre de Blue llevaba ya varios meses trabajando en una línea de infusiones que las ayudasen a aumentar los ingresos. Blue no había tardado en aprender que «sano» no era, ni mucho menos, sinónimo de «delicioso», y enseguida había manifestado que no pensaba formar parte del grupo de cata.

Gansey, que no sabía dónde se metía, había accedido a probar.

—Yo ya no puedo esperar más. Eso sí, me gustaría minimizar los riesgos —dijo mientras Blue hurgaba en la nevera. Alguien había ocupado un estante entero con un repulsivo pudin precocinado—. Pienso que no es posible una seguridad total, pero sí

me parece que podemos ser más prudentes.

Por un momento, Blue creyó que estaba refiriéndose al proceso de beber una de las infusiones de Maura. Luego, advirtió que hablaba de Cabeswater. Blue amaba aquel lugar de una manera que no podía disimular. Siempre había sentido un cariño especial por el gran abedul del jardín y los robles que jalonaban Fox Way, así como también por los bosques en general, pero no había nada que pudiera compararse con los árboles de Cabeswater. Vetustos, retorcidos y, sobre todo, conscientes; tanto que la conocían por su nombre.

Sí, aquellos árboles eran otra cosa.

Maura estudió a Gansey con la mirada. Blue sospechó que no lo hacía por algo que Gansey hubiese dicho, sino porque estaba a la espera de verle probar un sorbo de lo que fuera aquel brebaje que le había echado en la taza.

—Ya sé lo que vas a decir, mamá —afirmó Blue, quien, tras decidirse por un yogur con trozos de fruta, fue a sentarse en una de las sillas que rodeaban la mesa—. Vas a decir: «Muy bien, pero que Blue no vaya con vosotros».

Su madre agitó una mano perezosa en el aire. Quien callaba, otorgaba.

—¿Cómo? —inquirió Gansey—. Ah, ¿es porque Blue intensifica esa clase de energías?

A Blue no le hizo gracia que Gansey se refiriese a ella por su verdadero nombre. Se había acostumbrado a que la llamase «Jane».

—Sí —admitió Maura—. Pero, en realidad, no era eso lo que iba a decir, a pesar de que lo piense. Lo que iba a decir es que ese lugar debe regirse por unas normas. Todo lo que tenga que ver con energías y espíritus responde a normas. Lo que pasa es que no siempre las conocemos, lo cual hace que las cosas se vuelvan impredecibles. Sin embargo, lo que sucede en el fondo es que somos muy imprudentes. ¿De verdad queréis volver allí?

Gansey bebió un sorbo de la infusión curativa. Alzando la barbilla, Maura le observó procesar el trago. Gansey no hizo ningún gesto ni pronunció palabra alguna, pero, al cabo de un instante cerró una mano y se golpeó con ella el pecho.

—¿Para qué servía esto? —preguntó con una voz que delataba, pese a la cortesía habitual, que le había costado lo suyo ingerir el líquido.

—Contribuye al bienestar general —explicó Maura—. También viene bien para los sueños.

—¿Mis sueños? —dudó Gansey.

Maura alzó una ceja cómplice.

—¿De quién iban a ser?

—Mmm.

—Por último, ayuda en asuntos legales.

Gansey dejó la infusión y cogió la botella que había traído. Tras beber de ella con fruición, a todas luces para deshacerse del sabor del mejunje de Maura, la posó en la mesa. El cristal tintineó.

—¿Y yo necesito ayuda en asuntos legales?

Maura se encogió de hombros.

—Pregúntaselo a una médium.

—Mamá, por favor —dijo Blue. Mirando a Gansey, añadió—: Centrémonos en Cabeswater.

—Vale, vale. Nadie tiene que venir conmigo —afirmó—. Pero lo que no admite discusión es que lo que yo estoy buscando es un rey mágico en una línea ley y que Cabeswater es un bosque mágico en una línea ley. Encuentro bastante sospechosa la coincidencia. Podríamos buscar en otros lugares, pero yo creo que Glendower está allí. Y no quiero perder el tiempo ahora que la línea ley está activa. Intuyo que no tenemos un minuto que perder.

—¿Y sigues convencido de querer encontrarlo? —preguntó Maura.

Blue sabía de antemano que aquella pregunta era irrelevante. No le hacía falta mirar a Gansey para adivinar lo que vería en él: un niño rico vestido como un maniquí y peinado como un presentador de telediario, y también unos ojos que eran como la laguna de los sueños de Cabeswater. Ocultaba perfectamente el objeto de su insaciable anhelo, pero a ella ya no podía engañarla. No hacía falta que le explicara nada.

Ahora bien, Blue no se imaginaba cómo iba Gansey a hacérselo entender a Maura.

—Sí, sigo convencido, como es natural —dijo Gansey con mucha formalidad.

—Ahora mismo podría matarte —le espetó Maura.

El ambiente de la estancia se tornó bastante incómodo. No en vano, había cierta información que conocían dos tercios de los presentes y que el tercio restante ignoraba: que precisamente el tercio restante iba a morir en un plazo máximo de nueve meses.

—Sí, ya —dijo Gansey—. No sería la primera vez. Me refiero a lo de que lo maten a uno. Oye, ¿no te gustan los trozos de fruta? Son lo mejor. —La última parte de su intervención iba dirigida a Blue, quien le cedió lo que le quedaba del yogur. Era obvio que Gansey no tenía ninguna intención de seguir hablando sobre la muerte.

Rendida, Maura suspiró y, en ese momento, Cala entró en la cocina, arrolladora como un tren de mercancías. Su ímpetu no se debía a que estuviera enfadada. Sencillamente, formaba parte de su naturaleza. Abrió la puerta del frigorífico, que a punto estuvo de arrancar de los goznes, y se hizo con una ración de pudin.

Mientras sopesaba el pudin con una mano, miró a Gansey y tronó:

—Te conviene recordar que Cabeswater es un videojuego con jugadores bastante más experimentados que tú. Y ellos sí saben dónde están los atajos para pasar de fase.

Dicho lo cual, se fue de la estancia a grandes pasos. Maura la siguió.

—Estupendo —juzgó Gansey.

—Sí, estupendo —coincidió Blue. Un segundo más tarde, empujó la silla hacia atrás para levantarse e ir tras su madre, pero Gansey alargó una mano y la detuvo.

—Espera —le pidió.

—¿Que espere?

Con gesto deliberado, Gansey orientó la mirada hacia el cuarto contiguo, donde se atendía a los clientes.

—Adam —dijo.

Blue se acordó al instante de Adam y su acceso de furia.

—¿Qué pasa con él? —preguntó.

Gansey se frotó el labio inferior con el pulgar. Era un gesto rutinario, realizado tantas veces que sorprendía que no hubiera conseguido borrarse la boca.

—¿Le has comentado ese asuntillo de la maldición de los besos?

Las mejillas de Blue experimentaron un súbito ascenso de temperatura. Estaban en llamas.

—No se lo habrás contado tú, ¿no?

Gansey se hizo el ofendido.

—¡Me dijiste que no lo hiciera!

—Cierto. No, no le he comentado nada.

—¿Y no crees que deberías?

La cocina no era el lugar más apropiado para las intimidades, de manera que ambos bajaron la voz y se acercaron el uno al otro para evitar que nadie los oyera.

—Mira —susurró Blue—, lo tengo todo bajo control. Además, no creo que seas tú la persona más indicada para sacar el tema.

—¿La persona más indicada? —protestó Gansey—. ¿Pero qué te he hecho yo?

Blue no tenía ni idea, la verdad. Aturdida, respondió:

—Tú no eres mi… mi… abuela ni nada de eso.

—¿Y tú hablarías de esto con tu abuela? Pues yo ni me quiero imaginar lo que sería charlar con mi abuela acerca de mi vida amorosa. Es una bellísima persona, supongo, siempre que te gusten la desfachatez y el racismo. —Recorrió la cocina con la mirada como si estuviera buscando a alguien—. Por cierto, ¿qué me dices de tu abuela? ¿No debería estar en algún lugar de esta casa, igual que todas las mujeres de la familia?

—No seas tan… tan…

—¿Considerado? ¿Desconsiderado?

—¡Ofensivo! Mis dos abuelas están muertas.

—Vaya. ¿Y de qué murieron?

—Según dice mi madre, de un exceso de curiosidad.

Olvidando que se trataba de una conversación secreta, Gansey soltó una carcajada, una única carcajada espléndida y poderosa. Recuperó la seriedad de inmediato, pero algo en su mirada continuó riendo.

Blue, por su parte, sintió un leve burbujeo en su interior.

«¡Oh, no!», pensó. Sin embargo, enseguida encontró argumentos para calmarse. «Sí, ya sé que Richard C. Gansey III tiene una boca bonita. Y acabo de ver que me

gustan sus ojos cuando se ríe. Aun así, no es amor».

Y también pensó: «Adam. Acuérdate de Adam».

—Ya decía yo que tenía que haber precedentes en tu familia —ironizó Gansey—. ¿Y a los hombres os los coméis? ¿Dónde están? ¿Esta casa tiene sótano?

Blue se levantó.

—Esto es como un campamento militar. Prohibido hombres. Y pobre del que se le ocurra colarse.

—Pues pobre de mí… —murmuró Gansey.

—¡Exacto! Espera un segundo.

Blue se encaminó hacia la puerta dejando a Gansey en la mesa. Casi fue un alivio; el corazón le latía tan rápido que parecía que hubiese estado haciendo ejercicio. Encontró a Maura y a Cala en el pasillo, charlando en voz baja.

—Oye —le dijo a su madre—, vamos a ir a Cabeswater. Esta misma tarde, en cuanto Ronan esté libre. Ese es el plan. Y no hay vuelta de hoja.

Maura reaccionó con bastante menos disgusto del que Blue había calculado. De hecho, no parecía nada disgustada.

—¿Por qué me lo cuentas? —replicó—. ¿Por qué estás tan colorada?

—Porque eres mi madre. Porque eres la autoridad. Porque se supone que, cuando sales al monte a andar por senderos peligrosos, debes informar a alguien. En cuanto a que esté colorada, no lo estoy más de lo normal.

—Mmm —murmuró Maura.

—Mmm —repitió Cala.

—¿No vas a decirme que no debo ir? —preguntó Blue, incrédula.

—Esta vez, no.

—No tendría sentido —valoró Cala.

—Por otro lado, hay un cuenco de esos en el desván —informó Blue.

Su madre miró hacia la sala de los clientes.

—No hay tal cuenco.

—Y además, se nota que alguien lo ha utilizado —insistió Blue.

—No lo ha utilizado nadie.

Blue perdió la paciencia.

—No puedes decir que no hay cuenco y, al mismo tiempo, que no lo ha utilizado nadie —protestó—. No soy tonta: tengo ojos, ¡tengo cerebro!

—Muy bien. En ese caso, ¿qué quieres que te diga? —repuso Maura.

—La verdad. Yo acabo de decirte la verdad.

—¡Es cierto! —exclamó Gansey desde la cocina.

—¡Silencio! —Exigieron Cala y Blue a la vez.

Maura levantó una mano.

—Vale. Lo he utilizado yo.

—¿Para qué?

—Para buscar a Cielito —informó Cala.

«¡Mi padre!». Blue no debería sorprenderse; Neeve había estado allí para encontrar a su padre y se había marchado dejando sin resolver el misterio de su paradero.

—Te he oído decir que esos cuencos son peligrosos.

—Un poco, como el vodka —comentó Cala—. Hay que saber beberlo.

Con la cucharilla en el pudín, Cala dirigió los ojos hacia la sala de los clientes, igual que había hecho Maura hacía unos segundos. Blue volvió la cabeza para descubrir qué era lo que estaban mirando. Era Adam. Estaba allí solo, sentado, a la luz de una mañana blanda y polvorienta. Había desplegado una de las barajas y había dispuesto las cartas en tres filas. Con los codos plantados en la mesa y la mandíbula apoyada en las manos, estudiaba las imágenes de cada uno de los naipes. Tenía poco que ver con el Adam furioso y mucho que ver con el Adam del principio, el que Blue había conocido. El efecto, sin embargo, intranquilizaba; era demasiado fortuito.

Maura frunció el ceño.

—Creo que debería mantener una conversación con ese muchacho —susurró.

—Sí, alguien tiene que hablar con él —opinó Cala encaminándose hacia la escalera. Los escalones crujieron bajo el castigo de sus pisotones—. Pero yo no. Soy demasiado mayor para vérmelas con choques de trenes.

—¿Adam es ahora un choque de trenes? —preguntó Blue, alarmada.

Su madre chasqueó con la lengua.

—Cala y sus dramas. ¡Un choque de trenes! Este tren lleva ya tiempo saliéndose de la vía. Yo lo llamaría, más bien, un descarrilamiento.

Desde el piso de arriba se escuchó el eco de la carcajada de Cala.

—Os odio a las dos —dijo Blue mientras su madre, riéndose, subía por la escalera para reunirse con Cala—. ¡Vuestros poderes son para hacer el bien, por si lo habíais olvidado!

Unos momentos más tarde, Adam decidió hablar sin molestarse en despegar la mirada de las cartas.

—Por si lo habéis olvidado, lo estoy oyendo todo —dijo.

Blue deseó con todas sus fuerzas que se refiriese solo a Maura y Cala, y no a la conversación con Gansey en la cocina.

—¿Qué te parece eso de ser un descarrilamiento de un tren?

—Implicaría que he estado en la vía en algún momento —repuso Adam—. ¿Vamos a ir a Cabeswater cuando venga Ronan?

Gansey apareció en el pasillo y se colocó junto a Blue. Le mostró la botella de la bebida que había traído. Ya no quedaba ni gota.

—Comercio justo —le dijo como dándole a entender que si había comprado una bebida de café de comercio justo era tan solo para poder presumir de haberlo hecho y que ella le respondiera algo así como: «Pues bravo por tu huella de carbono y todo eso».

—Recicla ese cristal, anda —respondió Blue.

Tras dedicarle una sonrisa deslumbrante, Gansey agarró el pomo de la puerta y exclamó:

—Sí, Parrish. Iremos a Cabeswater.

14

Podías preguntárselo a cualquiera: el 300 de Fox Way, en Henrietta, estado de Virginia, era el sitio al que ir cuando se trataba de lo espiritual, lo oculto, lo misterioso y lo por venir. Por un módico precio, cualquiera de las mujeres que habitaban la casa se ofrecía a leerte la mano, echarte las cartas, hacerte una limpieza de energías, ponerte en contacto con tus familiares fallecidos o, si acaso, prestar atención al relato de la espantosa semana que habías pasado. Durante la semana, la clarividencia era un negocio y un trabajo.

Sin embargo, en días de descanso, cuando circulaban los cócteles, se volvía un juego. Maura, Cala y Persephone registraban la casa en busca de revistas, libros, cajas de cereales, barajas viejas o cualquier otra cosa que tuviese palabras o imágenes. Una de las tres elegía una imagen y se la ocultaba a las otras dos, que, por su parte, debían poner a prueba sus dotes adivinatorias. Hacían las predicciones de mil maneras distintas: cerrando los ojos, estudiando una baraja extendida, contando las velas colocadas sobre la mesa, metiendo los pies en cubos llenos de agua o subiendo y bajando por las escaleras de la entrada de tres en tres escalones o de siete en siete. Maura lo llamaba educación continua. Para Cala era ejercitar el músculo. Persephone lo definía como «eso que hacemos cuando no hay nada en la tele».

Aquel día, después de que se marchasen Blue, Gansey y Adam, no había trabajo que hacer. Los domingos eran un día de paz incluso para quienes no frecuentaban la iglesia. Desde luego, no era que las mujeres del 300 de Fox Way no le dedicaran tiempo al espíritu en domingo. Era, más bien, que se lo dedicaban a diario, por lo que el domingo no tenía nada de especial. Libradas de la presencia de la juventud, las mujeres pospusieron sus quehaceres y se dispusieron a jugar en el cuarto de estar, a la vez destartalado y confortable.

—He bebido tanto que voy a trascender —anunció Cala. No era la única médium que estaba bebiendo, pero sí la más próxima a la trascendencia.

Dubitativa, Persephone escudriñó el fondo del vaso que sujetaba con una mano. Con un hilo de voz (pues siempre hablaba con un hilo de voz), dijo:

—Pues yo estoy como si no hubiera probado un sorbo.

—Serán los genes rusos —opinó Maura.

—Estonios —precisó Persephone.

En ese momento, sonó el timbre. Maura soltó una maldición con delicadeza estudiada; eligió una palabra compleja y precisa. Cala, en cambio, prescindió de los remilgos; le brotó de la boca una larga ráfaga de juramentos de pocas sílabas y mucho efecto. Acto seguido, Maura fue a la entrada y regresó al cuarto de estar acompañada por un hombre de gran estatura.

Pero la característica más notable del recién llegado era… el gris. Vestía una camiseta de cuello de pico de color gris que le marcaba la musculatura de los hombros. Los pantalones eran también grises, aunque de un tono más oscuro. E incluso los ojos: grises. El cabello, por su parte, tendía a un rubio ceniciento y descolorido, al igual que la barba de tres días que ponía en el rostro una nota de sofisticación. Ninguna de las tres mujeres dejó de notar que aquel era un hombre guapo.

—¿Y usted es el señor…?

El visitante sonrió con sagacidad.

—Gris.

A modo de respuesta, vieron la luz tres versiones distintas de sonrisas sagaces.

—Tenemos visita, como veis —informó Maura.

—Hoy no abrimos —respondió Cala, desdeñosa.

—Cala, por favor —rogó Persephone con su voz de muñeca de porcelana—. Lo que pasa es que ahora mismo estamos ocupadas.

Más que una afirmación, había sido una duda que, por lo demás, venía acompañada por una mirada de ansiedad en la dirección de Maura.

—Eso mismo he dicho yo —repuso Maura—. Sin embargo, resulta que el señor… Gris no ha venido a contratar nuestros servicios. Es un novelista que se está documentando sobre el ocultismo. Ha venido a observar.

Cala sacudió los hielos que tenía en el vaso. Manifestó su escepticismo alzando una ceja.

—¿Y qué es lo que escribe, señor… Gris?

Él sonrió, relajado, exhibiendo una dentadura perfecta.

—Suspense. ¿Le gusta leer?

Cala se limitó a curvar las comisuras de los labios hacia abajo y a alzar el vaso, manchado como estaba de carmín.

—¿Os importa si se queda? —preguntó Maura—. Le gusta la poesía.

Cala resopló.

—Recíteme una estrofa y le pongo una copa.

Sin el mínimo rastro de titubeo o pudor, el Hombre de Gris se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y salmodió:

—«¿Adónde ha ido el caballo? ¿Adónde la juventud? ¿Adónde el dador de tesoros? ¿Adónde los sitios del festín, adónde el alborozo en la casa? ¡Ay de la copa reluciente, ay del guerrero encorazado, ay de la gloria del príncipe! Cual si nunca existiera, no es sino que ese tiempo ha fenecido ya, oscurecido bajo la corona de la noche».

Cala levantó los labios y enseñó los dientes.

—Si lo recita en el anglosajón original, esa copa vendrá con alcohol.

El Hombre de Gris hizo lo que se le pedía.

Cala fue a servirle una bebida.

En cuanto Cala hubo regresado y el Hombre de Gris se hubo acomodado en el maltrecho sofá, Maura dijo:

—Por si se le ocurre intentar algo, le aviso de que Cala tiene un espray de defensa personal.

A modo de demostración, Cala le dio la copa al Hombre de Gris y se sacó del pequeño bolso rojo un aerosol de gas pimienta.

Maura hizo un gesto para señalar a la tercera integrante del grupo.

—Y Persephone es rusa.

—Estonia —corrigió Persephone mansamente.

—Y además —continuó diciendo Maura levantando un puño en el aire—, soy capaz de hundirle la cara a un hombre de un puñetazo.

—Qué coincidencia —celebró el Hombre de Gris—. También yo.

Observó, con atención cortés y halagadora, cómo Maura recuperaba sus naipes de entre los cojines del sofá. Se inclinó hacia delante para darle una que se había dejado atrás.

—Este no parece muy contento —observó. En la carta había un hombre atravesado por diez espadas. Y como solía ocurrirle a la gente atravesada por diez espadas, estaba tendido de bruces.

—Así se quedan algunos cuando Cala ha acabado con ellos —dijo Maura—. Lo bueno es que el diez representa un fin de ciclo. Esta carta simboliza lo peor que le puede pasar a uno.

—Desde luego, no creo que haya algo peor que morder el polvo con diez hojas clavadas en la espalda —convino el Hombre de Gris.

—Fíjese —repuso Maura—: tiene una cara que me recuerda a la suya.

El Hombre de Gris examinó el naipe. Posó el índice sobre uno de los aceros.

—Y esta espada de aquí se parece un poco a usted.

Se quedó mirando a Maura. Con deliberación. Maura contraatacó de la misma manera. Con la misma deliberación.

—¿Y bien? —dijo Cala.

—¿Me haría el honor, señor Gris? —Maura le ofreció al visitante la baraja de cartas—. Pregúntenos: «¿Encima o debajo?».

El Hombre de Gris aceptó el cometido con gravedad.

—¿Encima o debajo? —le preguntó a Cala.

—Tres de copas. Encima, por supuesto —respondió Cala con una sonrisa carnosa y traviesa—. ¿Dónde si no?

El Hombre de Gris sacó de la baraja la carta de encima y le dio la vuelta. Claro está, no era otra que el tres de copas.

Maura sonrió.

—Emperatriz, debajo.

El Hombre de Gris extrajo la última carta del mazo y la mostró. El vestido de la emperatriz estaba sugerido con unos toques al carboncillo, y su corona llevaba

incrustada una guirnalda de frutos o joyas de tinta.

El Hombre de Gris aplaudió.

—Cuatro de bastos, debajo —dijo Cala.

—Diez de oros, encima —replicó Maura.

—As de copas, debajo —terció Cala.

Maura golpeó el reposabrazos del sofá.

—El sol, debajo.

—¡Cuatro de espadas, encima! —exclamó Cala con la boca vuelta una voluta de color púrpura.

Entretanto, el Hombre de Gris iba tomando naipes de allí de donde le decían y enseñándolos para demostrar que se correspondían con las predicciones.

La competición entre Maura y Cala, cada vez más alborotadas, cedió a la suave voz de Persephone, que musitó:

—El rey de espadas.

Recayeron sobre ella las miradas de tres pares de ojos, que la vieron con las rodillas juntas y las manos entrelazadas sobre el regazo. De vez en cuando, Persephone aparentaba tener ocho años de edad y, al mismo tiempo, dieciocho; precisamente, como en aquel momento.

Obediente, el Hombre de Gris llevó la mano a la baraja.

—¿Encima o debajo? —preguntó.

Persephone parpadeó.

—Dieciséis posiciones a partir de la de encima, creo —dijo.

Sumamente cuidadoso, el Hombre de Gris contó y recontó las cartas y después descubrió la decimosexta. Y allí estaba el rey de espadas, señor de sus emociones, señor de su intelecto, señor de la razón, observando a la concurrencia con ojos inescrutables.

—Esa es la carta del señor Gris —sentenció Persephone.

—¿Estás segura? —inquirió Maura. Viendo que la aludida asentía, volvió la cabeza hacia el Hombre de Gris—. ¿Cree que esa es su carta?

El Hombre de Gris estudió el naipe por el derecho y por el envés como si esperara descubrir sus secretos.

—No sé mucho acerca del tarot. ¿Es una carta muy mala?

—No hay ninguna carta muy mala —contestó Maura observando, alternativamente, a su interlocutor y al rey de espadas—. Además, la interpretación depende de las circunstancias. Aun así… el rey de espadas es un naipe poderoso. Es un rey fuerte, es imparcial, es frío. Destaca su capacidad para tomar decisiones basadas en hechos y no en emociones. De manera que no, no es una carta muy mala. Aunque también es cierto que estoy percibiendo en ella algo más, algo como…

—Violencia —concluyó Cala.

Aquella palabra surtió un efecto inmediato entre quienes se encontraban en la habitación. En Maura, Persephone y Cala convocó, en primer lugar, el recuerdo de la

medio hermana de Maura y, luego, el de Gansey con el dedo roto. Por su lado, el Hombre de Gris se acordó de la mirada perdida de Declan Lynch y de la sangre brotándole de la nariz. Violencia.

—Sí, violencia —afirmó Maura—. ¿Te referías a eso, verdad, Persephone? Claro.

Llevadas por un impulso, las tres mujeres se habían aproximado entre sí. A veces, Maura, Persephone y Cala parecían ser parte de una misma entidad en lugar de tres personas distintas. Ante el Hombre de Gris, actuaban como una.

—Mi trabajo conlleva violencia, a veces —admitió él.

—Según he creído entender, estaba usted documentándose para escribir una novela —respondió Maura con un tono de voz incierto.

—He mentido —le espetó el Hombre de Gris—. Lo siento. Cuando me dijo que hoy no abrían, tuve que inventar algo sobre la marcha.

—¿Y cuál es la verdad?

—Soy un asesino a sueldo.

La confesión dejó paso a un rato de silencio. Se diría una frivolidad, pero había sido pronunciada con un tono de voz que no dejaba lugar a dudas. Llevaba implícita algún tipo de aclaración o matización que, no obstante, el Hombre de Gris omitió.

—No me hace gracia —dijo Maura.

—No la tiene —coincidió el Hombre de Gris.

Persephone y Cala se quedaron a la espera de oír la respuesta de Maura.

—¿Y ha venido usted aquí por su trabajo?

—He venido a investigar.

—Insisto: ¿para su trabajo?

—En mi trabajo, casi todo es investigar —argumentó el Hombre de Gris, imperturbable—. En cierto modo.

No hizo el mínimo intento de suavizar sus palabras. Resultaba imposible saber si pretendía que le creyeran, que se lo tomaran a broma o que tuvieran miedo. Se había limitado confesar la verdad y a quedarse a la expectativa.

—Para variar, igual convendría que nos acompañara en este momento alguien más letal que Cala —dijo Maura al fin.

Y lo miró. Y él la miró a ella. Entre ambos se firmó, sin mediar una sola palabra, una especie de acuerdo tácito.

Se sirvieron una nueva ronda de bebidas. El Hombre de Gris se dedicó a lanzarles preguntas difíciles y cargadas de ironía. Un rato más tarde, se levantó, llevó los vasos vacíos a la cocina y se excusó echándole un vistazo a su reloj.

—Me gustaría quedarme…

Luego, les pidió permiso para volver a visitarlas aquella misma semana.

Y Maura dijo que sí.

Una vez se hubo marchado, Cala inspeccionó su cartera, que le había robado al irse.

—La identidad es falsa —dictaminó, cerrando la cartera y metiéndola bajo los

cojines del sofá—. Pero echará de menos las tarjetas de crédito. ¿Por qué le has dicho que sí?

—Tratándose de alguien así, prefiero tenerlo a la vista —explicó Maura.

—Oh, sabemos muy bien qué es lo que prefieres tener a la vista —zanjó Persephone.

15

Adam se acordaba de lo cruel que había pensado que era Gansey. Durante su primer mes en la Academia Aglionby, no había día en que no pusiera en duda su decisión de matricularse allí. Los demás alumnos se le antojaban extraños y temibles; nunca lograría ser como ellos. Era un despropósito imaginar que tendría una habitación semejante a la de los otros chicos de Aglionby. Y Gansey era el peor. Los otros asistían a clase y adaptaban su vida al colegio como podían. Gansey, sin embargo, se había presentado con una vida perfecta y había hecho que fuese el propio colegio el que se adaptara a ella. Era el más seguro y sonriente cuando, por ejemplo, el profesor de latín lo sacaba al encerado. Era el que, después de clase, se quedaba charlando con los profesores como si fuesen sus iguales —«Señor Gansey, ¿le importaría aguardar un momento? He encontrado un artículo que creo que le interesará»—, el que tenía el coche más llamativo y el amigo más atractivo y salvaje: Ronan Lynch. Era lo opuesto a Adam desde todos los puntos de vista imaginables.

No se hablaban. ¿Para qué? Adam llegaba al aula, mantenía la cabeza gacha y procuraba prestar atención mientras se esforzaba en ocultar el acento. Resplandeciente como un astro, Gansey irradiaba sus encantos desde el otro lado del universo, demasiado alejado de Adam como para que este sintiera su atracción gravitacional. Pese a que Gansey parecía hacer buenas migas con todo el colegio, era Ronan el que estaba siempre a su lado. Y había sido aquella amistad, con sus miradas sin palabras y sus gestos de complicidad, lo que había hecho que Adam tomase a Gansey por un individuo cruel. En su opinión, Ronan y Gansey se reían de una broma en la que la gracia era el resto del mundo.

No, Adam y Gansey no se dirigían la palabra.

De hecho, no se hablaron hasta pasadas las primeras seis semanas del curso, cuando Adam, de camino al colegio, había adelantado al Camaro pedaleando en su bicicleta. Tras el automóvil, había unas rodadas en el asfalto, y el capó estaba levantado. No era raro: Adam había visto el Camaro siendo remolcado por una grúa al menos en dos ocasiones. No había razón para pensar que Gansey, encorvado sobre el motor, pudiera necesitar su ayuda. Probablemente, ya habría llamado a su mecánico de confianza.

Pese a todo, Adam se había detenido. Recordaba lo asustado que estaba. De entre todos los penosos momentos pasados en Aglionby, aquel, hasta entonces, había sido el peor: desplegar la pata de cabra de la bicicleta junto al glorioso Camaro naranja de Richard C. Gansey III y quedarse a la espera de que este advirtiera su presencia. El estómago se le retorcía de puro miedo.

Al volverse, Gansey, con aquel acento suave y elegante, había dicho:

—Adam Parrish, ¿verdad?

—Sí. ¿Richard Gansey?

—Basta con Gansey.

Adam ya había adivinado la avería del Camaro. Haciendo acopio de valor, había preguntado:

—¿Quieres que lo arregle? Sé un poco de mecánica.

—No —había contestado Gansey secamente.

Adam aún recordaba lo mucho que le ardían las orejas, lo mucho que había lamentado detenerse, lo mucho que aborrecía Aglionby. Sabía que era un don nadie y que Gansey, precisamente Gansey, era muy capaz de darse cuenta. De percibir su futilidad, su uniforme de segunda mano, su bicicleta mísera, su acento ridículo. Adam no atinaba a entender cómo era posible que se le hubiera ocurrido pararse.

Pero entonces Gansey, con esa expresión tan suya en los ojos, había dicho:

—Lo que me gustaría es que me enseñes a arreglarlo yo solo, si pudieras. Este coche y yo no llegaremos lejos si no hablamos el mismo idioma. Y hablando de idiomas: no hay día en que no aprenda algo de ti en clase de latín. Se te da tan bien como a Ronan.

Por muy improbable que pareciera, la amistad con Gansey se fraguó en lo que tardaron en llegar al colegio: Adam le había mostrado cómo poner el cable de la batería del Camaro; Gansey había metido la bicicleta de Adam en el maletero para ir juntos en el coche; Adam había confesado que se había ganado el dinero de la matrícula en Aglionby trabajando de mecánico, y Gansey lo había mirado a los ojos y le había preguntado:

—¿Qué sabes de reyes galeses?

A veces, Adam se preguntaba qué habría sucedido si aquel día no se hubiese parado a ayudar a Gansey. ¿Qué sería de él a estas alturas?

Con toda probabilidad, no seguiría en Aglionby. Con toda probabilidad, no se encontraría en aquel momento sentado en el Camaro de camino a un bosque mágico.

Después de haber tomado la decisión de volver a Cabeswater, Gansey estaba frenético. No podía estarse quieto. Le ordenó a Ronan que pusiera una música espantosa —a lo que Ronan siempre accedía con gusto— y, no contento con eso, apuró el Camaro en la salida de cada uno de los semáforos que encontró mientras abandonaban Henrietta.

—¡Déjate la piel! —gritó Gansey sin aliento. Se refería, por supuesto, a sí mismo o, tal vez, a la caja de cambios—. ¡No hay dolor!

Blue chillaba cada vez que el motor subía de revoluciones, pero no sin alegría. Noah golpeteaba rítmicamente el reposacabezas del asiento que ocupaba Ronan. Adam, por su parte, no estaba tan entusiasmado, pero hacía lo posible por aparentarlo para no aguarles la fiesta a los demás.

No visitaban Cabeswater desde que Adam se había ofrecido en sacrificio.

Ronan bajó el cristal de la ventanilla, por la que penetró un chorro de aire cálido y

el aroma del asfalto y la hierba recién segada. Gansey lo imitó. Adam ya tenía sudada la parte baja de la espalda, que se le había quedado pegada al plástico de la tapicería, pero sintió frío en las manos. ¿Lo reclamaría Cabeswater?

«¿Qué he hecho?».

Gansey sacó un brazo por la ventanilla y, como si se tratara de un caballo, le dio unos azotes a la carrocería del coche.

—Bravo, Pig. Así me gusta.

Adam tuvo la impresión de que asistía a la escena desde fuera. Se sintió como si estuviera a punto de entrever otra imagen, como si fuera a aparecerle ante los ojos un atisbo de las cartas del tarot que había estado mirando hacía un rato. ¿Lo que había justo allí, en el arcén de la carretera, era una persona?

«No puedo confiar en mis ojos».

Descompuesto de felicidad, Gansey se repantigó y ladeó la cabeza.

—Adoro este coche —dijo, alzando la voz para hacerse oír sobre el estrépito del motor—. Debería comprarme cuatro iguales. Abriría la puerta de uno y me metería en el siguiente. El primero haría de sala de estar, el segundo de cocina, el tercero de dormitorio…

—¿Y el cuarto qué sería? ¿La habitación del mayordomo? —gritó Blue.

—No hay que ser egoístas. Sería la habitación de invitados.

Seguido por un paracaídas de polvo, el Camaro se introdujo en la pista de gravilla que los llevaría hasta el bosque. En cuanto alcanzaran el alto, divisarían la línea de árboles que marcaba el inicio de Cabeswater.

Adam sufrió una contracción en el estómago, presa de un nerviosismo tan voraz como el que había sentido hacía años, al parar la bicicleta junto al coche de Gansey. A punto estuvo de ponerse a hablar. Pero no sabía qué habría dicho. «¿Ha sido eso otra imagen?». Una pantalla en negro.

Llegaron a la cima de la colina.

Un campo extendiéndose indefinidamente, tan solo interrumpido por un cauce seco, hierba crecida ocupando hectáreas y hectáreas. Un vasto prado.

No había árboles.

Se hizo el silencio.

Gansey dejó que el automóvil rodara unos cuantos metros más y, luego, accionó el freno de mano. Todas las cabezas de los ocupantes giraron hacia el infinito campo y el cauce sin agua. No era que no hubiese árboles, sino que no quedaba ni rastro. No se veían tocones ni ningún otro indicio de una tala. Por lo que parecía, los árboles nunca habían estado allí.

Gansey levantó una mano y, al punto, Ronan abrió la guantera y sacó de ella el diario. Despacio, Gansey lo hojeó hasta dar con la página en la que, con apretada caligrafía, había apuntado las coordenadas de Cabeswater. Blue contuvo un jadeo.

Aquello no tenía ni pies ni cabeza. Era como comprobar las coordenadas de Manufacturas Monmouth. Todos sabían perfectamente dónde se encontraba el

almacén.

—Jane —dijo Gansey alcanzándole su teléfono—, por favor, mira el GPS.

Gansey leyó los números anotados en la hoja. Por si acaso, los leyó una segunda vez.

Blue abrió la aplicación del mapa en el teléfono y recitó las cifras que aparecieron en la pantalla. Coincidían. Eran las coordenadas que habían empleado para llegar hasta allí la primera vez. Las coordenadas que habían llevado hasta allí tanto a su profesor de latín como a Neeve.

No se habían equivocado de camino. No se habían pasado ningún desvío ni tomado la pista que no era. Se hallaban en el lugar en el que estaba Cabeswater, en el lugar en el que había empezado todo.

—Desapareció —dijo Noah.

16

Y el Camaro se estropeó.

Gozaba de un afinado sentido de la oportunidad. En circunstancias normales, el coche habría sido un barullo de sonidos: la radio a todo volumen, las voces conversando y todo lo demás. No habría oídos que pudieran captar el sutil goteo del fluido que llenaba los pulmones del Camaro. Sin embargo, silenciados por la incredulidad, alcanzaron a percibir que el motor gorgoteaba. Que la música, de por sí baja, titubeaba como si ya no supiera por dónde continuar. Que el aire acondicionado experimentaba un amortiguado acceso de tos.

Les quedó tiempo para mirarse unos a otros.

Y luego, el motor expiró.

Repentinamente privado de la ayuda de la dirección asistida, Gansey forcejeó con el volante para llevar el coche al arcén. Silbó entre dientes al tiempo que las ruedas crepitaban sobre la gravilla.

Después se produjo un silencio total.

El habitáculo empezó a caldearse al instante. El motor emitió un tableteo metálico y suave, como emulando los estertores de un moribundo. Adam apoyó la frente en las rodillas y se cubrió la cabeza con los brazos.

—El cochecito —gruñó Ronan de pronto—. La mierda del cochecito, tío. Si fuera un Plymouth Voyager, habría sido ejecutado por crímenes de guerra hace tiempo.

Adam interpretó que la circunstancia de Pig simbolizaba a la perfección su estado de ánimo. No estaba muerto; tan solo roto. Se sintió prisionero de las dudas, pues no se imaginaba qué implicaciones tendría para él la desaparición de Cabeswater. «¿Por qué las cosas no pueden ser más fáciles?».

—¿Adam? —dijo Gansey.

Adam levantó la cabeza.

—El alternador. Tal vez.

—No sé qué significa eso. —Gansey parecía casi aliviado por el fallo de Pig. Al fin tenía algo concreto que hacer. La exploración de Cabeswater se había ido al traste, pero al menos podría entretenerse con un rompecabezas mecánico—. Explícalo en mi idioma.

—*In indiget homo…* batería —murmuró Ronan.

—Tiene razón —afirmó Adam—. Si tuviéramos una batería de repuesto, podríamos regresar y ver de qué va la avería.

Una batería nueva costaba alrededor de cien dólares, pero eso, para Gansey, no era nada.

—¿Y una grúa?

—Hoy viene la inspección —explicó Adam. Boyd era el único taller de Henrietta con servicio de asistencia en carretera, pero solo funcionaba cuando no había trabajo en el taller—. Tardarían una eternidad.

Ronan salió del coche y cerró la puerta de un empujón. Según Adam había descubierto, la gracia de Ronan Lynch estaba en que no era capaz de —o no quería— expresarse con palabras. Así, sus emociones debían encontrar una manera distinta de manifestarse. Un puño, un fuego, una botella. Con Cabeswater eliminado y Pig fuera de juego, necesitaba sacarse del cuerpo todos los gritos que se le habían acumulado. A través del cristal trasero, Adam le vio recoger del suelo una piedra y arrojarla a unos matojos.

—Muy útil —juzgó Blue con voz lacónica. Pasó al asiento delantero, ahora libre, y gritó por la ventanilla—: ¡Muy útil!

Adam no llegó a entender toda la respuesta de Ronan, pero sí captó, como mínimo, dos malas palabras.

Impávida, Blue se hizo con el teléfono de Gansey.

—¿Y no habrá algún lado al que podamos ir andando?

Gansey y ella, con las cabezas juntas, examinaron la pantalla y valoraron las alternativas que les daba el mapa. Asistir a aquel contacto entre el oscuro cabello de Blue y el rubio de Gansey no sentó muy bien a Adam, en quien, no obstante, aquello no dejaba de ser un picotazo más en un mar de medusas.

Ronan se acercó al coche y se agachó junto a la ventanilla del copiloto. Blue giró la pantalla del teléfono en su dirección.

—Igual podríamos ir andando hasta este lugar.

—¿Los Almacenes Deering? —inquirió Ronan, mordaz—. ¿Qué dices? Ahí no vas a encontrar una batería. Ahí vas a perder la billetera. O la virginidad.

—¿Tienes una idea mejor? —preguntó Blue—. ¡Igual podríamos ponernos a lanzar cosas a los matorrales! ¡O darle golpes a algo! ¡Eso sí que sería útil! ¡Sí, que se note que somos muy machos!

Adam intuyó que, pese a que estuvieran encaminadas a Ronan, aquellas palabras lo buscaban a él. Entre avergonzado e indignado, hundió la cara en la parte trasera del reposacabezas del asiento del conductor. Pensó en cómo se había calado el motor. Estaba claro que había aprovechado la batería hasta agotarla. Luego pensó en que Noah, mientras él hablaba con Gansey por teléfono, se había disipado durante unos momentos en Ciudad Dólar. Y ahora resultaba que Cabeswater ya no estaba. Como si también se le hubiera gastado la batería.

Pero aquello no tenía sentido. Él había activado la línea ley, la cual era tan potente que, cada dos por tres, quemaba los transformadores del pueblo. De manera que no era energía lo que faltaba, precisamente.

—Voy a llamar a Declan —anunció Gansey—. Le diré que nos traiga una batería.

Ronan procedió a manifestarle a Gansey la opinión que le merecía la propuesta, y lo hizo con gran precisión, mediante una colección de palabras compuestas que Adam

no había oído jamás. Gansey asintió, pero marcó el número de Declan.

Después giró la cabeza hacia Ronan, quien apoyaba la mejilla en el borde de la ventanilla con tanta fuerza que se le había formado una marca en la piel.

—Lo siento. La demás gente que conozco se ha ido de Henrietta. No tienes que hablar con él. Ya lo hago yo.

Ronan dio un puñetazo en el techo del Camaro y se dio la vuelta.

Gansey se agarró al costado del asiento y se volvió para mirar a Adam.

—¿Por qué no está?

Adam parpadeó, incómodo.

—No lo sé.

Gansey soltó el asiento y señaló a Blue.

—¿Por qué? ¿Es magia? ¿Tendrá una explicación?

Adam resopló.

—Ya —dijo Blue—. O también: ¿desapareció por sí mismo o lo habrá hecho desaparecer alguien?

—Quizá sea invisible —sugirió Gansey.

Adam no creía en la invisibilidad total. Él mismo la había probado y no le había servido de mucha protección.

—Cuando no podemos verte, ¿tú sigues ahí? —le preguntó a Noah.

Con ojos acuosos y distantes, Noah pestañeó desde la penumbra del asiento trasero. Su imagen estaba próxima a disolverse. Era apenas la sombra de una presencia.

Ronan, que debía de estar pendiente de lo que sucedía, asomó la cabeza por la ventanilla.

—Lo que le pasó en la tienda no fue solo que dejara de ser visible. También dejó de estar allí. Si ocurriera lo mismo con Cabeswater, no es que no podamos verlo; es que está en otro lugar.

Reinó el silencio. Si Gansey fuera Ronan, habría soltado un juramento. Si fuera Adam, habría cerrado los ojos. Si fuera Blue, habría perdido la paciencia.

Pero lo que hizo Gansey fue frotarse el labio con el pulgar y estirar el cuerpo. Al instante, se convirtió en la calma y la elegancia personificadas, y sus verdaderas emociones quedaron ocultas en un rincón inalcanzable. Abrió su diario, hizo una anotación al margen y lo cerró con decisión. Una vez lo hubo hecho, la ansiedad que hubiera podido provocarle la suerte de Cabeswater fue a parar al mismo lugar en el que se almacenaban el resto de sus ideas sobre Greywaren.

Un tiempo más tarde, después de que Noah hubiese terminado de disolverse, hizo acto de presencia en la pista el Volvo de Declan, tan silencioso como un soplo de aire. De inmediato, Ronan le exigió a Blue:

—Déjame pasar, déjame pasar.

Blue se echó hacia delante y abatió el asiento del copiloto, que aún ocupaba, para permitir que Ronan se introdujese en la parte trasera del habitáculo. Completada la

tarea, Ronan echó una pierna sobre el regazo de Adam y tendió la cabeza en el respaldo con gesto de abandono. Cuando Declan se situó a la altura del costado izquierdo del Camaro, dio la impresión de que Ronan llevaba días durmiendo.

—Menos mal que he podido venir —dijo Declan. Su mirada fue posándose en todos los ocupantes del Camaro hasta dar con Ronan. La expresión se le endureció al ver a su hermano medio tendido, con una pierna atravesada sobre los muslos de Adam.

—Gracias, Declan —dijo Gansey con sencillez. Con un movimiento fluido y diestro, abrió la puerta y se apeó del coche, obligando a Declan a dar un paso atrás para dejarle espacio. La conversación entre ellos se desplazó a la zona del parachoques delantero, en donde intercambiaron sonrisas afables y lentos aspavientos de la mano.

Blue los observó con una mueca de desdén, y Adam, desde el asiento trasero, hizo lo propio, pero, en su caso, con atención reconcentrada. Y mientras miraba, reparó en los hombros de Declan y en la expresión de su rostro, y descubrió algo asombroso.

Declan tenía miedo.

Gansey no debía de estar dándose cuenta, despreocupado como era, y tampoco Blue, quien no conocía demasiado a Declan. En cuanto a Ronan, sus sentimientos respecto de su hermano mayor eran como sangre en el agua: era incapaz de ver algo a través de las nubes de bilis.

Sin embargo, para Adam, que había tenido miedo muchas veces en su vida y que además, en otras tantas ocasiones, había intentado disimularlo, el hecho era evidente.

La cuestión estaba en adivinar de qué tenía miedo Declan Lynch.

—Oye, Ronan —dijo—, ¿quién le ha puesto el ojo morado a tu hermano?

—El mismo que le rompió la nariz —replicó Ronan sin abrir los ojos.

—¿Y quién es?

Ronan soltó una carcajada.

—Unos ladrones, por lo visto.

El problema de sonsacar a Ronan información sobre Declan radicaba en que Ronan, por regla general, asumía que su hermano estaba mintiendo.

Y debía de tener razón la mayoría de las veces.

En ese momento, la puerta del conductor se abrió bruscamente. El sonido y el bamboleo resultantes hicieron que Ronan se olvidase de su modorra ficticia y que Adam y Blue dieran un respingo. Era Declan.

—Ya sé que vas a hacer exactamente lo contrario de lo que te diga —le espetó a su hermano—, pero convendría que no llamases tanto la atención. ¿Recuerdas que te lo avisé hace unos meses? ¿Lo has olvidado?

Ronan habló en voz baja, con un tono petulante. En cambio, en su mirada tomó forma una ferocidad que ni la penumbra del interior del Camaro logró esconder.

—No lo he olvidado.

—Pues no lo parece —repuso Declan—. Nos están vigilando, Ronan. Si metes la

pata, conseguirás que lo lamentemos todos. Así que no metas la pata. Además, sé que has vuelto a hacer el imbécil con el coche. Como te quedes sin carné, te voy a…

—Declan —grave y responsable, Gansey decidió intervenir: colocó una mano en el hombro de Declan y quiso apartarlo del Camaro—. Todo va bien, hombre —viendo que su acción no tenía el efecto deseado, añadió—: Imagino que no querrás montar un número delante de…

Los ojos de Declan y de Gansey viraron simultáneamente hacia Blue.

Blue abrió la boca, indignada, pero resultó que las palabras de Gansey habían obrado maravillas. Declan dio marcha atrás al instante.

Gansey regresó a su asiento al cabo de unos momentos.

—Lo siento, Jane —dijo con voz de agotamiento, como si el esfuerzo de persuadir a Declan le hubiese consumido los ánimos. Levantó la batería en el aire—. Adam, ¿hacemos la operación?

A juzgar por su humor, era como si fuera un día normal, como si estuviesen de paseo, como si no hubiera ocurrido nada. Los hermanos Lynch se habían peleado, pero eso no era sino un síntoma de que seguían vivos y coleando. Pig había tirado la toalla, pero eso no era sino un avatar mecánico más en una historia llena de desventuras.

Aun así, en lo que Gansey callaba, en todas las emociones que no lograban abrirse paso hasta la expresión de la cara, se oía una voz gritando:

«¡No está!».

17

Era la máscara de su padre.

Aun en los sueños, Ronan no podía regresar a Los Graneros, pero sucedió que algo de Los Graneros había llegado hasta él. En la vida real, la máscara colgaba de la pared del comedor de sus padres, fuera del alcance de manos curiosas. En cambio, en el sueño, estaba situada a la altura de los ojos, en una de las paredes del destartalado cuarto de Adam. Estaba hecha de madera oscura y pulida y parecía sacada de una tienda de *souvenirs*. Los agujeros de los ojos eran redondos y denotaban sorpresa, y la boca se curvaba en una gran sonrisa capaz de albergar muchos dientes.

—Estás haciendo trampa —observó la niña hablando en latín.

Acababa de aparecer. Su presencia hizo que Ronan advirtiese de inmediato que estaba soñando. El momento ideal para extraer un objeto de un sueño era precisamente aquel, cuando se daba cuenta de que su imaginación había producido todo lo que lo rodeaba. Era el instante clave, el instante en que podía hacer lo que quisiera.

—Trampa —insistió la niña—. Sueñas con algo ya soñado.

Se refería a la máscara, por supuesto. Debía de proceder de la mente de su padre.

—Este sueño es mío —respondió Ronan—. Toma. Te he traído un poco de pollo.

Y así era. Le dio una caja de pollo frito, que ella aceptó y devoró con fruición.

—Creo que soy una psicopompo —afirmó la niña con la boca llena.

—No sé qué significa eso.

La niña se metió en la boca un ala de pollo entera, con huesos y todo.

—Significa que debo de ser un cuervo. Lo cual te convierte a ti en el chico del cuervo.

Por alguna razón, el comentario irritó a Ronan. Le arrebató el pollo a la niña y lo guardó en un mueble que se esfumó no bien hubo dejado de mirarlo.

—Cabewater ya no está —le contó después.

—Que esté lejos no quiere decir que no esté. —El que hablaba era Adam. Se encontraba encaramado al hombro de Ronan. Vestía el uniforme de Aglionby, pero tenía los dedos negros de aceite. Con aquellas manos grasientas, asió la máscara sin siquiera molestarse en pedir permiso. Pese a ello, Ronan no se lo impidió.

Adam descolgó la máscara de la pared y se la colocó en el rostro. Un segundo después, la niña chilló, aterrada, y se escondió detrás de Ronan.

Pero Adam ya se estaba transformando. La máscara se había esfumado, o quizá se había fundido con la cara de Adam, o quizá fuese el propio Adam el que se había vuelto una talla de madera. Sonreía con dientes ansiosos, sostenidos por la esbelta línea de una mandíbula famélica. En los ojos le relampagueaban la cólera y la

desesperación. Una vena larga y gruesa le asomaba en el cuello.

—*¡Occidet eum!* —imploró la niña, aferrándose a la pierna de Ronan.

Se estaba volviendo una pesadilla. Ronan alcanzó a oír el rumor de los horrores nocturnos, que venían en pos de su sangre y su tristeza, batiendo las alas al compás de los latidos de su corazón. No tenía fuerzas para repelerlos.

Porque el horror era ahora Adam. Los dientes que le salían de entre los labios pertenecían a otro ser, el propio Adam pertenecía a otro ser, a una criatura cada vez más inminente. Pensar en ella equivalía a quedarse paralizado por el espanto de ver a Adam siendo consumido desde sus propias entrañas. Ronan ya no lograba entender adónde había ido a parar la máscara; lo único que había allí era Adam, un monstruo, un rey coronado de dientes.

—*¡Ronan, implórote!* —gritó la niña entre sollozos.

Ronan sujetó a Adam por el brazo y pronunció su nombre.

Pero Adam embistió. Diente tras diente. Aun así, mientras arremetía, se llevó una mano a la cara e intentó arrancarse la máscara, ahora invisible, para liberarse. Ya no tenía rostro.

Adam asió a Ronan por el cuello y le hundió los dedos en la carne.

Ronan no podía matarlo, por mucho que se lo pidiera la niña. Se trataba de Adam.

La boca se abrió.

Mientras le enseñaba a boxear, Niall Lynch le había dicho una vez a Ronan: «Mantén la cabeza fría».

Ronan mantuvo la cabeza fría.

Fue a por la máscara. Para lograr hacerse con ella, agarró la mano con la que Adam, tenaz, aún la asía. Tras juntar fuerzas, Ronan tiró. Para su sorpresa, la máscara cedió como un pétalo soltándose de una flor. Era en Adam y no en Ronan en quien ejercía su poder atenazador.

Adam trastabilló.

Ronan sopesó la máscara, que era tan fina como una hoja de papel y aún conservaba la tibieza de los jadeos de Adam, y acogió entre los brazos a la niña, trémula y llorosa.

—*Tollerere me a hic, tollerere me a hic…* —pedía la niña con voz amortiguada.

«Sácame de aquí, sácame de aquí…».

Más allá, los horrores nocturnos continuaban acercándose. Su hedor ya había llegado.

De la garganta de Adam brotaba un gorgoteo extraño y gutural. La máscara era, en realidad, lo que le quedaba de la cara. En el lugar de esta había ahora tan solo hueso y fibra, y globos oculares, y dientes. Y entre un músculo y el contiguo, por los intersticios, burbujeaba la sangre.

Agonizante, Adam se derrumbó contra la pared.

Ronan apretó la máscara.

—Volveré a ponérsela —dijo, ebrio de adrenalina.

«Que funcione, por favor».

—¡Ronan!

Todavía con los auriculares colgados del cuello, Ronan se ovilló en la cama y buscó el cobijo de la pared. Tenía el cuerpo congelado, como solía ocurrirle después de soñar, pero también notó llamas en todas y cada una de las terminaciones nerviosas. La pesadilla seguía inyectándole adrenalina en el riego sanguíneo, pero, inmóvil como estaba, no le servía de nada. Los pulmones le pesaban, y su movimiento era desigual y trabajoso. No podía estirarse, ni contestar, ni dejar de ver la cara de Adam, desollada.

Era muy temprano. El cielo desprendía una luz cenicienta, y la lluvia azotaba el cristal de la ventana. Ronan flotaba sobre sí mismo. Se veía allá abajo, con las venas de los brazos y del cuello hinchadas, librando una batalla indistinguible.

—Ronan —susurró Noah, pálido y arrodillado junto a él. Se manifestaba con la suficiente corporeidad como para que las rodillas se le hundieran en el colchón y, aun así, no proyectaba sombra alguna—. Estás despierto, estás despierto.

Durante un largo momento, los ojos de Noah, parpadeando, se quedaron fijos en los de Ronan, que lo observaba desde el infinito. Poco a poco, Ronan fue recuperando el pulso. Con unos dedos gélidos, Noah le quitó el botín que había traído del sueño. La máscara. Ronan no había pretendido traérsela. Tendría que destruirla. Quemarla, quizá.

Tras levantarla para que la bañara la poca luz que entraba por la ventana, Noah sufrió un espasmo. La superficie de la máscara estaba cubierta de gotas de color rojo oscuro. Ronan no imaginaba a quién pertenecería el ADN que hallaría un laboratorio en aquella sangre.

—¿A ti? —sugirió Noah.

Ronan meneó la cabeza y volvió a cerrar los ojos. Tras los párpados, lo que vio fue el amasijo del rostro de Adam.

Hubo un ruido en una de las esquinas de la estancia. No era la esquina en donde estaba la jaula de Sierra. Y no era un ruido que pudiera hacer un cuervo. Sonó como si algo estuviera arañando la madera del suelo. Luego se oyó un tintineo rápido y rítmico, como de una pajita rozando los radios de una rueda de bicicleta en movimiento. Tic, tic, tic, tic, tic.

Ronan lo reconocía.

Tragó saliva.

Abrió los ojos. Los de Noah seguían allí, pero parecía que fueran a salírsele de las órbitas.

—¿Qué has soñado? —preguntó Noah.

18

Gansey se había despertado antes de que amaneciera. A pesar de que ya hacía tiempo que había dejado de levantarse temprano para asistir a los entrenamientos del equipo de remo, le ocurría a veces que se le abrían los ojos a las cuatro y cuarenta y cinco, la hora de bajar al río. Por lo general, dedicaba aquellos ratos intempestivos a repasar sus libros o a buscar en internet referencias sobre Glendower. No obstante, tras la desaparición de Cabeswater, no tenía fuerzas para mantener la misma productividad. Así, contrariamente a lo que había sido su costumbre, decidió salir al aparcamiento, bajo la lluvia, para instalarse en Pig. Se sintió reconfortado en cuanto se acomodó en el asiento. Había pasado tantas horas allí sentado —haciendo los deberes antes de ir a clase, esperando a la grúa en el arcén de la carretera o preguntándose qué haría si encontraba a Glendower— que era como su hogar. A pesar de que el motor no estuviese en marcha, el coche olía a gasolina y también al plástico de la tapicería. Mientras pasaba el rato de aquel modo, un mosquito se coló en el habitáculo y le revoloteó en las cercanías del oído, produciendo un zumbido agudo que contrastaba con el bajo continuo de la lluvia y los truenos.

«Cabeswater ha desaparecido. Glendower estaba allí, por fuerza, y ahora ha desaparecido».

Las gotas de agua se desintegraban al entrar en contacto con el parabrisas. Gansey pensó en el día en que las avispas lo habían dejado temporalmente sin vida. Revivió la escena una y otra vez, hasta que cesó la sensación de oír el murmullo del nombre de Cabeswater, y después, sin embargo, se rindió a la tentación de compadecerse de sí mismo por sentirse tan solo pese a contar con tantos amigos. Le pareció que él siempre estaba dispuesto a consolarlos, pero que, en cambio, no podía decirse lo mismo de ellos.

«Y así es como debe ser», se recordó, de pronto enfadado consigo mismo. «Tú lo has tenido más fácil. ¿De qué te sirven los privilegios, especie de niñato blandengue y mimado, si no logras ser autosuficiente?».

La puerta de entrada de Monmouth se abrió. Tras salir por ella, Noah divisó de inmediato a Gansey y agitó la mano en el aire. Por lo visto, quería hablar con él y, lo que era más, con bastante urgencia.

Agachando la cabeza para protegerse los ojos de la lluvia, Gansey fue hasta él.

—¿Qué pasa?

Más sacudidas de la mano. Entraron.

Una vez cerrada la puerta, entre los sutiles aromas del edificio —a óxido de los metales, a madera apolillada y a menta—, tomó cuerpo un olor desconocido, mohoso y muy penetrante y desagradable. Quizá fuera obra de la lluvia y la humedad. Quizá

hubiese un animal muerto en algún rincón. Urgido por Noah, Gansey fue a la sala principal en lugar de subir a la zona de vivienda. A diferencia del segundo piso, el bajo era oscuro, pues solo recibía luz de unos ventanucos situados en la parte alta de las paredes. Sostenían el techo unas columnas herrumbrosas, lo bastante separadas entre sí para crear espacios diáfanos. El uso original de la sala debía de comportar una actividad que requería altura y anchura. El polvo estaba presente en todas partes: en las paredes, en el suelo e incluso en el aire, flotando. En suma, era un lugar cavernoso, olvidado y atemporal. Sobrecogía.

Ronan se encontraba de espaldas a los recién llegados, en medio de la sala. Aquel Ronan Lynch no era el de siempre; el de siempre habría recelado de cualquiera que estuviera allí plantado, de pie, quieto entre motas de polvo en suspensión. Pese a que tuviese la cabeza gacha, su postura sugería una actitud vigilante y desconfiada. Bajo la línea del cabello, siempre cortado a cepillo, le asomaban, entre los omóplatos, las ganchudas sinuosidades del tatuaje. Aquel Ronan era peligroso y bestial; era una trampa cuyo resorte saltaría no bien la pisara un pie descuidado.

«No pienses en este Ronan. Acuérdate del otro».

—¿Qué haces aquí abajo? —preguntó Gansey no sin cierto desasosiego.

Ronan permaneció inmóvil, y Gansey intuyó que su amigo estaba a punto de estallar. Con los músculos tensos, era un depredador dispuesto a abalanzarse sobre su presa.

A sus pies, Sierra se revolcaba en el polvo. Al parecer, estaba sufriendo algún tipo de ataque, o quizá una especie de éxtasis. Al advertir la presencia de Gansey, el pájaro se quedó quieto y lo observó, primero con un ojo y después con el otro.

En el exterior restalló un trueno. La lluvia entraba por las ventanas de la escalera, que estaban rotas, y repiqueteaba al chocar contra el suelo. Volvía a distinguirse en el ambiente aquel extraño olor.

—*Quemadmodum gladius neminem occidit; occidentis telum est* —dijo Ronan con voz monótona.

Gansey tenía por principio evitar las declinaciones latinas antes del desayuno.

—Si te quieres hacer el listo, has ganado. ¿*Quemadmodum* significa «como» o «igual que»?

Ronan se dio la vuelta con los ojos cerrados. Tenía las manos manchadas de sangre.

Durante unos instantes de duda, Gansey pensó, desconsolado, que no sabía quiénes eran en realidad sus amigos. Sin embargo, no tardó en recomponerse y recuperar la confianza.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Es tuya?

—De Adam.

—Del Adam del sueño —puntualizó Noah.

Cercadas por la trémula luz que se filtraba a través de la lluvia, las sombras fluctuaban en los rincones. El efecto le recordó a Gansey las primeras noches que

había pasado allí, durante las cuales el único modo de conciliar el sueño consistía en olvidar que aquella vasta estancia estaba justo debajo del suelo en que descansaba la cama. Oyó la respiración de Ronan.

—¿Te acuerdas del año pasado? —preguntó Ronan—. ¿Te acuerdas de que te dije que… no volvería a ocurrir?

Era una pregunta absurda. Gansey nunca lo olvidaría. Noah descubriendo a Ronan con las venas abiertas, tendido en un charco formado por su propia sangre. Horas de hospital. Terapia y promesas.

No tenía sentido andarse por las ramas.

—Te refieres a cuando quisiste matarte.

Ronan meneó la cabeza con lentitud.

—Fue una pesadilla. Soñé que me desgarraban, y después, al despertar… —Levantó las manos ensangrentadas—. Me lo traje conmigo. No podía contártelo. Mi padre me dijo que no debía contárselo a nadie.

—¿Me estás diciendo que dejaste que creyera que habías intentado suicidarte?

Azules y serenos, los ojos de Ronan centraron en Gansey una mirada fija e irresistible. Estaba claro que no iba a ofrecer más explicaciones. Su padre le había dicho que no se lo contase a nadie. Y él no se lo había contado a nadie.

Gansey se topó con que la interpretación del año anterior empezaba a transformársele en la mente. Cada una de las noches que había pasado en vilo, preocupado por el bienestar de Ronan. Todas las veces que Ronan le había dicho que se equivocaba. Y se enfadó; le sublevó que Ronan lo hubiese condenado a aquellos constantes temores. Pero también experimentó alivio porque, al fin y al cabo, Ronan parecía no ser el misterioso y extraño sujeto por quien lo había tomado. Le costaba bastante menos aceptar que fuera capaz de convertir objetos soñados en realidades tangibles que su supuesta condición de suicida.

—Entonces, ¿por qué…? ¿Por qué has venido aquí? —preguntó Gansey al fin.

Se oyó un estruendo en el techo. Tanto Ronan como Sierra miraron hacia arriba.

—¿Noah? —inquirió Gansey.

—Sigo aquí —respondió Noah, tras él—. Aunque no por mucho tiempo.

Pese al rumor continuo de la lluvia, Gansey percibió el ruido de algo que estaba rascando el suelo del piso de arriba y, luego, un nuevo golpe, como de un objeto que se hubiese caído al suelo.

—No es solo la sangre —explicó Ronan, cuyo pecho subía y bajaba despacio, entre una respiración y la siguiente—. También ha venido algo más.

La puerta de la habitación de Ronan estaba cerrada. Frente a ella, cortando el paso, había una estantería apoyada de costado. Los libros que contenía formaban una pila levantada con prisa, junto al telescopio, que a su vez estaba tirado en el suelo. Había silencio, y luz grisácea, y lluvia salpicando los ventanales. Insidioso y dulzón, el olor que Gansey había captado en el piso de abajo se había vuelto mucho más fuerte.

—¿Kerah? —graznó Sierra desde el hombro de Ronan.

Ronan calmó al pájaro con un murmullo y lo dejó junto a la mesa de Gansey, y el animal corrió a guarecerse bajo ella, en las tinieblas. Tras hacerse con una palanca de metal, Ronan extendió un dedo y señaló un cúter. Gansey interpretó que debía cogerlo y obedeció. Dubitativo, extendió y retrajo la hoja varias veces, y después miró de soslayo a Noah. Este parecía a punto de desaparecer, ya por falta de energía espectral o por falta de valor.

—¿Preparado? —preguntó Ronan.

—¿Para qué quieres que esté preparado?

Tras la puerta, algo arañó los tablones de madera del suelo. Tic, tic, tic. Como un tenedor rozando el escurridor de un fregadero. Gansey sintió que el miedo le atenazaba el corazón.

—Para lo que tengo en la cabeza —aclaró Ronan.

Gansey no creía que hubiese manera humana de estar listo para algo así. Con todo, ayudó a Ronan a quitar de en medio la estantería.

—Gansey —dijo Ronan. El pomo de la puerta estaba girando por sí solo. Ronan alargó una mano y lo sujetó para detenerlo—. Abre bien los ojos.

—¿Cuál es el plan? —Gansey estaba concentrado en la mano con que Ronan asía el picaporte. Estaba ejerciendo tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos.

—Matarlo —afirmó Ronan.

Y abrió la puerta de un empujón.

Lo primero en que reparó Gansey fue el estropicio: la jaula de Sierra aplastada, su percha hecha astillas. La malla del altavoz arrancada y convertida en un jirón. Un teclado de ordenador tirado en el suelo, bajo un taburete volcado. Un revoltijo de camisetas y pantalones vaqueros que parecían un cadáver.

Y entonces vio la pesadilla.

La vio avanzar desde el rincón del fondo. Era como una sombra, pero tenía consistencia. Se movía con rapidez, envuelta en sombras. Pasmaba su tamaño. Pasmaba su misma existencia.

Era tan alta como un hombre. Y caminaba erguida, sobre dos piernas. Vestía una especie de harapo rasgado, negro y grasiento.

Y el pico… Gansey no lograba apartar la vista de él.

—¡Gansey! —rugió Ronan blandiendo la palanca.

La criatura se arrojó al suelo y se retorció para esquivar el golpe de Ronan. Gansey reparó en la garra. Más bien, en las garras; decenas de ellas. Descomunales, relucientes, afiladas como agujas. Volaron hacia Ronan.

Gansey dio un paso al frente y lanzó el cúter hacia delante. La hoja cortó la tela con la que se cubría la criatura. Esta se incorporó de un salto y cargó contra Ronan, quien la repelió con la palanca. Impulsándose con fuerza, la criatura se lanzó al aire y se encaramó al dintel de la puerta, en donde se quedó colgada como una araña, con

las manos entre las piernas. Monstruosa e inhumana, emitió un siseo de víbora. Sus párpados se abrían y cerraban sobre los ojos, de pupilas rojas. Un ave. Un dinosaurio. Un demonio.

«No me extraña que Ronan no sea capaz de dormir».

—¡Cierra la puerta! —gritó Ronan—. ¡No me gustaría tener que jugar al escondite!

A Gansey se le antojó que la habitación era demasiado pequeña como para quedarse encerrados en ella en compañía de una bestia, pero supo que Ronan tenía razón. Cerró la puerta justo antes de que se le echara encima la criatura, tenebrosa y retorcida, todo garras y pico. En el mismo instante, Ronan lo empujó y lo tiró al suelo.

Aprisionado entre el cuerpo de Ronan y el de la criatura, y de pronto sumido en un estado de sensibilidad aguda, Gansey vio las garras del monstruo aferrarse al brazo de su amigo y advirtió que en la piel de este las heridas resultantes se entrecruzaban con laceraciones recientes de igual forma y tamaño. El pico de la bestia salió disparado hacia Ronan.

Gansey hundió la hoja del cúter en la carne cerosa y negra que quedaba expuesta entre las uñas de la garra.

La criatura retrocedió sin hacer un solo ruido. Ronan volvió a intentar asestarle un porrazo con la palanca y, al errar el tiro, probó con el puño. El uno y la otra tropezaron con la esquina de la cama y cayeron en el colchón. La pesadilla estaba encima de Ronan. Entre ellos se entabló una lucha silenciosa. Ronan podía morir, y Gansey no se enteraría.

Gansey encontró una botella de cerveza en la mesa de Ronan y la estampó contra el cráneo del horrendo ser. Un segundo después, el hedor del alcohol inundó el ambiente. Bajo el monstruo, Ronan soltó un juramento. Venciendo el asco que le provocaba tocar aquello, Gansey asió una de las extremidades de la bestia, sin saber si se trataba de un ala o de un brazo, e hincó en ella el cúter. Notó que la hoja hacía contacto y mordía la grasienta carne. Pero, de repente, una garra se le aferró al cuello, bajo la barbilla, como si fuera un anzuelo enganchándose a la mandíbula de un pez.

Gansey tomó conciencia de lo pequeña e insustancial que era la hoja del cúter en comparación con las afiladas garras de la criatura. Sintió que un líquido tibio le goteaba en el pecho. Los pulmones se le llenaron del olor promiscuo de la podredumbre.

Ronan estrelló la palanca en la cabeza de la criatura. Una vez. Y otra. Y otra más. Y la criatura se precipitó al suelo arrastrando consigo a Gansey, quien se vio a su merced, sofocado por su fuerza, preso de un abrazo asfixiante.

A causa del forcejeo, Gansey perdió el cúter. Pero no se rindió; aún no. Previendo lo que Ronan se proponía hacer, estiró los brazos y trató de rodear con ellos el cuerpo del monstruo para inmovilizarle el pico. Y fue así que Gansey paralizó a la bestia mientras esta lo paralizaba a él. Y fue así que Ronan puso fin a la batalla rebanándole

el cuello a la criatura. Pero no fue un fin rápido y limpio, sino lento y laborioso, como cortar un trozo de cartón mojado.

Todo acabó. Con sumo cuidado, Ronan libró a Gansey de la garra.

Gansey se apartó de la criatura y se llevó el dorso de la mano a la herida que tenía bajo la barbilla. No supo si la sangre era suya o si pertenecía a Ronan o al espeluznante ser. Estaba sin aliento.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Ronan. Naciéndole en la sien, un arañazo le atravesaba la ceja y le llegaba hasta la mejilla. «Abre bien los ojos».

Gansey se tanteó la zona lastimada con las yemas de los dedos y comprobó que se trataba de una herida superficial. Sin embargo, el recuerdo de verse bajo la garra de la criatura tardaría en abandonarlo. Se sentía deshecho, como si necesitara buscar un asidero para evitar desplomarse. Cuando habló, se esforzó en que no se le quebrara la voz.

—Creo que bien. ¿Esa cosa está muerta?

—Si no lo está, sería una pesadilla peor de lo que había imaginado —respondió Ronan.

Al fin, Gansey cedió a las ganas de reposar y, con mucha lentitud, se sentó en el borde de la cama, sobre las desgarradas sábanas. Porque no daba crédito a lo que había presenciado. El avión y la caja rompecabezas eran objetos inanimados, y tal vez por eso habían resultado más fáciles de aceptar. Y otro tanto podía decirse de Sierra, que, salvo sus orígenes, no se distinguía en nada de un cuervo corriente.

Situado al otro lado del cadáver de la criatura, cuyo tamaño parecía haberse incrementado tras la muerte, Ronan observó a Gansey con una curiosa expresión de indefensión. Gansey comprendió que todo aquello era, en realidad, una especie de confesión; un vistazo a lo que Ronan había llevado en su interior desde que se conocían.

Horrores y maravillas; el mundo estaba lleno de ellos, y Glendower era tan solo uno.

—Séneca —afirmó Gansey—. La frase pertenece a Séneca, ¿verdad?

Mientras se las veía con el monstruo, el subconsciente de Gansey había estado trabajando en el acertijo que le había planteado Ronan.

«*Quemadmodum gladius neminem occidit; occidentis telum est*».

En el rostro de Ronan salió a relucir una sonrisa tan afilada y curva como las garras de la criatura.

—«La espada nunca mata a nadie; mata quien la empuña».

—No puedo creer que Noah no se quedara a echarnos una mano.

—Pues créetelo. Nunca te fíes de un muerto.

Meneando la cabeza, Gansey señaló las heridas que había visto durante la pelea en el brazo de Ronan.

—¿Y eso del brazo? La lucha ya había empezado cuando yo estaba en el coche, ¿no?

Ronan sacudió la cabeza lentamente. Al otro lado de la puerta, Sierra expresó su preocupación con un graznido de angustia.

—¿Kerah?

—Hay otro —dijo Ronan—. Se escapó.

19

—Jane, ¿qué te parecería hacer algo ilegal y desagradable? —preguntó Gansey.

Fruto del calor, Ronan ya tenía la espalda empapada de sudor. El cuerpo del hombre pájaro se encontraba en el maletero del BMW, y en él, sin duda, había empezado a operarse cierto proceso natural de lo más terrible. Ronan estaba convencido de que, a medida que avanzasen las horas y subieran las temperaturas, la pestilencia no haría sino incrementarse.

—Depende de si implica ir en helicóptero —contestó Blue desde la entrada del 300 de Fox Way. Se rascó una pantorrilla. Estaba descalza y llevaba un vestido que, en opinión de Ronan, parecía la pantalla de una lámpara. Fuera del tipo que fuera, estaba claro que la lámpara en cuestión hacía las delicias de Gansey.

Ronan, en cambio, no era muy amigo de las lámparas.

Además, tenía otras cosas en las que pensar. La inquietud hacía que le hormiguearan las puntas de los dedos.

Gansey se encogió de hombros.

—Esta vez, nada de helicópteros.

—¿Tiene que ver con Cabeswater? —inquirió Blue.

—No —respondió Gansey con tristeza.

La mirada de Blue se detuvo en el BMW.

—¿Por qué hay un pulpo sujetando el portón del maletero?

Pese a que Ronan opinase que Pig se lo tenía merecido, Gansey se había negado a poner el cadáver en el Camaro.

—Es una larga historia. ¿Por qué me miras así?

—Supongo que porque nunca te había visto en camiseta. Ni en vaqueros.

Blue lo contemplaba con descaro porque, precisamente, deseaba que se notara. Estaba boquiabierta, estaba impresionada. Gansey vestía vaqueros y camiseta solo en muy raras ocasiones, pues, de no ir de traje, prefería las camisas y los pantalones con bolsillo lateral. Y además, le sentaban de maravilla; la camiseta le colgaba de los hombros de una manera que acentuaba toda clase de formas y protuberancias que, de otro modo, quedaban ocultas. No obstante, Ronan sospechaba que la sorpresa de Blue se debía más bien a que, vestido así, Gansey parecía un chico normal, como cualquier otro.

—Es por eso tan desagradable que tenemos que hacer —explicó Gansey. Se tocó la camiseta con gesto reprobador—. Ya sé que tengo mala pinta.

—Sí, mala pinta —coincidió Blue—. Justo. Ronan, veo que tú tampoco te has arreglado mucho.

Se trataba de una broma. Ronan iba como siempre, con unos vaqueros y una

camiseta sin mangas de color negro.

—¿Hace falta que me ponga yo también algo feo? —preguntó Blue.

—Como mínimo, cálzate —repuso Gansey con gesto lúgubre—. Y no olvides algo para la cabeza, si acaso. Parece que va a llover.

—Vaya —Blue miró hacia arriba, pero el follaje de los árboles tapaba el cielo—. ¿Dónde está Adam?

—Iremos a buscarlo luego.

—¿Y Noah?

—En el mismo lugar que Cabeswater —dijo Ronan.

Gansey torció el gesto.

—Muy bonito, Ronan —mascculló Blue, irritada. Entró en la casa sin cerrar la puerta y exclamó—: ¡Mamá! ¡Me voy con Gansey y Ronan a… hacer… no sé qué!

Mientras la esperaban, Gansey se volvió hacia Ronan.

—Que conste: si hubiese cualquier otro sitio en el que pudiéramos enterrar esa cosa sin miedo a que nos descubrieran, iríamos allí, y punto. Creo que no es buena idea ir a Los Graneros y, además, preferiría que no vinieras. Quiero que quede muy claro.

—¿CÓMO QUE A «HACER NO SÉ QUÉ»? —Era la voz de Maura desde el interior de la casa.

—Genial, tío —exclamó Ronan, entusiasmado. La advertencia de Gansey probaba que iban a ir de verdad—. Me alegra que lo digas.

—¡A HACER ALGO DESAGRADABLE! —gritó Blue respondiendo a su madre. Al salir, resultó que no se había cambiado de ropa, de no ser por un par de botas de goma y unas medias de croché—. Por cierto, ¿qué es lo que vamos a hacer?

«Voy a casa», pensó Ronan.

—Bueno —dijo Gansey, vacilante, mientras se oía un trueno en la distancia—. La parte ilegal consiste en olvidarnos de la prohibición que pesa sobre Ronan e ir a la granja de su familia.

Ronan miró a Blue enseñándole los dientes.

—Y la parte desagradable consiste en enterrar un cadáver —zanjó.

Hacía más de un año que Ronan no visitaba Los Graneros; ni siquiera en sueños.

Todo estaba tal y como lo recordaba por las innumerables tardes de verano que había pasado allí: las dos columnas de piedra medio ocultas por la enredadera, una muralla de matorrales rodeando la finca y los robles acurrucándose a ambos lados del camino de entrada. Bajo la nubosidad del cielo, los colores tendían al verde y al negro, y el bosque y las sombras ganaban en tamaño y en misterio. Vista así, la entrada a Los Graneros transmitía intimidad, casi enclaustramiento.

Mientras remontaban la pendiente, la lluvia rociaba de agua el parabrisas del BMW, y retumbaban los truenos. Ronan llevó el coche entre los robles hasta alcanzar el alto y, una vez allí, tras una curva cerrada, se extendió por delante una gran

planicie inclinada y muy verde, protegida por árboles que crecían en los costados. Una vez, el ganado había utilizado aquellos pastos; ganado de todo tipo. Aquellos animales agradables aún poblaban los sueños de Ronan, si bien en campos más extraños. Ronan no sabía qué había sido de los de carne y hueso.

En el asiento trasero, Blue y Adam estiraron el cuello para admirar el panorama. Se trataba de una casa de apariencia acogedora, discreta y típicamente rural, que había ido construyéndose y renovándose a lo largo de los años. Pero lo que destacaba era el batallón de graneros esparcidos por las empapadas colinas: la mayoría de color blanco y con el techo de chapa, algunos en pie y otros en ruinas. Algunos eran, en realidad, establos alargados y angostos, para el ganado, y otros, más anchos y con cúpulas puntiagudas, servían para almacenar paja. Había también otras construcciones de piedra, más antiguas, cobertizos de tejado plano para almacenar maquinaria y herramientas, corrales para las cabras y perreras. Emergían de la tierra de los campos como si hubieran nacido en ella: los más pequeños se apiñaban entre sí como champiñones, y los de mayor tamaño se mantenían aislados.

Sobre ellos pendía un cielo revuelto, colosal y teñido de púrpura por la lluvia. El colorido del paisaje era más intenso, más auténtico, mejor. Aquella era la realidad; lo del año anterior no había sido más que un sueño.

En la casa había una luz encendida: la del cuarto de estar. Siempre lo estaba.

«¿De verdad estoy aquí?», se preguntó Ronan.

Supuso que no tardaría en despertarse y descubrirse de nuevo en el exilio de Manufacturas Monmouth, en el asiento trasero del BMW o tendido en el suelo junto a la cama de Adam, en Saint Agnes. Bajo aquella luz opresiva, Los Graneros era tan verde y tan bello que Ronan tuvo vértigo.

Al mirar por el espejo retrovisor vio a Adam, con expresión soñadora y enferma, y después a Blue, quien palpaba el cristal de la ventanilla como si quisiera tocar la hierba.

Pavimentada con gravilla, la zona de aparcamiento estaba desierta, y no había rastro de la enfermera. Ronan estacionó el automóvil al lado de un ciruelo cargado de fruta sin recoger. En cierta ocasión, había soñado que mordía una de aquellas ciruelas y que los jugos y los huesos le estallaban en la boca. En otra, la ciruela sangraba y aparecían unas criaturas que se le bebían la sangre y acababan por metérsele bajo la piel, como parásitos.

Al abrir la puerta del coche, Ronan captó aquel aroma añorado que identificaba con el hogar: a tierra húmeda, a verdor, a musgo.

—Parece que estuviéramos en otro país —opinó Blue.

Sí, era otro país. Era el país de la juventud, donde te morías antes de llegar a viejo. Al apearse, los pies se les hundieron en la tierra fresca que bordeaba la gravilla. La lluvia se les quedó prendida del cabello. Las gotas de agua murmuraban en las hojas de los árboles circundantes produciendo un tableteo musical.

El encanto del lugar no quedaba empañado por la noción de que era allí donde

Ronan había encontrado el cadáver de su padre; justo allí, al lado del coche. Como sucedía en Manufacturas Monmouth, la luz lo transformaba todo. El cuerpo había aparecido una mañana fría y oscura, pero lo que tenían ante sí era una tarde lenta y plomiza. Así, el recuerdo se hizo presente casi como una anécdota fugaz, sin convocar apenas ninguna emoción.

Lo único importante para Ronan era esto: estaba en casa.

Y lo que deseaba por encima de todo era quedarse.

Unos minutos más tarde, habiéndose reunido todos ante el maletero del coche, advirtieron que ni Gansey ni Ronan habían profundizado lo bastante en el plan como para que se les ocurriera traer una pala.

—¿Einstein? —le dijo Ronan a Adam.

—¿No es esto una granja? —repuso Adam saliendo de su ensimismamiento—. ¿No habrá alguna herramienta por ahí?

—Ah, claro. Por aquí.

Tras pasar una valla pintada de negro, caminaron por los campos hacia una de las construcciones más grandes. El ambiente invitaba al silencio. Adam se apuró para colocarse a la altura de Blue, pero no hablaron. En el hombro de Ronan, Sierra aleteaba para preservar el equilibrio. El pájaro estaba creciendo y pesaba cada vez más. Junto a Ronan, Gansey, con gesto meditabundo, agachaba la cabeza para guardarse de la lluvia. No era la primera vez que recorría aquel camino.

¿Cuándo había sido la última vez que lo había recorrido Ronan? Quizá hubiera pasado un año. O cinco.

De pronto, Ronan pensó con furia en su hermano, Declan, por su decisión de hacer cumplir el testamento de su padre. Ronan era consciente de que, muerto su padre, la relación con su madre también se había tornado irrecuperable. Sin embargo, si tuviera permiso para regresar a Los Graneros… aunque no fuera igual que siempre, por lo menos, sería menos insoportable.

Fue Sierra quien dio la voz de alarma.

—¡Krek!

Ronan se detuvo.

—¿Qué es eso? —preguntó. Unos metros más allá, asomaba por entre la hierba un objeto marrón y liso. Levantaba apenas un metro del suelo y parecía de textura áspera.

—¿Será… una vaca? —titubeó Blue.

No bien lo hubo dicho, el misterio quedó aclarado. Era, sin duda, una vaca que, como solía hacer el ganado en días de lluvia, se había echado para dormitar. También sin duda, pertenecía a los rebaños que habían ocupado aquellos pastos antes de la muerte de Niall Lynch. No obstante, Ronan no lograba explicarse qué hacía aún allí.

Adam hizo una mueca.

—¿Está muerta?

Ronan señaló el vientre del animal, que ascendía y descendía lentamente. Le observó la cabeza, finamente esculpida, y los ollares aún húmedos. Tenía los grandes ojos entrecerrados. Tanto Ronan como Sierra se encorvaron para ver mejor. Ronan agitó una mano frente a los ojos de la vaca, pero esta no se movió.

—*Non mortem* —murmuró entornando los párpados—, *somni fratrem*.

—¿Cómo? —susurró Blue.

—No es la muerte, sino su hermano, el sueño —tradujo Adam.

—Tócale un ojo —sugirió Gansey, con un humor bastante macabro.

—¡Gansey! —protestó Blue.

En lugar de tocarle el ojo, Ronan le pasó un dedo por las pestañas, largas, blandas y estáticas. Gansey, por su parte, colocó la mano junto al hocico del animal.

—Está respirando —anunció.

Blue se aproximó un poco más y palpó la zona de los ollares.

—Pobre —musitó—. ¿Qué le pasa?

Ronan no estaba seguro de que le pasara algo. A pesar de su inmovilidad, no parecía enferma. No olía mal. Y Sierra no daba muestras de un nerviosismo especial, si bien había encogido el cuerpo y se le había pegado a la mejilla como dando entender que no tenía ninguna gana de bajarse de allí.

—Esto podría ser una metáfora de la sociedad estadounidense —murmuró Gansey con voz huraña—, pero por el momento se me escapa.

—¿Qué tal si nos vamos antes de que a Gansey se le ocurra decir una tontería? —sugirió Blue.

Dejaron la vaca donde estaba y caminaron hacia el granero de mayor tamaño. La puerta, grande y corredera, estaba apolillada y podrida por la parte baja, y los herrajes se habían oxidado.

Ronan posó una mano en la irregular superficie del tirador. Fruto del hábito, había memorizado aquel tacto. No era que recordase el objeto en sí, sino la sensación de tocarlo; la textura, la forma y la temperatura del metal; todo lo que necesitaba para rescatarlo de un sueño.

—Espera —dijo Adam, preocupado—. ¿A qué huele?

El aire llevaba consigo un olor tibio y punzante, un tanto repulsivo y, desde luego, rural. No se correspondía con un granero que llevara tiempo sin usarse.

Ceñudo, Ronan descorrió la enorme puerta, que gimió al abrirse. Les tomó unos segundos acostumbrar la vista a la penumbra del interior.

—Oh —musitó Gansey.

El resto del rebaño estaba allí. Se adivinaban decenas y decenas de siluetas vacunas, delineadas por la luz acuosa que entraba por el hueco de la puerta. Pese a todo, no se advertía ni un solo movimiento. Si acaso se oía, grave y sutil, la respiración de muchos pares de pulmones y, sobre ella, el suave repiqueteo de la lluvia en la chapa del techo.

—Dormidas —juzgó Gansey.

—Hipnotizadas —concretó Blue, casi al unísono.

Ronan notó que se le aceleraba el pulso. Había una fuerza primaria y latente en aquel ganado dormido. Si alguien topaba con la palabra justa, provocaría una estampida.

—¿Esto también es culpa nuestra? —murmuró Blue—. ¿Como los cortes de electricidad?

Adam desvió la mirada.

—No —contestó Ronan, convencido de que aquello no tenía nada que ver con la línea ley—. Esto es otra cosa.

—No quisiera reaccionar como Noah, pero lo encuentro bastante espeluznante —afirmó Gansey—. Propongo hacer lo que hemos venido a hacer y largarnos de aquí.

Arrastrando los pies por el serrín que se acumulaba en el suelo, pulularon por entre los animales inmóviles hasta llegar a un pequeño cuarto de herramientas, teñido de gris por la lluvia. Ronan se hizo con una pala. Adam escogió un recogedor de nieve. Gansey sopesó un azadón como quien valora la idoneidad de una espada.

—¿De verdad creciste aquí, Ronan? —preguntó Blue al cabo de un rato.

—¿En este granero?

—Ya sabes a qué me refiero.

Ronan se dispuso a responder, pero el dolor, brusco y paralizante, se lo impidió. La única manera de librarse de aquel sentimiento consistía en bañar sus palabras en ácido. Al expresarse, lo hizo como si odiara el lugar. Como si no viera el momento de salir de allí.

—Sí —dijo, burlón y cruel—. Esta fue mi morada.

—Caramba —contestó Blue, sin percibir el sarcasmo. Luego exclamó—: ¡Mirad!

Ronan orientó los ojos en la dirección señalada. En una zona de la unión entre el tejado y los muros había un pájaro de color pardo cobijado en su nido. Parecía estar manchado de sangre, pero resultó ser un efecto de la tenue luz. En el pecho tenía un plumaje del color de la esmeralda, semejante al de un pavo real. Como las vacas, tenía los ojos abiertos, pero no se movía. A Ronan volvió a acelerársele el pulso.

Aferrado a su hombro, Sierra reaccionó ante su propia inquietud y se encogió y se le arrimó al cuello.

—Tócalo —murmuró Blue—. Comprueba que está vivo.

—Mejor que lo toque alguno de vosotros, par de harapientos —le espetó Ronan refiriéndose a ella y a Adam—. Yo ya he tenido que tocar la vaca.

A Blue se le incendiaron los ojos.

—¿Qué acabas de decir?

—Ya lo has oído.

—Gansey, por favor —dijo Blue.

Gansey dejó el azadón en el suelo.

—¿No me habías dicho que preferías vértelas con Ronan tú sola?

Bizqueando, Adam llevó una silla hasta la pared, se subió a ella e investigó.

—Respira. Está como las vacas.

—Pues mira a ver si ha puesto un huevo —propuso Ronan.

—Déjame en paz.

Los nervios estaban a flor de piel. Era imposible adivinar si aquel letargo respondía a causas naturales o sobrenaturales, motivo por el cual no podía descartarse la posibilidad de que también los afectara a ellos.

—¿Qué pasa? ¿Somos los únicos que seguimos despiertos en este lugar? —dijo Gansey.

Al oír aquellas palabras, Ronan tuvo una idea. Tras dejar a Sierra en una mesa de ladrillo, abrió la tapa del comedero que se encontraba junto a ella. Pese a que no contuviera ya forraje, Ronan sospechó que hallaría algo en él. Y, en efecto, al meter la cabeza, detectó un penetrante olor a animal que el aroma del grano no alcanzaba a camuflar del todo.

—Luz —exigió.

Gansey activó la función de linterna en su teléfono móvil y lo empleó para iluminar el interior del comedero.

—Date prisa —dijo—. Esta aplicación consume mucha batería.

Ronan retiró del fondo del recipiente los restos de un saco de grano y, bajo este, descubrió un nido de ratones. Con sumo cuidado, cogió con los dedos una de las crías y la sacó de allí. Era blanda y ligera como una pluma, y tan diminuta que el calor de su cuerpo pasaba inadvertido. Pese a que estaba lo bastante desarrollada para moverse por sí misma, no intentó escapar. Ronan le acarició la espina dorsal.

—¿Por qué es tan dócil? —preguntó Blue—. ¿También duerme?

Ronan abrió la mano lo bastante para que Blue pudiera ver los ojillos del ratón, confiados y atentos, pero no tanto como para que lo avistase Cuervo, que lo tomaría por comida. En su época en la granja, Ronan y Matthew solían jugar a encontrar ratones en los establos y en las zanjas de los campos. Se quedaban sentados en la hierba durante horas mientras los ratones correteaban a su alrededor y les pasaban por encima de las piernas o las manos. Las crías eran siempre las más atrevidas.

—No, no duerme —dijo. Se situó el ratón junto a la mejilla para sentirle el pulso, rápido como el aleteo de un colibrí. Viendo que Blue lo miraba con expresión incrédula, se lo ofreció—. Así le notas el corazón.

Ella reaccionó con desconfianza.

—¿De verdad? ¿No me engañas?

—¿Por qué iba a engañarte?

—Porque eres mala persona y, de pronto, no lo pareces.

Ronan ensayó una sonrisa.

—No te acostumbres.

Renuente, Blue aceptó la cría de ratón y se la pegó a la mejilla. Acto seguido, se le dibujó en el rostro una sonrisa asombrada. Después, suspiró con regocijo y le pasó el diminuto animal a Adam. Este no parecía muy por la labor de aceptarlo, pero Blue

insistió y no le quedó más remedio que hacerlo. E igual que ella, sonrió. Le llegó luego el turno a Gansey, quien fue el único que sonrió antes de colocarse el ratón en la mejilla. Aquella sonrisa hizo que a Ronan se le formara un nudo en la garganta; le recordó la facilidad con que Matthew se alegraba al ver un ratón en el tiempo en que los Lynch todavía eran una familia.

—Mágico —dijo Gansey dándole el ratón a Ronan.

Ronan hizo ademán de devolverlo a su lugar en el comedero. Antes de hacerlo, preguntó:

—¿A alguien le apetece repetir? Lo digo porque dentro de un año este bicho estará muerto. La esperanza de vida de los ratones de campo es así; una cabronada.

—Gracias por recordárnoslo, Ronan —dijo Adam dándose la vuelta para marcharse.

La cara de Blue era la viva imagen de la amargura.

—Poco dura la alegría… —murmuró.

Gansey optó por callar. Se limitó a observar a Ronan con gesto abatido; lo conocía demasiado bien como para ofenderse. Ronan se sabía analizado y tal vez fuera precisamente eso lo que anduviera buscando.

—Venga, a enterrar esa cosa —dijo Gansey.

De vuelta en el BMW, Gansey tuvo la delicadeza de no hacer ningún comentario al abrir el maletero. Blue se tapó la boca con una mano, y Adam inspiró aire bruscamente. Ronan y Gansey habían metido el cadáver del hombre pájaro en una caja de cartón grande para taparlo lo mejor posible, pero el resultado dejaba bastante que desear y lo que quedaba a la vista era suficiente para impresionar a cualquiera. Por añadidura, el cuerpo llevaba horas muerto y su aspecto había empeorado.

—¿Qué es? —inquirió Adam.

Ronan tocó una de las garras que sobresalían de los bordes de la caja. Aquello era un espanto que helaba la sangre. Le inspiraba un temor profundo, sordo y absoluto, consecuencia de haber sido asesinado en sus sueños por criaturas semejantes una y otra vez.

—Vienen cuando estoy teniendo una pesadilla —explicó—. Creo que les atraen las pesadillas. Y me odian. En sueños, los llamo horrores nocturnos. O… *niri viclis*.

—Eso no es latín, ¿verdad? —indicó Adam frunciendo el ceño.

Ronan se quedó un rato reflexionando, perplejo.

—Creo… creo que no.

Blue le clavó la mirada y Ronan, de inmediato, recordó que lo había acusado de conocer el idioma de la caja rompecabezas que no habían sabido identificar. Quizá tuviera razón.

Entre los cuatro, transportaron aquella especie de ataúd de cartón hasta los árboles. Mientras la lluvia seguía cayendo, se turnaron para cavar en la tierra anegada. Cada pocos segundos, Ronan levantaba la vista para mirar cómo estaba

Sierra. Al cuervo no le gustaba nada que fuera grande y negro —ni siquiera su propia imagen—, y se mantuvo a distancia incluso después de que introdujeran el cadáver en el agujero. Por otro lado, amaba a Ronan por encima de todo lo demás, de manera que tampoco se alejó demasiado y optó por dedicarse a picotear el suelo, a la caza de insectos invisibles.

En cuanto echaron la última palada de tierra en el agujero, resultó que estaban empapados, tanto por la lluvia como por el sudor. Ronan presintió que había algo enternecedor en el hecho de que hubiesen colaborado para enterrar al hombre pájaro. Habría preferido que este no hubiese salido de sus sueños, pero, ya que lo había hecho, era de agradecer que las cosas hubieran salido así y no como en una de sus pesadillas.

Tras pronunciar una mala palabra, Gansey hundió la pala en la tierra y se pasó el dorso de la mano por la frente. Luego, se metió en la boca una hoja de menta.

—Tengo ampollas —anunció—. ¿Qué tal si nos vamos al Nino?

Blue protestó con un aspaviento.

Gansey miró a Adam.

—A mí me da igual —respondió Adam, demasiado fatigado para disimular el acento de Henrietta. Aun así, no había en él tan solo cansancio. Había algo más profundo. Ronan no descartaba que lo que fuera que le sucedía tuviese alguna relación con el sacrificio de Cabeswater.

Gansey se volvió hacia Ronan.

Taciturno, Ronan se frotó las pulseras con un dedo para quitarles la capa de mugre y sudor. Le habría gustado saber cuándo podría volver a Los Graneros.

—¿Te importa si voy a ver a mi madre? —le preguntó a Gansey en voz baja, para que solo este lo oyera.

20

En el interior de la casa dominaban el blanco y el negro. En el aire flotaba un olor agradable que Ronan identificaba con su infancia: a leña de nogal y de boj, a semillas de hierba y a limón.

—Me acuerdo de cuando tú olías igual —le dijo Gansey a Ronan.

Gansey resopló al verse en el espejo de marco oscuro que estaba colgado en el recibidor. Sierra se miró un instante y se escondió tras el cuello de Ronan. A Adam le ocurrió otro tanto. Incluso Blue se descubrió desmejorada; bajo aquella luz, su vestido estilo pantalla de lámpara y su cabello de punta ofrecían una estampa a medio camino entre lo cómico y lo nostálgico.

—Está igual que cuando vivíais aquí —observó Gansey—. Es como si nada hubiera cambiado.

—¿Tú venías a menudo? —le preguntó Blue.

Gansey intercambió una mirada con Ronan.

—Bastante, sí —comentó.

Evitó decir aquello mismo que estaba pensando Ronan: para este, Gansey era su hermano incluso en mayor medida de lo que lo era Declan.

—Tengo sed. ¿Hay algo de beber en alguna parte? —preguntó Adam a media voz.

Ronan los condujo a la cocina. Era una cocina de casa de campo, funcional, muy gastada por el uso y carente de adornos innecesarios. Nunca había sido reparada ni modernizada, de modo que se componía de una amalgama de elementos pertenecientes a distintas épocas y estilos: alacenas blancas decoradas con una combinación de pomos de cristal antiguos y tiradores de latón, encimeras mezcla de linóleo y mármol y diversos aparatos, algunos de plástico y otros de acero inoxidable.

Con Blue y Adam presentes, Ronan miraba Los Graneros como si fuera la primera vez. Allí no se percibía la riqueza de la familia de Gansey, añeja y dada a los refinamientos y a las pretensiones. Se trataba, más bien, de una abundancia desharrapada que se ponía de manifiesto no por darse aires, sino porque no prescindía de comodidades, y de ahí las antigüedades en desorden, las cazuelas de cobre, las obras de pintores en las paredes y las alfombras tejidas a mano. Mientras que el hogar de la familia de Gansey era un museo en el que nada se podía tocar, Los Graneros ponía a disposición de sus visitantes mesas de billar, sofás tapizados en cuero, numerosas mantas y consolas de videojuegos.

Ronan adoraba aquel lugar. Tanto que apenas lo soportaba. Tenía ganas de romper algo.

Aun así, dijo:

—¿Recuerdas cuando te dije que mi padre era igual que yo? —Señaló una tostadora. Era corriente, de acero inoxidable, con espacio para dos rebanadas de pan.

Gansey enarcó una ceja.

—¿Y…? Es una tostadora.

—Una tostadora venida de un sueño.

Adam rio por lo bajo.

—¿Por qué lo sabes? —cuestionó Gansey.

Ronan retiró el aparato de su lugar y lo levantó en el aire. Carecía de cables o de un hueco para pilas. Aun así, cuando Ronan accionó la palanca de encendido, los filamentos del interior se pusieron incandescentes. ¿Cuántos años se había pasado utilizando aquella tostadora sin darse cuenta de que era un objeto imposible?

—¿Qué energía usa? —preguntó Adam.

—La de los sueños —contestó Ronan. Sierra saltó a la encimera y Ronan le dio un manotazo para apartarlo de la tostadora—. No hay otra más limpia.

A Adam le desaparecieron las cejas bajo el flequillo.

—A los políticos les encantaría —ironizó—. Y no lo digo por tu madre, Gansey.

—Ya lo sé —repuso Gansey, cordial.

—Ah, y luego está esto —indicó Ronan con un dedo extendido hacia un calendario colocado en la puerta de la nevera.

Blue lo hojeó. Desde luego, nadie podía haber estado pasando la página del mes correspondiente, pero daba igual. Todas las páginas eran lo mismo: abril y una fotografía de tres pájaros negros posados en una valla.

En su momento, Ronan lo había considerado un artículo de broma. Ahora comprendía que se trataba de un artefacto procedente de un sueño de frustración.

—¿Son cuervos o buitres? —preguntó Blue.

—Cuervos —contestó Ronan.

—Buitres —repuso Adam al mismo tiempo.

—¿Y qué más puedes enseñarnos? —inquirió Gansey. Su tono de voz y su expresión denotaban la misma curiosidad exacerbada que exhibía cuando reflexionaba sobre cualquier asunto relacionado con Glendower—. Me refiero a objetos sacados de los sueños.

—Pues no sé qué decirte —respondió Ronan—. Nunca he hecho un estudio.

—Vale, pues hagámoslo ahora —propuso Gansey.

Acto seguido, los cuatro se pusieron a abrir cajones y alacenas y a disponer enseres en las encimeras.

—El teléfono no está conectado —anunció Adam, dándole la vuelta a un anticuado teléfono con disco de marcar—. Aun así, se oye el tono.

En opinión de Ronan, tras la generalización de la telefonía móvil, el hallazgo no tenía demasiado interés. Por su parte, acababa de encontrar un lápiz que, en realidad, era un bolígrafo. Garabateando con él en una libreta obtenida de un cajón, descubrió que, pese a que tuviese la punta de grafito, como comprobó al arañarla con una uña,

producía un trazo de tinta azul.

—El microondas tampoco está enchufado —apuntó Adam.

—Y aquí hay una cuchara con dos mangos —agregó Gansey.

Sonó un gemido muy agudo: Blue acababa de darse cuenta de que, al darle vueltas al asiento de un taburete, este emitía un sonido que recordaba vagamente a una versión acelerada de la melodía de *The Wind That Shakes the Barley*. Lo hizo girar para ver si reproducía la pieza entera, pero resultó que no. Sería el producto de otro sueño motivado por la frustración.

—¡Ay! —gritó Gansey, soltando un cuchillo que cayó en la encimera—. Quema —justificó sacudiendo la mano.

Pero no parecía quemar. La hoja era de acero ordinario y el calor que despedía tan solo se hizo patente cuando comenzó a fundir el acabado de la encimera. Gansey rozó apenas el mango para verificar que también este estaba ardiendo y después se sirvió de un paño para volver a guardar el cuchillo en su sitio.

Ronan, que había dejado de revolver, se dedicaba a abrir y cerrar cajones con la sola pretensión de hacer ruido. No sabía qué era peor: el hecho de marcharse o el rato que tendría que pasar allí sabiendo que se iba a marchar.

—Esto tampoco es nada frustrante —afirmó Adam exhibiendo una cinta métrica con la que acababa de topar. Tan solo se extendía unos pocos centímetros—. Yo la habría tirado a la basura nada más despertarme.

—Vale para medir cosas muy pequeñas —observó Gansey—. Tendría valor sentimental.

—¿Qué me decís de esto? —exclamó Blue desde el pasillo palpando un pétalo de un lirio de color azul y proporciones perfectas. Era una de las flores que, formando un ramillete, estaban colocadas en un jarrón de la mesa del recibidor. Ronan nunca se había fijado demasiado en ellas y, si lo había hecho, las había tomado por vulgares flores de imitación, dado que no había agua en el recipiente que las contenía. Algunos blancos y otros azules, los lirios eran de gran tamaño y presentaban una maraña de estambres dorados y velludos; desde luego, no se parecían a nada que hubiese visto Ronan, a quien le extrañó sobremanera no haberse dado cuenta hasta entonces de su rareza.

Adam cortó una de las flores y les enseñó a los demás el tallo, que rezumaba líquido.

—Están vivas —juzgó.

Aquello era una golosina que no iba a pasar por alto la curiosidad de Gansey, quien se demoró allí mientras Adam y Ronan continuaban adentrándose por el pasillo para visitar el comedor. Al volver la vista hacia atrás, Ronan vio a Gansey ahuecando las manos para sostener uno de los capullos de lirio. Había en su ademán algo semejante a la humildad y al asombro, y también un componente de agradecimiento y nostalgia en su modo de examinar la flor. Extrañamente, su expresión transmitía reverencia.

Por algún motivo, aquello avivó las iras de Ronan, que se dio la vuelta antes de que Gansey pudiera mirarlo a los ojos. En el entorno gris pálido del comedor, Adam estaba descolgando de la pared una máscara de madera.

La máscara estaba hecha de madera oscura y pulida y parecía sacada de una tienda de recuerdos para turistas. Los agujeros de los ojos eran redondos y denotaban sorpresa, y la boca se curvaba en una gran sonrisa capaz de acoger muchos dientes.

Ronan intervino de inmediato.

—¡No!

La máscara chocó con el suelo produciendo un chasquido. Sobresaltado, Adam vio que Ronan le estaba agarrando la muñeca. Ronan sintió que el corazón le latía deprisa y supo, al sentir su pulso, que a Adam le ocurría lo mismo.

Sin más dilación, lo soltó y dio un paso atrás. Y luego recogió del suelo la máscara y volvió a colgarla en la pared. No obstante, aún le faltaba mucho para calmarse.

—No lo hagas —masculló sin mirar a Adam.

Pero lo cierto era que no sabía en qué consistía aquello que Adam no debía hacer. Tal vez la máscara auténtica, la de su padre, era inofensiva. Tal vez solo se volvía letal en sus sueños.

De repente, no pudo soportarlo más tiempo; ni los sueños de su padre, ni la casa de su infancia, ni a sí mismo.

Le dio un puñetazo a la pared. Los nudillos se le aplastaron contra el yeso, o quizá fue el yeso el que se aplastó contra ellos. Sintió perfectamente el instante en que se le rasgó la piel. Había dejado una marca de su furia en la pared, pero esta había encajado el golpe sin agrietarse.

—Vamos, Lynch —dijo Adam—. ¿Intentas romperte la mano?

—¿Qué ha sido eso? —gritó Gansey desde la otra estancia.

Ronan no ignoraba qué había sido aquello, pero volvió a hacerlo. Y después derribó de una patada una de las sillas del comedor. Arrojó contra la pared una cesta llena de casetes y flautas irlandesas. Destrozó marcos y fotografías. Aquello iba más allá de la cólera. No era nadie; no era más que puños y latigazos de dolor.

De pronto, el brazo se le quedó detenido en el aire.

Era Gansey. Se lo estaba sujetando con una cara en la que no había ni el mínimo atisbo de buen humor. Sus facciones parecían jóvenes y viejas al mismo tiempo. Tal vez más viejas que jóvenes.

—Ronan Lynch —dijo. Ronan era incapaz de no atender a aquella voz, que se le antojó la materialización sonora del aplomo; el aplomo que a él le faltaba—. Basta. Se acabó. Ve a ver a tu madre. Luego nos iremos.

Gansey sostuvo el brazo de Ronan durante unos segundos más para cerciorarse de que había captado el mensaje, tras lo cual lo soltó y se volvió hacia Adam.

—¿Y tú pensabas quedarte ahí parado?

—Sí —respondió Adam.

—Muy considerado de tu parte —replicó Gansey.

—Yo no tengo fuerzas para enfrentarme a sus demonios —contestó Adam con especial serenidad.

Instalada en el umbral de la puerta, Blue no dijo nada y esperó a que Ronan fuera hacia ella. Después, mientras Adam y Gansey trataban de arreglar el desaguisado, lo acompañó al cuarto de estar.

En realidad, aquello distaba bastante de ser un cuarto de estar; por lo visto, había dejado de ser necesario como tal. Se había transformado en un almacén para todo lo que no había encontrado lugar en las demás habitaciones. Cada una de un estilo diferente, tres sillas tapizadas en piel se miraban entre sí, sostenidas por un suelo desigual; aquella era la única zona de la sala en la que se podía estar. En cuanto al resto: ánforas altas y delgadas con paraguas y espadas romas; botas de goma y palos saltarines apoyados contra la pared; o alfombras enrolladas en una esquina, una de ellas con una nota escrita por Niall en la que se leía: «Esta no». Del centro del techo colgaba una estrambótica lámpara de araña con forma de sistema solar que debía de proceder de alguno de los sueños de Niall. Desde luego, los dos apliques instalados en la pared, medio lámpara y medio maceta con planta, no podían haber salido de ningún otro lugar. Como todo lo demás, seguramente. La casa estaba llena de sueños, y Ronan se estaba dando cuenta en aquel momento, después de tanto tiempo sin regresar.

Y allí estaba su hermosa madre, en medio de aquel caos. La acompañaba un público mudo de catéteres, goteros y sondas de alimentación gastronasal, herramientas que las enfermeras habían considerado indispensables. Sin embargo, no le habían hecho falta. Era una reina sedentaria de una epopeya antigua: la cara pálida encajada en una melena rubia, las mejillas sonrosadas, los labios rojos como el diablo y los ojos cerrados con delicadeza. No guardaba ningún parecido con sus hijos, y mucho menos con su carismático marido.

Al acercarse a ella, Ronan valoró que no había cambiado nada desde la última vez que la había visto, hacía meses y meses. Los finísimos pelos que le colgaban junto a las sienes se le movían por efecto de la respiración, pero, por lo demás, ni se movió ni dio muestras de percibir la presencia de su hijo.

El pecho se le hinchaba y deshinchaba. Sus ojos permanecieron cerrados.

Non mortem, somni fratrem. No es la muerte, sino su hermano, el sueño.

—Es lo mismo que hemos visto en los animales —murmuró Blue.

Ronan tuvo que admitir la verdad; en el fondo, lo había sabido desde hacía mucho. Blue tenía razón.

La casa en la que había vivido estaba repleta de criaturas y objetos que habían nacido en los sueños de Niall Lynch, y entre esos objetos y criaturas se contaba su madre.

21

Blue concluyó que ya era hora de que Ronan pasara por la consulta del 300 de Fox Way. Una cosa era que salieran monstruos de los sueños. Y otra muy distinta, que lo que saliera fuese una madre. A la mañana siguiente, Blue fue en bicicleta hasta Manufacturas Monmouth y expuso la idea. Se hizo un silencio, y después:

—No —dijo Ronan.

—¿Qué? —preguntó Blue.

—Que no —insistió él—. No voy.

Tumbado junto a la fotografía aérea de la línea ley, Gansey no se molestó en levantar la mirada.

—Ronan, no lo hagas más difícil.

—No lo hago más difícil. Lo único que digo es que no pienso ir.

—No es como ir al dentista —argumentó Blue.

Ronan se apoyó en el marco de la puerta de su cuarto y replicó:

—Exacto.

Gansey hizo una anotación en la fotografía.

—¿Cómo? No te entiendo, Ronan.

Pero Blue sí lo entendía. De hecho, sabía perfectamente lo que estaba pasando.

—Esto tiene que ver con algo religioso, ¿verdad? —dijo con voz glacial.

Ronan bufó.

—No hace falta que lo digas de esa manera.

—Yo creo que sí. Y ahora imagino que llegará la parte en que me dices que mi madre y yo vamos a ir al infierno, ¿no?

—No lo descartaría —repuso Ronan—. Pero tampoco es que maneje información de primera mano sobre el tema.

Al oír aquello, Gansey rodó hasta quedar de espaldas y se entrelazó las manos sobre el pecho. Vestía un polo de color salmón que, a ojos de Blue, resultaba bastante más infernal que cualquier asunto que hubieran hablado hasta la fecha.

—A ver, ¿qué es lo que pasa? —inquirió Gansey.

Blue no se podía creer que no se hubiera enterado aún de la naturaleza del problema. O estaba despistado o se lo hacía. Conociéndolo, Blue se inclinaba por lo primero.

—Y ahora, empezarás a hablar de lo oculto en tono peyorativo —le espetó Blue a Ronan. Había asistido a aquella conversación en innumerables ocasiones a lo largo de su vida; se había convertido en un cliché, hasta el punto de que ya ni se inmutaba. Aun así, no había creído que saldría el tema en su círculo de amistades más íntimas.

—Yo no hablo de nada en ningún tono —se defendió Ronan. Lo más insoportable

de Ronan era que siempre se enfadaba cuando los demás estaban tranquilos y, viceversa, siempre estaba tranquilo cuando los demás se enfadaban. Mientras Blue se subía por las paredes, a él le daba por hablar con voz beatífica—. Solo digo que no voy a ir. Quizá me equivoque, quizá no. Mi alma ya corre bastante peligro tal como está.

Gansey frunció el ceño e hizo ademán de hablar. Pero cambió de idea y se contentó con sacudir la cabeza levemente.

—Tú te crees que estamos aliadas con el demonio, ¿eh, Ronan? —repuso Blue. Le habría gustado pronunciar aquellas palabras con la misma dulzura tóxica que Cala, pero la irritación no se lo permitió—. Crees que mi familia es un hatajo de hechiceras malintencionadas, ¿no es cierto?

Ronan movió las pupilas en círculo de manera teatral. Al parecer, se dedicaba a absorber la furia de Blue, tal vez para almacenarla y servirse de ella más adelante.

—Mira, mi madre descubrió que era adivina porque vio el futuro en un sueño —explicó Blue—. En un sueño, Ronan. No sacrificó una cabra en el patio trasero ni nada de eso. Ni siquiera pretendía ver el futuro. No se hizo adivina: nació siéndolo. Si opinara como tú, ¡ahora mismo podría acusarte simplemente porque tienes el poder de materializar lo que encuentras en los sueños!

—Pues sí, podrías —convino Ronan.

El ceño de Gansey se combó hacia abajo un poco más. De nuevo, abrió la boca y la cerró sin llegar a decir una sola palabra.

Blue no estaba por la labor de ceder.

—Es decir, que a pesar de que podamos ayudarte a entender lo que hay entre tu padre y tú, no piensas venir, ¿no?

Ronan se encogió de hombros, tan desdeñoso como Kavinsky.

—No.

—Pero mira que eres…

—Jane —la interrumpió Gansey.

«¡Despistado!».

Se la quedó mirando con toda la prestancia que pudo reunir pese al polo de color salmón.

—Ronan —dijo luego.

—¡No he dicho ni una palabra más alta que la otra! —protestó Ronan.

—Eso da igual, bruto —respondió Gansey—. Diversos estudios sugieren que la clarividencia es ciencia y no magia.

«¡No! ¡Se había hecho el despistado!».

—Venga ya, hombre —mascculló Ronan.

Gansey se incorporó.

—Nada de «venga ya». Aquí todos hemos visto lo que le pasa al tiempo en Cabeswater. No sé cómo, tú mismo conseguiste hacer aquella inscripción en la roca antes de que llegáramos allí. El tiempo no es una línea. Es una circunferencia, o un

ocho, o un puñetero muelle. Si crees en eso, no entiendo por qué no ibas a creer que alguien tenga la capacidad de ver qué hay más allá, en el siguiente rizo del muelle.

Ronan lo miró.

«Menuda mirada», pensó Blue. Ronan Lynch haría lo que fuera por Gansey.

Blue se dijo que tal vez ella también. Eso sí, era increíble que Gansey lograra ejercer aquel efecto en ella con aquel polo.

—Lo que tú digas —musitó Ronan. Lo cual, en su caso, significaba que lo haría.

—¿Contenta, Jane? —inquirió Gansey.

—Lo que tú digas —contestó Blue. Lo cual, en su caso, significaba que lo estaba.

Maura y Persephone estaban ocupadas, pero Blue se las arregló para acorralar a Cala en el cuarto que utilizaba para el teléfono, para la costura y para los gatos. Si le faltaba alguno de los tres, Cala, en cualquier caso, se bastaba sola. Poseía los mismos poderes adivinatorios que Maura o Persephone, pero además contaba con un don especial y muy infrecuente: la psicometría. A menudo, al tocar un objeto, presentía de dónde había venido, qué pensaba la persona que lo había manipulado y qué sería de él en lo sucesivo. Como daba la impresión de que estaban tratando con algo que era a la vez un ser y un objeto, los poderes de Cala parecían los más indicados.

Colocada junto a la puerta y escoltada por Ronan y Gansey, Blue dijo:

—Necesitamos tu consejo.

—Seguro que sí —respondió Cala, no de la manera más agradable. Grave y felina, su voz no desentonaría en una película en blanco y negro—. Explicadme.

—¿Estás segura de querer ayudarnos? —le preguntó Gansey educadamente.

—Si dudas de mí, no veo qué haces aquí —replicó Cala.

En defensa de Gansey, hay que decir que Cala se encontraba cabeza abajo, colgando del techo de la estancia. El único elemento que impedía que cayese al suelo era un gran paño de seda de color púrpura que se había enrollado en un muslo.

Gansey desvió los ojos.

—¿Es un ritual? —le preguntó a Blue en voz baja hablandole al oído.

Blue suponía que sí, que tenía algo de mágico. A pesar de que la habitación, empapelada con una tela de cuadros de color verde, estuviese plagada de trastos y abalorios que competían entre sí para llamar la atención, lo difícil era despegar los ojos de Cala, que giraba lentamente en medio de todo aquello. Parecía imposible que el paño de seda aguantase su peso. En aquel momento se hallaba mirando hacia una esquina, dándoles la espalda. El vestido le colgaba de tal manera que le dejaba a la vista grandes franjas de piel muy morena, la cinta de un sujetador rosa y cuatro diminutos tatuajes de coyotes correteándole por la espina dorsal.

Sosteniendo la caja rompecabezas con ambas manos, Blue le susurró a Gansey:

—Es yoga aéreo —después, alzando la voz, agregó—: Cala, es por Ronan.

Cala cambió de postura y se cambió el paño de muslo.

—¿Quién? ¿El guapo?

Blue y Gansey se miraron. La expresión de Blue decía: «Lo siento mucho»; la de Gansey: «¿El guapo soy yo?».

Cala siguió dando vueltas sobre sí misma, tan despacio que apenas se percibía el movimiento. Mientras lo hacía, se puso de manifiesto que no era la mujer más delgada del planeta, pero que, por contra, tenía unos músculos abdominales espectaculares.

—¿El de la camiseta de Coca-Cola? —preguntó.

Se refería a Adam. La primera vez que había pasado por la consulta, Adam se había presentado con una camiseta roja de propaganda de Coca-Cola, la cual, en lo que respectaba a Cala, se había convertido, desde entonces y para siempre, en su seña de identidad.

—El de la serpiente —masculló Ronan con voz grave.

Cala se quedó quieta. Se miraron durante unos segundos, él cabeza arriba y ella cabeza abajo. En el hombro de Ronan, Sierra ladeó la cabeza para ver mejor. Desde luego, Ronan no parecía ser la viva imagen de la simpatía: la boca atractiva aunque de gesto cruel, el inquietante tatuaje saliéndole por el cuello de la negra camiseta y, para terminar, la cabeza rapada y un cuervo en el hombro. Costaba adivinar en él a la persona que se había puesto una cría de ratón en la mejilla.

Pese a estar colgada como un murciélago, Cala intentó fingir desprecio, pero, a juzgar por el arco que le formaban las cejas, la realidad era otra: Ronan le despertaba curiosidad.

—Comprendo —dijo Cala al fin—. ¿Y sobre qué necesitas consejo, Serpiente?

—Sobre lo que sueño —contestó Ronan.

Cala, cuya rotación continuaba, perdió interés al instante, y en la cara se le dibujó una mueca de desdén.

—Para asuntos de sueños, consulta con Persephone. Hasta nunca.

—Mis sueños son especiales. Te gustarán —replicó Ronan.

Cala se rio y estiró una pierna.

Blue, irritatada, masculló algo ininteligible. Tras atravesar la estancia, situó la caja rompecabezas en la mejilla de Cala.

Cala dejó de moverse.

Fue incorporándose poco a poco, con un solo movimiento fluido y elegante, como de bailarina desperezándose.

—¿Por qué no lo has dicho antes?

—Lo hago ahora —repuso Ronan.

Color ciruela, los labios de Cala se erizaron.

—Hay algo que te conviene saber sobre mí, Serpiente. No confío en nadie.

Sierra graznó.

—Hay algo que te conviene saber sobre mí —dijo Ronan—. Nunca miento.

Cala afrontó la conversación sin dejar de practicar aquella extraña forma de yoga. A

veces, incluso se colocaba del derecho, con las piernas plegadas bajo el tronco.

—Todo eso es parte de ti. En mi opinión, siente lo mismo que tú sientes. Bueno, o casi. Es como si fueran las uñas, por ejemplo. Compartís el mismo ser, la misma alma. Sois lo mismo.

Ronan no estaba de acuerdo: si Sierra se caía de una mesa, no sentía su dolor, pero tampoco notaba nada cuando se cortaba las uñas.

—Así, cuando te mueras, esos seres se detendrán.

—¿Se detendrán? ¿No van a morir? —preguntó Gansey.

Con las rodillas dobladas y los pies juntos, Cala hizo una pirueta y se quedó de nuevo cabeza abajo. Parecía una araña en el acto de hipnotizar a su presa.

—Cuando te mueres, tu disco duro, por así decirlo, sigue funcionando. No es que tenga vida como tú y yo entendemos la vida. Carece de un alma que lo anime. No habiendo soñador, lo único que queda es un disco duro a la espera de instrucciones.

Ronan recordó lo que le había dicho Declan hacía ya bastantes meses: «Mamá no es nadie sin papá». Tenía razón.

—Es decir, que mi madre nunca se va a despertar, ¿no?

Cala se balanceó hasta quedarse en horizontal y soltó las manos del paño.

—Serpiente, déjame ver ese pájaro.

—No lo aprietes —pidió Ronan replegando las alas del cuervo y cediéndoselo a Cala.

En cuanto se supo en manos ajenas, Sierra le asestó un picotazo al primer dedo que encontró. Impertérrita, Cala le enseñó los dientes.

—Cuidado, pajarraco —le dijo con una media sonrisa—. Yo también muerdo. ¿Blue?

Al parecer, pretendía servirse de Blue para intensificar sus poderes de videncia. Blue le puso una mano en la rodilla y utilizó la otra para mantenerla quieta, sin dar vueltas. Durante un rato, Cala se quedó tal cual estaba, con los ojos cerrados, allí colgada. En sus manos, Sierra se mantenía inmóvil; si acaso, con las plumas algo alborotadas por aquel inesperado cambio de manos. Después, Cala fijó la vista en Ronan mientras se le formaba en los labios una sonrisa afilada.

—¿Qué has hecho, Serpiente?

Ronan no contestó. El silencio nunca era la más equivocada de las respuestas.

Cala puso el cuervo en las manos de Blue, quien intentó sosegarlo antes de devolvérselo a Ronan.

—Lo que ocurre es lo siguiente —dijo Cala—. Tu madre era un sueño. Estúpidamente, como si no hubiera suficientes mujeres en el mundo, tu padre la trajo a la realidad. Ahora, ella ya no tiene quien la sueñe. Si quisieras recuperarla, tendrías que volver a llevarla a los sueños.

Acto seguido, Cala llevó a cabo, aparentemente sin esfuerzo, una serie de maniobras estilizadas. A Ronan le llevaron a pensar en el mecanismo de la caja rompecabezas, pues parecían un poco arbitrarias y otro poco increíbles. Costaba

comprender cómo era capaz de sacar un brazo de entre los pliegues del paño sin que la tela se le quedara enrollada en el torso; o cómo lograba extender la pierna sin caerse al suelo.

Ronan rompió el silencio.

—Cabeswater. Cabeswater también es un sueño.

Cala dejó de dar vueltas.

—No hace falta que me des la razón —afirmó Ronan. Meditó sobre todas las ocasiones en que había soñado con los viejos árboles de Cabeswater, sobre lo a gusto que se sentía caminando por allí, sobre el hecho de que los árboles conociesen su nombre. De algún modo, se sentía muy próximo a ellos, como si las raíces no fueran más que una prolongación de sus venas—. Si estuviera en Cabeswater, mi madre se despertaría.

Cala se le quedó mirando. El silencio nunca era la más equivocada de las respuestas.

—Si es así, está claro que debemos volver a Cabeswater —dijo Gansey.

Blue inclinó la cabeza para ahorrarse, en la medida de lo posible, el tener que ver a Cala cabeza abajo.

—¿Alguna idea?

—No soy maga —dijo Cala. Blue la empujó para hacerla girar. Cala soltó una carcajada satisfecha y desvergonzada. Señaló a Ronan con un dedo—. Pero él sí lo es. Por otro lado, líbrate de esa máscara. Es peligrosa.

22

Declaración de últimas voluntades y testamento de Niall T. Lynch.

Artículo 1.
Disposiciones preliminares.

Estoy casado con Aurora Lynch, a la cual, de ahora en adelante, llamaré «mi esposa».

Tengo tres hijos varones, de nombre Declan T. Lynch, Ronan N. Lynch y Matthew A. Lynch. Toda mención incluida en este testamento a «hijos», «niños» o «el asunto» se refiere a los anteriores y a cualquier otro menor que pase a mi cargo en lo sucesivo. Toda mención a «el hijo mediano» se refiere a Ronan N. Lynch.

—Estaba pensando en que podríamos pasar juntos el cuatro de julio —dijo Matthew mirando a Ronan por el rabillo del ojo. Bajo la luz del crepúsculo, los rizos de Matthew lucían aún más angelicales. Se habían encontrado para cenar en la plaza del parque a petición de Ronan. Tanto este como Declan trataban a Matthew como si fuese un amuleto de la suerte—. Los tres. Para ver los fuegos artificiales.

Situado junto a la mesa de pícnic, Ronan se encorvó y le clavó la mirada.

—No —y antes de que su hermano pequeño tuviese tiempo de decir cualquier cosa que pudiera hacerle sentirse culpable, Ronan hizo un gesto de la mano para señalar el bocadillo de atún que se estaba comiendo—. ¿Qué tal el bocadillo?

—Está bueno —valoró Matthew con entusiasmo. Pero eso no quería decir mucho: Matthew Lynch era un saco sin fondo en el que cabía toda la comida del mundo—. Está buenísimo. Cuando llamaste, no me lo creía. Al ver tu número en el teléfono, ¡casi me da algo! Es que, que yo sepa, tú tienes el teléfono casi por estrenar.

—¿Sí? No jodas —respondió Ronan.

Artículo 2.
Declaraciones específicas.

Lego la suma de Veintitrés Millones de Dólares (23 000 000 $) a un fondo fiduciario que deberá hacerse cargo, a perpetuidad, del cuidado y mantenimiento de la propiedad llamada «Los Graneros» (véase apéndice B), y del cuidado, manutención y educación de los hijos que me sobrevivan. Ese fondo fiduciario será ejecutado por Declan T. Lynch cuando todos los niños hayan cumplido los dieciocho años de edad.

Lego la suma de Tres Millones de Dólares (3 000 000 $) a mi hijo Declan T. Lynch, en cuanto el susodicho haya cumplido los dieciocho años de edad.

Lego la suma de Tres Millones de Dólares (3 000 000 $) a mi hijo Ronan N.

LYNCH, EN CUANTO EL SUSODICHO HAYA CUMPLIDO LOS DIECIOCHO AÑOS DE EDAD.

LEGO LA SUMA DE TRES MILLONES DE DÓLARES (3 000 000 $) A MI HIJO MATTHEW A. LYNCH, EN CUANTO EL SUSODICHO HAYA CUMPLIDO LOS DIECIOCHO AÑOS DE EDAD.

Ronan le quitó una patata frita a Matthew y se la dio a Sierra, que la descuartizó sobre la superficie de la mesa, más por hacer ruido que por alimentarse. Una señora que empujaba un cochecito de bebé por la acera se detuvo unos segundos a endosarle a Ronan una mirada reprobatoria, tal vez por estar sentado encima de la mesa o por traficar con animales carroñeros.

—Oye, ¿tú crees que Declan volvería a ponerse histérico si regresamos a Los Graneros?

Engullendo con deleite, Matthew agitó la mano hacia el cochecito. El ocupante de este le correspondió.

—Pues claro que sí —dijo con la boca llena—. Tiene un miedo que no se lo cree. A Los Graneros. A ti. ¿Es verdad que perderemos el dinero si volvemos allí? ¿De verdad papá era tan estricto como dice Declan?

ARTÍCULO 7.

OTRAS CONDICIONES.

CUANDO ME MUERA, NINGUNO DE MIS HIJOS PODRÁ TRASPASAR LOS LÍMITES FÍSICOS DE «LOS GRANEROS» NI EN MODO ALGUNO RELACIONARSE CON SUS OCUPANTES NI ALTERAR LOS ENSERES LOCALIZADOS EN SU INTERIOR, O DE LO CONTRARIO LOS BIENES CITADOS EN ESTE TESTAMENTO SERÁN LEGADOS AL FONDO NUEVA YORK-ROSCOMMON, SIN PERJUICIO DE AQUELLOS QUE PROVEAN EL FONDO FIDUCIARIO ESTABLECIDO PARA LOS CUIDADOS PERMANENTES DE AURORA LYNCH.

—¿Cómo? —Ronan puso el bocadillo en la mesa. Sierra se situó a su lado—. ¿Qué es lo que dice Declan de papá?

Su hermano menor se encogió de hombros.

—No sé. Que siempre estaba fuera o algo así. Ya sabes. Además, Declan no es tan mal tío. No entiendo por qué no os podéis llevar un poco mejor.

«Mamá y papá se han dejado de querer», pensó Ronan, pero evitó decírselo a Matthew, quien lo miraba con los mismos ojos confiados que la cría de ratón de Los Graneros.

El encuentro con su hermano pequeño aún no le había valido para sosegarse. La visita clandestina a la granja, el verdadero origen de su madre y el análisis de la situación ofrecido por Cala lo habían dejado muy agitado.

De pronto, se vio impulsado a tomar una decisión: resucitar a su madre o no resucitarla. Sería una ayuda recuperarla, aunque tuviera que ir a Cabeswater para visitarla. Mejor una madre que la orfandad total. Mejor la vida que la muerte. Mejor la vigilia que el sueño.

Sin embargo, molestas, las palabras de Declan seguían acudiendo a su mente: «No es nadie sin papá».

Era como si Declan ya lo supiera todo. Ronan habría dado cualquier cosa por tener una idea precisa del alcance de su conocimiento, pero no podía preguntárselo directamente.

—El que empezó fue Declan —dijo Ronan—. Por si te interesaba saberlo. Así que no es cosa mía.

Optimista y beatífico como una monja o un fumador de marihuana, Matthew expulsó una bocanada de aire con olor a atún.

—Le dolía que papá te prefiriese a ti. A mí me daba igual. Todos tenemos nuestros favoritismos. Además, mamá me quería más a mí.

ARTÍCULO 2A.

OTRAS DISPOSICIONES.

LEGO LA FINCA EN LA QUE RESIDÍ HASTA EL FALLECIMIENTO («LOS GRANEROS»), JUNTO CON CUALQUIER PÓLIZA DE SEGUROS INCORPORADA A DICHA FINCA, A MI HIJO MEDIANO.

Comieron los bocadillos en silencio. Ronan supuso que su hermano también había llegado a la conclusión de que Declan no había sido el favorito de nadie.

«Si tu favorito era yo, ¿por qué me das una casa a la que no puedo volver?», le habría gustado preguntarle a su padre.

Con todo el cuidado que supo reunir, que en su caso no sobraba, Ronan preguntó:

—¿Declan habla alguna vez de sueños?

Tuvo que repetir la pregunta. Matthew y Sierra se habían distraído con el vuelo de dos mariposas monarca.

—¿De los que tiene él? —inquirió Matthew. Se encogió de hombros teatralmente —. No creo que sueñe. Toma pastillas para dormir, ¿lo sabías?

Ronan no lo sabía.

—¿De qué tipo?

—No sé. Pero una vez vi el bote. Se las dio el doctor Mac.

—¿El doctor quién?

—El médico de Aglionby.

Ronan resopló.

—Ese no es médico, hombre. Será enfermero, como mucho. No creo que pueda recetar nada. ¿Y por qué toma Declan pastillas para dormir?

Matthew se metió en la boca lo que le quedaba de bocadillo.

—Dice que le va a salir una úlcera por tu culpa.

—Las úlceras no tienen relación con el insomnio. Una úlcera es un boquete que te abren los ácidos en el estómago.

—Dice que papá era un soñador y que tú también lo eres —afirmó Matthew—. Dice que acabaremos perdiéndolo todo por vuestra culpa.

Ronan se quedó paralizado. Ocurrió tan de repente que Sierra, imitándolo, olvidó las migas y trozos de atún que había estado codiciando y permaneció sin mover ni un solo músculo, con la cabeza vuelta hacia el pequeño de los Lynch.

Declan sabía lo de su padre. Declan sabía lo de su madre. Declan sabía lo suyo. ¿Qué cambiaba aquello? Quizá nada.

—Lleva una pistola escondida bajo el asiento del coche —informó Matthew—. Se la vi el otro día, cuando se me cayó el teléfono.

Matthew dejó de comer y de gesticular. Encogido y con mirada desvaída, buscó consuelo en los ojos de su hermano.

—No empieces con lo del asalto —dijo tras unos instantes.

—No pensaba hacerlo —contestó Ronan—. Ya sabes que no miento.

Matthew asintió con la cabeza. Se estaba mordiendo el labio. Tenía los ojos vergonzosamente húmedos.

—Mira —dijo Ronan—. Mira —repitió—. Creo que sé cómo solucionar lo de mamá. Dejará de estar en Los Graneros, pero eso nos da igual porque no podemos ir. Pero al menos la tendremos a ella.

EN EL MOMENTO DE EJECUTAR ESTE TESTAMENTO, NIALL LYNCH SE ENCUENTRA EN PLENO USO DE SUS FACULTADES MENTALES Y ES DUEÑO DE SUS ACTOS, Y SE HALLA EN PERFECTAS CONDICIONES PARA HACER UN TESTAMENTO. ESTE TESTAMENTO TENDRÁ VALIDEZ MIENTRAS NO SE SANCIONE UN NUEVO DOCUMENTO.

FIRMADO A DÍA: T'LIBRE VERO-E BER NIVO LIBRE N'ACREA.

Probablemente fuese aquello lo que le había impedido a llamar a Matthew. Quizá necesitaba prometerle lo imposible, darle esperanza desde el primer minuto. Quizá deseaba decirlo en voz alta para evitar que siguiera abriéndole un boquete en el puñetero estómago.

Su hermano parecía cansado.

—¿De verdad?

—Te lo prometo.

Ronan había tomado la decisión y no veía el momento de empezar a actuar.

23

El Hombre de Gris tardó varios días en darse cuenta de que había perdido la cartera. Lo habría advertido antes de haberse dejado vencer por la viscosidad de aquellas jornadas de cielos grises, en las que la mañana no traía color alguno y levantarse nunca era la prioridad. A menudo, ni siquiera comía, y desde luego no llevaba cuenta de la hora. Apático y obnubilado, se movía entre el sueño y la vigilia. Pero resultó que una mañana abrió los ojos y vio que el cielo volvía a estar despejado.

Así, tras varios días de tedio en el sótano de la pensión Pleasant Valley, se levantó al amanecer y se preparó un desayuno frugal. Mientras comía, se llevó una mano al bolsillo trasero del pantalón y halló que estaba vacío. Faltaba su documento de identidad falso, y también sus tarjetas de crédito: inútiles, en cualquier caso, porque siempre pagaba en efectivo. Concluyó que la cartera debía de estar en el 300 de Fox Way.

Ya iría. Miró el teléfono móvil para comprobar si le habían llegado mensajes de Greenmantle, repasó el listado de la bandeja de entrada sin hacer caso de los avisos de llamada perdida de su hermano y, finalmente, consultó las notas que había garrapateado en código.

Miró por la ventana. El cielo era inverosímilmente azul. Lleno de vida, tarareando en voz baja, el Hombre de Gris se guardó en el bolsillo las llaves del coche. Siguiente parada: Manufacturas Monmouth.

Desde la desaparición de Cabeswater, Gansey no lo estaba pasando demasiado bien. Intentaba, para empezar, aceptarlo. Aquello, se decía, era un contratiempo que debía tratar como cualquier otro contratiempo: diseñando un plan nuevo, encontrando una pista diferente y concentrando sus esfuerzos en una dirección distinta. Sin embargo, no lo abandonaba la sensación de que no se trataba de un vulgar contratiempo más.

Llevaba despierto y activo alrededor de cuarenta y ocho horas seguidas y, al llegar el tercer día de insomnio consecutivo, había ido a comprar un sónar de barrido lateral, dos aparatos de aire acondicionado, un sofá de cuero y una mesa de billar.

—¿Ya te sientes mejor? —le preguntó Adam con sequedad.

—Te prometo que no sé a qué te refieres —respondió Gansey.

—Oye, tío —dijo Ronan—. Mola la mesa de billar.

La conversación sacó de sus casillas a Blue.

—En las calles de Chicago hay niños muriéndose de hambre —afirmó entre resoplidos de indignación—. Cada hora se extinguen tres especies naturales porque no hay fondos para protegerlas. Y tú sigues llevando esos ridículos zapatos de marinerito; pese a todo lo que has comprado, ¡no se te ha ocurrido cambiarlos por algo más decente!

Desconcertado, Gansey se examinó los pies. El cuero de los náuticos ocultaba casi por completo el movimiento de los dedos. Lo cierto era que, a la luz de los acontecimientos, aquellos zapatos eran una de las pocas cosas que no le causaban problemas.

—A mí me gustan.

—A veces te odio —le espetó Blue—. ¡Y anda que lo de Orla!

El comentario se debía a que Gansey también había alquilado una lancha, un carro para transportarla y una furgoneta que pudiera arrastrar la carga de los dos, y le había pedido a Orla, la prima mayor de Blue, que los acompañase en su nueva incursión. El conductor de la furgoneta debía ser mayor de veintiún años y, además, según Gansey, la misión requería de una médium. Orla satisfacía ambos criterios y encontró que era una idea estupenda. Se había presentado en Manufacturas Monmouth vestida de faena: pantalones de campana, sandalias de plataforma y una camiseta muy corta de color naranja; tan corta que entre esta y la cintura del pantalón se extendían hectáreas y hectáreas de piel. Era tan obvio que llevaba la barriga al aire para llamar la atención que Gansey llegó incluso a oír, en su mente, aquellas palabras que solía decir su padre: «Estas chicas de hoy…». Pero Gansey había visto fotografías de mujeres jóvenes de la época de su padre y no le parecían tan distintas.

Intercambió una mirada con Adam, porque era lo que tocaba hacer en el momento, y, por supuesto, los sorprendió en el acto Blue, que los miró con los ojos entrecerrados. Blue vestía dos camisetas rotas y un par de pantalones con bolsillos laterales y manchas de lejía. En alguna otra dimensión paralela existía un Gansey que le confesaría que le parecía que sus dos o tres centímetros de pantorrillas descubiertas eran mucho más atractivos que los varios metros cuadrados de piel desnuda que lucía Orla. Sin embargo, en la dimensión en la que se hallaban, era a Adam a quien le correspondía hacerlo.

Y Adam estaba de muy mal humor.

En algún punto de Henrietta sonó una especie de restallido. O bien era un transformador que había sido víctima de los caprichos eléctricos de la línea ley, o bien Joseph Kavinsky había decidido divertirse con uno de sus temidos petardos del cuatro de julio. De un modo u otro, era un día excelente para salir de allí.

—Deberíamos ponernos en marcha —observó Gansey—. Cuanto más tardemos, más calor hará.

A tan solo unos pocos metros, el Hombre de Gris se encontraba instalado en la monstruosidad rodante que tenía por coche de alquiler, hojeando un libro de historia y escuchando *Muswell Hillbillies* mientras el aire acondicionado le acariciaba la piel. La verdad era que debería haber estado instruyéndose en historia galesa —al investigar a los hermanos Lynch, había descubierto que uno de los chicos del grupo estaba obsesionado con el asunto—, pero, en lugar de eso, se estaba dando el gusto de hacer una nueva traducción de *La canción de la muerte de Beda*. Aquello era como

solucionar un crucigrama diseñado en tiempo inmemorial. Si en el texto original se leía *fore ðœm nedfere nœnig wiorðe*, ¿sería más fiel a la intención del autor traducir por «allí, ante el viaje aciago» o por «de cara a la muerte por el camino»? Ah, ¡qué dudas tan deliciosas!

El Hombre de Gris alzó la vista al advertir que uno de los chicos salía de Manufacturas Monmouth. Cubierto de malas hierbas, el aparcamiento ya era un hervidero de adolescentes, vehículos de alquiler e incluso barcos; por lo visto, se estaban preparando para ir a algún lugar. El chico que acababa de salir tenía el aspecto de un futuro candidato al Senado: era Richard Gansey… Tercero. Lo que implicaba que debía de haber otros dos Richard Gansey en alguna parte. En todo caso, el muchacho no había reparado en el coche del Hombre Gris, que había estacionado en un rincón sombrío. Tampoco se fijó en el Mitsubishi blanco aparcado en la calle contigua. El Hombre de Gris no era el único que estaba esperando a que se vaciara Manufacturas Monmouth.

En una ocasión, un compañero de la universidad le había preguntado al Hombre de Gris: «¿Por qué historia anglosajona?». Al Hombre de Gris le había parecido una pregunta absurda para la que no había respuesta. Su atracción por aquel periodo histórico en particular respondía a causas que desconocía y que, tras una vida recibiendo influencias, intuía complejas. Siguiendo aquella lógica, alguien podría preguntarle, por ejemplo, por qué le gustaba vestir de gris, por qué detestaba la salsa de carne, por qué amaba los setenta o por qué le fascinaban tanto los hermanos cuando él, en su papel de hermano, dejaba tanto que desear. La respuesta que había terminado ofreciéndole a su compañero fue que la aparición de las armas de fuego había hecho que la historia se volviese un aburrimiento. No opinaba de aquel modo, por supuesto, pero le había valido para escabullirse de la conversación. Más adelante, había reflexionado sobre los auténticos motivos, pero ya era demasiado tarde.

La razón era esta: Alfredo el Grande. Alfredo había reinado durante uno de los periodos más adversos de la historia inglesa. En realidad, no había nada que se pudiera llamar Inglaterra en aquel entonces; tan solo unos cuantos reyezuelos con los dientes picados y mal genio. La vida era dura, áspera y corta. Cuando los vikingos habían llegado a la isla con intención de saquearla, los reyes no tenían capacidad para repelerlos. Sin embargo, Alfredo los había unido. Había hecho de ellos una hermandad y, entre todos, habían expulsado a los vikingos. Había promovido la alfabetización y la traducción de libros importantes. Había ayudado a poetas, artistas y escritores. Había favorecido un renacimiento mucho antes de que a los italianos se les ocurriera el concepto.

Era tan solo un hombre, pero había transformado para siempre la Inglaterra anglosajona. Había instaurado el orden y el honor, y en ese caldo de cultivo había nacido la flor de la poesía y la urbanidad.

«Un héroe», pensó el Hombre de Gris. «Como Arturo».

Volvió en sí al ver que Ronan Lynch salía del viejo almacén. Era evidente que

estaba emparentado con Declan: la misma nariz, las mismas cejas oscuras, la misma dentadura perfecta. No obstante, en aquel Lynch en particular se adivinaba el peligro. No se trataba de una serpiente de cascabel oculta en la hierba, sino de una serpiente de coral cuyos vivos colores anunciaban que su veneno era letal. Todo en él era un aviso: si te mordía aquella serpiente, sería porque te lo habías buscado.

Ronan abrió la puerta del copiloto del BMW gris oscuro con tanto ímpetu que hizo que el coche se sacudiera. Luego, se arrojó al asiento con tanta violencia que el coche continuó agitándose. Finalmente, cerró la puerta con tanta fuerza que el coche siguió balanceándose un poco más. Y después se fue de allí acelerando a fondo, haciendo que chillaran las ruedas.

—Mmm —murmuró el Hombre de Gris, notando ya cierta preferencia por este Lynch en detrimento del anterior.

Con mucha más cautela que el BMW, la furgoneta de alquiler se incorporó a la calle y lo siguió. El aparcamiento se había quedado vacío, pero el Hombre de Gris esperó. Al cabo de poco, como había calculado, se presentó allí el Mitsubishi blanco que había divisado antes. Llevaba la música tan alta que el estruendo de los tonos graves amenazaba con fundir el asfalto. Del automóvil se apeó un chico con una bolsa de plástico que contenía lo que podrían ser tarjetas de visita. Irradiaba una energía frenética e impredecible, de la clase que el Hombre de Gris procuraba evitar. Desde luego, al Hombre de Gris no le importaba vérselas con sujetos peligrosos, pero los prefería un poco más tranquilos. Le observó entrar en el almacén y regresar con una bolsa vacía. El Mitsubishi despegó dejando tras de sí un rastro de goma quemada.

El Hombre de Gris apagó la música, cruzó la calle y subió por la escalera hasta el segundo piso. Encontró en el rellano los contenidos de la bolsa del chico del Mitsubishi: una colección de permisos de conducir del estado de Virginia idénticos. Cada uno llevaba una fotografía de Ronan Lynch junto a una fecha de nacimiento que, de ser cierta, implicaría que estaba a pocos meses de cumplir setenta y cinco años de edad. Pese al despropósito de la fecha de nacimiento, las imitaciones eran muy buenas. El Hombre de Gris se hizo con una y la examinó bajo la luz que entraba por la ventana rota. El falsificador que la había hecho se había lucido replicando la parte más difícil, el holograma. El Hombre de Gris estaba impresionado.

Dejó los carnés en donde estaban y entró en Manufacturas Monmouth. Obró con prudencia. Romper una cerradura era sencillo, pero después no se podía arreglar. Mientras trataba de abrirla con unos alambres, marcó un número en su teléfono y se lo colocó entre la mejilla y el hombro. Apenas tuvo que esperar a que le contestaran.

—Rey de espadas —dijo Maura Sargent—. Eres tú.

—Sí, soy yo. Y tú eres el espadazo por la espalda. He perdido la cartera. —Terminada la labor con la cerradura, el Hombre de Gris empujó la puerta. Lo rodeó un olor a papel húmedo y a menta, y vio motas de polvo flotando delante de un telón formado por miles de libros. Aquello no era lo que esperaba—. Cuando pasaste la aspiradora por las cercanías de Cala, ¿es posible que vieras algo?

—¡Pasar la aspiradora! —exclamó Maura—. Voy a mirar. Ah, fíjate. Hay una cartera en el sofá. Supongo que querrás venir a recogerla. ¿Qué tal va el trabajo?

—Me encantaría que habláramos de ello. —El Hombre de Gris volvió a echar la cerradura. Si los chicos volvían, tendría unos instantes para reaccionar—. En persona.

—Me pareces bastante siniestro.

—Supongo que te gustan los hombres siniestros.

—Tal vez —admitió Maura—. Misteriosos, mejor. «Siniestro» es demasiado.

El Hombre de Gris pasó revista a las posesiones de Gansey. Descolgó un mapa de una pared. Todavía no tenía claro qué era lo que buscaba.

—Podría ir por ahí como cliente —dijo con una sonrisa apenas esbozada, mientras hojeaba un libro de armamento medieval que ya conocía.

Maura adivinó su sonrisa.

—De ninguna manera. Te prometo que no nos convendría a ninguno de los dos.

—¿De verdad? Luego podría recitar otro poco de poesía. Conozco mucha poesía.

Maura chasqueó la lengua.

—Esa es la debilidad de Cala, no la mía.

—¿Y cuál es tu debilidad? —El Hombre de Gris hurgó en una pila de libros sobre el idioma galés. Estaba encantado con todo aquello. No obstante, dudaba que Richard Gansey comprendiese la dificultad de la tarea de encontrar a Glendower. Aun si sabías dónde mirar, la verdad siempre se escondía a mucha profundidad. Y era difícil desenterrarla sin dañarla. Cosa de cepillos y trapos de algodón y no de cinceles y picos. Un trabajo lento. Tenía que gustarte.

—Mi debilidad consiste en no hablar nunca de mi debilidad —repuso Maura.

Pero se apreciaba en ella que se lo estaba pasando bien; el Hombre de Gris se lo leía en la voz. Y, por cierto, era una voz bonita. Hablaba con un acento de Henrietta lo bastante marcado como para que no cupiera duda respecto de sus orígenes.

—¿Me das tres intentos para adivinarla?

Maura no contestó de inmediato, y él no la urgió a hacerlo. Era consciente de que las heridas en el corazón ralentizaban el pensamiento.

Mientras aguardaba, se tomó unos momentos para contemplar la maqueta de Henrietta. ¡Gansey había invertido mucho cariño y mucho esfuerzo para recrear todas aquellas calles! El Hombre de Gris se incorporó poniendo cuidado en no estropear ninguna de las construcciones y se encaminó hacia los dormitorios.

El de Ronan Lynch parecía un bar en el que se hubiese desarrollado una pelea. A simple vista, lo que destacaba de la estancia era lo mucho que su ocupante había invertido en altavoces, cajas y pantalones vaqueros.

—Antes contéstame a lo siguiente, señor Gris: ¿eres peligroso?

—Para alguna gente.

—Tengo una hija.

—Ah, pero no seré un peligro para ella. —El Hombre de Gris cogió de la mesa un cúter y lo estudió. Lo habían limpiado mal y todavía se advertían indicios de sangre.

—Mira, no sé si esto es buena idea —dijo Maura.

—¿No lo sabes?

El Hombre de Gris le dio la vuelta a una bota vaquera que parecía fuera de lugar. La agitó, pero de su interior no cayó nada. No habría sabido decir si el Greywaren se hallaba en el edificio. Aquello de buscar algo sin saber qué aspecto tenía… era como figurarse una rebanada de pan a partir de las migas.

—Yo… Por lo menos, dime algo sobre ti que sea cierto.

—Soy poseedor de unos pantalones de campana —confesó el Hombre de Gris—. Y de una camisa naranja de estilo discotequero.

—No te creo. Ven vestido así la próxima vez que nos veamos.

—No puedo —repuso el Hombre de Gris, de buen humor—. Tendría que llamarme señor Naranja.

—En mi opinión —respondió Maura—, la idea que uno tiene de sí mismo no debe ser flexible. Sobre todo, si uno es el rey de espadas.

Desde la estancia principal llegó el traqueteo del pomo de la puerta. Había llegado alguien. Alguien sin llave.

—Ya me lo explicarás luego. Ahora tengo que irme —le dijo el Hombre de Gris a Maura.

—¿A matar a alguien?

—Espero que no —contestó el Hombre de Gris, ya en voz baja, acuclillándose detrás de la puerta del cuarto de Ronan—. Casi siempre se puede evitar.

—Oye…

Alguien le dio una patada a la puerta de entrada. Las molestias que el Hombre de Gris se había tomado con la cerradura saltaron por los aires.

—Ya te llamaré —le prometió el Hombre de Gris a Maura con un hilo de voz.

Protegido por la oscuridad, vio entrar a dos hombres. Uno vestía un polo que le quedaba grande y el otro llevaba una camiseta decorada con la imagen de un misil. Escudriñaron el lugar con cara de asco y echaron a andar en direcciones opuestas. El del polo se colocó junto a la ventana, para vigilar el aparcamiento, y el otro se dedicó a registrar y destrozar: derribó libros, arrancó cajones y volcó colchones.

En cierto momento, el del misil se volvió hacia el del polo con unas gafas de sol en la mano.

—¡Gucci! Los cabrones son ricos.

Tiró al suelo las gafas y las aplastó con el pie. La presión hizo que una de las patillas saliera disparada a través de los anchos tablones del suelo. La patilla se detuvo precisamente a los pies del Hombre de Gris, que tuvo la suerte de que los intrusos no estuvieran mirando. Se agachó, la recogió y palpó el extremo por el que se había partido; estaba afilado.

De modo que la gente de la que le había hablado Greenmantle era aquella. Como él, andaban en busca del Greywaren, fuera este lo que fuese. El Hombre de Gris se metió la patilla en la boca y, usando el teléfono, tomó fotografías de los dos hombres

con idea de mostrárselas a Greenmantle.

Hubo algo en ellos que le agotó la paciencia. Quizá fuera que no se hubiesen dado cuenta de que no estaban solos. O quizá, la ineficacia con que actuaban. En todo caso, la gota que colmó el vaso llegó cuando empezaron a pisotear la maqueta del pueblo. El Hombre de Gris desconocía el paradero del Greywaren, pero estaba convencido de poder encontrarlo sin necesidad de hundir de una patada la fachada de la miniatura de un tribunal.

Decidió intervenir.

—¡Eh! —gritó, al verlo, el hombre de la camiseta del misil, desde la maltrecha reproducción de Henrietta—. ¡No te muevas!

Como respuesta, el Hombre de Gris clavó el extremo afilado de la patilla en el cuello de su compinche. Lucharon durante unos momentos. El Hombre de Gris empleó una combinación de leyes de la física y el borde del aparato del aire acondicionado para vencer a su oponente y dejarlo tendido en el suelo.

Todo sucedió tan rápido que el de la camiseta del misil no pudo llegar hasta donde estaba su compañero. Con una tranquilidad súbita, el Hombre de Gris se limpió la sangre de las manos frotándoselas con la tela de los pantalones y pasó sobre el cuerpo tendido.

—Joder —musitó el intruso superviviente blandiendo un cuchillo cuya punta miraba hacia el Hombre de Gris.

Esta batalla duró más que la primera. El de la camiseta del misil era duro, pero el Hombre de Gris lo era más. En cuanto el Hombre de Gris se hizo con el cuchillo, todo se precipitó. En un abrir y cerrar de ojos, su oponente se vio ovillado en el suelo entre las asoladas edificaciones de la maqueta, aferrándose a los tablones del suelo y sin aliento.

—¿Qué pintáis aquí? —le preguntó el Hombre de Gris metiéndole en el hueco del oído la punta del cuchillo sin llegar a herirlo.

Ya estaba temblando y, a diferencia de Declan Lynch, cedió en cuanto se le presentó la oportunidad.

—Buscamos una antigüedad.

—¿Quién os contrata? —inquirió el Hombre de Gris.

—No dijo cómo se llamaba. Sé que es francés.

El Hombre de Gris se lamió los labios. Apostaba a que la debilidad de Maura Sargent era el ecologismo. En su visita la había visto descalza, y eso, en su opinión, era típico de ecologistas.

—¿Un francés que vive en Francia o un francés que vive aquí?

—No lo sé. ¿Qué importa eso? ¡Tiene acento y ya está!

Al Hombre de Gris sí le importaba. Se le ocurrió que le convendría cambiarse de ropa antes de ir al 300 de Fox Way a recuperar la cartera. Los pantalones se le habían puesto perdidos de vísceras.

—¿Podrías facilitarme un número de contacto? Claro que no. ¿Qué es esa

antigüedad?

—Eh, una caja. Dijo que probablemente fuese una caja. La llamó «Greywaren». Dijo que la reconoceríamos en cuanto la viéramos.

El Hombre de Gris no se lo creyó. Miró el reloj. Eran casi las once; el día avanzaba velozmente, y todavía quedaba mucho que hacer.

—¿Te mato o te dejo marchar? —preguntó.

—Por favor…

El Hombre de Gris meneó la cabeza.

—Era una pregunta retórica.

24

—¿Podrías hacer el favor de explicarme qué hacemos en medio de esta charca? —preguntó Adam.

—Aparte de achicharrarnos como imbéciles —matizó Ronan, situado tras Gansey. De ascendencia céltica, piel pálida y cabello oscuro, lo suyo no era el calor.

Los cinco —más Sierra, menos Noah (quien apenas alcanzaba a hacerse corpóreo en el momento de salir)— estaban en el bote, flotando en medio del lago artificial y horroroso que habían encontrado hacía unos días. El sol no daba tregua. El olor de los campos —a tierra caliente— hacía que Gansey recordara aquellas mañanas en que se dejaba caer por la casa prefabricada de los Parrish para recoger a Adam.

Desde la ribera, los cuervos saludaban con graznidos apocalípticos. Sierra les respondía en los mismos términos.

Probablemente, aquello era de lo peor que se podía encontrar en Henrietta.

—Estamos mirando lo que hay en el fondo. —Gansey tenía la mirada fija en su ordenador portátil. No lograba que este se entendiese con el sónar a pesar de haber efectuado la consabida lectura del manual de instrucciones. La perplejidad empezaba a manifestársele en forma de gotas de sudor perlándole las sienes y la nuca.

Instalada en el otro extremo de la embarcación, Blue preguntó:

—¿Y la idea consiste en pasear ese sónar por todos los lagos que haya en la línea ley? ¿O solo en los que te pongan de mal humor?

Seguía enfadada por lo del sofá y la mesa de billar, y también por lo de la poca ropa de Orla. No contribuía mucho a mejorar su humor el que Orla estuviera ociosa tomando el sol. Repantigada, ocupaba buena parte del bote con el esbelto y bronceado torso y las largas piernas. De vez en cuando, abría los ojos, dedicaba a su público una sonrisa deslumbrante y se revolvía como si no tuviera otra cosa que hacer que encontrar una postura más cómoda.

—Esta es una misión piloto —explicó Gansey. Que Blue estuviera irritada con él le suponía una intranquilidad tal que no estaría dispuesto a admitirla ante nadie; mucho menos, ante sí mismo—. Hay muy pocas posibilidades de que Glendower esté en este lago. Pero quisiera tener una experiencia a la que agarrarme en caso de que demos con otra masa de agua bajo la que sospechemos que pueda hallarse.

—Qué pedante —murmuró Ronan con cierta apatía. La luz se reflejaba en el agua para proyectársele en la cara, volviéndolo una especie de divinidad translúcida y evanescente—. Me cuezo, joder.

La explicación de Gansey no era del todo cierta. Faltaban en ella las corazonadas: las tenía de vez en cuando, más aún si se trataba de búsquedas y más aún si se trataba de Glendower. Se originaban en el examen de mapas, la revisión de documentos

históricos y el recuerdo de los hallazgos propios. Cuando, en el pasado, habías encontrado algo imposible de encontrar, dudabas menos a la hora de afrontar una nueva quimera.

La corazonada relativa a aquel lago tenía que ver, en cierto sentido, con que el amplio campo en el que estaba parecía contarse entre los pocos pasos que existían para atravesar las montañas en aquella región. También tenía que ver con el nombre de la pequeña carretera situada al pie de la colina, Hanmer Road, dado que «Hanmer» había sido el apellido de la esposa de Glendower. Tenía que ver, por último, con la situación del lago en la línea y su aspecto, que parecían decir: «¡Para y echa un vistazo!».

—¿Es posible que te hayas gastado seis mil quinientos dólares en un trasto inútil? —Ronan extrajo de la parte trasera del portátil un cable y volvió a enchufarlo en un lugar diferente. El portátil no dio ninguna señal. Gansey pulsó unas cuantas teclas. El portátil tampoco registró ninguna variación. Tal y como se describía en el vídeo que habían visto por internet, el proceso debería ser mucho más fácil.

Reposada como ningún otro pasajero de la lancha, Orla anunció:

—Estoy experimentando un momento espiritual. Contigo.

Distraído, Gansey levantó la mirada del ordenador.

—¿Hablas conmigo o con Ronan?

—Con cualquiera de los dos. Soy flexible.

Blue bufó, horrorizada por lo que acababa de oír.

—Si pudieras orientar ese tercer ojo tuyo hacia el agua, te lo agradecería —dijo Gansey—. Porque… ¡Vaya, Ronan! No sé qué has hecho, pero ahora no se ve nada.

La idea de que se había gastado seis mil quinientos dólares en un trasto inútil empezaba a ganar puntos. Gansey deseó que la mesa de billar resultase mejor.

—¿Cuánto tiempo vamos a pasar en Washington? —preguntó Adam de pronto.

—Tres días —respondió Gansey.

Era una suerte que Adam hubiese accedido a ir. En una gala benéfica como aquella, habría oportunidades de sobra: contratos en prácticas, ofertas a futuro, apadrinamientos… Una firma de prestigio como colofón de una carta de recomendación para una universidad. Muchas perlas que aprovechar si uno estaba por la labor de abrir ostras.

Gansey aborrecía las ostras.

Con gesto agresivo e impaciente, Ronan arrancó de su sitio uno de los cables del portátil. En la pantalla apareció entonces el haz giratorio del sónar, como en un submarino.

—¡Eres un genio! —celebró Gansey—. Arreglado. ¿Qué has hecho?

—Cansarme de sudar, eso es lo que he hecho. Pero acaba rápido, que yo necesito aire acondicionado. Y oye, Parrish, ni se te ocurra.

En el otro costado de la embarcación, Adam no dio impresión de congraciarse demasiado con Ronan y su incapacidad para soportar las temperaturas altas.

—No he dicho nada.

—Ni falta que hace, colega —replicó Ronan—. Conozco esa cara. Claro, como naciste en el infierno, no te enteras.

—Ronan… Lynch —masculló Gansey.

Durante unos minutos, mientras proseguía la navegación, se limitaron a atender al radar, que no mostraba más que objetos indistintos. Gansey tuvo la desagradable e inconfundible sensación de que una gota de sudor le resbalaba entre los omóplatos.

—Estoy experimentando un momento espiritual —informó Orla.

—¡Bah! —exclamó Blue.

—No, de verdad —Orla abrió los ojos—. ¿Se ve algo ahora en la pantalla?

Sí, se veía. Gansey se quedó hipnotizado con las imágenes que le devolvía el monitor. Una de ellas consistía en un disco de algún tipo, y la otra era una silueta imprecisa de un cuervo. En realidad, podría ser cualquier otro pájaro. Pero toda insinuación era suficiente para cualquiera de los que estaban en la barca. Necesitaban que fuera un cuervo. Iba a ser un cuervo.

Gansey estimó la perspectiva de bucear y recuperar el objeto. Pensó, en primer término, en el polo color turquesa que llevaba puesto; tendría que quitárselo. Luego, pasó a considerar los pantalones; ¿se los quitaría con mujeres delante? Lo dudaba. Por último, se acordó de las lentillas. Le molestaban incluso en la piscina, y aquello distaba bastante de ser una piscina.

Blue se asomó por la borda y escudriñó el agua.

—¿Qué profundidad habrá?

—Yo diría que… —Gansey entrecerró los ojos mientras consultaba la pantalla del ordenador— unos tres metros.

—Muy bien. —Blue se quitó las sandalias y las dejó encima de la barriga de Orla, cuyas desganadas protestas fueron desoídas.

—¿Cómo? —exclamó Gansey—. No puedes meterte.

—Sí que puedo —repuso Blue anudándose la coleta en un moño alto—. Vaya si puedo.

—¡Pero…! —Gansey vaciló—. No vas a poder abrir los ojos. Se te irritarían.

—Quizá se irriten los tuyos, de tanta cultura que llevan encima —contestó Blue. Se quitó la camiseta externa y se la tiró a Orla. Las rasgaduras de la camiseta que aún conservaba le dejaban al aire algunos trozos de piel—. Los míos, en cambio, vienen de las alcantarillas.

Gansey acusó la ironía, pero no le dio tiempo a responder, pues tuvo que alargar las manos para evitar que se cayese el ordenador. La sacudida era obra de Orla, que acababa de ponerse en pie de manera repentina e impetuosa. Los demás hicieron lo que pudieron para no perder el equilibrio mientras miraban a la recién levantada figura de los pantalones de campana.

—No hace falta, Blue. Ya lo hago yo —proclamó Orla. El aro que llevaba en el ombligo estaba justo a la altura de los ojos de Gansey. Tenía engarzada una bola de

plata que centelleaba como diciendo: «¡A mí, chicos!»—. Tú estás vestida. Yo he traído el bañador.

—¿Cómo olvidarlo? —rezongó Blue. De no ser por el sol, su voz habría congelado el lago.

Orla echó la cabeza hacia atrás trazando un arco con la nariz, grande y magnífica. Después, se quitó los pantalones a una velocidad tal que los chicos no pudieron sino quedarse mirándola boquiabiertos. El efecto fue asombroso: de estar vestida de calle a estar en bañador en un abrir y cerrar de ojos. De ahí en adelante, las miradas no pudieron despegarse de aquel pequeño paisaje, mitad piel morena y mitad nailon naranja. A juzgar por la sonrisa de Mona Lisa que tenía en los labios, Orla estaba contenta por haber tenido oportunidad, al fin, de exhibir sus verdaderos encantos.

«Deja de mirar», se ordenaba Gansey.

«NARANJA», se decía también.

—No lo aguanto más —anunció Blue, y se zambulló en el lago.

Ronan soltó una carcajada tan repentina que disolvió el pasmo del momento. Se rio mientras Sierra echaba a volar y planeaba sobre el punto en el que Blue se había sumergido, y también mientras Orla emitía un sonido como de bocina y se tiraba en bomba. Se rio mientras, en la pantalla del portátil, la imagen se distorsionaba por las interferencias del agua. Se rio aún mientras extendía un brazo para que Sierra se posara de nuevo en él, y al fin calló, adoptando una expresión que permitía entrever que todo le seguía pareciendo desternillante.

El bote, hasta entonces al máximo de su capacidad, tan solo cargaba con el peso de tres chicos y un montoncito de ropa y zapatos de mujer.

Adam miró a Gansey con ademán aturdido.

—¿Esto está pasando de verdad?

Estaba pasando de verdad y, de hecho, el sónar de barrido lateral indicó la presencia de dos formas bajo la superficie. La una estaba más bien lejos del resto de objetos y se movía en erráticos círculos. La otra iba directa hacia el cuervo mediante brazadas decididas que Gansey, capitán del equipo de remo en Aglionby y nadador avezado, supo apreciar.

—Estoy un poco avergonzado —admitió Gansey.

Ronan se pasó una mano por su afeitada cabeza.

—Yo no me quería estropear el peinado.

Adam se limitó a contemplar las burbujas que iban diseminándose por la superficie del agua.

Orla emergió unos instantes después con la misma teatralidad con la que se había echado al agua: en medio de una explosión de espuma, flotando de espaldas con las manos en la nuca.

—El agua está demasiado oscura —dijo, cerrando los ojos para que no la deslumbrara el sol. Por lo visto, no tenía muchas ganas ni de volver a sumergirse ni de regresar al bote—. Pero está buenísima. Deberíais meteros.

Gansey no quería bañarse. Observó el agua con ansiedad. Un segundo más y tendría que…

En ese momento, Blue salió a la superficie. El cabello se le había quedado pegado a las mejillas. Se agarró a la lancha con una mano y trató de embarcar.

—Qué barbaridad —exclamó Gansey.

Blue escupió agua alegremente y manchó los náuticos de Gansey, en cuyas punteras se formó un charquito marrón.

—Qué barbaridad —repitió Gansey.

—Ahora sí que son náuticos de verdad —dijo Blue. Con el brazo que tenía libre, lanzó el botín al interior del bote; el objeto aterrizó en los tablones con un ruido sordo. Al punto, Sierra se descolgó del hombro de Ronan para investigar—. Ahí abajo hay algo más. Voy a buscarlo.

Antes de que Gansey tuviera tiempo de decir nada, la cabeza de Blue volvió a hundirse bajo el agua cenagosa. Asombrado del arrojo de aquella temeraria mujer, Gansey se prometió confesarle cuánto admiraba su valor, siempre que no muriese ahogada.

Pero Blue no estuvo sumergida mucho tiempo. Regresó a la superficie triunfal y jadeante, con brazadas que hicieron que se sacudiera la barca. Echó un codo sobre la borda.

—¡Ayudadme a subir!

Adam arrastró a Blue hacia el interior del bote como si fuese la captura del día y la dejó tendida en el fondo del casco. Aunque llevase puesta más ropa que Orla, a Gansey seguía dándole vergüenza mirarla. Mojada y pegada a la piel, la tela producía un efecto mucho más excitante de lo que solía ser habitual en el vestuario de Blue.

—¿Qué es el primer objeto? —preguntó Blue entre jadeos—. ¿Lo sabéis ya?

El objeto pasó de Ronan a Gansey. Sí, lo sabían. Gansey frotó la pátina de limo que cubría la superficie. Era un disco de metal de unos veinte centímetros de diámetro en el que se distinguían tres cuervos repujados. Dos de ellos debían de estar tapados por el cieno y eso había impedido que los registrara el sónar; aun así, costaba creer que el aparato fuese lo bastante sensible para captar siquiera la imagen de uno. De haber tenido una pizca menos de suerte, el disco estaría sepultado del todo y lo habrían pasado por alto. O cualquier alga podría haber ocultado el cuervo que había hecho posible la identificación.

«Hay objetos que buscan ser hallados».

—Es un umbo —dijo Gansey con voz maravillada mientras recorría con un dedo el mellado borde del objeto, de aspecto antiquísimo—. O un ombligo, en sentido literal: la protuberancia central de un escudo. Supongo que el resto del escudo ha debido de descomponerse. Sería de cuero o de madera, probablemente.

No era lo que esperaba encontrar; ni allí ni en ninguna otra parte. Por lo que sabía, los escudos de aquel tipo no eran comunes en la época de Glendower, pues la armadura había avanzado tanto que los había vuelto innecesarios. Aun así, podría

tratarse de un escudo ceremonial. Desde luego, el refinamiento artesanal con que había sido fabricado era excesivo para un utensilio de guerra. Además, parecía un objeto más que apropiado para acompañar a un rey a la tumba. Gansey examinó los cuervos. Tres cuervos en un triángulo: el blasón de Urien, el padre mitológico de Glendower.

¿Quién más habría tocado aquel mismo metal? Un artesano, quizá, consagrado a cumplir las instrucciones de Glendower. O un soldado que lo hubiese embarcado para cruzar el Atlántico.

Tal vez el propio Glendower.

A Gansey iba a salírsele el corazón por la boca.

—Es muy antiguo, ¿no? —dijo Blue.

—Sí.

—¿Y esto?

Pendiente del cambio en el tono de voz de Blue, Gansey levantó la vista y reparó en un objeto de gran tamaño que estaba apoyado junto a ella.

Sabía de sobra lo que era. Pero no se imaginaba qué hacía allí.

—Es una llanta del Camaro —dijo.

Y tenía razón.

Era idéntica a las llantas de Pig, aunque, a diferencia de aquellas, parecía que tuviese cientos de años. Estaba descolorida y abollada. De hecho, el deterioro era tal que la elegante simetría del diseño no desentonaba demasiado al lado de la pieza del escudo. Eso sí, convenía no fijarse en el logotipo de Chevrolet que ocupaba la parte central.

—¿Puede que hayas perdido una llanta hace un tiempo? —preguntó Ronan—. Como hace unos quinientos años, quiero decir.

—Hay que tener en cuenta que la línea ley hace cosas raras con el tiempo —repuso Gansey, quien, aun así, parecía bastante perplejo. O, más que perplejo, desnortado. La brújula de la lógica había dejado de funcionar. Cuando las leyes del tiempo se volvían tan flexibles, el futuro aparentaba contener demasiadas posibilidades inconcebibles. Aquella llanta sugería un pasado remoto con el Camaro en él, un pasado que no había sucedido y sí. No había sucedido porque el coche estaba aparcado en Manufacturas Monmouth y porque sus llaves continuaban en el bolsillo de Gansey. Y sí había sucedido porque Blue había sacado del agua una de sus llantas.

—Lo mejor es que me quede con estas cosas durante el fin de semana, mientras estáis en lo de tu madre —dijo Blue—. De paso, veré si convenzo a Cala para que les eche un vistazo de los suyos.

La tarea del sónar se dio por finalizada; el portátil regresó a su funda; Orla recuperó sus pantalones de campana, y la barca fue conducida a tierra. Adam, un tanto cansado, ayudó a colocar la embarcación en el carro de transporte y se montó en la camioneta —Gansey se dijo que debía hablar con él, y se le ocurrió que podían

hacer una excursión juntos—, y Ronan se retiró al BMW para emprender el regreso en solitario. Quizá Gansey tuviera que hablar también con él, aunque, en realidad, como le pasaba con Adam, no sabía qué le diría.

Blue se le acercó con el umbo en la mano. Aquel hallazgo no era ni Cabeswater ni Glendower, pero tenía su importancia. No obstante, Gansey se daba cuenta de que se estaba volviendo codicioso y de que estaba cada vez más obsesionado con Glendower. En otro momento, un indicio tan asombroso como aquel le habría supuesto una inyección de ánimo. Pero ahora lo que necesitaba era el grial. Se sintió viejo. «Me canso de tanta maravilla», pensó.

Observó el bañador de Orla, que, por fortuna, se dirigía hacia el BMW. Pero su mente estaba lejos: la ocupaba el misterio de la llanta del Camaro.

—¿Ya has mirado todo lo que tenías que mirar? —le preguntó Blue intencionadamente.

—¿Te refieres a… a… Orla?

—Sí.

Aquello le molestó. Implicaba un enjuiciamiento que, en su opinión, no se merecía, dadas las circunstancias. Además, era asunto suyo y no de Blue.

—¿Por qué iba a importarte lo que piense de Orla?

Era una pregunta arriesgada, por alguna razón. Tal vez no debiera haberla hecho. Sin embargo, si se detenía a pensarlo, no era la pregunta lo que estaba mal, sino la forma en que la había planteado. Tenía la cabeza en otro lugar y no se había preocupado de lo que transmitía con sus ademanes ni había sido consciente del retintín de sus palabras. Del desafío que llevaban consigo.

«Vamos, Gansey», pensó. «No lo eches todo a perder».

Blue lo miraba sin pestañear.

—Por nada en absoluto —afirmó con sequedad.

Mentía. No tenía por qué, pero mentía, y Gansey, que otorgaba más valor a la honestidad que a cualquier otra virtud, lo advirtió al instante. A Blue Sargent sí le importaba si estaba o no interesado en Orla. Le importaba mucho. La vio sacudir la cabeza con desdén e ir hacia la camioneta, y notó en su interior un estremecimiento de ilusión retorcida.

El verano se le estaba subiendo a la cabeza. Se subió a la camioneta.

—Nos vamos —anunció mientras se ponía las gafas de sol.

25

Como es natural, el Hombre de Gris tenía que deshacerse de los dos cadáveres. Lo consideraba un fastidio, pero nada más. Había pocas posibilidades de que se denunciara la desaparición de dos sujetos que habían entrado en un domicilio ajeno en busca de un artefacto mágico.

De hecho, nadie denunciaría la desaparición del propio Hombre de Gris.

Aun así, tenía que limpiar las huellas que hubieran podido quedar en los cuerpos y llevarlos a un lugar donde las circunstancias de sus muertes levantaran menos sospechas. El maletero del coche de alquiler estaba ocupado por garrafones de combustible y dos ánforas peruanas robadas hacía tan poco que aún no se podían vender, con lo que el Hombre de Gris puso los dos cadáveres en el asiento trasero y los aseguró con los cinturones de seguridad para que no se sacudieran demasiado. Por desgracia, iba camino de dejar una nueva mancha incriminatoria en un automóvil de alquiler. Su padre tenía razón: si deseabas saber cómo te iba a ir en el futuro, tan solo tenías que recordar cómo te había ido en el pasado.

Mientras conducía, llamó al restaurante Veranda y canceló la reserva que había hecho para aquella noche.

—¿Querría dejarlo para más tarde? —le ofreció la encargada del establecimiento.

El Hombre de Gris disfrutaba con el modo de hablar de aquella gente. No podía evitarlo.

—Esta noche me va a ser imposible. ¿Qué tal el… jueves? —Tomó la salida de Blue Ridge Parkway. Al tomar la curva, uno de los muertos se golpeó la cabeza contra la ventanilla. Por supuesto, no iba a importarle mucho.

—Mesa para uno, ¿verdad?

El Hombre de Gris pensó en Maura Sargent y sus esbeltos tobillos.

—Mejor para dos.

Colgó, puso a sonar a The Kinks y se dedicó a conducir. Fue pasando de una carretera a otra hasta confundir al propio GPS. En un paraje precedido por una batería de carteles que prohibían el paso, metió el coche en el bosque y continuó campo a través (cuando alquilaba un coche, tenía por costumbre pagar un poco más y contratar también un seguro a todo riesgo). Aparcó en un claro pequeño e idílico, bajó la ventanilla y subió al máximo el volumen de la radio. Tras sacar del habitáculo los dos cuerpos, les desató los zapatos.

Se estaba calzando los zapatos de uno de ellos cuando sonó el teléfono. Observó la pantalla del aparato y pulsó el botón para responder.

—¿Sabes quiénes eran? —preguntó a bocajarro, sin molestarse en saludar.

Greenmantle parecía muy alterado.

—Te lo dije. Te dije que no éramos los únicos.

—Cierto —convino el Hombre de Gris, empleando los zapatos del muerto para pisotear la fértil tierra de Virginia—. ¿Quedan más?

—Por supuesto —respondió Greenmantle con tono trágico.

El Hombre de Gris se enfundó los zapatos del otro cadáver y repitió la operación de pisar por aquí y por allá hasta cerciorarse de haber distribuido huellas por todo el claro.

—¿De dónde sale toda esa gente?

—Las señales están ahí fuera. Basta con disponer de los equipos adecuados para captarlas —afirmó Greenmantle—. No somos los únicos que tenemos un geófono.

De fondo, el vocalista de The Kinks cantaba un verso sobre el demonio del alcohol.

—¿Cómo dijiste que te habías enterado del asunto?

—Como me he ido enterando de todo lo demás. Rumores. Libros viejos. Ancianos codiciosos. ¿Qué es eso que se oye?

—The Kinks.

—No sabía que te gustasen. De hecho, es extraño imaginarte oyendo música. Vaya, disculpa. No sé por qué he dicho eso.

Sin embargo, el Hombre de Gris no se había ofendido. El comentario implicaba que Greenmantle lo tomaba por una cosa y no por una persona, y eso, para él, era perfectamente comprensible. Durante unos instantes, tanto el uno como el otro se dedicaron a escuchar a The Kinks cantar sobre el oporto, el pernod y el tequila. Siempre que oía a The Kinks durante un rato, el Hombre de Gris acababa pensando en volver a la universidad. Dos de los componentes del grupo eran hermanos. La fraternidad en la música *rock* de los sesenta y setenta habría sido un buen título para una monografía. Aquella banda le parecía intrigante porque, aunque sus miembros se pelearan con frecuencia —era famosa la ocasión en que uno de ellos había abandonado el escenario tras escupir a un compañero y derribar la batería—, se habían mantenido juntos durante décadas. Eso era fraternidad.

—¿Podrás solventar lo de esos dos? —preguntó Greenmantle—. ¿Nos darán problemas?

El Hombre de Gris tardó unos segundos en deducir que se refería a los dos muertos.

—No —contestó—. Ningún problema.

—Eres muy bueno —celebró Greenmantle—. Por eso eres único.

—Sí —repuso el Hombre de Gris—. Desde luego que lo soy. ¿Dirías que esa cosa es una caja?

—No. No lo diría. Y no lo diría porque no lo sé. ¿Lo dirías tú?

—No. Probablemente, no.

—Entonces, ¿por qué lo preguntas?

—Porque si lo fuese, podría desechar todo lo que no fuera una caja.

—Si creyese que es una caja, te habría dicho que buscaras cajas. ¡Que si diría que es una caja! ¿Por qué eres siempre tan poco claro? ¿Te divierte? Quieres que piense en cajas, ¿no? Pues muy bien. Me pondré a investigar. Veré qué puedo hacer.

Después de colgar, el Hombre de Gris analizó la escena que tenía delante. En un mundo ideal, los cadáveres allí tendidos dormirían un sueño eterno: nadie los descubriría, los animales los irían devorando poco a poco y la exposición a los elementos se ocuparía del resto. Pero en un mundo en que cualquier pareja de tortolitos podía captar el mal olor, o unos cazadores tropezar con un hueso, o un buitre ponerse a volar en círculos sobre el lugar, la cosa se resumía en dos cuerpos con los zapatos llenos de tierra y con ADN esclarecedor bajo las uñas. En cierta manera, que fueran dos constituía una ventaja. Un par de indeseables en una propiedad privada. Una disputa. Una disputa que se había descontrolado.

Uno no alcanzaba para nada. Pero dos bastaban para una pelea.

El Hombre de Gris frunció el ceño y miró el reloj. Ojalá fueran aquellos los únicos muertos de los que se tuviese que deshacer durante su estancia en Henrietta. Ya se vería.

26

Al llegar al 300 de Fox Way con la ropa empapada, Blue se encontró a Noah arrodillado en el minúsculo jardín delantero de la casa. Orla corrió al interior sin saludarlo. Era una médium, de modo que tenía que haber percibido su presencia, pero también era Orla, motivo por el cual hizo caso omiso. Blue sí se detuvo. Dejó la llanta del Camaro en el suelo y se apartó el húmedo cabello de la frente.

—Hola, Noah.

Noah estaba demasiado ocupado con sus quehaceres de espectro como para prestar atención.

Resultó que estaba enfrascado en uno de sus hábitos más inquietantes: reproducir su propia muerte. Recorría el pequeño jardín con la mirada, como si estuviera escudriñando la cañada en la que había estado con su amigo Barrington Whelk. Luego, soltó un chillido terrible y ronco al recibir por la espalda un golpe propinado por un monopatín invisible. Su cuerpo se sacudió por segunda vez al encajar un nuevo embate, pero no gritó. Blue intentó no mirar mientras lo recorrían los espasmos y terminaba por derrumbarse. Ya en el suelo, los músculos del cuello se le contrajeron y las piernas se le movieron en círculo.

Nerviosa, Blue tomó aire. Aunque ya lo hubiese presenciado en cuatro o cinco ocasiones, siempre la perturbaba. Once minutos. Eso duraba la repetición figurada del homicidio: la vida de un chico destruida en menos de lo que se tardaba en preparar una hamburguesa. Los últimos seis minutos, que se correspondían con la agonía y la muerte, eran insufribles. Blue se tenía por una persona bastante equilibrada y razonable, pero el sonido de los estertores de Noah la hacía llorar.

Tumbado entre las nudosas raíces del jardín delantero, Noah tembló, entró en un estado de inmovilidad y finalmente expiró. Una vez más.

—¿Noah? —murmuró Blue.

Como si no hubiera pasado nada, Noah apareció junto a ella, de pie. Era como un sueño, como si faltara algo entre medias, como pasar del punto A al punto B sin cubrir el recorrido.

Aquella era otra de las particularidades escalofriantes de Noah.

—¡Blue! —exclamó él acariciándole el cabello.

Temerosa, como siempre, de que Noah no consiguiera volver a la normalidad tras sufrir aquella especie de ataque cíclico, Blue lo abrazó. Estaba helado.

—¿Por qué lo haces? —le preguntó.

Noah volvía a manifestarse de la manera habitual. La única prueba de su verdadera naturaleza era la mancha que tenía en la mandíbula, justo en la zona en que se la habían roto. Por lo demás era, de nuevo, una figura desgarbada, discreta y para

siempre ataviada con el uniforme de Aglionby.

Parecía un tanto desconcertado y feliz por verse en brazos de una chica.

—¿El qué?

—Lo que acabas de hacer. Hace un instante.

Noah se encogió de hombros, afable y difuso.

—No estaba aquí.

«Claro que estabas aquí, Noah», pensó Blue. Sin embargo, el hecho era que la parte de Noah que aún existía y acogía pensamientos y recuerdos desaparecía, por suerte, en los once minutos que duraban aquellas reediciones de su muerte. Blue no sabía cómo tomarse el que no se acordara nunca de lo que acababa de experimentar.

—Ah, Noah.

Demasiado helado para advertir que Blue estaba húmeda y fría, Noah le pasó un brazo por los hombros. Y ambos echaron a caminar hacia la puerta: un muerto esmirriado y una hija de adivina que no era adivina.

Por supuesto, Noah no quiso pasar. Blue sospechaba que no podía. Los fantasmas y las médiums bebían de la misma fuente de energía, y a Blue no le cabía duda de que, entre Noah y Cala, quien se llevaría el gato al agua sería más bien su prima. De buena gana le habría pedido a Noah que le confirmara la cuestión, pero Noah no le concedía importancia alguna a lo que era su existencia posterior a la muerte. (En una ocasión, Gansey le había preguntado: «¿No te preocupa nada saber por qué sigues aquí?». Noah había respondido con particular perspicacia: «¿Te preocupa a ti saber por qué te funcionan los riñones?»).

—Tú no vas a ir a Washington, ¿verdad? —preguntó Noah con cierto nerviosismo.

—No. —Blue habría querido suprimir todo rastro de emoción en la voz, pero, en el fondo, la idea de que Gansey y Adam se fueran a marchar la hacía sentirse vacía. De hecho, se sentía del mismo modo en que hablaba Noah.

—Te dejaré venir a Monmouth —ofreció Noah.

Blue se sonrojó. Una de sus fantasías secretas más recurrentes también era imposible: vivir en Monmouth. Creía que, mientras estuviera en el 300 de Fox Way, jamás llegaría a pertenecer al grupo del todo. Nunca sería como ellos si no estudiaba en Aglionby. Lo cual, entre otras cosas, implicaba que no sería como ellos mientras fuera una mujer. La sensación de injusticia, así como el deseo, eran tales que había noches en que no podía dormir. En todo caso, le costaba creer que Noah lo hubiese adivinado.

—¿Para pasarme todo el día contigo y con… Ronan? —protestó, fingiendo enojo para disimular la vergüenza.

—¡Ahora tenemos una mesa de billar! —respondió Noah, jubiloso—. ¡Y yo soy el peor jugador de billar del mundo! Es estupendo —la ciñó con más fuerza—. Oh, oh. Visita.

Un hombre iba hacia ellos por la acera. Estaba muy bien vestido y todo en él

era… gris. Blue lo observó de arriba abajo y se supo observada de la misma manera.

Pasados unos instantes, ambos alcanzaron la conclusión tácita de que no debían subestimarse.

—Hola —dijo él con cordialidad—. No pretendía interrumpir.

Para empezar, que hubiera dicho aquello implicaba que podía ver a Noah, cosa de la que solo eran capaces algunas personas. En segundo lugar, su cortesía no se parecía a nada que Blue hubiese visto. Gansey era cortés de un modo que empequeñecía a sus interlocutores. La cortesía de Adam, por su lado, daba confianza. Pero aquel hombre era cortés de una manera impaciente e inquisitiva. Su cortesía funcionaba como un tentáculo que se extendía para comprobar qué clase de reacciones despertaba.

Blue dedujo de pronto que aquel hombre era muy inteligente. Que no se debía jugar con él.

Hizo un gesto para señalarse la ropa, empapada.

—Estamos haciendo una *performance*. Representamos *La sirenita*. Pero no la versión de Disney.

En eso consistió el contraataque de Blue.

El recién llegado adoptó una sonrisa afable.

—¿Y él es el príncipe? ¿Al final, lo apuñalas o lo transformas en espuma?

—Lo transformo en espuma, por supuesto —dijo Blue con satisfacción.

—Yo siempre creí que debía apuñalarlo —comentó él—. Busco a Maura.

—Ah. —El misterio había quedado resuelto. Aquel era el señor Gris. Blue había oído aquel nombre en los murmullos intercambiados entre Maura, Cala y Persephone durante los días anteriores. Sobre todo, entre Cala y Persephone—. Eres el sicario.

El señor Gris parecía estupefacto.

—Oh, y tú eres la hija. Blue.

—En carne y hueso —Blue le clavó la mirada—. Oye, ¿cuál es tu arma favorita?

—La oportunidad —contestó él sin pensárselo.

Blue enarcó una ceja.

—Ya. Vamos. Noah, vuelvo enseguida.

Blue condujo al Hombre de Gris al interior. Como siempre, las visitas le hacían reparar en la heterodoxa apariencia de la casa. Eran dos casas cosidas la una a la otra, y ninguna de ellas había sido un palacio en su estado original. Los estrechos pasillos convergían entre sí. La cisterna de un baño gorgoteaba sin cesar. La madera del suelo estaba tan llena de protuberancias como la acera de la calle, como si debajo crecieran raíces. Algunas de las paredes estaban pintadas de púrpura o de azul y otras conservaban papeles de hacía décadas. Había fotografías en blanco y negro colgadas entre grabados de Klimt y tijeras viejas. La decoración en su conjunto adolecía de dos excesos: demasiadas visitas a las tiendas de segunda mano y demasiadas personalidades diferentes viviendo bajo un mismo techo.

Por alguna extraña razón, el Hombre de Gris —una figura de color neutro en medio de la estridencia— no parecía fuera de lugar. Mientras caminaban por la casa,

Blue le vio contemplar lo que le rodeaba. No daba la impresión de ser la clase de persona a la que pudieras sorprender in fraganti.

Una vez más, Blue pensó: «No lo subestimes».

—¡Oh! —graznó Jimi quitando del paso su voluminoso cuerpo—. ¡Iré a llamar a Maura!

Mientras llevaba al visitante a la cocina, Blue le preguntó:

—¿Te importaría decirme qué intenciones tienes con mi madre?

—Es una pregunta bastante directa —replicó el Hombre de Gris.

Esquivaron a dos niñas (que Blue no estaba segura de identificar) que estaban jugando en el suelo y adelantaron a quien debía de ser una prima segunda que llevaba en la mano dos velas encendidas. El Hombre de Gris levantó los brazos para evitar quemarse con las velas, y la prima segunda chasqueó la lengua.

—La vida es corta.

—Y no deja de acortarse.

—O sea, que estás de acuerdo.

—Nunca lo he discutido.

Al fin llegaron a la cocina y a la colección de tazas, sobres de té a medio empaquetar, cajas de aceites esenciales por enviar y flores decapitadas a la espera de ser cocidas.

Blue señaló con un dedo una silla situada bajo la lámpara de estilo Tiffany.

—Siéntate.

—Prefiero estar de pie.

—Siéntate —insistió Blue ensayando una sonrisa que parecía, más bien, una amenaza.

El Hombre de Gris obedeció. Miró hacia atrás, hacia el pasillo, y volvió a fijar la vista en ella. Tenía unos ojos claros y muy vivos, como los de un dóberman.

—Aquí nadie te va a asesinar —le dijo Blue ofreciéndole un vaso de agua—. No está envenenada.

—Gracias —el Hombre de Gris dejó el vaso en la mesa, pero no bebió—. Mis intenciones, por el momento, se limitan a invitarla a cenar.

Blue se apoyó en la encimera, se cruzó de brazos y estudió al Hombre de Gris. Estaba pensando en Artemus, su padre biológico. La verdad era que Blue nunca lo había conocido y que sabía muy poco de él, aparte de su nombre. Sin embargo, le despertaba un curioso instinto protector. No le habría gustado que apareciera allí y descubriese que un usurpador había ocupado su lugar. Por otra parte, ya habían pasado dieciséis años. La posibilidad de que regresase era pequeña.

Además, tan solo se trataba de una invitación a cenar.

—No te quedas aquí, ¿verdad? —preguntó Blue. Se refería, por supuesto, a Henrietta y no a la casa.

Quizá habría debido precisar, pero él supo entenderla, pues dijo:

—Yo nunca me quedo en ninguna parte. No por mucho tiempo.

—Te compadezco, supongo.

Sonó el teléfono. Blue hizo como que no lo oía. En aquella casa, quien no fuera médium no recibía llamadas.

En el gesto impaciente del Hombre de Gris no se produjo ninguna variación.

—Me gusta mantenerme en movimiento.

Blue se tomó unos segundos para pensar antes de responder.

—El planeta está girando sobre sí mismo a más de mil kilómetros por hora en todo momento. Además, se mueve alrededor del Sol a unos cien mil kilómetros por hora. De manera que no es necesario hacer nada para estar en movimiento.

Un leve espasmo recorrió los labios del Hombre de Gris.

—¡Qué filosófico! ¡Y qué cierto! —Tras una pausa, agregó—: *Þing sceal gehegan / frod wiþ frodne. Biþ hyra ferð gelic*.

Sonaba a alemán, pero gracias a lo que le había oído murmurar a Cala sobre el señor Gris, Blue supo que era anglosajón antiguo.

—¿Una lengua muerta? —preguntó, interesada. Aquellos días, no dejaba de encontrarse con lenguas muertas—. ¿Qué significa?

—«Se celebran los concilios, los sabios con los sabios. Porque sus espíritus se asemejan». O sus mentes. La palabra *ferð* significa espíritu, alma o mente. El verso es una de las máximas anglosajonas. Poesía ejemplar.

Blue no creía compartir con el Hombre de Gris el modo de pensar, pero tampoco se veía muy distinta a él. Intuía que se trataba de una persona pragmática, y eso era algo que apreciaba mucho.

—Mira, a mi madre no le gusta el cerdo —dijo—. Llévala a un sitio en el que cocinen con mucha mantequilla. Y que tengas suerte.

El Hombre de Gris se bebió el agua del vaso. Echó un vistazo en la dirección del umbral de la puerta y, en ese momento, apareció Maura con el teléfono en una mano.

—Hola, hija —dijo con voz cansada. Durante un instante, mientras evaluaba si la presencia de aquel hombre suponía algún riesgo para su hija, le ocupó la cara una expresión de alerta. Se fijó en el vaso de agua que estaba frente al Hombre de Gris y en la postura relajada de Blue. Y solo entonces se tranquilizó. Blue le agradeció en silencio la preocupación—. ¿Qué puedo hacer por ti, señor Gris?

Era raro. Todo el mundo sabía que el señor Gris no era el señor Gris, pero seguían llamándolo así. Aquella pantomima debería haber irritado a la parte más racional de Blue, pero lo que pasó, en cambio, fue que Blue la consideró una solución bastante lógica. Él no quería revelar su identidad, y había que llamarlo de alguna manera.

—Cenar —contestó el Hombre de Gris.

—Si te refieres a que cocine para ti, la respuesta es que no —repuso Maura—. Si te refieres a que salgamos a cenar, quizá. Blue, te llaman. Es Gansey.

Blue se dio cuenta de que, de pronto, el Hombre de Gris estaba invirtiendo un gran esfuerzo en aparentar que no le interesaba en absoluto el nombre de Gansey. Lo cual resultaba llamativo, ya que hasta entonces había demostrado mucho interés en

todo lo demás.

De lo cual Blue dedujo que en realidad sí estaba interesado en Gansey, pero que no quería que se le notara.

Lo cual, de por sí, era bastante interesante.

—¿Qué quiere? —preguntó Blue.

Maura le dio el teléfono.

—Por lo visto, les han entrado en casa.

27

Aunque Kavinsky y Gansey estuvieran irremediablemente implicados en el engranaje que hacía funcionar Henrietta, Ronan siempre había conseguido concebirlos por separado. Gansey operaba en las dimensiones más luminosas y ordenadas del pueblo; el suyo era un mundo claro, de escritorios en Aglionby, de profesores saludándolo con la mano desde la acera o de conductores de grúa que lo conocían por su nombre. Incluso el piso de Manufacturas Monmouth respondía al mismo patrón: rigor y limpieza imponiéndose sobre la ruina y el abandono. Por otro lado, Kavinsky era el señor de un reino nocturno. Se movía por lugares que a Gansey jamás se le ocurriría pisar: aparcamientos de institutos, sótanos de mansiones de nuevo rico y urinarios públicos. El mundo de Kavinsky no era tanto el de los resplandores verdes, naranjas y amarillos de los semáforos, sino el de la negrura que había más allá.

Ronan prefería no juntarlos. Le gustaba que no se le mezclaran unos ingredientes con otros en el plato.

Y sin embargo, allí estaba, la noche antes de que Gansey se fuese a Washington, haciendo lo posible por convencerlo de tomar partido en uno de los embrollos de Kavinsky.

—No puedo hacerlo sin ti —afirmó Ronan arrodillándose para recoger uno de los muchos carnés falsos idénticos.

Paseándose junto a la destrozada maqueta de Henrietta, Gansey posó la mirada en Ronan. Sus ojos denotaban intensidad y arrojo. Había muchas versiones de Gansey, pero aquella no se había prodigado mucho, domesticaba como estaba por la influencia pacificadora de Adam. Era, sin embargo, la preferida de Ronan. Se encontraba en el polo opuesto de la cara más pública de Gansey, en la que prevalecían el autodominio y una capa superficial de aires académicos.

Pero aquella versión de Gansey era el Gansey niño. Era el Gansey que había comprado el Camaro, el Gansey que le había pedido a Ronan que le enseñara a pelear, el Gansey que monopolizaba los accesos de locura juvenil para evitar que se le extendieran a las demás versiones.

¿Sería por la pieza de escudo que habían encontrado en el lago? ¿Por el biquini naranja de Orla? ¿Por el penoso estado en que se hallaba la maqueta o por los carnés falsos?

A Ronan le daba igual. Lo único que contaba era que había prendido la chispa y que Gansey estaba en llamas.

Decidieron ir en el BMW. Era mejor que Pig cuando se trataba de introducir un artefacto pirotécnico en el tubo de escape. Y Ronan decidió dejar a Sierra atrás, para

disgusto del pájaro, ya que no deseaba que aprendiera palabrotas.

Conducía Ronan, pues era quien sabía adónde iban. No le explicó a Gansey por qué lo sabía, y Gansey no se lo preguntó.

El sol se había puesto cuando llegaron al recinto de la feria del condado, situado junto a una carretera secundaria al este de Henrietta. El lugar no se utilizaba desde hacía dos años, cuando el condado se había quedado sin fondos para sufragar una nueva feria. No era más que un campo de hierba crecida, salpicado de focos y atravesado por guirnaldas de banderitas que se habían decolorado por efecto de la intemperie.

Cualquier otra noche, el lugar habría estado a oscuras, ya que el resplandor de Henrietta no llegaba hasta allí y no había ninguna casa en las proximidades. Pero aquella noche los focos proyectaban una luz blanquecina y estéril en la hierba, sobre la que descansaban las formas sinuosas de varias decenas de coches. Para Ronan, los automóviles se volvían aún más atractivos por la noche. Por la noche, los parachoques delanteros distorsionaban el reflejo de las luces de la carretera y todos los conductores eran anónimos. La visión de aquellos coches hizo que al corazón de Ronan se le atragantara un latido.

Mientras avanzaban por el camino de entrada, los faros iluminaron la silueta ya familiar del Mitsubishi blanco de Kavinsky y su negra parrilla, semejante a unas fauces abiertas. El pulso de Ronan se volvió un redoble de tambor.

—No le digas ninguna estupidez de las tuyas —le dijo Ronan a Gansey. La radio del BMW quedó asfixiada por el estruendo del estéreo de Kavinsky, tan potente que parecía surgir del suelo.

Gansey se arremangó y se estudió las manos mientras las abría y las cerraba.

—¿A qué estupideces te refieres?

Tratándose de Kavinsky, resultaba difícil encontrar una respuesta para aquella pregunta.

A la izquierda, surgieron de entre las tinieblas dos coches, uno de color rojo y otro blanco, que iban el uno hacia el otro. No parecían dispuestos a apartarse para evitar la inminente colisión. Justo en el último instante, el coche rojo giró bruscamente y se quedó atravesado, a lo que el blanco respondió con un toque de bocina furioso. Por la ventanilla del lado del conductor del coche blanco asomó un chico con un dedo levantado en señal de desprecio. Se alzaron nubes de polvo y gritos enloquecidos sobreponiéndose al rugido de los motores.

En el otro lado, un Volvo que había visto mejores días estaba aparcado bajo una de las líneas de banderitas. En el habitáculo titilaba un resplandor incandescente, como si se tratara de la entrada al infierno. Resultó que le habían prendido fuego y que estaba ardiendo. A su alrededor había gente bebiendo y fumando, apenas unas siluetas oscuras recortándose sobre las llamas: trasgos alrededor de una hoguera.

Ronan sintió ansiedad y agitación, sintió nervios e ira. El fuego le estaba mordiendo las entrañas.

Estacionó el BMW junto al Mitsubishi, morro contra morro. Advirtió que Kavinsky ya había hecho de las suyas: el costado derecho de su coche estaba abollado y golpeado. Parecía un sueño, aquello de ver el Mitsubishi en un estado tan lamentable. El propio Kavinsky se encontraba por las cercanías con una botella de cerveza en la mano, sin camiseta, recibiendo en las costillas la luz difusa de los focos. Al ver el BMW, le arrojó la botella al capó. Esta se rompió al chocar con el metal y produjo un estallido de cristales y líquido.

—Dios —exclamó Gansey, no se sabía si con sorpresa o con admiración. Había sido una suerte no llevar el Camaro.

Ronan puso el freno de mano y abrió la puerta. Entró en el habitáculo y notó un chorro de aire caliente que olía a plástico quemado, a cambio de marchas forzado y a marihuana. Había mucho ruido, si bien la sinfonía se componía de tantos instrumentos distintos que era imposible identificarlos.

—Ronan —dijo Gansey con la misma entonación que había utilizado para invocar a Dios.

—¿Vamos allá? —preguntó Ronan.

Gansey abrió la puerta de su lado. Se agarró al techo del coche y se apeó. Ronan no dejó de percibir en aquel gesto al Gansey salvaje, al Gansey incendiado. Más que bajarse del coche, había salido de él dando un salto.

Menuda noche iba a ser aquella.

El fuego que palpitaba en las entrañas de Ronan era lo que lo mantenía vivo.

Al darse cuenta de que Ronan iba directo hacia él, Kavinsky se cubrió las costillas con una mano abierta.

—Hola, señorita. Esta es una fiesta a la que hay que traer material. Quien viene sin material no puede quedarse.

A modo de contestación, Ronan aferró a Kavinsky por el cuello y por un hombro y lo lanzó contra el capó del Mitsubishi. Por si eso fuera poco, rodeó el morro del coche y le asestó a Kavinsky un puñetazo en la nariz.

Mientras Kavinsky trataba de ponerse en pie, Ronan le enseñó los ensangrentados nudillos.

—Aquí tienes tu material.

Kavinsky se limpió la nariz con el brazo, que quedó manchado de rojo.

—Joder, tío, no hace falta que seas tan antisocial.

Escoltando a Ronan, Gansey levantó una mano en el aire para indicarle que se callara.

—No quiero entretenerte —dijo, glorioso y glacial—, así que escúchame bien: no te acerques a mi casa.

—No sé de qué hablas —respondió Kavinsky—. Nena, tráeme un cigarrillo.

Cabía suponer que la segunda parte de su intervención iba dirigida a una chica de mirada petrificada que se encontraba en el asiento del copiloto del malparado Mitsubishi. La chica no se dignó contestar.

Ronan se sacó del bolsillo uno de los carnés de identidad falsos.

Kavinsky admiró su obra con una amplia sonrisa. Bajo aquella luz mortecina, sus huesudas facciones parecían las de un diablo.

—¿Estás cabreado porque no he dejado también un poco de menta?

—No, estoy cabreado porque me has destrozado la casa —repuso Gansey—. Deberías alegrarte de que esté aquí y no en la comisaría.

—Caramba, tío —dijo Kavinsky—. Caramba, caramba. No sé quién está aquí más pasado de vueltas. Yo no le he destrozado la casa a nadie.

—Por favor, no me tomes por idiota —replicó Gansey con un eco de carcajada resonándole en la voz. En opinión de Ronan, era una risa a la vez fabulosa y aterradora, porque Gansey demostraba tan solo desdén.

La conversación quedó interrumpida por el sonido familiar y destructivo de dos coches que chocaron. Cuando dos vehículos modernos colisionaban, el sonido que producían carecía de dramatismo: los parachoques lo reducían a un ruido sordo de plástico rompiéndose. Pero no fue el volumen lo que provocó que un escalofrío sacudiera el espinazo de Ronan; fue la calidad del sonido. No había nada que sonara como dos coches embistiéndose.

Kavinsky volvió a apoderarse de la atención de Ronan y Gansey.

—Ah —dijo—, lo que queréis es un poco de eso, ¿no?

—¿De dónde sale toda esta gente? —inquirió Gansey mirando de soslayo la escena que los rodeaba—. ¿Ese de ahí no es Morris? Creía que estaba en New Haven.

Kavinsky se encogió de hombros.

—Es una fiesta con mucho material.

—¿Y qué pasa? ¿No hay material en New Haven? —Gruñó Ronan.

—No como el que tenemos aquí. ¡Esto es el País de las Maravillas! A veces te hace grande, a veces te hace pequeño…

La cita estaba mal. O, mejor dicho, estaba bien pero no en aquellas circunstancias. Ronan había crecido al calor de dos historias recurrentes, las preferidas de sus padres. La favorita de Aurora Lynch era la de la versión cinematográfica, en blanco y negro, del mito de Pigmalión, sobre un escultor que se enamoraba de una de sus estatuas. Y a Niall Lynch le encantaba una vieja edición de *Alicia en el país de las maravillas,* que leía y releía en voz alta ante sus hijos, reacios y adormilados. Ronan había visto la película y escuchado el libro tantas veces que ya no sabía si le gustaban o, siquiera, si eran buenos. Formaban parte de su pasado; de lo que habían sido sus padres.

Así que sabía que la frase que había pretendido citar Kavinsky era así: «Un lado te hará crecer. Y el otro te hará más pequeña».

—Depende del lado del hongo que escojas —dijo Ronan, más para su padre muerto que para Kavinsky.

—Muy cierto —convino Kavinsky—. Bueno, ¿qué vais a hacer con esas ratas?

—¿Cómo? —Gansey parpadeó.

Kavinsky soltó una risotada estruendosa.

—Si no fui yo el que os puso la casa patas arriba, la invasión tendrá que proceder de otra fuente, ¿no?

Gansey miró a Ronan con el rabillo del ojo. «¿Posibilidades?».

Por supuesto que había otras posibilidades. En teoría, si alguien que no era Ronan le había partido la cara a Declan Lynch, podía ser que alguien que no fuera Kavinsky hubiese entrado en Manufacturas Monmouth. ¿Posibilidades? Todo era posible.

—¡Lynch! —Uno de los que participaban en la fiesta se acercó y reconoció a Ronan. Por su parte, Ronan lo reconoció a él: Prokopenko. Pese a la extraña modulación de la voz, sin duda afectada por las drogas, Ronan habría identificado en cualquier parte su silueta, caracterizada por un hombro más alto que el otro y un par de orejas de soplillo—. Y Gansey.

—Sí —dijo Kavinsky metiéndose los pulgares en los bolsillos del pantalón, que llevaba tan bajo que las caderas le asomaban por encima de la cintura—. Están aquí papá y mamá. Oye, Gansey, ¿has dejado a Parrish con la niñera? Bueno, mejor no me contestes. Vamos a fumar la pipa de la paz, ¿eh?

—No me interesan tus pastillas —contestó Gansey con sumo desdén.

—Ah, señor Gansey —dijo Kavinsky intentando adoptar un acento elegante—. ¡Pastillas! La primera norma de la fiesta es que no se habla de la fiesta. La segunda norma de la fiesta es que debes traer material si quieres probar el material de los demás.

Prokopenko soltó una risita.

—Por fortuna, señor Gansey —siguió diciendo Kavinsky—, sé muy bien lo que le gusta a tu perro.

Prokopenko soltó una segunda risita. Era la clase de risita que presagiaba que estaba a punto de vomitar. Temiéndoselo, Gansey dio un paso atrás para apartarse de él.

En otro momento, Gansey habría hecho algo más que distanciarse. Ya habían hecho todo lo que habían ido a hacer, de modo que le habría dicho a Ronan que era hora de irse. Habría tratado a Kavinsky con cortesía glacial. Y después se habría largado.

Pero aquel Gansey no era el de otros momentos.

Aquel era un Gansey con un aire de altivez en la barbilla y una mueca de condescendencia en la boca. Un Gansey consciente de que, pasara lo que pasara allí, regresaría a Manufacturas Monmouth y sería el rey de su pequeño rincón del mundo. Aquel era un Gansey que, según Ronan adivinaba, Adam aborrecería.

—¿Qué es lo que le gusta a mi perro? —inquirió.

Los labios de Ronan se curvaron en una sonrisa.

—Fuegos artificiales —afirmó Kavinsky—. ¡Bum! —Le dio un golpetazo al techo de su coche. Luego, con tono amistoso, le dijo a la chica que estaba en el asiento del copiloto—: Sal de ahí, imbécil. Si no quieres morir, claro. A mí me da igual.

Ronan comprendió que Kavinsky se proponía hacer saltar el Mitsubishi por los aires.

En el estado de Virginia eran ilegales los fuegos artificiales que explotaran o emitieran una llamarada con una longitud superior a los tres metros y medio, a no ser que se contara con un permiso especial. Sin embargo, los vecinos de Henrietta no necesitaban tenerlo presente, ya que dentro de las fronteras del estado era imposible encontrar fuegos artificiales capaces de hacer nada especial ni, mucho menos, de trasponer los límites de la legalidad. Si te apetecía algo un poco más potente para la fiesta del fin de semana, debías ir a ver el espectáculo pirotécnico organizado por el ayuntamiento. Si eras uno de los chicos más bravucones de Aglionby o un paleto con dinero, atravesabas la frontera estatal y llenabas el maletero de fuegos artificiales comprados en Pensilvania. Y si eras Kavinsky, te los hacías tú.

—Esa chapa puede arreglarse —comentó Ronan, entusiasmado y espantado por el destino que le esperaba al Mitsubishi. Eran mil las veces en que la visión de los faros traseros de aquel coche le había provocado una oleada de adrenalina.

—Pero siempre la recordaría así —contestó Kavinsky con despreocupación—. Desvirgada. Prokopenko, prepara un cóctel, tío.

El aludido obedeció con alegría.

—Saca lo que llevas dentro —le dijo Kavinsky a Gansey. Tenía en la mano una botella llena de líquido. En el cuello de la botella había una camiseta encajada. Estaba ardiendo. Aquello era un cóctel Molotov.

Para asombro y regocijo de Ronan, Gansey aceptó.

Allí de pie, junto al descompuesto coche de Kavinsky, con una bomba en la mano, Ronan vio una versión imponente de Gansey, una versión peligrosa. Se acordó del sueño de Adam y la máscara, de la versión más difícil de Adam.

Sin embargo, en lugar de lanzar contra el Mitsubishi, Gansey apuntó al Volvo, hacia el cual voló la botella dejando tras de sí un arco de fuego alto, amplio y preciso. Todos los ojos se volvieron hacia arriba para seguir la trayectoria del proyectil.

Una voz gritó:

—¡Aúpa, Gansey!

Lo que significaba que estaba presente algún miembro del equipo de remo de Aglionby. Un momento después, la botella aterrizó en el suelo, a unos palmos de las ruedas del Volvo. La rotura del cristal y la consiguiente explosión hicieron que diese la impresión de que el cóctel Molotov se había hundido en el suelo. Gansey se frotó la mano con la tela del pantalón y se dio la vuelta.

—Buen tiro —juzgó Kavinsky—, pero te has equivocado de coche. ¡Proko!

Prokopenko le dio un segundo cóctel Molotov. Esta vez, quien lo recibió de manos de Kavinsky fue Ronan.

—Es una bomba —le dijo Kavinsky aproximándose a él más de lo necesario—. Igual que tú.

Ronan hervía de emociones. Aquello era como un sueño; igual de nítido. El peso

de la botella en su mano, el calor de la llama en la mecha, el olor de aquel placer contaminado…

Kavinsky señaló el Mitsubishi.

—Apunta bien —avisó. Le centellearon los ojos, negros como pozos que reflejaran el diminuto infierno que ardía en la mano de Ronan—. Y date prisa, tío, o perderás el brazo. Sería una pena, con ese tatuaje que tienes.

Cuando la botella abandonó la mano de Ronan, ocurrió algo extraño. Mientras el cóctel surcaba el aire seguido por una cola de flecos rojos y naranjas, Ronan tuvo la sensación de que lo que había arrojado era, en realidad, su propio corazón. Había notado un desgarro al lanzar. Y también un chorro de calor que se le metía en el cuerpo por el agujero que se le había abierto en el pecho. Ahora sí podía respirar, ahora sí tenía espacio bajo las costillas. El pasado era algo que le había sucedido a otra versión de sí mismo, una versión que podía impregnar de gasolina, prender y arrojar a la noche.

La botella se coló por la ventanilla del lado del conductor del Mitsubishi. Y después, fuego, como si la botella no contuviese más que llamas, un fuego que comenzó a extenderse por el asiento del mismo modo que una criatura trepadora. Se oyeron vítores por el recinto de la feria y la gente empezó a gravitar hacia el coche, atraídos como polillas a una lámpara recién encendida.

Ronan tomó aire.

Con una risotada aguda y demencial, Kavinsky lanzó una nueva bomba y acertó a meterla también por la ventanilla. Prokopenko hizo lo propio. El habitáculo se volvió un incendio, y el hedor resultante se hizo tóxico.

En parte, Ronan no conseguía creerse que el Mitsubishi estuviera ardiendo de verdad. Pero mientras los demás empezaban a echar al fuego sus cigarrillos y bebidas, la música enmudeció al derretirse la radio del coche. Y aquello sí que marcaba el verdadero final de un automóvil.

—¡Skov! —gritó Kavinsky—. ¡Música!

Comenzó a sonar el equipo estéreo de otro coche, que reemplazó al del Mitsubishi como si nada hubiera ocurrido.

Kavinsky se volvió hacia Ronan con una sonrisa taimada.

—¿Vendrás al cuatro de julio de este año?

Ronan miró a Gansey, pero este estaba escudriñando las numerosas siluetas de alrededor con los ojos entrecerrados.

—Quizá.

—Será como esta fiesta —prometió Kavinsky—. Si quieres ver cómo explota algo, trae algo que explote.

Había desafío en sus palabras. Había un reto que podía solventarse con una incursión en el estado vecino o con una elaboración artesanal efectuada a través de instrucciones obtenidas en internet.

«O también con un sueño». Eso pensó Ronan, estremecido de emociones.

Se le daba bien lo peligroso, ya fuese en la vida real o en los sueños.

—Quizá —dijo. Gansey se encaminaba hacia el BMW—. Encenderé una vela por tu coche.

—¿Os vais? Qué mal.

Si Gansey se marchaba, Ronan también. Aun así, Ronan se detuvo para estrellar en el pecho de Kavinsky otro carné falso.

—Mantente alejado de nuestra casa.

Kavinsky reaccionó con una sonrisa torcida.

—Yo solo voy adonde me invitan, colega.

—Lynch —masculló Gansey—. Nos vamos.

—Eso —dijo Kavinsky—. ¡Llama a tu perro!

Evidentemente, pretendía ofender a Ronan o a Gansey.

Pero Ronan tan solo sintió el vacío de la caverna que llevaba en el pecho. Se dejó caer en el asiento del conductor al tiempo que Gansey cerraba la puerta del copiloto.

El teléfono de Ronan zumbó. Era un mensaje de Kavinsky.

«Nos vemos en el asfalto».

Tras guardar el teléfono en el bolsillo de la puerta, Ronan encendió el motor y lo calentó con unos acelerones. Salió del lugar haciendo un trompo sobre la tierra. Gansey emitió un gemido de aprobación.

—Kavinsky —dijo Gansey con un deje de desdén en la voz—. Se cree que es el jefe. Se cree que la vida es un videoclip.

Se agarró a la puerta mientras Ronan dejaba que el BMW ganase velocidad. Frenético y brioso, el coche galopó hacia Manufacturas Monmouth llevando con el velocímetro el compás del pulso de sus ocupantes.

—¿No le ves la gracia? —preguntó Ronan.

Cerrando los ojos, Gansey apoyó la cabeza en el asiento y se quedó con la barbilla alzada, acogiendo con el cuello el resplandor verde procedente del cuadro de mandos. En la boca conservaba un ensayo de sonrisa, una sonrisa que sugería posibilidades inimaginables.

—Nosotros nunca hemos llegado a ese punto —dijo—. ¿Sabes qué es lo que nos diferencia de Kavinsky? Nosotros importamos.

En ese instante, Ronan intuyó que la marcha de Gansey a Washington se le haría insoportable. Hacía mucho que Gansey y él formaban parte de una misma criatura bicéfala. Pero no podía admitirlo en voz alta. Había miles de motivos para no hacerlo.

—Mientras estoy fuera —dijo Gansey—, sueña el mundo por mí. Una cosa nueva todas las noches.

28

—Buenas noches, rey de espadas.

—Buenas noches, hoja noble y afilada. ¿Has visto lo que dicen las cartas antes de que yo llegara? —preguntó el Hombre de Gris mientras caminaba con Maura hacia el coche de alquiler. Se había duchado pero no se había afeitado la barba de tres días, y aunque Maura no se lo dijera, se sabía guapo.

—¿Y tú has matado a alguien antes de venir a recogerme? —Maura había reemplazado los gastados vaqueros por otros vaqueros un poco menos gastados, a lo que había agregado una blusa de algodón que le dejaba los hombros al descubierto y le permitía presumir de clavículas y cuello. Aunque el Hombre de Gris no se lo dijera, se sabía guapa.

Eso sí, ambos eran conscientes de que el otro también lo sabía.

—Por supuesto que no. No mato tanta gente como te crees —afirmó el Hombre de Gris abriéndole la puerta del pasajero y haciéndola pasar—. Para que te conste, esta es la primera vez que te veo calzada. Ah, pero… ¿qué está pasando ahí?

Maura miró hacia atrás, hacia el lugar que señalaba el Hombre de Gris. Acababa de situarse tras el coche de alquiler un Ford de pequeño tamaño y aspecto gastado.

—Es Cala. Nos seguirá hasta el restaurante para asegurarse de que me llevas allí y no a enterrarme en el bosque.

—Qué ridiculez —opinó el Hombre de Gris—. Yo nunca entierro a nadie.

Cala agitó una mano a manera de saludo parco y malhumorado. Sus dedos eran garras en el volante.

—Le caes bien —informó Maura—. Deberías estar contento. Es alguien valioso al que tener por amigo.

El Ford fue tras ellos hasta el restaurante y permaneció parado junto a la acera hasta que estuvieron sentados a una mesa situada bajo una madreselva y una celosía decorada con luces navideñas. Unos ventiladores situados en las esquinas mantenían a raya la humedad de la noche.

—Deja que pida yo —propuso Maura.

Esperaba que el Hombre de Gris se lo discutiera, pero este contestó:

—Soy alérgico a las fresas.

—Como el seis por ciento de la población —observó ella.

—Ya veo de dónde le viene la manera de ser a tu hija —repuso él.

Ella lo miró fijamente. Le sonrió con un gesto bello y generoso, con felicidad genuina. «Esta es la peor decisión que he tomado nunca», se dijo él.

Maura pidió para los dos. Ninguno tomaba vino. El aperitivo estaba delicioso, pero no por habilidad de quien lo hubiera cocinado, sino porque lo tomaron sabiendo

que les esperaba un beso al final de la noche.

—¿Cómo sienta eso de ser vidente? —preguntó el Hombre de Gris.

—Me hace gracia esa palabra, «vidente».

—Me refiero a lo que ves y a la claridad con que lo ves. ¿Sabías que te haría esa pregunta? ¿Sabes lo que estoy pensando ahora?

Maura sonrió con sagacidad.

—Es como un sueño o un recuerdo, pero hacia delante. En su mayor parte, se trata de impresiones borrosas, pero a veces llegas a ver un determinado aspecto con mucha precisión. Y no siempre en el futuro. De vez en cuando, cuando vienen clientes, les contamos cosas que ya saben. De modo que no, no sabía que ibas a hacerme esa pregunta. Y sí, sé lo que estás pensando, pero eso es porque soy perspicaz y no por mis dotes de adivinación.

El Hombre de Gris pensó que tenía gracia el buen humor que caracterizaba a Maura y la facilidad con que la sonrisa le afloraba en los labios. No era posible distinguir la tristeza o la nostalgia si no sabías de antemano que estaban allí. Pero ahí estaba el truco, ¿verdad? Todo el mundo cargaba con su dosis de decepción, salvo algunas personas que la llevaban en el bolsillo interior y no en la espalda. Y ahí estaba el otro truco: Maura no simulaba su felicidad. Estaba muy alegre y, al tiempo, muy triste.

Los entrantes llegaron un poco más tarde. Maura había elegido salmón para el Hombre de Gris.

—Porque percibo algo en ti que me huele un poco mal, como a pescado —explicó.

El Hombre de Gris se estaba divirtiendo.

—¿Cómo es eso de ser sicario?

—Me hace gracia esa palabra, «sicario».

Al Hombre de Gris no le apetecía hablar de su trabajo. No porque le diera vergüenza —era el mejor del gremio, que a él le constase—, sino porque no era lo que lo definía como individuo. No era la actividad a la que dedicaba el tiempo libre.

—Me sirve para pagar las facturas —afirmó—. Pero prefiero la poesía.

Maura había escogido para sí un ave servida de tal manera que parecía que se había colocado en el plato por su propio pie. Empezaba a dudar de haber acertado.

—Tu poesía inglesa antigua. Está bien, morderé el anzuelo. Cuéntame por qué te gusta.

Eso hizo el Hombre de Gris. Lo hizo lo mejor que pudo, sin especificar dónde había estudiado ni qué había hecho antes de publicar el libro. Mencionó que tenía un hermano, pero enseguida dio marcha atrás y evitó profundizar en ese asunto. Le habló largo y tendido sobre su vida, pero no le dijo cómo se llamaba. El móvil, que tenía guardado en el bolsillo, no dejaba de zumbar, pero no hizo caso.

—Es decir, que eres asesino a sueldo solo para pagar las facturas —dijo Maura—. ¿No te pesa hacer daño a otras personas?

El Hombre de Gris meditó unos momentos. No quería mentir.

—Sí, me pesa —admitió—. Pero procuro tener apagada esa parte del cerebro.

Maura cortó uno de los muslos del ave.

—Imagino que no hará falta que te diga lo insano que es eso desde el punto de vista psicológico.

—En el mundo hay impulsos más destructivos —replicó él—. Me considero bastante equilibrado. ¿Qué me cuentas de ti y tus ambiciones?

Maura alzó las cejas con asombro.

—¿A qué te refieres?

—Hablo del juego con el que os divertíais cuando os visité. Estabais adivinando cartas. Practicando. Experimentando.

—Me pasa que quiero entenderlo —afirmó Maura—. Me cambió la vida. Y sería un desperdicio que no me esforzara en averiguar todo lo que pueda. Sin embargo, no sé si diría que es una ambición. Ah, no lo sé. También me ha supuesto bastantes problemas… Pero has mencionado un hermano.

Quizá por obra de la coincidencia, había relacionado la palabra «problema» con la palabra «hermano». El Hombre de Gris tuvo la sensación de que Maura ya había intuido las complicaciones de la relación con su hermano.

—Mi hermano. —Hizo una pausa y se recompuso. Volvió a comenzar—. Mi hermano es muy inteligente. Es capaz de trazar un mapa de un sitio tras visitarlo tan solo una vez. Puede hacer cálculos complejos de memoria. Cuando éramos niños, lo tenía por un modelo a seguir. Se inventaba juegos muy elaborados y se pasaba todo el día enfrascado en ellos. A veces me incluía a mí si le prometía seguir las normas. A veces aplicaba las reglas del ajedrez o del Risk al barrio entero. A veces construíamos fuertes y nos escondíamos en ellos. A veces encontraba objetos en casas que no eran la nuestra y me hacía daño con ellos. A veces atrapaba animales y les hacía cosas. A veces nos disfrazábamos y montábamos obras de teatro.

Maura apartó el plato.

—En otras palabras, era un sociópata.

—Probablemente.

Maura suspiró. Fue un suspiro de aflicción.

—Y ahora tú eres sicario. ¿A qué se dedica él? ¿Está en prisión?

—Invierte dinero de otros en fondos de pensiones. Nunca irá a la cárcel. Es demasiado listo.

—¿Y tú?

—No creo que me fuera bien en la cárcel —dijo—. Preferiría no ir.

Maura guardó silencio durante un rato. Luego dobló la servilleta, la posó sobre la mesa y se inclinó hacia delante.

—¿No te molesta que te haya hecho como eres? Te das cuenta de que esa es la razón de que seas capaz de hacer lo que haces, ¿verdad?

Si al Hombre de Gris le había molestado aquello en algún momento, la molestia

había desaparecido hacía tiempo como consecuencia de las quemaduras de cerilla, los cortes de tijera y los picotazos de aguja. Cuando la miró, no le ocultó que aquella parte de su ser estaba muerta.

—Oh —musitó Maura. Extendió una mano y le acarició la mejilla. Tenía un tacto fresco, suave y distinto a lo que el Hombre de Gris hubiera podido esperar. Más real. Mucho más real—. Siento que nadie te salvara.

¿Había necesitado que lo salvaran? ¿Habría sido diferente si lo hubiesen salvado?

Maura pidió la cuenta. El Hombre de Gris pagó. Había dejado dos trozos de salmón en el plato, que Maura robó utilizando su tenedor.

—Así ambos tendremos aliento a pescado —bromeó.

Y entonces, entre las sombras que rodeaban el coche de alquiler, la besó. Hacía tiempo que ni ella ni él besaban a nadie, pero no importó. Besar es como reír. Si el chiste tiene gracia, da igual el tiempo que haya transcurrido desde el chiste anterior.

Pasados unos instantes, mientras le recorría las costillas con la mano, Maura murmuró:

—Esto es una mala idea.

—No hay ideas malas —respondió el Hombre de Gris—. El mal llega a la hora de volverlas realidad.

—Eso tampoco es muy sano, psicológicamente hablando.

Más tarde, después de dejar a Maura en su casa y de regresar a la pensión Pleasant Valley, el Hombre de Gris descubrió que Shorty y Patty Wetzel lo habían estado llamando durante horas para comunicarle que alguien se había metido en su habitación y la había desvalijado.

—¿No oías las llamadas? —le preguntó Patty con impaciencia.

El Hombre de Gris recordó las vibraciones del teléfono y se palpó los bolsillos. Lo había perdido. Se lo debía de haber robado Maura Sargent mientras se besaban.

Lo que encontró en su lugar fue el rey de espadas: el Hombre de Gris abatido, en el suelo, y Maura, la espada, ensartada en su corazón.

29

—No estás durmiendo —le dijo Persephone a Blue al despertarla—. ¿Por qué no vienes a ayudarnos?

Blue abrió los ojos. Tenía la boca seca y pegada. En la esquina de la habitación giraba un ventilador que le secaba el sudor de las pantorrillas. Era medianoche. Persephone se arrodilló en el borde del colchón y su cabello formó una cortina pálida alrededor de la cara de Blue. Olía a rosas y a cinta de carrocero.

—Estaba durmiendo, sí.

—Pero ahora ya no —perseveró Persephone con su levísima voz.

No tenía ningún sentido discutir con ella; era como pelearse con un gato. Además, no le faltaba razón. Enfurruñada, Blue se estiró, echó a Persephone de la cama y se quitó de encima la sábana.

Bajaron de puntillas por la escalera y fueron hacia el empañado fulgor de la cocina. Maura y Cala ya estaban allí, acodadas en la mesa, juntas, como si estuvieran conspirando. Sobre ellas, la lámpara de imitación estilo Tiffany les teñía la cabeza de púrpura y naranja. La noche se agolpaba en las ventanas; Blue distinguió en ella la silueta reconfortante del haya del jardín.

Maura levantó la vista al oír los pasos de Blue.

—Ah, qué bien.

Blue miró a su madre con reproche.

—¿Me da tiempo a hacerme un té?

Maura sacudió la mano para que se diera prisa. Cuando Blue, ya con la taza en la mano, se reunió con ellas en la mesa, las tres se habían fundido en un solo ser con tres cabezas, una rubia, otra castaña y una tercera de cabellos negros. Tres personas y un solo organismo.

Blue se estremeció un poco al sentarse.

—Oh, una menta —dijo Cala con tono irónico.

Blue bizqueó y preguntó:

—¿En qué queréis que os ayude?

Advirtió que lo que estaban examinando era un teléfono móvil. Se hallaba en las manos de Cala, quien debía de estar intentando centrar en él sus poderes adivinatorios.

—Es del señor Gris —informó Maura—. ¿Nos ayudas?

Con gesto cansado, Blue apoyó la mano en el hombro de Cala.

—No —dijo Maura—. Así no. Lo que queremos es acceder a su cuenta de correo electrónico.

—Ah. —Tomó el teléfono—. Esta juventud…

—A que sí.

Blue accionó la pantalla. Aunque no tenía teléfono propio, había manejado varios, y aquel en particular era el mismo modelo que el de Gansey. No le supuso esfuerzo alguno entrar en el correo del señor Gris. Dejó el teléfono en la mesa.

Las tres mujeres se encorvaron para ver mejor.

—¿Lo habéis robado? —preguntó Blue.

No hubo respuesta, tan solo tres pares de ojos fijos en el aparato.

—¿Enciendo unas raíces de lirio? ¿Un poco de apio?

Parpadeando y como saliendo de una ensoñación, Persephone alzó los ojos.

—Oh, sí, por favor.

Bostezando, Blue se levantó y preparó un plato con semillas de apio y raíces de lirio que obtuvo de una alacena. Para prenderlas, se sirvió de una de las velas que estaban en la encimera. La mezcla humeó y crepitó; las semillas se retorcían como si fueran palomitas, y las raíces desprendían un olor a violeta quemada. El humo que producían servía para afinar los sentidos de una médium.

Blue colocó el plato en el centro de la mesa. Empezaba a oler ligeramente como a fuegos artificiales.

—¿Por qué estáis revisando el correo de ese hombre?

—Sabemos que está buscando algo —respondió Maura—. Pero ignorábamos de qué se trataba. Ahora ya nos hemos enterado.

—¿Y qué es?

—Ese amigo tuyo, el chico de la serpiente —contestó Cala—. Salvo que no sabe que no es un chico.

—El señor Gris lo llama «Greywaren» y dice que es capaz de sacar objetos de los sueños. Vas a tener que andarte con mucho cuidado, Blue. Creo que tus amigos están metidos en un lío.

Un lío que incluía el hecho de que hubiesen asesinado al padre de Ronan con una palanca de metal. Blue ya conocía esa parte.

—¿Creéis que Ronan está en peligro? —Blue recordó los golpes y cardenales en la cara de Declan Lynch—. Me refiero a si descubren que el Greywaren es una persona y no una cosa.

—Y tanto —afirmó Cala.

—Probablemente, no —dijo Maura casi al unísono.

Persephone y Cala se quedaron mirando a Maura.

—Vale, me lo tomaré como un quizá —zanjó Blue.

En ese momento, el teléfono se puso en movimiento. Todas las presentes dieron un respingo. Blue fue la primera en calmarse: era solamente una llamada. El aparato estaba vibrando y emitiendo un zumbido.

—¡Apunta el número! —exclamó Cala, pero debía de estar hablando para sí misma, puesto que ya lo estaba haciendo ella.

—Es un número de Henrietta —observó Persephone con un hilo de voz—.

¿Contesto?

Maura meneó la cabeza. Tras unos instantes, apareció en la pantalla un símbolo que indicaba un mensaje de voz.

—Pero eso sí que lo escucharemos. Blue, por favor; yo no sé manejarlo.

Meneando la cabeza con incredulidad, Blue se hizo con el teléfono y pulsó los botones correspondientes. Luego se lo dio a Maura.

—Oh —musitó Maura con el teléfono pegado al oído—. Es él. ¿Cómo tengo que hacer para responderle…? Ah, vale —aguardó a que volviese a sonar y después…—. Hola, hola, señor Gris.

Siempre que no fuera dirigida a ella, Blue adoraba aquella voz que ponía su madre. Era una voz jovial, de autoridad, que indicaba que tenía todos los ases en la manga. Salvo que ahora la estaba utilizando para hablar con un hombre cuyo teléfono había robado. Blue no supo si aquello era descaro o estupidez.

—Bueno, no creerías que iba a contestar una llamada en tu teléfono, ¿no? Sería de muy mala educación. ¿Has llegado bien? Oh, sí, claro que te lo devolveré. Si lo necesitases, lo lamento. ¿Y has…? Ah.

Maura se calló como consecuencia de lo que acabara de decirle el Hombre de Gris. Dejó caer los ojos y se mordió el labio superior. Las orejas empezaron a enrojecer. Se quedó a la espera durante unos momentos y, mediante gestos, les hizo saber a Cala y a Persephone que debían estarse quietas.

—Vale —dijo al fin—. Cuando quieras. Te pediría que llamases primero, pero… Bueno. Ya sabes. Tengo tu teléfono, así que… Está bien. Está bien. No te duermas boca arriba. Te atravesarían las espadas. Sí, ese es mi consejo profesional.

Y colgó.

—¿Qué ha dicho? —inquirió Blue.

—Que la próxima vez le digamos qué pertenencias pretendemos arrebatarle, de modo que pueda organizarse para cuando le falten —contestó Maura.

Cala frunció los labios.

—¿Eso es todo?

Maura se entretuvo pasándose el teléfono de una mano a la otra.

—Bueno, también que se divirtió durante la cena.

—Pero no te has olvidado de Cielito, ¿verdad? —prorrumpió Blue.

Por una vez, su madre no protestó al oír aquel nombre.

—Nunca —dijo.

30

Aquella noche, Ronan soñó con el tatuaje.

Se había hecho aquel complicado tatuaje hacía tan solo unos meses, un poco para irritar a Declan, otro poco para ver si dolía tanto como se decía y un mucho para que la gente, viendo aquellas formas ganchudas, se diera por avisada. Ilustraba mucho de lo que le poblaba la mente, con picos, garras, flores y enredaderas metidas en bocas que gritaban.

Aquella noche tardó mucho en quedarse dormido, poseído como estaba por imágenes del Mitsubishi en llamas, Gansey asiendo el cóctel Molotov, el enigmático lenguaje de la caja rompecabezas y las sombras que rodeaban los ojos de Adam.

Al dormirse, soñó con el tatuaje. Por lo general, Ronan solo lo veía por partes y no había podido contemplar el diseño completo nunca. Pero aquella noche vio todo el tatuaje desde cierta distancia, como si se le hubiese separado el alma del cuerpo y pudiera mirarse a sí mismo por la espalda.

El tatuaje era más complicado de lo que cabía esperar. Serpenteaba por él la carretera que conducía a Los Graneros, y también Sierra estaba en él, asomado a una maraña de espino. Adam, que había aparecido en el sueño, seguía con un dedo las sinuosidades del dibujo.

—*Scio quid hoc est* —dijo.

Mientras continuaba perfilando el tatuaje con el dedo y descendiendo por la espalda de Ronan, el propio Ronan desaparecía por completo y el tatuaje se volvía cada vez más pequeño, hasta convertirse en un nudo celta del tamaño de una oblea. Entonces Adam, que se había transformado en Kavinsky, dijo:

—*Scio quid estis vos*.

Se puso el tatuaje en la boca y se lo tragó.

Ronan se despertó de pronto, avergonzado y eufórico.

La euforia se le consumió mucho antes que la vergüenza.

Jamás volvería a dormir.

31

A la mañana siguiente, Helen fue en el helicóptero a buscar a Gansey y a Adam. Al despegar, Adam, con ojos vidriosos por el pánico, escondió la cabeza bajo las manos, y Gansey, bastante más aficionado que él a volar, intentó compadecerse. Tenía la mente hecha un caos de coches ardiendo, llantas de Camaro antiguas y el eco de todo lo que le había dicho Blue.

Si miraba hacia abajo, todavía alcanzaba a ver a Ronan tumbado en el techo del BMW, observándolos ascender. Pensó que era ridículo abandonar Henrietta, el epicentro del universo, para ir a casa de sus padres.

Mientras ganaban la altura suficiente para sobrevolar el tejado de Manufacturas Monmouth, distinguió una última vez a Ronan, quien, con aire sarcástico, le mandó un beso antes de volver la cabeza.

Sin embargo, durante el resto del vuelo no hubo tiempo para pensar. Helen le dio su teléfono y estuvo todo el trayecto dictándole mensajes de texto a través de los auriculares. Con la voz de su hermana sonándole en el interior de la cabeza, Gansey no era capaz de reflexionar sobre lo que había que hacer con Cabeswater: «Dile que los centros de mesa están en el garaje. En la última puerta, la que está más lejos de la casa. ¡En donde está aparcado el Adenauer, no! ¿Qué pasa? ¿Parezco idiota? No, eso no lo escribas. ¿Qué dice ahora? Sí, Chelsea se encarga de llevar las copas de champán que faltaban. Dile que si el queso no está en la nevera, no sé dónde está. ¿No tienes el número de teléfono de Beech? ¡Claro que sé lo que es un vegano! Dile que usen aceite de oliva en lugar de mantequilla. ¡Porque la mantequilla viene de las vacas y el aceite de oliva de los italianos! ¡Vale! Dile que ya me ocupo yo de conseguir algunos entrantes veganos. ¡Los veganos también votan! Eso no lo escribas».

Si Gansey no había adivinado ya la dimensión que tendría la fiesta, se percató durante el vuelo. Claro que no se trataba tan solo de la fiesta de aquella noche. También estaban el almuerzo de la mañana siguiente y el discurso en el club del libro del día posterior. Adam parecía a punto de vomitar. Gansey quería tranquilizarlo, pero era imposible con los auriculares encendidos. A Adam le parecería muy humillante que Helen se enterase de lo nervioso que estaba.

Unos cuarenta y cinco minutos más tarde, Helen posó el helicóptero en el aeródromo y organizó el traslado de la comitiva y el equipaje a su Audi plateado.

Estar de nuevo en el norte de Virginia conmocionó a Gansey. Era como si nunca se hubiese marchado de allí. El sol brillaba con más fuerza en los techos de los coches, todos ellos nuevos e impecables, y el aire que salía por las toberas de ventilación olía a tubo de escape y a aceite de cocina. En el mar de asfalto se

sucedían los archipiélagos de tiendas y supermercados. Había semáforos por doquier, pero todo parecía estar en movimiento. Para cumplir la misión de encontrar entrantes, Helen dejó el coche al fondo del aparcamiento de Whole Foods. Se dio la vuelta y miró a Gansey y a Adam.

—¿Os apetece entrar y ayudarme?

Gansey y Adam se quedaron estupefactos.

—Vale, ya veo. Lo dejaré correr —dijo Helen.

En cuanto cerró la puerta, Gansey, instalado en el asiento del copiloto, se volvió, apoyó la mejilla en el cuero del reposacabezas y miró a Adam.

—¿Cómo vas?

Adam permanecía recostado en el asiento trasero.

—Espero no haber crecido desde el año pasado.

El invierno anterior, Gansey había acompañado a Adam a hacerse un traje.

—Yo me probé el mío antes de salir —dijo—. No creo que hayas crecido tanto. Solo han pasado unos meses.

Adam cerró los ojos.

—No tendrás problema.

—No me hables de eso. No puedo… —Adam se hundió aún más, hasta quedar tendido en el asiento—. Hablemos de otra cosa.

—¿De qué quieres hablar?

«De Blue».

Calló. «Déjalo estar, Gansey».

—¿Y Malory? —preguntó tras unos instantes—. ¿Has vuelto a hablar con él?

Gansey no lo había hecho. Marcó el número de Malory. Oyó el doble tono agudo característico de las líneas telefónicas del Reino Unido y, luego, la voz de Malory.

—¿Hola?

Parecía confuso por la llamada. De fondo se oía un ruido indefinido.

—Soy Gansey. ¿Llamo en mal momento?

—No, no. Para nada.

Gansey activó la función de manos libres y situó el teléfono en el salpicadero.

—¿Se te ha ocurrido alguna idea más, por casualidad? ¿No? Bueno, pues resulta que tenemos otro problema.

—¿Qué ocurre?

Gansey se lo contó.

—Dame un momento para pensarlo —dijo Malory. El ruido continuaba. Se oyó también un chillido.

—¿Se puede saber qué está pasando ahí?

—Pájaros, Gansey. La reina de los pájaros.

Gansey cruzó una mirada con Adam.

—¿Un águila?

—No digas blasfemias, por favor. ¡Palomas! Hoy es el concurso regional. Antes,

solía participar yo mismo. Ahora ya no tengo tiempo, pero sigo disfrutando al contemplar un buen ejemplar de Voorburg.

—Un concurso de palomas —musitó Gansey.

—¡Ah, si pudieras verlas, Gansey!

Del otro lado de la línea sonó un altavoz. Adam contuvo una carcajada.

—Las palomas Voorburg —dijo Gansey.

—Hay mucho más —contestó Malory—. Mucho más que las Voorburg.

—Dime qué es lo que estás viendo en este momento.

Malory se relamió los labios —lo suyo no eran las conversaciones telefónicas— y se tomó unos segundos para reflexionar.

—Pues estoy viendo… ¿Qué será? Sí, creo que es una volteadora inglesa. En efecto. Un espécimen soberbio. Si vieras qué plumaje. A su lado hay un buchón alemán. Nunca he criado ninguno, pero estoy seguro de que ese cuello tan hinchado no es normal. En cuanto al siguiente, no sé lo que es. Déjame que vea el cartel. Ah, una colipava. Claro, claro. Oh, y aquí hay una mensajera de belleza alemana.

—Ah, esas son mis preferidas —comentó Gansey—. Nada como una buena mensajera de belleza alemana.

—Gansey, no te burles —repuso Malory con severidad—. Esas cosas parecen frailecillos.

Las carcajadas de Adam no encontraban otro modo de manifestarse que a través de espasmos que le recorrían el cuerpo.

Gansey tomó aire y preguntó:

—¿Y qué es lo que se oye de fondo?

—Déjame que mire —repuso Malory. Se oyó una crepitación—. Están subastando pájaros.

—¿De qué tipo? Por favor, que sean mensajeras de belleza alemanas.

Apenas capaz de contenerse, Adam se mordió una mano. Aun así, se le escaparon algunos jadeos.

—¡Pouters pigmeas! —exclamó Malory—. ¡Y bien majas!

Gansey miró a Adam y, sin voz, formó con los labios la palabra «Blue». Adam ya no pudo más y soltó una risotada irrefrenable.

—Cuando estaba ahí, nunca me llevaste a ver palomas —dijo Gansey con tono de reproche.

—¡Teníamos otras cosas que hacer, Gansey! —protestó Malory—. Como ahora, precisamente. He aquí lo que pienso sobre esa línea ley tuya. Pienso que, si no ando muy equivocado, ese bosque es una especie de aparición. Y si falta la fuente de energía, la aparición se debilita.

—Pero hemos activado la línea ley —respondió Gansey—. Es tan potente que hace que salten los transformadores.

—Ya, pero también has dicho que hay cortes en el suministro de electricidad, ¿no es cierto?

Gansey tuvo que darle la razón. Y se acordó de la desaparición de Noah en Ciudad Dólar.

—Bien, de manera que ese bosque sufre tanto de hambre como de empacho. ¡Por favor, señor! ¡Mire por dónde va con esa cosa! ¡Que me disculpe! ¡Querrá decir que se disculpe usted! ¡Porque yo también me disculparía si una monstruosidad como esa fuera mía! Ese cuello parece una morcilla… —Se oyó un sonido como de riña. Luego, Malory dijo—: Lo lamento, Gansey. ¡Qué gente! Opino que deberías encontrar el modo de estabilizar la línea. Las subidas de tensión entran dentro de lo posible, pero no los cortes.

—¿Alguna idea?

—Creo que he tenido bastantes ideas en el último minuto —replicó Malory—. Me gustaría ver esa línea. ¿Te importaría que un día…?

—Aquí estás siempre invitado —afirmó Gansey, y así era. Pese a sus defectos, Malory seguía siendo el aliado más antiguo de Gansey. Se lo había ganado.

—Excelente, excelente —dijo Malory—. Y ahora, si no te importa, voy a ver unas colipavas de escudo.

Se despidieron. Gansey volvió los ojos hacia Adam, quien parecía encontrarse de mejor humor que nunca. Gansey se prometió en silencio que haría lo que fuera para que siguiera así.

—En fin, no sé hasta qué punto hemos sacado algo en claro.

—Que las mensajeras de belleza alemanas parecen frailecillos; eso hemos sacado en claro.

Lo primero que hizo Ronan después de que Gansey se marchara fue recuperar las llaves del Camaro. Su plan consistía tan solo en comprobar que funcionaban.

Bajo el sol veraniego, Pig centelleaba como una joya en medio de la hierba y la gravilla. Ronan puso una mano sobre el portón del maletero y la paseó por la carrocería hasta llegar al techo. Incluso un gesto tan simple resultaba ilícito; aquel coche era tan de Gansey que parecía que, estuviera donde estuviese, Gansey notaría hasta la mínima transgresión. Al despegar la mano del metal, Ronan vio que la tenía manchada de verde. Se quedó admirado con los detalles de aquel instante. Necesitaba recordarlos para reproducirlos al soñar. Sí, justo aquella sensación: el corazón golpeándole las costillas, el polen que se le había quedado pegado a las yemas de los dedos, el sudor del mes de julio resbalándole por el esternón, el olor a gasolina y a la parrilla que alguien tenía encendida en algún lugar. Todas y cada una de las briznas de hierba poseían una nitidez extraordinaria. Si pudiera soñar con algo así, Ronan sería capaz de traerse al mundo real lo que se le antojara. Para empezar, aquel coche.

Metió la llave en la cerradura de la puerta.

Encajaba a la perfección.

La hizo girar.

La cerradura cedió y se abrió.

A Ronan se le formó una sonrisa en los labios, aunque no hubiera nadie para verla. Precisamente porque no había nadie.

Se sentó en el asiento del conductor. El plástico de la tapicería estaba ardiendo por efecto del sol, pero no importaba. No era más que otra de las sensaciones que hacían que el momento fuese auténtico y no un sueño. Con parsimonia, acarició la circunferencia del volante y posó una mano en el cambio de marchas.

Si lo viese allí, a Gansey le daría un paro cardiaco.

En especial, suponiendo que las llaves entrasen en el contacto.

Ronan hundió el embrague y el freno, insertó la llave y la accionó.

El motor se encendió con un rugido.

Ronan sonrió.

En ese instante, su teléfono emitió un zumbido anunciando la llegada de un mensaje de texto. Lo sacó del bolsillo y contempló la pantalla. Kavinsky.

«Tengo un bólido nuevo. Nos vemos esta noche a las once».

Una hora después, Noah hizo pasar a Blue al interior de Manufacturas Monmouth. La luz del sol hacía que el espacio se antojase gigantesco, íntimo y agradable. Encerrado y cálido, el aire olía a madera vieja, a menta y a decenas de miles de páginas consagradas a Glendower. A pesar de que Gansey tan solo llevase ausente unas horas, daba la impresión de que se había ido hacía mucho más tiempo y que aquello era todo lo que quedaba de él.

—¿Dónde está Ronan? —murmuró Blue mientras Noah cerraba la puerta.

—Metiéndose en líos —susurró Noah. Era raro estar allí sin que hubiera nadie más: incluso hablar parecía estar prohibido—. No hay nada que podamos hacer para remediarlo.

—¿Estás seguro? —repuso Blue—. Yo puedo hacer muchas cosas.

—No valdría de nada.

Blue se quedó junto a la puerta, indecisa. Sin Gansey ni Ronan, tenía la sensación de estar entrando en casa ajena sin permiso. Lo que quería no era otra cosa que meterse, de algún modo, todo Manufacturas Monmouth en la cabeza y dejarlo allí guardado. Le embargaba la nostalgia.

Noah le ofreció una mano. Blue la aceptó y percibió el tacto de siempre, frío como el hielo. Ambos se volvieron para contemplar la estancia. Noah tomó aire como si estuviera preparándose para explorar la selva en lugar de para pasearse por Manufacturas Monmouth.

Estando ellos dos solos, todo parecía más grande. Cubierto de telarañas, el techo pendía de las alturas sobre un firmamento de motas de polvo. Noah y Blue miraron hacia un costado y leyeron en voz alta los títulos de los libros. Blue observó Henrietta a través del telescopio. Noah reparó uno de los tejados rotos de la maqueta de Gansey. Examinaron la nevera del cuarto de baño. Blue eligió un refresco. Noah se hizo con una cucharilla de plástico. La masticó mientras Blue le daba a Sierra un

poco de hamburguesa. Cerraron la puerta del cuarto de Ronan; aunque Gansey todavía lograse conservar el resto del espacio, la habitación de Ronan era territorio vedado. Noah le mostró a Blue su cuarto. Saltaron en la cama, que estaba hecha con primor, y jugaron al billar. Noah se tumbó en el sofá nuevo mientras Blue trataba de convencer al viejo tocadiscos para que reprodujese un LP demasiado intelectual para resultar interesante. Abrieron los cajones del escritorio de la sala principal. Una de las jeringuillas de epinefrina de Gansey rebotó contra el tope del cajón superior cuando Blue sacó de él un bolígrafo caro. En un recibo del Nino que encontró, Blue imitó la angulosa caligrafía de Gansey mientras Noah se enfundaba una sudadera que descubrió tirada bajo la mesa. Blue se metió en la boca una hoja de menta y le echó el aliento a Noah.

Se agacharon y caminaron a cuatro patas junto a la fotografía aérea que Gansey había dispuesto a lo largo de la habitación. Había hecho una serie de anotaciones indescifrables en los márgenes. Algunas parecían coordenadas. Otras eran indicaciones topográficas. Y unas pocas eran letras de The Beatles.

Finalmente contemplaron la cama de Gansey, que se reducía a un colchón, unas sábanas arrugadas y un somier de metal. Estaba rodeada por un cuadrado de luz que caía oblicuamente en el centro de la estancia. Sin mucho de lo que hablar, se instalaron sobre la cama y cada uno se hizo con una de las almohadas de Gansey. La modorra provocaba que Noah parpadeara con parsimonia. Blue se llevó el borde de la sábana a la nariz. Olía a menta y a trigo o, lo que era lo mismo, a Gansey.

Mientras disfrutaban del calor del día, Blue se permitió pensarlo:

«Me he enamorado de Richard Gansey».

En realidad, era más fácil que fingir lo contrario. Por supuesto, no podía hacer nada para remediarlo, pero admitirlo de aquel modo era como pincharse una ampolla.

Desde luego, lo que se deducía de aquello también era obvio.

«No estoy enamorada de Adam Parrish».

Blue suspiró.

—A veces simulo que soy como él —murmuró Noah.

—¿En qué sentido?

Noah se lo pensó.

—En el sentido de estar vivo.

Blue le rodeó el cuello con un brazo. No había mucho que decir que sirviera para consolar a un muerto.

Durante unos minutos permanecieron en silencio, adormilados entre almohadas.

—Sé que no quieres besarte con Adam —comentó Noah tras un rato.

Blue hundió la cara en una almohada para ocultar el rubor.

—Vale. Ya sé que no es cosa mía —dijo Noah. Con cierto regocijo, agregó—: Huele mal, ¿verdad?

Blue se volvió para mirarlo.

—No, no huele mal. Lo que pasa es que, desde que era pequeña, todas y cada una

de las médiums que he conocido me han dicho que si le doy un beso, mi amor verdadero morirá.

Con la frente tapada a medias por la almohada, Noah frunció el ceño. Por alguna razón, daba la impresión de que se le había exagerado el perfil aguileño de la nariz.

—¿Adam es tu amor verdadero?

—No —contestó Blue. Se quedó asombrada por haber respondido tan rápido. No lograba quitarse de la cabeza la imagen de Adam dándole una patada a la caja que tenía por mesilla de noche—. Es decir, no lo sé. Pero prefiero no besar a nadie para no arriesgarme.

Quizá por estar muerto, Noah era bastante más tolerante que la mayoría de la gente, de modo que no le molestaron las dudas.

—¿Es *si* o *cuando*? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—A ver, ¿se muere si lo besas o se muere cuando lo beses?

—No capto la diferencia.

Noah se frotó la mejilla con la almohada.

—Qué blanda —musitó, y después agregó—: Lo primero sería culpa tuya; lo segundo, no, porque tú simplemente estarías allí cuando ocurriera. Es decir, le das un beso y ¡pum! Se lo come un oso. Para nada sería culpa tuya. No tendrías por qué sentirte mal. Tú no controlas al oso.

—Creo que es *si*. Eso me han dicho siempre.

—Vaya. En ese caso, ¿no piensas besar a nadie?

—Eso parece.

Noah se restregó la mancha del pómulo, pero fue en vano. No se le borraba.

—Sé de alguien a quien podrías besar —anunció.

—¿Quién? —Al deducir a quién se refería, Blue enarcó las cejas—. Ah, ya.

Noah se encogió de hombros. Tal vez fuese la única persona que Blue conocía capaz de encogerse de hombros mientras estaba tumbado.

—A mí no me vas a matar. Lo digo por si tienes curiosidad.

En realidad, Blue nunca había tenido curiosidad. Sencillamente, no lo había considerado una opción. No poder besar a nadie se asemejaba mucho a ser pobre. Blue trataba de no entretenerse con cosas que no podría tener.

Sin embargo…

—Está bien —dijo.

—¿Qué?

—He dicho que está bien.

Noah se azoró. O, dado que estaba muerto, más bien recuperó el color.

—¡Ah! —Se apoyó en un codo—. Vale. —Blue levantó la cara de la almohada—. Pues entonces…

Noah se aproximó. Durante medio segundo, Blue se sintió emocionada. O, más bien, durante un cuarto de segundo. Porque, después de eso, notó el tacto demasiado

terso de los labios de Noah, que la empujaron hasta dar con la dentadura. El efecto general fue de humedad, de cosquilleos y de absurdo.

Ambos se rieron, avergonzados.

—¡Bah! —exclamó Noah.

Blue quiso secarse la boca, pero lo consideró de mala educación. La experiencia estaba siendo bastante decepcionante.

—Pues vale —dijo.

—Espera —repuso Noah—. Espera, espera, espera. —Se quitó de la boca un pelo de Blue—. No estaba preparado.

Agitó las manos como si besar a Blue fuese una proeza deportiva que supusiera correr el riesgo de tener calambres en los brazos.

—Adelante —dijo Blue.

Esta vez las carcajadas empezaron antes de que llegaran siquiera a rozarse los labios. Blue avanzó un poco más y recibió un nuevo beso, que se le antojó como besar un lavavajillas.

—¿Estoy haciendo algo mal? —cuestionó Blue.

—A veces, es mejor con lengua —respondió Noah, dubitativo.

Se miraron.

Blue bajó los ojos.

—¿Estás seguro de que esta no es tu primera vez?

—¡Oye! —protestó él—. Se me hace raro porque eres tú.

—Ya, a mí también se me hace raro hacerlo contigo.

—Podemos dejarlo.

—A lo mejor sí.

Noah se incorporó y puso la mirada en un punto indefinido del techo. Tras unos momentos de contemplación, volvió a mirar a Blue.

—Tú has visto películas, ¿no? Es decir, besos, ¿verdad? Bueno, pues tienes que poner los labios como si quisieras que te los besaran.

Blue se palpó la boca.

—¿Cómo los tengo ahora?

—Como si fueran a tener un accidente.

Blue tensó y destensó los labios. Entendió el argumento de Noah.

—Vale, ahora imagina uno de esos besos de película.

Blue suspiró y repasó sus recuerdos hasta topar con el adecuado. No era, sin embargo, un beso de película. Era el beso que le había mostrado el árbol de los sueños en Cabeswater. Su primer y único beso con Gansey, antes de que este muriese. Pensó en lo atractivo que se volvía cuando sonreía. En la expresión que le acudía a la mirada cuando se reía. Cerró los ojos.

Noah asentó el otro codo junto a la cabeza de Blue, se le acercó y volvió a besarla. El resultado fue más un pensamiento que una sensación, una tibieza leve que nació en la boca de Blue y fue extendiéndose por el resto de su cuerpo. Noah le ciñó

el cuello con una de sus gélidas manos y la besó de nuevo entreabriendo los labios. No fue solo un contacto, una acción. Fue la simplificación de ambos: ya no eran Noah Czerny y Blue Sargent. Eran tan solo él y ella. Y ni siquiera eso. Eran tan solo el tiempo que compartían.

«Oh», pensó Blue. «Es esto lo que me estoy perdiendo».

La imposibilidad de besar a la persona de quien te habías enamorado se parecía bastante a no tener teléfono móvil cuando el resto del instituto sí lo tenía. Se parecía bastante a saber que no iría a la universidad a estudiar ecología; a que, de hecho, nunca saldría de Henrietta. Se parecía bastante a intuir que Cabeswater sería el único hecho extraordinario de su vida.

Lo cual implicaba que era insoportable y que, aun así, debía soportarlo.

Porque no había nada terrible en besar a Noah, de no ser por lo frío que estaba. Así que le dejó besarla y lo besó ella, y estuvieron así durante un rato, hasta que Noah se apartó y, con gesto torpe, se enjugó las lágrimas que Blue le había vertido en las mejillas. La mancha se le había oscurecido sobremanera, y su temperatura corporal había bajado tanto que Blue se estremeció.

—Ha sido muy dulce —dijo Blue, sonriente y llorosa.

Con pesar en los ojos, Noah se encogió de hombros. Su imagen estaba desvaneciéndose, hasta el punto de que se encontraba cerca de hacerse transparente. Blue apenas recordaba su aspecto cuando estaba vivo, ni siquiera teniendo delante su manifestación de espectro. Noah volvió la cabeza y tragó saliva.

—Si estuviera vivo, te pediría una cita —balbuceó.

El mundo era injusto.

—Y yo te la daría —contestó Blue.

Le quedó tiempo de verle sonreír una vez más. Y luego desapareció.

Blue se tendió de espaldas, de pronto sola en la cama. Sobre ella, las vigas del techo relucían bajo los rayos del sol. Se tocó la boca. La notó como siempre. De los besos, que eran los primeros y serían los últimos, no quedaba ni rastro.

32

—Sube —dijo Ronan.

—¿Adónde vamos? —preguntó Matthew, quien, no obstante, se montó en el coche y lanzó la mochila al asiento trasero. Cerró la puerta. Olía como una muestra de colonia.

Ronan metió una marcha y apuró el BMW. En el retrovisor, la estampa de Aglionby fue haciéndose cada vez más pequeña.

—A casa.

—¡A casa! —chilló Matthew. Agarrándose al tirador de la puerta, miró a un lado y a otro como si esperara que todo el mundo adivinara adónde se dirigían—. Ronan, no podemos. Declan dice que…

Ronan dio un frenazo. Obedientes, las ruedas se bloquearon y el coche se detuvo chirriando junto a la acera. El conductor que iba tras ellos tocó la bocina y los esquivó.

—Si te apetece, te bajas y vuelves andando. Pero yo voy a ir. ¿Me acompañas o no?

Los ojos de Matthew, de por sí redondeados, se habían vuelto un par de circunferencias.

—Declan…

—No menciones su nombre.

En las mejillas de Matthew aparecieron unos hoyuelos que años atrás, cuando era niño, habrían anunciado que estaba a punto de llorar. Pero no lloró. Conmovido, Ronan lamentó el odio que le merecía Declan.

—Bueno —dijo Matthew—. ¿Pero de verdad crees que todo irá bien?

—No —contestó Ronan. Siempre decía la verdad y no pensaba dejar de hacerlo.

Matthew se abrochó el cinturón de seguridad.

Ronan revisó los archivos almacenados en su MP3 hasta encontrar música de buzuki. A pesar de lo bien que se le daba, Matthew no tocaba el buzuki desde la muerte de Niall Lynch. Ronan racionaba esa música, pues se sentía como si gastara un recuerdo de su padre cada vez que la oía. Aun así, la ocasión lo merecía.

Mientras la canción comenzaba a sonar a través de los altavoces, Matthew dejó escapar un largo suspiro. Ronan, por su parte, se concentró en conducir; volvía a casa por segunda vez.

En aquella ocasión, las cosas fueron distintas. La presencia de Matthew debería haber servido para que el regreso a Los Graneros no se hiciera tan raro, pero tan solo contribuyó a que Ronan tuviese más sensación de transgresión. Que hiciera sol tampoco ayudó, puesto que, mientras recorrían el camino de entrada, la luz los hizo

sentirse expuestos.

Ronan procedió con lentitud hasta cerciorarse de que el coche de la enfermera no estaba allí, tras lo cual llevó el BMW a la parte trasera de la casa, en donde había un cobertizo de color verde, mohoso y destartalado, en el que se guardaba maquinaria.

—Abre la puerta —le ordenó Ronan a Matthew—. Deprisa.

Matthew se bajó del coche, apartó a manotazos la enredadera y, no sin esfuerzo, abrió la puerta del cobertizo. Arrastró un cortacésped para hacer espacio y que su hermano metiera el BMW marcha atrás. Ronan apagó el motor, cerró la puerta del cobertizo y se aseguró de que las ruedas no hubiesen dejado marcas.

—James Bond —dijo Matthew inexplicablemente. Estaba radiante—. ¿Qué es eso?

Ronan llevaba bajo el brazo la caja rompecabezas.

—Una caja de zapatos.

Matthew echó la cabeza hacia atrás, incrédulo. Reparó en tres aspectos: la caja, perfectamente cúbica, era de madera, estaba cubierta de símbolos y no era lo bastante grande para unos zapatos que le sirvieran a su hermano.

Parpadeó. Luego exclamó:

—¡Pues vale!

Trotó hacia la puerta trasera de la casa y levantó la maceta bajo la que estaba escondida la llave.

—Espera —dijo Ronan—. Tenemos que estar atentos. Si oímos que alguien viene por el camino, corre al sótano. Y apaga el teléfono, por lo que más quieras.

—¡Perfecto! ¡Tienes razón! —repuso Matthew.

Se adelantó a su hermano y entró en la casa apresuradamente. Tras pasar y otear el panorama una última vez, Ronan cerró la puerta. Oyó las pisadas de Matthew, quien se encaminó hacia el cuarto de estar, frenó en seco y terminó por subir al piso de arriba, a su habitación. Matthew solía mostrar sus emociones de una manera descuidada y rotunda y, por lo visto, no sabía muy bien cómo encajar la inmovilidad de su madre.

Ronan se internó en el pasillo con idea de ir al cuarto de estar, parándose a cada paso para detectar cualquier sonido que indicara la llegada de un coche. Sin ventanas por las que penetrara la claridad de la tarde o el trajín musical de los pájaros, el cuarto de estar se diferenciaba del pasillo por la penumbra y el silencio. La puerta por la que se bajaba al sótano se hallaba en la pared del fondo, de modo que, si se producía una visita inesperada, Ronan podría cortarle el paso a Matthew.

Sin mirar a su madre, Ronan se dirigió a la mesa situada contra la pared. Su padre decía de aquella mesa que era su oficina, puesto que su trabajo había requerido sesiones frecuentes de papeleo. Ronan se preguntó si su madre habría estado al corriente de lo que hacía Niall Lynch para ganarse la vida. Quizá lo estuviera. Seguro que había sospechado que tenía que ver con los sueños.

De pronto, durante una fracción de segundo, Ronan tuvo pánico.

«¿Seré también yo un sueño? Si lo fuera, ¿me daría cuenta?».

Se aferró a la lógica para desmontar aquel pensamiento. Tanto él como sus hermanos disponían de álbumes con fotografías e historiales médicos de su época de bebés. Ronan tenía un tipo sanguíneo concreto. Además, si su padre lo hubiera soñado, estaría petrificado, igual que su madre. Había nacido; no había sido el producto de un sueño. Era real.

«¿Qué es real?».

¿Se volvían las cosas reales cuando salían de los sueños? Si era así, ¿transformaba los objetos en realidades en el momento en que pensaba en ellos?

Miró de soslayo a su madre. Después de meses y meses de parálisis y ensimismamiento, no parecía estar en sus cabales. Sin embargo, Ronan nunca había dudado de ella antes de la muerte de su padre, ni siquiera cuando este se marchaba y ella se quedaba sola al frente de la casa.

«No es nada sin papá».

Declan se equivocaba. Su madre existía con independencia de Niall Lynch, aunque este fuese su creador.

Ronan volvió a la mesa y dejó en ella la caja rompecabezas. Abrió el cajón principal. Tal y como esperaba, el testamento de su padre estaba allí.

Sin molestarse en releer las cláusulas previas del documento —que solo conseguirían ponerle de mal humor—, fue directamente a la última página. Y se concentró en el texto que precedía a la firma de su padre.

EN EL MOMENTO DE EJECUTAR ESTE TESTAMENTO, NIALL LYNCH SE ENCUENTRA EN PLENO USO DE SUS FACULTADES MENTALES Y ES DUEÑO DE SUS ACTOS, Y SE HALLA EN PERFECTAS CONDICIONES PARA HACER UN TESTAMENTO. ESTE TESTAMENTO TENDRÁ VALIDEZ MIENTRAS NO SE SANCIONE UN NUEVO DOCUMENTO.

FIRMADO A DÍA: T'LIBRE VERO-E BER NIVO LIBRE N'ACREA.

Ronan analizó la última frase. Alzó la caja rompecabezas y buscó en ella el costado que se correspondía con el idioma desconocido. Luego, con paciencia, fue introduciendo cada una de las palabras de la última frase del testamento. Aunque Ronan no se lo explicase, la caja almacenaba de algún modo las palabras para después traducirlas en su conjunto y no como piezas separadas. Así había sido en el sueño, al menos.

Y si funcionaba en el sueño, funcionaría también en la vida real.

Ronan frunció el ceño y leyó la traducción.

«Este testamento tendrá validez mientras no se sancione un nuevo documento».

Puso un dedo en el papel, para no perderse, y comparó. Como había calculado, la oración traducida era idéntica a la que cerraba el último párrafo. Sin embargo, ¿por qué había redactado su padre la misma frase en dos idiomas?

La esperanza —que no había identificado hasta notar que se le escapaba— se le

agotó. Había acertado respecto al misterioso idioma, pero erraba al considerar que habría un mensaje secreto. Y aun si lo hubiese, no era lo bastante inteligente para descifrarlo.

Cerró el cajón, dobló el testamento y se lo guardó en el bolsillo con el propósito de llevárselo. Al darse la vuelta con la caja rompecabezas en la mano, vio a Matthew en el umbral. Había llegado con tanto apresuramiento que se golpeó el hombro contra el marco de la puerta.

—Muy bonito —masculló Ronan.

Jadeante, Matthew sacudió una mano en el aire.

—Creo que hay alguien más.

Ambos miraron la puerta del sótano.

—¿En qué coche ha venido? —preguntó Ronan.

Matthew meneó la cabeza con decisión.

—No. Está en casa.

Era imposible. Aun así, a Ronan se le erizó el vello de la nuca.

Y entonces lo oyó, en la distancia, desde algún rincón de la casa:

Tic-tic-tic-tic.

El horror nocturno. Ronan no se lo pensó. Atravesó la estancia de un salto y arrastró a Matthew hacia el interior.

Se oyó un sonido de algo que rascaba el suelo en la zona de la cocina.

—¿Al sótano? —susurró Matthew, espantado.

Ronan no respondió. Cerró la puerta del cuarto de estar y giró sobre sí mismo para recorrer la habitación con la mirada.

—¡La silla! —siseó—. ¡Rápido!

Matthew localizó la silla a la que se refería su hermano, desvencijada y sin reposabrazos, y la llevó hasta la puerta. Ronan quiso usarla para bloquear el pomo, pero no lo consiguió. La silla no era lo bastante alta.

Tic-tic-tic-tic.

—¿Ronan? —murmuró Matthew.

Ronan saltó sobre tres viejas vasijas llenas de harina y aterrizó junto a un baúl de madera de cedro. Lo rodeó con los brazos y trató de empujarlo.

—Ven a ayudarme —gruñó. Matthew se le unió y apoyó el hombro contra el baúl.

Afuera, en el pasillo, unas uñas rayaban los tablones que forraban el suelo.

El baúl hizo un ruido sordo al topar con la puerta. En Monmouth, la estantería había demostrado ser lo bastante pesada para impedir que el horror nocturno entrara en el cuarto de Ronan, quien deseó que el baúl fuese igual de efectivo.

Desconcertado, Matthew vio a su hermano subirse al baúl. Ronan le rodeó la cabeza con los brazos y apretó. Luego lo apartó.

—Ve a sentarte con mamá —susurró—. No te busca a ti. Me busca a mí.

—Ro…

—Pero si no puedo con él, no lo dudes. Pelea.

Matthew retrocedió hasta el centro de la habitación, donde Aurora Lynch, quieta e imperturbable, ocupaba su sillón. Ronan le vio agacharse entre las sombras y tomar la mano de su madre entre las suyas.

No debía haberle pedido que lo acompañara.

La puerta se sacudió.

Sorprendido, Matthew dio un respingo. Aurora, en cambio, siguió como estaba.

Ronan asió el pomo para evitar que se moviera. Flotó en el ambiente un eco como de agua goteando desde un grifo.

La puerta volvió a recibir una embestida.

Una vez más, Matthew sufrió un espasmo. No obstante, el baúl aguantó la arremetida. Era pesado, y el horror nocturno no. La fuerza de este radicaba en el pico y las garras.

La puerta encajó tres nuevos golpes. Luego se hizo un largo silencio.

Tal vez el horror nocturno se había rendido.

Aun así, Ronan no había pensado en qué hacer a continuación. No debían abrir la puerta, dado que se arriesgarían a que el horror nocturno estuviera del otro lado. Sin embargo, Ronan podía salir solo; al fin y al cabo, el hombre pájaro lo buscaba a él. Odiaba la idea de abandonar a su madre y a su hermano, pero ambos estarían más seguros sin él.

Transcurrieron los minutos en silencio. Y entonces, una puerta se cerró en algún lugar de la casa.

Matthew y Ronan se quedaron mirándose el uno al otro. El sonido había sido pausado y comedido, y se parecía poco a lo que Ronan esperaría del horror nocturno.

Y, en efecto, unos pasos corrientes empezaron a acercarse por el pasillo. A Ronan se le vinieron a la mente muchas posibles explicaciones, y ninguna deseable. No había tiempo de mover el baúl ni de avisar al recién llegado de la proximidad de la pesadilla; si Ronan hablaba con él, lo pondría en peligro.

—Escóndete —le ordenó Ronan a Matthew.

Su hermano pequeño no se movía, de manera que lo agarró de la manga y lo separó de la figura estática de su madre. A duras penas consiguieron cobijarse los dos tras los rollos de paño que estaban en la esquina de la habitación. Unos ojos lo bastante perspicaces los descubrirían al momento, pero la penumbra los protegía, y aquello era mejor que nada.

Después de un rato, tras muchos crujidos y pasos que fueron sonando por la casa, alguien intentó abrir la puerta. Esta vez, estaba claro que se trataba de alguien y no de algo. Se oyó algo muy semejante a un suspiro humano y también un arrastrarse de suelas de zapato por el suelo.

Ronan se puso un dedo en los labios.

El visitante empujó la puerta, que cedió unos milímetros. Gruñó y volvió a empujar, y la puerta se abrió lo suficiente para dejar paso a una persona.

Ronan no acertaba a prever quién sería. La enfermera, quizá. O incluso Declan.

Pero quien estaba allí era un hombre apuesto, fibroso y vestido de gris. Ronan no lo conocía. Observó la estancia con una intensidad en la mirada tal que Ronan temió que los divisase. Sin embargo, el interés del hombre gravitó hacia Aurora Lynch, sentada en su sillón en el centro de la sala.

Ronan se tensó.

A la mínima, pasaría a la acción. No pensaba tolerar el mínimo roce…

No obstante, el Hombre de Gris no tocó a Aurora. En lugar de eso, se agachó junto a ella para contemplar su cara. Realizó un examen concienzudo y atento, que duró unos segundos. Examinó los cables y tubos que salían de los distintos aparatos y no estaban conectados a nada. Se rascó la mandíbula, estupefacto.

—¿Qué haces aquí encerrada? —preguntó tras unos momentos.

Aurora Lynch no contestó.

El Hombre de Gris se dispuso a marcharse, pero se detuvo. Había reparado en la caja rompecabezas, que se encontraba en la mesa. Se hizo con ella, la palpó por un lado y por el otro, probó a accionar los discos y observó los resultados.

Y se la llevó.

Ronan apoyó la frente en un puño. Quería ir tras el hombre y recuperar la caja, pero le parecía demasiado arriesgado. ¿Dónde encontraría una nueva caja rompecabezas? No estaba seguro de ser capaz de volver a soñar con una. Inquieto, se debatió entre salir corriendo o permanecer escondido. Matthew le puso una mano en el hombro.

Esperaron durante un rato largo, hasta oír un coche que maniobraba y se alejaba por el camino.

Se incorporaron. Matthew se pegó al costado de Ronan, quien, al verlo, recordó el modo de reaccionar de Sierra cuando tenía miedo. En otras circunstancias no lo habría tolerado, pero se dejó.

—¿Quién sería? —preguntó Matthew.

—No lo sé. Hay toda clase de cosas en el mundo. Larguémonos de aquí —respondió Ronan.

Matthew le dio un beso a su madre en la mejilla. Ronan se cercioró de que aún tenía el testamento en el bolsillo. Todavía le dolía haber perdido la caja rompecabezas, pero al menos conservaba el testamento, que, a su manera, era también un rompecabezas. Dos frases, dos idiomas. «¿Qué intentas decir, papá?».

—Adiós, mamá —le dijo a Aurora. Se metió una mano en el bolsillo para buscar las llaves. Tenía dos juegos: las del BMW y las del Camaro que había soñado—. Nos vemos.

33

En aquel instante, Richard Campbell Gansey III se hallaba a unos 150 kilómetros de su querido coche. Ataviado con una corbata roja y un traje de raya diplomática y corte regio, caminaba por la avenida de entrada de la mansión que su familia tenía en Washington. Lo acompañaba Adam, cuyo traje, de tonos oscuros, remarcaba la palidez de su rostro, extraño y bello. Obra del mismo sastre que confeccionaba las camisas de Gansey, el traje de Adam sería la sedosa armadura que le permitiría afrontar la noche que aguardaba por delante. Aquel traje era lo más caro que había poseído nunca y había supuesto invertir el sueldo de un mes en paño e hilo. Perfumaban el aire fragancias de teriyaki, Cabernet Sauvignon y gasolina de gama alta. Hacía un calor insoportable.

Se encontraban a ciento cincuenta y cinco kilómetros y varios millones de dólares de distancia del hogar en que Adam se había criado.

Revirada y circular, la avenida era un rosario de coches: berlinas negras, todoterrenos color caoba, biplazas plateados de tamaño ínfimo y cupés blancos con matrícula diplomática. Dos aparcacoches que habían agotado todas las opciones de aparcamiento se dedicaban a fumar y expulsar volutas de humo que flotaban sobre la carrocería de un Mercedes estacionado junto a la acera, negro y reluciente.

Gansey serpeó por entre los automóviles.

—Es una suerte que no hayamos tenido que preocuparnos de buscar sitio.

El viaje en helicóptero había dejado a Adam con el estómago medio revuelto. No le hacía especial ilusión volar ni que lo vieran llegar en helicóptero. Antes de marcharse, se había pasado media hora quitándose grasa de debajo de las uñas. ¿Era aquello un sueño o lo era su vida en Henrietta?

—Es una suerte —coincidió.

Salieron por la puerta de la casa dos hombres y una mujer. Sus manos trazaban figuras en el aire; su conversación los precedía convertida en fragmentos inconexos: «Ya se ha aprobado… Legislación… Maldito idiota… Y además, su mujer es un adefesio». Junto a ellos pasó un grupo de invitados que se metieron en el edificio hablando, por contraste, en voz baja. A través del umbral se adivinaba una profusión de trajes pantalón, collares de perlas, bolsos de Vuitton y metales preciosos. Muchos. Cientos.

—Dios mío —masculló Gansey con aire trágico, observando el panorama—. En fin. —Quitó de la chaqueta de Adam una mota de polvo imaginario y se colocó en la lengua una hoja de menta—. Ya es hora de que te vean la cara.

¿Y quiénes iban a verle la cara? Allí, en algún lugar, estaba la madre de Gansey, acogiendo con los brazos abiertos al hambriento y trajeado público capitalino para

ofrecer un lugar en el paraíso a cambio de votos. Y Gansey formaba parte de la imagen de marca; no había nada más adecuado para una carrera hacia el Congreso que la familia Gansey unida bajo un mismo techo. Porque aquellas perlas y corbatas formaban parte del séquito de embelesados que habrían de sufragar la campaña electoral de la señora de Richard Gansey II. Y aquellos tacones forrados de terciopelo y aquellos mocasines eran la aristocracia que habría de ofrecerle a Adam un puesto de escudero.

«Ya es hora de que te vean la cara».

Surcó el aire una carcajada aguda y confiada. El murmullo de la conversación se elevó para acogerla.

«¿Quién se cree que es esa gente para pensar que saben algo del resto del mundo?», se preguntó Adam.

Tenía que hacer lo posible para que aquellas ideas no se le notaran en la mirada. Si se recordaba que los necesitaba, que necesitaba a «aquella gente», si se recordaba que no se trataba más que de un medio para lograr un fin, se le haría más fácil.

Además, a Adam se le daba bien ocultar sentimientos.

Gansey saludó a los invitados que se encontraban junto a la puerta. Pese a las protestas de hacía un rato, estaba tan tranquilo como un león en el Serengueti.

—Vamos allá —dijo con voz solemne.

Y así, sin más, el Gansey con quien Adam se había relacionado —el Gansey por quien habría hecho cualquier cosa— se volatilizó, y ocupó su lugar aquel heredero de sangre azul que había nacido con un cordón umbilical de seda enrollado en el cuello.

Ante ellos se extendieron los interiores de la mansión de los Gansey. Estaba presente Helen, vestida de negro, hastiada e inalcanzable, con unas piernas más largas que la avenida de entrada. «¿Por quién brindamos? Brindemos por mí, por supuesto. Y, claro, también por mi madre». Estaban presentes el excongresista Bullock y también el señor John Benderham y señora, los donantes más importantes del undécimo distrito de la campaña republicana anterior. Por doquier había caras que Adam había visto en los periódicos y en la televisión. Apestaba a hojaldre y a ambición.

Hacía diecisiete años, Adam había llegado al mundo en una caravana. Aquella gente lo percibiría. Estaba seguro.

—¿Qué hacen por aquí un par de diablillos guapos como vosotros?

Gansey se rio ostentosamente. Adam se volvió, pero quien había hablado ya no estaba. Alguien le estrechó la mano a Gansey.

—¡Dick! Me alegro de verte.

En algún lugar sonó un violín. Por efecto de la acústica de la sala, dio la impresión de que el instrumento estaba encerrado en un sofá situado junto a la puerta. Un hombre de camisa blanca les ofreció unas copas de *ginger-ale*, dulce y fraudulento.

Una mano se estrelló en la nuca de Adam, que se estremeció. Se vio a sí mismo

tirado en el suelo frente a la casa de sus padres, clavando los dedos en la tierra. Por lo visto, no lograba dejar atrás Henrietta. Detectaba una imagen, una aparición que lo acechaba desde detrás de las cuencas oculares, pero la rechazó. No allí, no en aquel momento.

—¡La sangre joven siempre nos viene bien! —exclamó el hombre que le había dado una palmada en la nuca.

Adam estaba sudando y debatiéndose entre el recuerdo de un cielo estrellado y la noción del asalto al que estaba siendo sometido en aquel momento. Gansey retiró la mano del hombre del cuello de Adam y se la estrechó. Adam supo que estaba siendo rescatado, pero en la habitación había demasiado ruido y demasiada gente para demostrar gratitud.

—¡Y tan joven! —exclamó Gansey.

—Tenéis toda la vida por delante, malditos —comentó el hombre.

—Este es Adam Parrish —dijo Gansey—. Dale la mano. Es más inteligente que yo. Algún día montaremos una fiesta como esta en su honor.

De algún modo, Adam se encontró con que le habían puesto una tarjeta de visita en la mano y que alguien le había servido otra copa de *ginger-ale*; no, en realidad, de champán. Adam no bebía alcohol. Cuidadoso, Gansey le quitó el champán y dejó la copa en una mesa antigua con incrustaciones de marfil. Con un dedo, limpió una gota de vino tinto que manchaba la superficie. Alrededor, las voces luchaban entre sí, y fue la más grave la que se impuso. «Hace ocho meses estábamos en el mismo sitio que ahora con aquella campaña». Era un hombre con un enorme alfiler de corbata que estaba charlando con otro que se distinguía por la frente, descomunal y reluciente. «A veces, lo que hay que hacer es invertir dinero y cruzar los dedos para que la cosa eche a andar». Gansey saludó a unos y a otros con apretones de manos y golpecitos en la espalda. Logró que una mujer le dijese cómo se llamaba y después la convenció de que ya la conocía de otras ocasiones. Siempre se refería a Adam como «Adam Parrish». Y a él siempre lo llamaban «Dick». Adam se hizo con una colección entera de tarjetas de visita. Se golpeó la cadera contra un mueble con patas semejantes a las garras de un león; los cristales de la lámpara que estaba encima tintinearon. Le rozó el hombro un espíritu. No allí, no en aquel momento.

—¿Te diviertes? —le preguntó Gansey.

El propio Gansey no parecía estar divirtiéndose mucho, pero su sonrisa era a prueba de balas. Mientras bebía *ginger-ale* o champán, su mirada vagaba por la sala. Un camarero anónimo le llevó otra copa en una bandeja.

Continuaron los encuentros y las presentaciones. Después de saludar a veinte personas, Gansey era ya un tapiz viviente bordado de prestigio, el joven perfecto que Estados Unidos había estado esperando, el principesco y cultivado hijo de la señora de Richard Gansey II. La sala entera lo adoraba.

Adam se preguntó si habría allí, en aquella manada de ricos y poderosos, alguna sonrisa auténtica.

—Dick, por fin. ¿Tienes las llaves del Fiat? —Con unos zapatos de tacón negros que habrían pasado inadvertidos en cualquiera de las mujeres presentes, pero que en ella resultaban excitantes, Helen se aproximó y miró a los ojos a Gansey. Adam pensó que era la mujer que Declan siempre estaba buscando sin advertir que era de las que nunca se dejaban encontrar. Podías apreciar la belleza elegante y eficaz de un tren bala recién construido, pero solo un idiota aspiraría a ver correspondido aquel amor.

—¿Por qué iba a tenerlas? —preguntó Gansey.

—Oh, no lo sé. Es que todos los coches están bloqueados menos el Fiat. Los aparcacoches se han lucido. —Inclinó la cabeza hacia atrás y observó los árboles pintados que adornaban el techo; para Adam, los intrincados ramajes parecían estar en movimiento—. Mamá quiere que vaya a comprar bebida. Si vinieras, podría utilizar los carriles de alta ocupación y no perdería el resto del tiempo que me queda de vida en ir por vino. —Reparó en Adam—. Oh, Parrish. Te has aseado.

No pretendía herir con aquel comentario, de ningún modo, pero Adam notó que un alfiler se le clavaba en el corazón.

—Helen, cállate —dijo Gansey.

—Era un cumplido —pretextó Helen. Un camarero les sirvió una nueva ronda de bebidas.

«Recuerda por qué estás aquí. Haz lo que has venido a hacer y lárgate. No eres uno de ellos».

—No pasa nada —dijo Adam con voz monocorde tratando de disimular el acento.

—Lo que quería decir es que siempre lleváis el uniforme de Aglionby —explicó Helen—. No pretendía…

—Cállate, Helen —repitió Gansey.

—No te pongas conmigo como si tuvieras el síndrome premenstrual —replicó Helen—. Ya sé que darías cualquier cosa por estar en tu querida Henrietta.

Una expresión fugaz atravesó el rostro de Gansey. Su hermana lo había adivinado. Estar allí suponía un esfuerzo para Gansey.

—¿Y por qué no te has traído también al otro? —preguntó Helen. Sin embargo, antes de que Gansey pudiera responder, Helen se encontró con otra persona y se alejó de allí con la misma celeridad con la que había llegado.

—Qué idea tan aterradora —observó Gansey bruscamente—. Ronan en medio de este personal.

Durante una fracción de segundo, Adam lo vislumbró: las cortinas de brocado lamidas por las llamas, los emperifollados invitados cobijados bajo el clavicémbalo, chillando, y Ronan en medio de la barahúnda diciendo: «Que le den a Washington».

—¿Listo para el siguiente asalto? —le preguntó Gansey.

La velada no iba a terminar nunca.

Pero Adam siguió con los ojos abiertos.

Se bebió su *ginger-ale*. Quizá fuera champán; quizá no había bebido más que

champán. La fiesta se había convertido en una bacanal: fuegos fatuos titilando en lámparas decoradas con motivos de caza, carnes relucientes presentadas en fuentes de hiedra de plata entretejida, mujeres enjoyadas en rojo y verde. Los árboles pintados del techo se volvieron más tupidos y próximos. Adam se encontró agotado y tenso, encerrado en una dimensión que no estaba en ninguna parte. Nada era real excepto Gansey y él.

Ante ellos estaba una mujer que acababa de charlar con la madre de Gansey. Todas las personas que se acercaban a Gansey lo hacían después de haber conversado con su madre, de haberle dado la mano o, al menos, de haberla visto vagando entre las oscuras siluetas de los invitados. Todo aquello era una inmensa pantomima política en la que su madre era un espectro querido y a la vez huidizo; aunque todos recordaban haberla visto, nadie conseguía identificar en qué momento se había producido el encuentro.

—Has crecido mucho desde la última vez que te vi —le dijo la mujer a Gansey—. Debes de andar por los… —Mientras trataba de adivinar la edad de Gansey, la mujer titubeó. Adam supo que había percibido en él aquella extraña cualidad que lo hacía joven y viejo a un tiempo, que lo transformaba, alternativamente, en un recién llegado o en un veterano.

La salvó una mirada dirigida a Adam. Tras calcular a primera vista la edad de este, concluyó:

—¿Diecisiete? ¿Dieciocho?

—Diecisiete —convino Gansey con voz cálida. No bien lo hubo dicho, se puso de manifiesto que sí, que su edad era aquella. No tenía más que diecisiete años. En la cara de la mujer tomó forma algo parecido al alivio.

Adam notó la opresión de las ramas de los árboles; en un espejo con marco dorado situado a su derecha, distinguió por un momento su propia imagen y dio un respingo. Había algo raro, algo fuera de lugar, en el reflejo.

Estaba ocurriendo. «No, no puede estar pasando. No aquí, no ahora».

Una segunda mirada reveló una imagen más clara. Todo en orden. Por el momento.

—¿Puede ser que haya leído en el periódico que seguías buscando esas joyas reales? —le preguntó la mujer a Gansey.

—Bueno, en realidad estoy buscando a un rey —respondió Gansey, elevando el tono de voz para hacerse oír sobre el violín (o más bien, sobre los tres violines; según había dicho hacía un rato uno de los invitados, quienes los tocaban eran alumnos de Peabody). La música llegaba en oleadas, como si procediera de debajo del agua—. Un rey galés del siglo quince.

La mujer rio, encantada. Creía que Gansey estaba bromeando. Gansey se rio como si de verdad hubiese sido un chiste, con lo que se disolvió la incomodidad que pudiera haberse creado.

A Adam no se le escapó la maniobra.

Y allí estaba, al fin, la señora Gansey, asomándose al campo de visión de Adam como un sueño que acabara de materializarse. Como el propio Gansey, era tan intrínsecamente guapa como solo puede serlo alguien que siempre ha tenido dinero. Daba la impresión de que la fiesta habría tenido que ser en su honor en exclusiva. Era la reina indiscutible de la velada.

—Gloria —le dijo la señora Gansey a la mujer que había estado hablando con su hijo—, ese collar es precioso. Supongo que te acuerdas de Dick, mi hijo.

—Desde luego —contestó Gloria—. Es muy alto. ¿Te queda poco para ir a la universidad?

—Bueno… —De pronto, Gansey dudó. No llegó a ser una interrupción total, sino tan solo una grieta entre un segundo y el siguiente. En realidad, Adam apenas tuvo tiempo de percibir el hiato—. Disculpad, creo que he visto a alguien.

Adam lo miró a los ojos. En ellos palpitaba una incógnita. Su gesto le devolvió un mensaje complejo: no, no estaba bien, pero no, no había nada que Adam pudiera hacer para ayudarlo. Adam experimentó entonces una alegría breve y salvaje, pues el propio Gansey acusaba también el efecto de aquella gente; de aquella gente odiosa.

—Ah, sí, he visto a alguien. Tengo que dejaros —afirmó Gansey con la más delicada cortesía—. Lo lamento. Pero aquí se queda… Señora Elgin, este es un amigo mío, Adam Parrish. Tiene unas ideas bastante interesantes sobre los derechos de los pasajeros. ¿Ha pensado últimamente en los derechos de los pasajeros?

Adam intentó recordar la última ocasión en que Gansey y él habían hablado de los derechos de los pasajeros. Estaba bastante seguro de que la conversación había tenido lugar con una *pizza* tibia de por medio y de que guardaba alguna relación con que las microondas de los escáneres de cuerpo entero pudieran tener efectos negativos en las neuronas de quienes volaban en avión con frecuencia. Sin embargo, al haber visto a Gansey en acción durante la fiesta, estimó que el motivo de fondo consistía en vincular aquello con un problema político que solo su madre podría resolver.

—Pues no —dijo Gloria Elgin, un tanto pasmada—. Estos días, solemos ir en el Cessna de Ben. Pero me gustaría informarme sobre el tema.

La mujer se volvió hacia Adam y Gansey aprovechó para esfumarse.

Durante unos instantes, Adam estuvo callado. Él no era Gansey, él no deslumbraba; era un impostor con una copa de champán falso sostenida por una mano de polvo. Miró a la señora Elgin. Ella lo miró a él, pestañeando.

A Adam le asaltó la idea de que la estaba intimidando. Joven, marcial e impoluto, con aquel traje coraza y aquella corbata de color rojo, había obrado el mismo encantamiento con que Gansey actuaba en aquel tipo de situaciones. Quizá por primera vez en su vida, tenía ante sí a alguien que se rendía a su poder.

Pretendió conjurar la misma magia que Gansey había empleado durante la velada. La mente se le colmó de los murmullos que flotaban en la estancia, del burbujeo del champán en la copa, de la convicción de que lo que tenía delante era su futuro y solo

tenía que arponearlo.

«Estaba en un bosque. Lo seguían los susurros».

«No aquí».

—Antes, ¿prefiere que le rellene la copa?

Con la cara descompuesta de deleite, la señora Elgin ofreció su copa.

«¿No lo sabes?», se preguntó Adam. Porque al menos él sí percibía el olor a gasolina que le salía de debajo de las uñas. «¿No sabes lo que soy?».

No obstante, aquellos pavos reales estaban demasiado ocupados engañando para darse cuenta de que estaban siendo engañados.

Adam había olvidado por qué estaba allí. Estaba sucumbiendo a una alucinación en la que los invitados de carne y hueso estaban siendo suplantados por espectros.

«Porque Aglionby es esto», pensó, tratando por todos los medios de recuperar la cordura. «Esto es la plasmación de Aglionby en el mundo real. Así es como utilizas la educación por la que has luchado tanto. Así te abres camino en el mundo».

De pronto, un zumbido eléctrico inundó la sala. La iluminación perdió intensidad y las bombillas crepitaron. El tintineo de las copas cesó.

Y se hizo la oscuridad.

¿Estaba pasando de verdad?

«No ahora».

El sol ya se había puesto, y el interior de la mansión se hizo angosto y tenebroso. Las ventanas se volvieron rectángulos difusos que proyectaban una incierta claridad grisácea procedente del exterior. Los aromas, de pronto, ganaron fuerza: lilas, productos de limpieza, canela, moho. En la sala se propagaron unos ecos como de ganado revolviéndose en un establo.

Y en aquel breve lapso en el que las voces habían callado, en aquel silencio pasmado en donde no se oían ni carcajadas ni fórmulas de cortesía, se elevó en la oscuridad una melodía aguda; una melodía precisa y arcaica, cantada por un coro de gargantas femeninas. Puras y delicadas, comenzaron con apenas un murmullo que fue creciendo y creciendo hasta erigirse en un torrente de música. Adam tardó unos segundos en comprender que las palabras que entonaban estaban en otro idioma:

«*Rex Corvus, parate Regis Corvi*».

Adam se sintió cargado de electricidad de los pies a la cabeza.

Desde algún lugar entre las sombras, Gansey también lo estaba oyendo. Adam lo presentía. Aquellas voces eran tan verdaderas que los demás sucesos de la jornada se volvían falsos. Adam se acordó súbitamente de la sensación de sentir, de ser real, de ser Adam en lugar de «un amigo mío, Adam Parrish, al que espero que le dé una tarjeta de visita». Apenas lograba creerse la infinita diferencia que había entre lo uno y lo otro.

Las luces volvieron a encenderse. Las voces de los invitados volvieron a cacarear.

Sin embargo, Adam continuó incrustado en la oscuridad.

—¿Qué idioma era ese? —preguntó Gloria Elgin tocándose el cuello con la mano.

Adam se fijó en la línea de maquillaje que le marcaba la mandíbula.

—Latín —le respondió, tratando de localizar la cara de Gansey entre el gentío. El corazón aún le latía aprisa—. Era latín.

«El Rey Cuervo, dejad paso al Rey Cuervo».

El Rey Cuervo no era otro que Owen Glendower. Abundaban las leyendas que aseguraban que Glendower conocía el lenguaje de los pájaros; que los cuervos compartían con él sus secretos.

—Habrá sido una caída de tensión —comentó Adam. Le pareció que las tarjetas de visita que tenía en el bolsillo se habían vuelto irrelevantes. Lo único importante en aquel momento era encontrar a Gansey. ¿Dónde estaba?—. Es lo que pasa cuando todo el mundo enciende el aire acondicionado al mismo tiempo.

—Debe de ser eso —convino Gloria Elgin, más tranquila.

Adam captó retazos de conversaciones: «¡Menudo humor que tienen los chicos de Peabody…! Me tomaré otro de esos bocaditos de gambas… ¿Qué decías…? ¿Y qué fue lo que hiciste cuando se agrietó el mármol?».

Gansey estaba allí, del otro lado de la sala. Sus ojos toparon con los de Adam y le sostuvieron la mirada. Aunque las luces estuvieran de nuevo encendidas y los cantos hubiesen cesado, Adam aún podía sentir el poder de la línea ley, que le pasaba por debajo de los pies y marcaba el camino hasta Henrietta. Los invitados ya se habían olvidado del asunto y seguían adelante con la velada, pero Adam no. Y tampoco Gansey. Eran los únicos que estaban de verdad vivos.

«¿Te das cuenta?», quiso gritar Adam. «Por esto mismo hice el sacrificio».

Así encontraría a Glendower.

34

El interior del Camaro olía a asfalto y a deseo, a gasolina y a sueños. Sentado al volante, Ronan escudriñaba la noche. Las farolas cercaban la carretera y formaban un flujo de reflejos en el naranja del capó. A un lado y a otro se perdían en las tinieblas los estériles y silenciosos concesionarios de coches.

Ronan estaba tan famélico como la noche.

El semáforo imprimió en el salpicadero un resplandor que viró del verde al amarillo y luego al rojo. En el resquebrajado espejo del copiloto, Noah se revolvió inquieto. Miró hacia atrás en busca de policías. Ronan se lamió los dientes.

—Cuánto tiempo, Noah —dijo. Llegaban a percibirse todos y cada uno de los latidos del corazón, todos y cada uno de los bombeos de sangre recorrían sus venas —. Me alegro de verte.

«Esto es por mí», pensó. Colgadas del contacto, las llaves vibraban y se golpeaban entre sí. «He hecho que pasara esto».

Como siempre, Kavinsky se retrasaba. Pero Ronan disfrutaba de la inactividad; como le gustaba decir, el tiempo era oro, y tenía mucho tanto de lo uno como de lo otro.

—Lo he intentado —afirmó Noah—. No quiero verte morir.

Sin decir palabra, Ronan tocó los números grabados en la palanca del cambio de marchas. El motor le sacudía los pies a través de los pedales. El agrietado plástico de la tapicería le formaba un emplasto de sudor en la espalda. Si había algo en el Camaro que hubiera sido diseñado para aumentar la comodidad de sus ocupantes, había desaparecido tras cuarenta años de uso.

El reloj del salpicadero no funcionaba, pero el velocímetro sí. El suspiro que brotaba de las toberas de ventilación era débil, en contraste con el potente tableteo de los pistones. Deshaciéndose poco a poco bajo el capó, aquel motor era la orquesta más ruidosa del mundo. Según el velocímetro, la velocidad máxima era de 230 kilómetros por hora; una locura. El coche era un peligro, una centella.

—Iré a buscar a Gansey —amenazó Noah.

—No creo que puedas.

—¿Cuánto tardará Kavinsky en llegar?

—Noah —musitó Ronan con ternura, cubriendo con los dedos la mano de Noah, helada tras siete años de muerte—, estás empezando a cabrearme.

Unos faros surcaron el ancho del espejo retrovisor. Diecisiete minutos después de la hora convenida, Kavinsky hacía acto de presencia.

A través del espejo, Ronan divisó un Mitsubishi blanco que iba perdiendo velocidad. Su negra boca bostezaba; el cuchillo del costado era el mismo que había

distinguido en el coche anterior de Kavinsky.

El Mitsubishi se detuvo junto al Camaro. La ventanilla del pasajero descendió. Kavinsky llevaba puestas las gafas de montura blanca.

—Lynch, capullo —dijo a modo de saludo.

No le dirigió la palabra a Noah; probablemente, no podía verlo. Para corresponderle, Ronan levantó una mano y le enseñó un dedo enhiesto. Un acto reflejo.

Kavinsky observó a Pig con admiración.

—Estoy impresionado.

«Esto ya lo he soñado». Ronan quiso decírselo a gritos.

Pero, en lugar de eso, hizo un gesto con la barbilla para señalar el Mitsubishi. Costaba creer que fuese de verdad. Kavinsky tenía que haberse puesto a buscar reemplazo para el anterior nada más levantarse. ¿Y el cuchillo? Quizá lo hubiese hecho él mismo, aunque era bastante improbable.

—Bien por ti —dijo Ronan.

—Ya, pero yo tampoco he venido con las manos vacías. ¿Te gusta?

A Ronan le tembló la mano con que asía el cambio de marchas. En el espejo retrovisor aparecieron más pares de faros; la jauría de Kavinsky.

Tras los cristales tintados, las caras de los conductores permanecían en el anonimato, pero Ronan conocía los coches: el Supra de Jiang, el RX-7 de Skov y los dos Golf de Swan y Prokopenko. Ya los había ganado a todos.

—Te has traído a toda la familia —observó Ronan. En pocos minutos, los recién llegados se dispersaron en busca de policías. Al primer indicio de un radar, Kavinsky recibiría aviso y se largaría antes de que el asfalto se hubiese enfriado.

—Ya me conoces —dijo Kavinsky, encandilado—. No me gusta andar solo. Bueno, ¿qué me dices? ¿Le vas a hacer el honor a la dama en la que estás sentado, o te vale solo con hacer manitas?

Ronan alzó una ceja.

—Ronan, no lo hagas —murmuró Noah—. Gansey te matará. Ronan…

Ronan se acercó a la ventanilla y dijo:

—¿Piensas correr con esas gafas de sol puestas, macarra de mierda?

Kavinsky asintió lentamente con la cabeza mientras se frotaba la muñeca con la parte alta del volante. Al responder, pareció aburrido o cansado.

—Lo que no acabo de entender —dijo al tiempo que el semáforo se ponía en rojo y el resplandor resultante se reflejaba en el parabrisas— es quién se pone encima, si tú o Gansey.

En las entrañas de Ronan se abrió paso un fuerza oscura, lenta y perversa. Adoptó un tono de voz que era como un chorro de cianuro y queroseno.

—Mira, lo que va a pasar aquí es lo siguiente: voy a hacer que ese cochecito en el que vas muerda el polvo, y luego me voy a bajar del mío y te voy a partir el alma.

—No es por nada, tío, pero tengo aquí trescientos veinte caballos de potencia que

indican que te equivocas —replicó Kavinsky acariciándose el cuello. Llevaba una camiseta sin mangas que le dejaba al descubierto los hombros, toscos como los de un cadáver—. Pero tú sigue soñando.

Cerró la ventanilla. Apenas visible tras el tinte del cristal, arrojó las gafas de sol al asiento del copiloto.

El mundo se resumió en el semáforo que colgaba por encima de los dos coches.

—Ronan —dijo Noah—, tengo un mal presentimiento.

—No me extraña. Estás muerto —respondió Ronan.

—Esa es la clase de broma que solo tiene gracia entre los vivos.

—Pues es una suerte para mí, porque lo estoy.

—De momento.

«Espera al verde». Los ojos de Ronan no se centraron en el semáforo que tenía delante, sino en el que estaba en la calle transversal. En cuanto allí brillara el ámbar, contaría un par de segundos y arrancaría.

Ronan levantó el pie del embrague, pisó el acelerador y dispuso el coche para la galopada. La aguja de las revoluciones se mantenía justo por debajo de la línea roja. El motor rugía lleno de vida. El estruendo ahogó el pulso de Ronan. El humo del escape penetró en el coche por las ventanillas. Pig aullaba de tal manera que apenas se oía el Mitsubishi de Kavinsky.

Por un segundo, Ronan se permitió pensar en su padre y Los Graneros, y en los sueños cargados de cosas imposibles que había tenido. Se permitió pensar en aquella parte de sí mismo que era una bomba cuya mecha, ardiendo deprisa, estaba casi consumida.

El semáforo de la calle transversal seguía en verde. El que tenían encima continuaba en rojo como una advertencia.

La impaciencia estaba devorando a Ronan.

El semáforo de la calle transversal se puso en ámbar. Un segundo. Ronan se preparó para soltar el embrague. Otro segundo. Asió con fuerza la palanca de cambios.

Verde.

Los dos coches salieron catapultados hacia delante. Los acompañó un rugido atronador, un rugido interminable; y de pronto, extrañamente, una carcajada gutural. De Kavinsky.

Una marcha. Después, otra.

De inmediato, el Mitsubishi se adelantó varios metros. A uno y otro lado de la calle, las farolas corrían veloces enviando espasmos de luz que medían la vertiginosa carrera.

Luz.

Bache.

Luz.

Pegatina de Aglionby en el salpicadero.

Luz.

Los ojos de Noah saliéndose de sus órbitas.

El cuerpo electrificado.

El Camaro alcanzó al Mitsubishi, tal y como Ronan esperaba. Girando al máximo en segunda, el motor se desgañitaba. Y entonces, allí estaba. En algún punto entre la segunda y la tercera, vibrando a 5.000 revoluciones por minuto, la pura felicidad. Aullando con los miles y miles de diminutas explosiones que se producían bajo el capó, había un lugar en el que Ronan sintió una alegría primitiva, un lugar vacío y estático en su corazón donde no necesitaba nada más.

El Mitsubishi se quedaba atrás. Kavinsky, como siempre, se había equivocado al pasar de tercera a cuarta.

Pero Ronan no.

Y una marcha más.

El motor bramó como si fuera la primera vez. Aquel coche era la religión de Gansey, y Ronan lo consideró un dios digno. Estaba venciendo al Mitsubishi. Iba ya muy por delante. Kavinsky no podía hacer nada para remediarlo.

En el interior de Ronan no había nada. Gloriosamente, nada de nada. Y nada más.

Pero…

Algo marchaba mal.

Kavinsky bajó la ventanilla. Sacó la cabeza para encontrarse con la mirada de Ronan en el espejo retrovisor. Gritó algo. Las palabras se perdieron en el estruendo, pero su significado se hizo patente. Los labios de Kavinsky se deleitaron en una eme y en una erre; estaba mandando a Ronan a cierto lugar hediondo.

El Mitsubishi ganó velocidad y pasó junto al Camaro como una exhalación. Los destellos de las farolas culebrearon por los cristales tintados y cayeron en el hueco de asfalto que crecía entre los dos coches.

Era imposible.

Ronan engranó una nueva marcha, la última. El pedal del acelerador a tope. Todas las piezas del Camaro a punto de saltar por los aires.

Pero el Mitsubishi continuaba distanciándose. Kavinsky alzó una mano y agitó el dedo corazón en el aire.

—¡No me lo creo! —gritó Noah.

Ronan conocía todos los datos que había que conocer. Había conducido el Camaro. Estaba al tanto de las características del coche de Kavinsky, al cual ya había superado en otras ocasiones. El estupor empezó a extenderse por su cuerpo como sangre penetrando en una extremidad entumecida.

Blanco como un colmillo, el Mitsubishi, por delante, se tragaba la oscuridad. Era tan rápido que no parecía un coche. Era tan rápido que lo suyo no era la velocidad, sino la distancia. Como un avión que estuviese en un punto y de pronto, en un abrir y cerrar de ojos, estuviera en otro. Como un cometa que atravesara el cielo de un extremo a otro de un solo salto. El Mitsubishi había estado allí, a la altura del

Camaro, pero ya no estaba.

En realidad, se había alejado tanto que el único motor que se oía era el del Camaro. Las farolas derramaban chispas de luz que caían como lluvia para disiparse al entrar en contacto con el asfalto.

Hacía tan solo un mes, Ronan había aniquilado al Mitsubishi en un coche bastante menos potente que el Camaro. No había explicación que permitiera entender por qué el coche de Kavinsky tiraba de aquella manera.

Por encima, las farolas parpadearon y se apagaron. El Camaro olía a horno. Las llaves tintineaban en el contacto, metal contra metal. Muy despacio, Ronan empezaba a entender que acababa de recibir una paliza.

Pero aquello no debía terminar así. Ronan había soñado con las llaves, se había hecho con el Camaro, había cambiado de marcha en el momento justo, a diferencia de Kavinsky.

«He soñado con esto».

—Se ha acabado, ¿no? —dijo Noah—. Ya te puedes parar, ¿verdad?

El sueño languidecía. «Como pasa con todos los sueños», pensó Ronan. Su felicidad se estaba disolviendo como plástico en ácido.

—Para —insistió Noah.

No quedaba sino parar.

Pero en ese instante, un horror nocturno aterrizó en el techo del Camaro.

Ronan pensó en la pintura; Pig era un cacharro inservible, pero su pintura estaba impecable. Entonces, una garra atravesó el cristal del parabrisas.

Sueño o realidad, el horror nocturno quería algo: quería matar a Ronan.

35

—¡Ronan! —aulló Noah.

Ante ellos se extendía la carretera, negra y desolada. Ronan le dio un pisotón al acelerador. El Camaro respondió con un rugido brusco y entusiasta.

Noah estiró el cuello.

—¡No vale de nada!

En el parabrisas se estaba formando una red de grietas circulares cuyo centro se encontraba en el punto en el que la garra del horror nocturno había atravesado el cristal. Ronan giró el volante a un lado y a otro. El Camaro se tambaleó con violencia y amenazó con derrapar.

—Mierda —murmuró Ronan luchando por recuperar el control del coche. Aquello no era el BMW. La dirección del Camaro dejaba mucho que desear.

—¡Sigue ahí! —indicó Noah.

El Camaro se sacudió y el tren trasero perdió agarre.

Los ojos de Ronan volaron al espejo retrovisor. Había un segundo hombre pájaro aferrado al portón del maletero.

La situación empeoraba.

—¡Podrías ayudar! —protestó Ronan.

Frenético, Noah puso las manos en la manivela de la ventanilla, las colocó luego en el asiento y finalmente las posó en el salpicadero. Saltaba a la vista que no se atrevía a hacer lo que creía que había que hacer.

Se oyó una especie de chirrido. Resultaba difícil saber si era un clavo arañando el metal o un alarido de los horrores nocturnos. En todo caso, bastó para que a Ronan se le erizara el vello.

—¡Noah, venga!

Noah desapareció.

Ronan registró el habitáculo con la mirada.

Con un gran estruendo, la esquina derecha inferior del parabrisas se rompió y cayó en el salpicadero. Una garra penetró en el habitáculo.

—¡Frena! —gritó Noah.

Ronan hundió el pedal del freno. El automóvil iba demasiado lanzado, poseía unos frenos demasiado potentes y resultaba demasiado difícil de controlar. Dio varios bandazos y continuó hacia delante. El volante no servía de nada.

Noah y una figura negra salieron despedidos hacia delante y rodaron por el costado izquierdo del capó. La rueda del coche les pasó por encima.

No había tiempo para ver qué había sido de ellos. «Noah ya está muerto. No le pasará nada», se dijo Ronan, frenético. El Camaro iba a salirse de la carretera.

Un olor a goma y a pastillas de freno impregnó el vehículo. El accidente fue sin colisión. La carretera se quedó a la derecha y el coche siguió recto.

«No».

Dolorosamente consciente de cada uno de los detalles, Ronan vio el poste de la compañía telefónica justo en el momento en que chocaba la puerta del copiloto.

El sonido no fue suave. Nada parecido al ruido de aquellos dos coches al chocar en la fiesta de Kavinsky. Fue un sonido de metales desgarrándose. De cristales rompiéndose en pedazos. De un puño de cemento que se hundió en el costado de Ronan.

Después, todo terminó.

Se hizo el silencio. Ronan no sabía si había apagado el motor o si se había calado. La puerta del copiloto estaba hundida hasta el punto de que casi rozaba la palanca de cambio. La guantera se había abierto y había vomitado todo su contenido en el asiento, incluyendo uno de los inyectores de epinefrina de Gansey.

Poco a poco, se hacía evidente que todo se había ido al traste.

Tic-tic-tic-tic.

Cabeza abajo, el segundo horror nocturno miró a Ronan. Se hallaba en el techo, observando el habitáculo a través del parabrisas. Ronan distinguió cada una de las escamas que le rodeaban los ojos, de hoscas pupilas rojas. La criatura probó a golpear el parabrisas y a apoyarse en él. El cristal cedió unos milímetros por las juntas. Si el ser cargaba un poco más de peso sobre él, se vendría abajo.

—Haz algo —dijo Noah, quien, agotada su energía, no era más que una voz.

Pero el impacto había noqueado a Ronan. Le pitaban los oídos.

El hombre pájaro siseó.

Ronan lo supo. Supo lo que siempre había sabido: que pretendía matarlo.

En los sueños no importaba.

Pero no estaba soñando.

El horror nocturno levantó la cabeza al ver que un coche hacía un trompo junto al Camaro. Fue una maniobra *sexy*, visceral y elegante, realizada por un Mitsubishi blanco que se quedó atravesado frente a los faros del Camaro.

El horror nocturno descendió hasta el capó y saludó al recién llegado con un siseo.

Orientada hacia el Camaro, la ventanilla del lado del conductor descendió. Tras ella estaba Kavinsky con la cara oculta tras las gafas de sol. Kavinsky se agachó para recoger un objeto de debajo del asiento, lo levantó y lo orientó hacia el horror nocturno. A Ronan le hicieron falta unos segundos para descubrir de qué se trataba. Era una pistola pequeña y reluciente.

Ronan se metió debajo del salpicadero y se agachó cuanto pudo.

Kavinsky abrió fuego. El primer disparo hizo que cesara repentinamente el siseo de la criatura. Con el segundo, su cuerpo cayó en el capó con un ruido sordo. Pese a que ya no se movía, Kavinsky le pegó cuatro tiros más, y la sangre salpicó la zona

alta del parabrisas del Camaro.

A partir de entonces, lo único que se oía era el motor del Mitsubishi. Ronan regresó al asiento con cautela.

Kavinsky continuaba apoyado en el marco de la ventanilla, con el arma colgada de la mano. Parecía estar pasándoselo en grande o, como mínimo, no tener demasiadas preocupaciones.

Ronan se vio en la obligación de recordarse que estaba despierto. No era que se sintiese dormido, sino que lo sucedido se asemejaba demasiado a los avatares de un sueño. Abrió la puerta —ya que no tenía sentido seguir en el Camaro, dado su calamitoso estado— y se apeó.

De pie sobre el asfalto, observó el horror nocturno, que yacía sobre el morro del Camaro, y después miró a Kavinsky.

—Ánimo, Lynch —dijo Kavinsky.

Kavinsky volvió a meter la cabeza en el habitáculo, y, por un momento, Ronan temió que estuviera por marcharse. No podía considerarlo un aliado, pero al menos era un ser humano, estaba vivo y acababa de salvarle la vida. Ocurrió que tan solo se proponía guardar la pistola y retirar el Mitsubishi del carril para estacionarlo en el arcén.

Pisando los añicos de cristal esparcidos por el suelo, Kavinsky se reunió con Ronan junto al Camaro.

—Tu cochecito ha quedado hecho una mierda —celebró.

Tenía razón. Las suaves líneas que Ronan había acariciado hacía tan solo unas horas eran ahora un amasijo de metal abrazado al poste de la compañía telefónica. Una de las ruedas se había soltado y se encontraba en una zanja situada a unos metros. Incluso el olor que flotaba en el aire hablaba de desastre: olía a productos químicos derramados y a plástico quemado.

Ronan se rascó la parte posterior de la cabeza. Se sentía como si el corazón fuera a hundírsele en las entrañas, como si estuviera derrumbándosele, membrana tras membrana.

—Me va a matar. Joder, me va a matar.

Kavinsky señaló el cuerpo del horror nocturno.

—No, tío. Lo que iba a matarte es eso. Gansey lo entenderá. No quiere acostarse solo.

De repente, Ronan no pudo soportarlo más. Agarró a Kavinsky por los tirantes de la camiseta y lo empujó.

—¡Basta! No estamos hablando de tu puñetero Mitsubishi. No puedo levantarme mañana como si tal cosa y comprarle otro igual.

Con gesto de suficiencia, Kavinsky se desprendió de las manos de Ronan. Este se puso a dar paseos hacia un lado y hacia otro con las manos en la cabeza, escudriñando la carretera para ver si se acercaba algún otro coche. Por mucho que pensara sobre el asunto, no encontraba el modo de solucionarlo.

—Mira, Lynch —dijo Kavinsky—. Es fácil. Vamos a ver si lo que te voy a decir te entra en esa cabezota de celta. ¿Qué hizo tu mamaíta cuando se te murió el pez de la pecera?

Ronan dejó de caminar.

—Ya te lo he dicho. Esto no es como lo del Mitsubishi. Puedo comprarle otro, pero no el mismo. Y él no quiere otro. Quiere este.

—Voy a intentar que no se me agote la puñetera paciencia —repuso Kavinsky—. Voy a tener en cuenta que te has golpeado la cabeza. No estás prestando atención a lo que te digo.

Ronan hizo un aspaviento para señalar a Pig.

—No es un pez de pecera.

—Pero mira que os gusta el drama. Voy a abrir el maletero y vamos a meter esa cosa. Y después iremos a dar una vuelta y a usar el sentido común.

Ronan se le quedó mirando con desconfianza.

—Oye, te estoy dando una oportunidad. Súbete al coche antes de que cambie de idea.

Ronan no tenía otra alternativa. Se subió al coche.

36

Transcurridas varias horas de fiesta, Gansey y Adam se hallaban en el pasillo del ala norte de la mansión, entre las escaleras de la cocina y la antigua habitación de Gansey. El estrépito de las voces de los invitados llegaba hasta allí convertido en un murmullo. Adam no sabía cómo se encontraría Gansey, pero él, desde luego, estaba borracho. O, al menos, tenía un regusto a champán en la boca, y la realidad circundante se le aparecía roma y sombría. Hasta entonces, nunca se había emborrachado. Ya lo había hecho su padre por él.

Cubría el suelo que pisaban una larga alfombra persa de color púrpura, y tenían al alcance de la mano una mesa abarrotada de figuras que representaban distintas escenas de caza. De la pared colgaba un espejo antiguo habitado por unas reproducciones de Adam y Gansey teñidas de dorado. En el reflejo, la línea de la boca de Gansey, por lo común firme, se curvaba de modo preocupante.

—¿Te imaginas crecer en un lugar así? —preguntó Gansey con aire trágico aflojándose el nudo de la corbata.

Adam omitió que, en realidad, no había dejado de pensar en ello.

—Ojalá pudiéramos volver mañana —dijo Gansey—. Me gustaría coger el coche e ir a ver si Cabeswater vuelve a estar en su lugar.

Al oír la palabra «Cabeswater», el cuello de Adam sufrió una sacudida, como si un dedo malicioso hubiese pulsado un tendón tirante y ansioso. Intentó abrirse paso una nueva imagen, un parpadeo, y Adam entrevió con el rabillo del ojo a un hombre que estaba de pie junto a él, mirándolos en el espejo. Mirada triste y sombrero hongo. «¿Por qué no?», pensó Adam, enfadado. «¿Por qué demonios no? *Rex Corvus*. No pienso volver a beber nunca más».

—No estás borracho —indicó Gansey—. Solo era *ginger-ale*. Mira qué caras tenemos. Nos hacemos mayores.

—¿Cuándo nos hemos hecho mayores?

—Ahora mismo. Nos hacemos mayores constantemente. Adam… Adam, ¿es esto lo que quieres? ¿Esto? —Efectuó un gesto con el que abarcó la mansión, como si quisiera arrancársela de sus propias entrañas.

—Lo que quiero es salir de Henrietta —respondió Adam.

Aunque fuera cierto, sabía que decirlo era una crueldad. Porque, como no podía ser de otro modo, Gansey diría que…

—Pues yo no.

—Ya sé que tú no. Mira, no es que pretenda… —Iba a decir «dejarte atrás», pero, a pesar de los efectos del champán, le pareció demasiado.

Gansey soltó una carcajada sarcástica.

—Soy un pez que ha olvidado cómo respirar bajo el agua.

Sin embargo, Adam estaba pensando en otra cosa: Gansey y él viajaban por sendas perpendiculares, no paralelas, y al cabo de un tiempo tendrían que seguir caminos diferentes. Cuando llegasen a la universidad, probablemente. O si no entonces, más adelante. En el interior de Adam crecía la tensión, igual que le ocurría a veces por las noches, cuando deseaba salvar a Gansey o incluso ser Gansey.

Gansey se volvió hacia él. El aliento le olía a menta y a champán, pero sobre todo a menta.

—¿Por qué fuiste a Cabeswater sin mí, Adam? —preguntó.

Al fin. Allí estaba la pregunta.

La verdad era compleja. Adam se encogió de hombros.

—No —dijo Gansey—. No me vengas con eso.

—No sé qué decirte.

—¿Qué tal la verdad?

—No sé cuál es la verdad.

—No te creo —replicó Gansey. Estaba empezando a utilizar aquella voz, la voz de Richard Gansey III—. Uno no hace cosas sin saber por qué las hace.

—Puede que todo eso te funcione con Ronan —repuso Adam—, pero conmigo no sirve de nada.

El Gansey del espejo se rio sin ganas.

—Ronan nunca se llevaría mi coche. Nunca me mentiría.

—Venga, Gansey. Yo no te he mentido. Tenía que hacer algo o, de lo contrario, Whelk se haría con el control de la línea ley —Adam miró hacia las escaleras y la fiesta como queriendo volver a oír los cánticos en latín—. Sería él quien habría oído esas voces. Hice lo que tenía que hacer.

—Esa no es la cuestión. La cuestión es la siguiente: aquella noche. Tuviste que pasar junto a mí para marcharte. Es como si te encantara el papel de enfrentarte al mundo tú solo.

Sí, a Adam le gustaba enfrentarse al mundo él solo. Criado entre algodones y cortesanos, Gansey nunca sería capaz de entenderlo.

—¿Qué quieres que te diga, Gansey? —Adam estaba acalorándose.

—Quiero que me digas por qué. Llevo semanas defendiéndote ante Blue y Ronan.

La noción de que su comportamiento pudiera ser un tema de conversación enfureció a Adam.

—Si los demás tienen un problema conmigo, lo que tienen que hacer es tratarlo conmigo.

—Basta, Adam. Esa tampoco es la cuestión. Lo único que pretendo es… que me prometas que no lo volverás a hacer jamás.

—¿Qué es lo que no tengo que volver a hacer? ¿Actuar por mí mismo, sin pedirle permiso a nadie? No estoy a tus órdenes.

Se hizo una pausa que quedó ocupada por los tintineos de las platas y los

cristales. Alguien se rio en la distancia.

Gansey se limitó a suspirar.

Y aquello fue la gota que colmó el vaso. Porque en aquel suspiro no había un indicio de compasión. Había un cargamento.

—No empieces —explotó Adam—. Ni se te ocurra.

Aquello no era un cambio de humor. Adam no había pasado de la normalidad a la ira. Ya estaba furioso, y la furia no había hecho más que oscurecerse del todo.

—Mírate, Adam —Gansey levantó una mano como queriendo presentar la prueba uno del sumario: Adam Parrish, el impostor—. Tú mírate.

Adam se descubrió harto de los invitados de la fiesta, harto de su falso civismo, harto de los brillos y los ornamentos, harto de la pantomima. Hizo un esfuerzo para encontrar las palabras adecuadas.

—Tienes razón. «Mira a Adam. Qué desastre. ¿Qué te parece a ti que pretendía darnos a entender al activar la línea ley por su cuenta? Pues no lo sé, Ronan. Pero es mejor no preguntárselo». ¿Qué opinas de eso, Gansey? No tenía que ver contigo. Hice lo que hice porque era lo que había que hacer.

—Por favor, no me mientas. Había muchas alternativas.

—Pero tú estabas de brazos cruzados. Mira: o quieres encontrarlo o no quieres encontrarlo. —Había algo bruscamente liberador en el hecho de pronunciar aquellas palabras en voz alta, de exponer de una vez por todas lo que pensaba. Gritó—: Y tú no lo necesitas. Pero yo sí. No pienso quedarme a la espera mientras otro se lleva el gato al agua.

Los ojos de Gansey volaron hacia el fondo del pasillo y volvieron a detenerse en Adam. «Eso, Gansey, preocúpate de que nadie se entere».

—Glendower no era tuyo, Adam —murmuró Gansey—. Fui yo el que empezó a buscarlo.

—Tú nos incluiste en la búsqueda. Tus razones tendrías. La responsabilidad es tuya.

Gansey puso un dedo en el pecho de Adam.

—¿La responsabilidad de qué, Adam? ¿De lo que ha pasado? No lo creo.

Adam sujetó a Gansey por la muñeca. Hubo violencia en su gesto. La tela de la manga del traje de Gansey resbalaba como si estuviera ensangrentada.

—No pienso ser tu esbirro, Gansey. ¿Era eso lo que pretendías? Si querías que te ayudase a encontrar a Glendower, debiste tener en cuenta que lo haría a mi manera.

Gansey forcejeó para desembarazarse de la mano de Adam. Una vez más, echó un vistazo hacia el fondo del pasillo.

—Deberías verte la cara en el espejo.

Adam se mantuvo impertérrito.

—Si lo hacemos, lo hacemos como iguales —dijo.

Gansey miró por encima del hombro con aire furtivo. Hizo un gesto como insinuando que debían bajar la voz.

—¿Y ahora qué? —inquirió Adam—. ¿Te da miedo que nos oiga alguien? ¿Te da miedo que alguien descubra que en el mundo de Dick Gansey no todo es perfecto? ¡Qué falta les haría a todos esos una buena dosis de realidad!

—Adam…

—No necesito tu sentido común, Gansey —afirmó Adam—. No me hace falta que seas mi niñera. Entré en Aglionby sin tu ayuda. Me gané a Blue sin tu ayuda. Activé la línea ley sin tu ayuda. No acepto tu compasión.

Gansey, al fin, se quedó sin habla. Se apoderó de él un ensimismamiento que le tomó la mirada, la expresión de los labios y la alzada postura de la barbilla.

No dijo nada. Se limitó a sacudirse la manga por la que lo había agarrado Adam y a deshacer las arrugas. Tenía el ceño fruncido como si la maniobra requiriese toda su atención. Luego se alejó.

En el espejo, la soledad de Adam quedó interrumpida por la aparición de un espectro que solo él pudo ver. Estaba gritando, pero no emitía sonido alguno.

37

El sueño era así: Ronan instalado en el asiento del copiloto del Mitsubishi con el olor del accidente todavía en la ropa, las luces blancas del cuadro de mandos esculpiendo el rostro demacrado y salvaje de Joseph Kavinsky, una voz seductora escupiendo la letra de una canción desde los altavoces de la radio, la mano de Kavinsky surcada de venas en la palanca del cambio de marchas. El aroma del habitáculo era dulce y extraño, era embriagador y placentero. Incluso el tacto del asiento provocaba extrañeza; envolvía los hombros y las piernas de Ronan y lo arrastraba hasta el fondo del coche como una trampa. Los baches hallaban un camino directo para transmitir sus sacudidas a los huesos de Ronan, que notaba con precisión e inmediatez cada una de las irregularidades del asfalto. Un toque de volante bastaba para que el habitáculo virara hacia un lado o hacia otro. Un frenesí: el coche parecía construido para alimentarse de él y también para alentarlo.

Ronan no sabía si estaba disfrutando o sufriendo.

No hablaban. Y mejor que fuese así, ya que Ronan no tenía nada que decir. Lo embargaba la sensación de que podía ocurrir cualquier cosa. Los secretos parecían a punto de descubrirse.

Kavinsky conducía. Dejaron atrás Henrietta y los Almacenes Deering con rumbo hacia la nada. Los cuatro carriles de la carretera se convirtieron en dos, y los árboles, negrísimos, oprimían un cielo oscuro y amorfo. A Ronan le sudaban las palmas de las manos. Mientras serpenteaban por carreteras secundarias, observaba a Kavinsky cambiar de marcha. Cada vez que se daban las circunstancias precisas para engranar la cuarta velocidad, Kavinsky nunca acertaba a hacerlo en el momento adecuado. Por lo visto, no era capaz de oír lo que le pedía el motor.

—Tengo la cara aquí arriba, corazón —dijo Kavinsky.

Con un gruñido de desdén, Ronan se hundió un poco más en el asiento y contempló la noche. Conocía el lugar: estaban llegando al recinto de la feria del condado. Aquella noche, los focos estaban apagados; la única prueba de que aquello era la feria del condado estaba en las guirnaldas de pequeñas banderas. El haz de los faros pasó sobre ellas y las volvió espectros descoloridos, pero terminó por recaer en la maleza cuando Kavinsky se internó en una pista de gravilla abandonada, aneja al recinto.

Unos metros más allá, Kavinsky frenó y miró a Ronan.

—Sé lo que eres.

Sucedió lo mismo que había sucedido tras el accidente. Fue como despertarse de un sueño. Petrificado entre olas marinas, Ronan le devolvió la mirada.

El Mitsubishi volvió a ponerse en marcha, y la pista desembocó en un claro tan

extenso que no se divisaban los bordes. Los faros iluminaron un coche blanco estacionado un poco más adelante. Tenía un alerón muy grande que sobresalía del maletero y también la imagen de un cuchillo decorando el costado de la carrocería. Era otro Mitsubishi. Por un momento, Ronan creyó que sería el anterior y que, de algún modo, la oscuridad hacía que no se le notaran los daños en la chapa. Pero entonces el haz de los faros recayó en otro automóvil, aparcado junto al primero. También tenía un gran alerón. También era un Mitsubishi. También llevaba impresa la silueta de un cuchillo en el costado.

Kavinsky avanzó unos metros más. Apareció un tercer coche. Un Mitsubishi blanco. Y siguieron adelante, por la hierba. Y otro Mitsubishi más. Y otro. Y otro.

—Peces de pecera —dijo Kavinsky.

«No pueden ser el mismo».

Pero eran el mismo. Decenas y decenas de automóviles idénticos dispuestos en dos filas paralelas. Salvo que no eran del todo idénticos. Cuanto más miraba Ronan, más numerosas eran las diferencias que iba percibiendo. Por allí, un alerón más grande. Por allá, un dragón en lugar de un cuchillo. En el fondo, unos faros que ocupaban el ancho del morro. Y después los había incluso sin faros. Los había un poco más altos, los había un poco más largos. Los había con dos puertas en lugar de cuatro. Los había, de hecho, sin puertas.

Kavinsky llegó hasta el final de la primera fila y giró hacia la segunda. Los coches debían de contarse por cientos.

Era imposible.

Ronan cerró los puños.

—Supongo que no soy el único que tiene sueños recurrentes —masculló.

Porque, evidentemente, todos aquellos coches procedían de la mente de Kavinsky. Como los permisos de conducir falsos, como las pulseras que le había regalado a Ronan, como los espectaculares fuegos artificiales con los que celebraba el cuatro de julio, como todas y cada una de las falsificaciones que le habían hecho famoso en Henrietta.

Porque era un Greywaren.

Kavinsky accionó el freno de mano. Se encontraban en un Mitsubishi blanco rodeado de incontables Mitsubishis blancos. Ronan pensaba deprisa, pero las ideas se le volatilizaban antes de que pudiera aprehenderlas.

—Te lo dije, tío —afirmó Kavinsky—. Tiene fácil solución.

—Coches —murmuró Ronan—. Un coche entero.

Hasta entonces no lo había creído posible. Tan solo se había atrevido con las llaves del Camaro. Y nunca había sospechado que el fenómeno abarcase a alguien que no fuera su padre o él mismo.

—No… Un mundo —dijo Kavinsky—. Un mundo entero.

38

Después de que se hubiesen quemado las últimas naves de la fiesta, Gansey, decidido a esquivar a su familia, bajó de puntillas por la escalera trasera. No sabía dónde estaba Adam —quien debía dormir en la que había sido su habitación, puesto que su madre había ocupado las demás con el resto de invitados— y no tenía intención de buscarlo. A él le tocaba pasar la noche en un sofá, pero adivinaba que no iba a ser capaz de conciliar el sueño. De modo que, con sigilo, salió al jardín trasero.

Suspirando, se sentó en el borde de la fuente. Los detalles y las maravillas de un jardín de estilo inglés eran muchos, pero la mayoría pasaban inadvertidos en la oscuridad. El aire traía consigo las fragancias del boj, las gardenias y la comida china. Blancas, las únicas flores a la vista eran la imagen del letargo.

Gansey se sentía herido y golpeado.

Necesitaba dormir; que terminara aquel día y que comenzara uno nuevo. Necesitaba librarse de la memoria y dejar de revivir la discusión con Adam.

«Me odia».

Necesitaba estar en casa, pero su casa estaba lejos.

Los acontecimientos de la jornada lo habían dejado tan exhausto que ya no distinguía entre prudencia e imprudencia. Llamó a Blue.

—¿Hola?

Cerró los ojos. El mero sonido de la voz de Blue, procedente del sosiego de Henrietta, le hizo sentirse inestable y vulnerable.

—¿Hola? —titubeó Blue.

—¿Te he despertado?

—¡Ah, Gansey! No, no. Esta noche me tocaba venir al Nino. ¿Cómo va todo por ahí?

Gansey se tumbó, apoyó la mejilla en el borde de la fuente, todavía tibio, y mirando más allá del jardín, contempló el manto de luces que vestía la ciudad de Washington. Se cambió el teléfono de oído. La nostalgia lo devoraba.

—Tirando.

—Perdona por el ruido —dijo Blue—. Esto es un zoo, como siempre. Voy a servir un… yogur y… ya está. Bueno, cuenta. ¿Qué necesitas?

Gansey tomó aire.

«¿Qué necesito?».

Volvió a ver la cara de Adam. Repasó las respuestas que le había dado. No supo cuáles estaban mal.

—¿Te parece que…? —se interrumpió—. ¿Podrías contarme lo que está pasando en tu casa?

—¿Cómo? ¿Te refieres a lo que está haciendo mi madre?

Un insecto de gran tamaño zumbó junto a la oreja de Gansey y prosiguió con su vuelo, agitando levemente el aire.

—O Persephone. O Cala. O cualquiera. Dime, anda.

—Ah —musitó Blue. Su tono de voz no era el mismo. Gansey oyó el ruido de una silla arrastrándose por el suelo—. Está bien.

Y lo hizo. A veces hablaba con la boca llena, y otras hacía una pausa para responder a otra persona, pero el hecho fue que habló largamente y analizó con detalle la situación de cada una de las mujeres de su casa. Gansey parpadeó. El olor a comida china se había disuelto, y todo lo que quedaba era el aroma del verdor y de las flores. Eso y, en el otro lado de la línea, la voz de Blue.

—¿Te vale? —preguntó Blue al terminar el relato.

—Sí —contestó Gansey—. Gracias.

39

Al Hombre de Gris le estaba pasando algo raro, algo que tenía relación con la química. Una vez lo habían apuñalado con un destornillador —punta de estrella, mango azul—, y enamorarse de Maura Sargent era exactamente igual. Lo terrible no había sido coserse la herida mientras veía *El último caballero* en el televisor que estaba junto a la cama (en una habitación de la pintoresca pensión Arbor Palace). Lo terrible, en realidad, había llegado cuando la herida había empezado a cicatrizar. Cuando había comenzado a crecerle piel en la zona lesionada.

El agujero que tenía ahora en el corazón estaba desapareciendo bajo una capa de piel regenerada, y, por mucho que se propusiera lo contrario, no lograba dejar de sentirlo.

Lo sintió al montar en el coche de alquiler una nueva batería de medidores. Los aparatos pitaron, parpadearon los pilotos indicadores, se bambolearon las agujas de los diales.

Lo sintió al despegar las suelas de su segundo par de zapatos y extraer de ellas el dinero que tenía para dietas. Los billetes le acariciaron las palmas de las manos.

Lo sintió al posar la mano en el pomo de la puerta de la mansión plástica de los Kavinsky. La puerta se abrió sin oponer resistencia y dejó paso a una casa llena de maravillas entre las que no se contaba el Greywaren. Llorosa y descompuesta, la señora Kavinsky levantó las nalgas del retrete con parsimonia.

—Soy un producto de tu imaginación —le dijo el Hombre de Gris.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

Lo sintió al encorvarse junto al BMW de Ronan Lynch, en el aparcamiento de Manufacturas Monmouth, y comprobar el número de chasis. Por lo general, los números de chasis estaban formados por diecisiete dígitos e indicaban el tipo de vehículo y el lugar de fabricación. No obstante, el número del BMW tenía tan solo ocho dígitos que, por lo demás, se correspondían con la fecha de nacimiento de Niall Lynch. Aquello encandiló sobremanera al Hombre de Gris.

Lo sintió cuando Greenmantle lo llamó y, entre ansioso y enfadado, se quejó del tiempo que había pasado.

—¿Me estás escuchando? —inquirió Greenmantle—. ¿Será necesario que vaya yo mismo?

—Henrietta es un pueblecito agradable —contestó el Hombre de Gris.

Lo sintió al entrar en la rectoría de Saint Agnes y preguntarle al sacerdote si los hermanos Lynch habían confesado algo que se saliera de lo normal. El sacerdote respondió con una serie de ruidos guturales e interjecciones de asombro, y el Hombre de Gris lo arrastró por el suelo hasta más allá de las encimeras de la diminuta cocina

y de la mesa del comedor, y acabó por meterlo de cabeza en la tolva que tenía por objeto alimentar a los dos nuevos gatos de la rectoría, Joan y Dymphna.

—Es usted un hombre enfermo —le dijo el sacerdote—. Yo podría ayudarle.

—Creo que ya tengo toda la ayuda que necesito —contestó el Hombre de Gris mientras metía al sacerdote en una caja de misales nuevos.

Lo sintió cuando los aparatos instalados en el coche de alquiler se pusieron a brillar como las luces de un árbol de Navidad, y a pitar y a titilar y a vibrar como si les fuera la vida en ello. Lo primero que pensó fue: «Sí. Sí, es justamente esto lo que se siente».

Y entonces recordó el motivo por el que estaba allí.

Los pilotos relampaguearon, las agujas oscilaron, las alertas saltaron como resortes.

Aquello no era un simulacro.

Lentas e inexorables, las lecturas de los instrumentos lo fueron llevando hacia las afueras del pueblo, en donde la señal que captaban se hizo más fuerte. El Hombre de Gris lo sintió incluso entonces, en la certeza que esperaba al final de aquella búsqueda del tesoro. De vez en cuando, los aparatos vacilaban, la señal languidecía. Pero luego, cuando empezaba a sospechar que la anomalía energética se había esfumado y lo había dejado a la deriva, los instrumentos volvían a producir una explosión de luz y sonido que no hacía más que crecer.

Aquello no era un simulacro.

Iba a encontrar al Greywaren ese mismo día.

Lo presentía.

40

A las once de la mañana, Gansey recibió una serie de mensajes de teléfono del número de Ronan. El primero era una fotografía. Se trataba de un primer plano de una parte de la anatomía de Ronan que Gansey nunca había tenido el gusto de conocer. Por si fuera poco, en dicha parte llevaba anudada una bandera de Irlanda. Aquello no era el despliegue de nacionalismo más grotesco que Gansey hubiese visto, pero se le acercaba.

Gansey abrió el mensaje mientras se encontraba en la recepción matutina de su madre. Afectado por la falta de sueño inherente a una noche pasada en el sofá, entumecido por los remilgos de la gente que lo rodeaba y perseguido por el recuerdo de la discusión con Adam, tardó un rato en imaginar las posibles implicaciones de una imagen como aquella. Cuando empezaba a entenderlas, llegó un segundo mensaje.

«Antes de que lo sepas por otro: he destrozado a Pig».

Gansey se despejó al instante.

«Pero no hay problema, tío. Lo tengo bajo control. Saluda a tu madre de mi parte».

El momento no podía ser más oportuno. Como a su madre, a Gansey le repugnaba mostrar sus emociones en público («Toda cara es un espejo, Dick; procura reflejar una sonrisa»), de manera que enterarse de la noticia en medio de aquel ambiente de tazas de porcelana y cincuentonas risueñas le suponía, en realidad, un rato en el que plantearse cómo debía reaccionar.

—¿Va todo bien? —le preguntó una señora que estaba frente a él.

Gansey la miró parpadeando.

—Oh, sí, gracias.

Fueran cuales fuesen las circunstancias, habría dado la misma respuesta. Quizá no lo hubiera conseguido si se hubiese muerto un familiar. O si le hubiesen amputado un brazo.

Quizá.

Mientras aceptaba de la señora situada a su derecha una bandeja de rebanadas de pan con pepino y se la pasaba a la señora situada a su izquierda, se preguntó si Adam estaría ya despierto. Se temió que, aunque lo estuviera, no bajaría a participar de la recepción.

Su mente le ofreció de nuevo la escena en la que Adam tiraba las figuras de la mesa al suelo.

—Este aperitivo está muy bueno —le comentó una de las señoras a la otra, o tal vez a él.

—Es de Clarissa —respondió Gansey, en modo automático—. El pepino es de aquí.

«Ronan se llevó mi coche».

En ese momento, a Gansey se le ocurrió pensar que Ronan no era muy distinto de Joseph Kavinsky; ambos sonreían con la boca torcida. Sin embargo, se recordó que sí había diferencias. Ronan era un desastre. El desastre de Ronan podía arreglarse. Ronan tenía alma.

—Me encanta consumir productos locales —afirmó una de las señoras, quizá hablándole a la otra o quizá hablándole a él.

Ronan tenía su encanto. Muy en el fondo.

Muy muy en el fondo.

El hecho era que cuando cualquier noche de viernes el BMW llegaba oliendo a frenos quemados y con la caja de cambios hecha trizas, Gansey sabía lo que había pasado. De hecho, se había llevado las llaves del Camaro porque tenía motivos. Así, lo ocurrido no le sorprendía demasiado.

—Sí, las ventajas están en la reducción del consumo de combustibles y de los gastos de transporte que se le cobran al consumidor —dijo Gansey.

¿Pero qué significaba «destrozado»?

La mente de Gansey estaba sobrecargada. Notaba las conexiones sinápticas asesinándose unas a otras.

—Claro, pero ¿qué pasa con los puestos de trabajo de los transportistas? —preguntó la señora—. ¿Me harías el favor de pasarme el azúcar?

¿«Saluda a tu madre de mi parte»?

—Opino que la infraestructura local necesaria para manipular y vender los productos aseguraría que no se perdiesen puestos de trabajo —afirmó Gansey—. Lo más difícil es adaptar las expectativas de los consumidores a la estacionalidad de los productos, que dejarían de estar disponibles todo el año.

«Destrozado».

—Imagino que es cierto —juzgó la otra mujer—. Aunque a mí me encantan los melocotones en invierno. Yo también necesito el azúcar, por favor.

Haciendo de intermediario entre las dos mujeres, Gansey le dio a la que lo había pedido un cuenco con terrones de azúcar moreno. Del otro lado de la mesa, Helen gesticulaba animadamente mirando una jarra de crema de leche con forma de lámpara de Aladino. Estaba tan fresca como una presentadora de telediario.

Tras levantar la vista y encontrarse con la mirada de Gansey, se tocó las comisuras de los labios con la servilleta, le hizo un comentario a quien tenía al lado y se levantó. Señaló a Gansey y le indicó por gestos que fuera a la puerta de la cocina.

Gansey se disculpó y fue a reunirse con su hermana. Única zona de la casa que no se había renovado en dos décadas, la cocina estaba siempre en penumbra y olía vagamente a cebolla. Gansey se detuvo a la altura de la cafetera. Al punto le asaltó el recuerdo de su glamurosa madre, quien, para medirle la fiebre, le había colocado bajo

la lengua el termómetro que empleaba para supervisar la temperatura del café. El tiempo se le antojó irrelevante.

Helen entró en la cocina y cerró la puerta.

—¿Qué? —le preguntó él en voz baja.

—Parece que te hubieras gastado el último billete de la felicidad.

—¿Pero qué estás diciendo? —susurró Gansey.

—No lo sé, la verdad. Era un intento.

—Pues no ha funcionado. No tiene sentido. Además, tengo muchos billetes de la felicidad. Un cargamento.

—¿Qué pasa con toda esa actividad telefónica?

—Nada. Es solo una pequeña deuda de felicidad.

Su hermana sonrió de oreja a oreja.

—¿Lo ves? Ha funcionado. Y ahora respóndeme a esto: ¿a que querías salir de esa sala?

Gansey inclinó la cabeza para asentir. Su hermana lo conocía bien, y también él a ella.

—No tienes por qué agradecérmelo —dijo Helen—. Avísame si necesitas que te firme un cheque de felicidad.

—De verdad que no creo que sirviera de nada.

—Ah, pues yo creo que promete —replicó ella—. Bueno, si no te importa, tengo que volver con la señora Capelli. Estamos hablando del síndrome de adaptación espacial y del efecto Coriolis. Para que te conste lo que te estás perdiendo.

—«Perder» me parece una palabra demasiado rotunda.

—Sí. Lo es.

Helen empujó la puerta y abandonó la estancia. Gansey permaneció quieto hasta que la puerta volvió a su posición original. Después llamó a Ronan.

—¿Dick? —dijo Kavinsky—. ¿Gansey?

Tras separarse el teléfono de la oreja, Gansey confirmó que había marcado el número correcto. En la pantalla se leía RONAN LYNCH. No acababa de entender por qué el teléfono de Ronan había caído en manos de Kavinsky, pero de sucesos extraños estaba el mundo lleno. Al menos, los mensajes de texto tenían explicación.

—A ver, Gansey Tercero —dijo Kavinsky—. ¿Estás ahí?

—Joseph —musitó Gansey con voz sedosa.

—Tiene gracia que hayas llamado. Ayer mismo vi tu coche en la carretera. El pobre está bastante hecho polvo.

Gansey cerró los ojos y dejó escapar un suspiro.

—Perdona, no te he oído —afirmó Kavinsky—. ¿Me lo repites? Lo sé, lo sé… Eso decía Lynch.

Gansey apretó las mandíbulas. Richard Campbell Gansey II, su padre, también había ido a un internado, el ya extinto Rochester Hall. Aficionado a coleccionar objetos, palabras y dinero, contaba las historias más fascinantes. Contenían destellos

de lo que podría haber sido una comunidad utópica de iguales que consagraban su tiempo al aprendizaje y a la sabiduría. En aquel colegio no se limitaban a enseñar historia: se la enfundaban como si fuera una chaqueta cómoda y caliente, tanto más querida cuanto más gastada. Gansey II relataba que los alumnos —camaradas, en realidad— cultivaban lazos de fraternidad que duraban toda una vida. Eran como C. S. Lewis y los Inklings, Yeats y el Teatro Abbey, Tolkien y el Club Kolbitar, Glendower y su poeta Iolo Goch o Arturo y sus caballeros. Eran un grupo de académicos adolescentes, una especie de cómic de Marvel en el que los héroes representaban distintas ramas de las humanidades.

No colgaban papel higiénico de los árboles ni se embarcaban en sobornos clandestinos, no fingían saber mucho de juegos malabares ni se metían en politiqueos estudiantiles, no ganaban botellas de vodka en concursos de discoteca ni robaban coches.

No eran la Academia Aglionby.

A veces, la distancia entre la utopía y la realidad se hacía insoportable.

—Estupendo —dijo Gansey—. Me parece maravilloso. ¿Has pensado devolverle el móvil a Ronan en algún momento?

Kavinsky guardó silencio, un silencio manifiesto y vergonzante que haría que la gente se diera la vuelta en la calle para mirar; como una risotada.

A Gansey no le hizo ni pizca de gracia.

—Va a tener que esforzarse bastante más —dijo Kavinsky.

—¿Disculpa?

—Te disculpo, hombre. Y también disculpo a Lynch.

Gansey adivinó que del otro lado de la línea telefónica había una sonrisa de medio lado.

—No estoy de humor para subterfugios.

—¿Subterfugios? Tío, que no soy un diccionario. El tema es así. El Ronan que conoces se acabó. Se ha hecho mayor, ¿entiendes? Ha tenido una… una epifanía. Ah, ¡si es que soy la leche! ¡Una epifanía! No está mal para un diccionario como yo, ¿eh?

—Kavinsky —masculló Gansey haciendo acopio de paciencia—, ¿dónde está Ronan?

—Aquí mismo —respondió Kavinsky—. ¡LEVANTA, MAMARRACHO, QUE TE LLAMA TU NOVIA! Oye, perdona, pero no va a poder ser. La resaca y esas cosas. ¿Quieres dejarle un mensaje?

Gansey tuvo que tomarse un minuto entero para recomponerse. Al cabo de ese minuto descubrió, pese a todo, que estaba demasiado enfadado para hablar.

—Chavalote, ¿sigues ahí?

—Sigo aquí. ¿Qué quieres?

—Quiero lo que quiero siempre —repuso Kavinsky—. Que me entretengan.

La llamada se cortó.

Mientras continuaba allí, Gansey se acordó de pronto de cierta historia sobre

Glendower que siempre lo había inquietado. Glendower era un personaje legendario por varios motivos. Se había rebelado contra los ingleses en una época en que cualquier otro hombre de su edad habría callado e hincado la rodilla. Había unido al pueblo, había vencido en circunstancias imposibles, había recorrido toda Gales perseguido por rumores que le adjudicaban poderes mágicos. Había sido un hombre de leyes, un soldado, un padre. Un coloso místico de huella eterna.

Sin embargo… algunos galeses no estaban convencidos de que irritar a sus vecinos ingleses contribuyese a mejorar los apuros que estaba pasando su país. En particular, un sujeto llamado Hywel, pariente lejano, daba por hecho que Glendower había perdido el juicio. Para resolver la disputa familiar, Hywel había reunido un pequeño ejército. Aquello habría arredrado a cualquier príncipe, pero no a Glendower, quien confiaba en la ley y creía, como Gansey, en el poder de las palabras. Así las cosas, Glendower había dispuesto encontrarse con Hywel para solucionar el asunto parlamentando.

Hasta ese punto, Gansey no tenía problemas con la historia. Aquel era el Glendower que habría seguido a cualquier parte.

Sin embargo, constaba que los dos hombres habían divisado un ciervo en el campo. Hywel había preparado su arco. Pero en lugar de dirigir la flecha hacia el animal, se la había arrojado a Glendower… quien había tenido la prudencia de ponerse una cota de malla bajo el jubón.

Gansey habría querido que la historia terminara ahí.

Pero continuaba. Repelida la flecha por la cota de malla, Glendower, enfurecido ante tamaña traición, había perseguido a Hywel y lo había acuchillado, y después había metido el cadáver en el tronco de un roble.

En opinión de Gansey, el acceso de furia, el apuñalamiento y la posición final del cuerpo resultaban bastante innobles. En realidad, habría preferido no conocer el final de la historia, pero el hecho era que lo conocía y que no podía olvidarlo.

No obstante, tras oír la risa de Kavinsky en el otro extremo de la línea, imaginarse la borrachera de Ronan y figurarse el estado en que habría quedado el Camaro, Gansey alcanzó a entender la parte de la historia que hasta entonces no había sido capaz de aceptar.

Se sentía más cerca de Glendower que nunca y, al tiempo, jamás había estado más lejos.

41

Ronan se despertó en el asiento de un cine.

Por supuesto, no era un cine de verdad, sino una sala de proyecciones instalada en el sótano de una gran mansión de un suburbio, tan pretenciosa como sórdida. Gracias a la luz del día, comprobó que al lugar no le faltaba de nada. Asientos a la usanza de los cines, máquina de palomitas, proyector cenital y una estantería plagada de éxitos de acción y películas pornográficas tituladas de la manera menos original. Entre las nieblas de la modorra, recordó que la noche anterior había visto en la pantalla desplegable un vídeo interminable sobre carreras de coches clandestinas en Oriente Medio. ¿Qué estaba haciendo allí? No tenía ni idea. Lo único en lo que podía concentrarse era la estampa de cien Mitsubishis blancos aparcados en un campo.

—No has vomitado —señaló Kavinsky desde un asiento cercano. Tenía en la mano el teléfono de Ronan—. Es extraño: bebiste bastante.

Ronan omitió decir que estaba acostumbrado. De hecho, no dijo nada. Se limitó a observar a Kavinsky mientras hacía cálculos mentales: «Cien Mitsubishis blancos. Veinte documentos de identidad falsos. Cinco pulseras de cuero. Él y yo».

—Di algo, Rain Man —dijo Kavinsky.

—¿Hay otros?

Kavinsky se encogió de hombros.

—¿Y yo qué sé?

—¿Tu padre?

—¿Y el tuyo?

Ronan se puso de pie. Kavinsky le vio abrir y cerrar puertas hasta dar con la del cuarto de baño. Se encerró en él, orinó, se echó agua en la cara y se miró en el espejo.

Cien Mitsubishis blancos.

Desde la sala, Kavinsky exclamó:

—Me aburro, colega. ¿Te hace una birra?

Ronan no contestó. Se secó las manos, que no dejaban de temblarle, hizo acopio de fuerzas y salió del baño. Se sentó con la espalda contra la pared y vio a Kavinsky sentado sobre la parte superior de la máquina de palomitas. Cuando Kavinsky levantó una ceja a modo de oferta, sacudió la cabeza.

—¿Siempre te pones así de parlanchín después de empinar el codo? —le preguntó Kavinsky.

—¿Qué estabas haciendo con mi teléfono?

—Llamar a tu madre.

—Vuelve a nombrar a mi madre y te rompo la cara. ¿Cómo lo haces?

Ronan supuso que Kavinsky volvería a hacer un chiste sobre su madre, pero en

lugar de eso se contentó con clavarle una mirada fija, de pupilas dilatadas.

—Cuánta violencia, cuánto trastorno de estrés postraumático… Tú también sabes —dijo Kavinsky—. Te he visto hacerlo.

Ronan meneó la cabeza, convulso. No le era fácil aceptar la idea de que su secreto había dejado de serlo.

—¿De qué estás hablando?

Kavinsky se levantó de un salto.

—De tu intento de suicidio, tío. Te vi. Desde la ventana de Proko. Te vi levantarte, vi la sangre. Supe lo que eras.

Aquello había ocurrido hacía meses y meses y meses. Antes incluso de que empezara lo de las carreras de coches. Todo aquel tiempo. Kavinsky lo había sabido todo aquel tiempo.

—Tú no sabes una mierda de mí —le espetó Ronan.

Kavinsky se puso de pie sobre uno de los asientos. La estructura se combó bajo su peso y emitió una especie de melodía muy semejante a la de una canción que había estado de moda hacía dos años. Ronan comprendió que aquello también debía de haber salido de un sueño.

—¡Venga, tío! —exclamó Kavinsky.

—Dime cómo lo haces —insistió Ronan—. No solo me refiero a los sueños. También a los coches. Los documentos de identidad. Las… —Alzó una mano y se señaló las pulseras. La lista podría haber continuado: los fuegos artificiales, las drogas…

—Tienes que buscar lo que quieres —contestó Kavinsky—. Tienes que saber qué es lo que quieres.

Ronan calló. Si las condiciones eran aquellas, le resultaría imposible. Precisamente, lo que quería era saber qué era lo que quería.

Kavinsky sonrió, ufano.

—Te enseñaré.

42

Adam no estaba.

Cuando dieron las dos de la tarde, Gansey concluyó que ya había esperado a Adam durante demasiado tiempo. Armándose de valor, llamó a la puerta de su antiguo cuarto. Como no hubo respuesta, la abrió y se encontró la habitación vacía e inmaculada. El sol bañaba las maquetas, por terminar desde hacía años. Se aproximó al cuarto de baño y llamó a Adam, pero estaba claro que no había nadie en ninguna de las dos estancias.

La primera reacción de Gansey fue de irritación moderada; no culpaba a Adam por querer ahorrarse la recepción matutina y tampoco le sorprendía que quisiera estar solo tras la discusión de la noche anterior. Aun así, lo necesitaba. Si no encontraba a alguien a quien contarle lo que Ronan había hecho con el Camaro, estallaría.

Pero Adam no estaba allí. De hecho, resultó que Adam no estaba en ninguna parte.

No estaba en la cocina, que, como siempre, olía a cebolla, ni en la biblioteca, de suelo de ladrillo, ni en el pequeño y húmedo guardarropa, ni tampoco en los aparatosos sofás esquineros del cuarto de estar. No se había guarecido en el bar del sótano ni pululaba por los rincones sombríos del jardín.

Gansey reflexionó sobre la discusión del día anterior. Se le antojó peor de lo que la recordaba.

—No encuentro a Adam —le contó a Helen. Su hermana dormitaba en el sillón del estudio del piso de arriba, pero al verle la cara se incorporó sin rechistar.

—¿Tiene móvil? —preguntó.

Gansey meneó la cabeza y murmuró:

—Hemos discutido. —No quiso dar más explicaciones.

Helen asintió. Tampoco ella dijo nada más.

Lo ayudó a registrar lugares menos accesibles: los coches del garaje, la angosta buhardilla y la terraza del ala este.

No quedaban más rincones en los que buscar. Y tampoco había sitios a los que ir en el vecindario: la cafetería, tienda o espacio de reunión de alumnos de yoga más próximos se hallaban a varios kilómetros de distancia, y para llegar hasta ellos había que tomar las atestadas autovías de cuatro y seis carriles del norte de Virginia. Henrietta estaba a dos horas en coche.

Tenía que estar allí, pero no estaba.

El día se tornaba irreal: la noticia del Camaro de la mañana y Adam perdido al mediodía. Aquello no estaba ocurriendo.

—Dick —dijo Helen—, ¿se te ocurre alguna idea?

—No ha podido desaparecer —respondió Gansey.

—Calma.

—Estoy calmado.

Helen estudió el gesto de su hermano.

—No, no lo estás.

Gansey llamó a Ronan («Responde, por favor, responde por una vez») y al 300 de Fox Way («¿Está Blue por ahí? ¿No? ¿Ha llamado Adam…, el de la camiseta de Coca-Cola?»).

Después de eso, ya no solo fue cosa de Gansey y Helen. Fue cosa de Gansey y Helen, de sus padres, de Margo, el ama de llaves, y de Delano, el guarda encargado de la barrera del vecindario. Hubo una discreta llamada al amigo que Richard Gansey II tenía en el departamento de policía. Hubo planes de última hora que fueron frustrándose. Hubo una pequeña cuadrilla de vehículos particulares que peinaron calles y zonas comerciales.

El padre de Gansey se sentó al volante de un Tatra de 1959, un automóvil checo que, según se rumoreaba, había pertenecido una vez a Fidel Castro, y Gansey, pertrechado con su teléfono, ocupó el asiento del copiloto. Pese al aire acondicionado, le sudaban las manos. El verdadero Gansey se encontraba ovillado en lo más profundo de su cuerpo para asegurarse de mantener la compostura en la expresión de la cara.

«Se ha ido. Se ha ido. Se ha ido».

A las siete de la tarde, mientras empezaban a desarrollarse nubes de tormenta sobre los suburbios y Richard Gansey II volvía a recorrer las hermosas y verdes calles de Georgetown, el teléfono de Gansey sonó; quien llamaba lo hacía desde un número desconocido perteneciente al norte de Virginia.

Gansey respondió.

—¿Hola?

—¿Gansey?

El alivio formó una avalancha que recorrió el cuerpo de Gansey y le aflojó las articulaciones.

—Adam, menos mal.

Su padre, que lo estaba mirando, hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y se puso a buscar sitio para aparcar.

—No me acordaba de tu número —explicó Adam. Hacía unos intentos tan desesperados por mantener el tono de voz acostumbrado que el resultado era poco menos que desastroso; su acento de Henrietta resonaba con más fuerza que nunca.

«Todo va a ir bien».

—¿Dónde estás?

—No lo sé. —Luego, bajando el tono de voz, preguntó a alguien que estaba a su lado—: ¿Dónde estoy?

Adam le cedió el teléfono a la persona que lo acompañaba. Gansey oyó, de fondo,

ruido de tráfico.

—¿Hola? —dijo la voz de una mujer—. ¿Conoce a este chico?

—Sí.

La mujer procedió entonces a explicar que su marido y ella se habían detenido en el arcén de la interestatal.

—Parecía un cadáver. Los demás coches no se paraban. ¿Está usted cerca? ¿Podría venir a buscarle? Nosotros estamos en la salida siete, kilómetro seiscientos treinta y cinco, dirección sur.

Gansey hizo un esfuerzo para imaginarse el lugar en el que había aparecido Adam. Mientras lo buscaban, ni siquiera se habían acercado. No se le había ocurrido pensar que pudiera estar tan lejos.

Richard Gansey II había oído la conversación.

—¡Eso está al sur del Pentágono! Debe de haber unos veinticinco kilómetros desde aquí.

Gansey señaló la carretera, pero su padre ya estaba estudiando el tráfico con idea de hacer un cambio de sentido. Terminada la maniobra, el sol de la tarde inundó el habitáculo y los deslumbró durante unos segundos. Ambos se llevaron la mano a la frente para protegerse los ojos.

—Vamos hacia ahí —le informó Gansey a la señora.

«Todo va a ir bien».

—Quizá necesite atención médica.

—¿Está herido?

La mujer tardó unos momentos en contestar.

—No lo sé.

Pero no todo fue bien. Adam no le ofreció a Gansey ninguna explicación. Ni mientras iba encogido en el asiento trasero del coche. Ni cuando se sentó a la mesa de la cocina mientras Margo le preparaba un café. Ni mientras, estando junto al sofá con el auricular pegado al oído, hablaba por teléfono con un médico amigo de los Gansey.

Nada.

A la hora de plantar batalla, su testarudez superaba todos los límites.

Finalmente, se presentó ante los padres de Gansey y, con la barbilla alta y la mirada perdida, dijo:

—Lamento todos los problemas que he causado.

Un poco más tarde, se quedó dormido en el sofá tal cual estaba, sentado. Sin necesidad de mediar palabra, la familia Gansey al completo decidió trasladar la conversación a la privacidad del estudio de arriba. Pese a que había sido necesario anular varios compromisos y Helen había perdido el vuelo a Colorado que planeaba tomar aquella tarde, nadie hizo ni un solo reproche. Y jamás lo harían. Así eran los Gansey.

—¿Cómo lo ha llamado el doctor? —preguntó la señora Gansey, sentándose en el

sillón en el que había dormido Helen. Bajo la luz verdosa irradiada por la lámpara que estaba a su lado, era la viva imagen de su hija, lo que implicaba en cierta medida que también se parecía mucho a su hijo e incluso, hasta cierto punto, a su marido. Los Gansey compartían entre sí una semejanza acusada, del mismo modo que un perro pudiera darse un aire a su dueño.

—Amnesia global transitoria —respondió Helen. Había prestado atención a la charla telefónica y al diálogo posterior. Adoraba meterse en la vida de otras personas y revolver en ella con un cubo y una pala y quizá también con uno de esos bañadores antiguos con mangas y perneras—. Episodios de dos a seis horas de duración. La memoria inmediata queda completamente anulada. Aun así, las víctimas, que es la palabra que utilizó Foz, saben que, mientras les está ocurriendo, el tiempo no deja de pasar.

—Qué horror —valoró la señora Gansey—. ¿Y qué va a ocurrir ahora? ¿Se pondrá peor?

Helen se hizo con un bolígrafo y se dedicó a trazar garabatos en un papel que había sobre la mesa.

—Por lo visto, no. Hay personas que solo sufren un episodio. Otras los tienen constantemente, como si se tratara de migrañas.

—¿Podría tener que ver con el estrés? —quiso saber Richard Gansey II. Aunque no conocía bien a Adam, su preocupación era auténtica. Adam era el amigo de su hijo, y eso bastaba para considerarlo una persona valiosa—. Dick, ¿se te ocurre por qué podría estar estresado?

—Hace poco, dejó de vivir con sus padres —respondió Gansey. Prefirió no hacer referencia al hecho de que los Parrish vivían en una casa prefabricada en una zona pobre—. Su padre le pegaba.

—Dios mío —exclamó Richard Gansey II—. ¿Cómo es posible que se permita a gente así tener hijos?

Gansey se limitó a mirar a su padre en silencio. Durante un rato, nadie dijo nada.

—Richard —le dijo al fin la señora Gansey a su marido con tono de reprobación.

—¿Dónde vive ahora? —preguntó el padre de Gansey—. ¿Contigo?

Gansey no alcanzó a deducir por qué ni hasta qué punto le dolía aquella pregunta. Sacudió la cabeza.

—Lo he intentado. Ha alquilado una habitación en Saint Agnes, la iglesia local.

—¿Eso es legal? ¿Tiene coche?

—Cumplirá dieciocho en unos meses. Y no, no tiene coche.

—Sería preferible que viviese contigo —observó Richard Gansey II.

—No quiere. Y no hay manera de convencerlo. Adam quiere hacerlo todo por sí mismo. Jamás aceptaría la ayuda de nadie. Se está pagando el colegio. Tiene tres trabajos.

Las miradas de los Gansey denotaron aprobación. La familia valoraba las agallas, y aquella idea de un Adam Parrish hecho a sí mismo los sedujo de inmediato.

—Pero necesita tener coche —opinó la señora Gansey—. Eso le sería de mucha ayuda. ¿No podríamos echarle una mano por ese lado?

—No lo aceptaría.

—Pero si le decimos que…

—No lo aceptaría. De verdad. No lo aceptaría.

Durante la pausa subsiguiente, Helen escribió su nombre en letras mayúsculas, su padre hojeó las páginas de *Enciclopedia breve de la cerámica en el mundo* y su madre, discretamente, buscó en su teléfono la expresión «amnesia global transitoria». Gansey, por su parte, valoró la posibilidad de meter en el Suburban todas sus cosas y salir de allí en cuanto pudiera. Una voz en su interior, una voz muy débil y egoísta, le susurró: «¿Y si lo dejas aquí solo? ¿Y si dejas que regrese por sus propios medios? ¿Y si, por una vez, tiene que hacer el esfuerzo de llamarte y disculparse?».

Al cabo de unos minutos, Helen dijo:

—¿Qué tal si le regalamos el coche que utilicé en la universidad? Es una carraca y pensaba donarlo a esa organización que recoge automóviles usados. ¡Me ahorraría tener que pagar la grúa!

Gansey frunció el ceño.

—¿Qué carraca es esa?

—Obviamente, yo recibiría otro coche —continuó diciendo Helen mientras dibujaba un yate en el papel—. Y diría que ya lo tenía hace tiempo.

Los Gansey adultos estaban alborozados con la idea. De hecho, la señora Gansey empezó a hacer llamadas enseguida. La puesta en marcha del plan supuso una mejora ostensible en el humor colectivo. Gansey, en cualquier caso, intuía que haría falta algo más que un coche para aliviar el estrés de Adam, pero la verdad era que su amigo necesitaba un vehículo propio. Además, si Adam se creía la historia de Helen, no había nada que perder.

Gansey no conseguía sacarse de encima la imagen de Adam caminando incansablemente por el arcén de la interestatal. Olvidándose de lo que estaba haciendo y, al tiempo, siendo incapaz de detenerse. Siendo incapaz de recordar el número de Gansey incluso cuando aquella gente se había parado a ayudarlo.

«No necesito tu sentido común, Gansey».

En cuanto a aquel punto, no había nada que Gansey pudiera hacer para remediarlo.

—Vamos, princesita —dijo Kavinsky caminando hacia Ronan con seis latas de cerveza—, demuéstrame de qué eres capaz.

Estaban en el claro cercano al recinto de la feria del condado. El calor levantaba de la tierra una neblina blanquecina y deslumbrante. Habían ido allí para poner en práctica el álgebra de los sueños. Cien Mitsubishis blancos. Veinte documentos de identidad falsos. Dos soñadores.

Un día.

¿Dos? ¿Tres?

El paso de los días se había vuelto insignificante. Eran los sueños los que llevaban cuenta del tiempo.

El primero había dado lugar a un triste bolígrafo. Aterido por el aire acondicionado, Ronan se despertó en el asiento del pasajero con un bolígrafo de plástico apoyado en el pecho. Como siempre, se sintió un extraño de sí mismo, un espectador de su propia vida. Los altavoces reproducían una música que sonaba campechana, ofensiva y búlgara. Rabiosas, las moscas acechaban al otro lado del parabrisas. Kavinsky, que estaba despierto, llevaba puestas sus gafas de sol de montura blanca.

—Vaya, tío, un… bolígrafo. —Tras arrebatarle el bolígrafo a Ronan, que no se resistió, Kavinsky probó a escribir algo con él en el salpicadero. Había algo extraordinario en su descuidada manera de tratar lo que era suyo—. ¿Pero qué es esta mierda, colega? Parece la *Declaración de Independencia*.

Igual que en el sueño, el bolígrafo trazaba la caligrafía en cursiva con independencia de la voluntad de la mano que lo empuñase. Aun así, Kavinsky no tardó en aburrirse de la simpleza del fenómeno. Golpeteó con el bolígrafo los dientes de Ronan al son de la música, y lo estuvo haciendo sin interrupción hasta que Ronan recuperó el dominio de las manos y se lo quitó.

Ronan pensó que no había estado mal, teniendo en cuenta que se había propuesto obtener del sueño aquel objeto en concreto y no cualquier otro. Kavinsky, sin embargo, no le concedió al asunto valor alguno.

—Fíjate en esto. —Tras sacarse del bolsillo una píldora verde, se la metió en la boca y se la tragó. Se quitó las gafas, se presionó los ojos con los nudillos y, acto seguido, se quedó dormido.

Ronan le observó dormir. La cabeza se le cayó hacia un costado y la piel del cuello le palpitaba visiblemente.

Unos segundos después, los pálpitos cesaron.

Y entonces, de manera inesperada y brusca, Kavinsky se enderezó y alzó una

mano convertida en un puño. En la boca se le formó una sonrisa que tomó a Ronan por sorpresa. Con gesto teatral, abrió la mano y le mostró el botín. La tapa de un bolígrafo. Chasqueó los dedos hasta que Ronan le entregó el bolígrafo con el que había soñado.

Como era de esperar, la tapa encajaba en el bolígrafo a la perfección. Tamaño justo, color adecuado y el mismo tipo de plástico. ¿Cómo iba a ser de otro modo? Precisamente, Kavinsky era famoso por sus falsificaciones.

—¿Te das cuenta, pringado? —dijo Kavinsky—. Esta es la manera de soñarle a Gansey los huevos que le faltan.

—¿Piensas seguir así? —inquirió Ronan. Estaba enfadado. Dispuesto a bajarse del coche, llevó una mano al tirador de la puerta—. Me refiero a tus chistecitos y tal. No estoy tan desesperado como te crees. Me las puedo arreglar solo.

—Claro que sí —respondió Kavinsky. Lo encañonó con un dedo—. Dale ese boli. Escríbele con él una notita con la letra del puñetero George Washington, si te apetece. «Querido Dick, este es tu nuevo coche. Besitos, Ronan Lynch».

Ronan cedió y soltó el tirador de la puerta; quizá porque Kavinsky lo había llamado por su nombre completo o porque le había recordado lo sucedido con Pig.

—No metas a Gansey en esto.

Irónico, Kavinsky levantó las manos en señal de rendición.

—Está bien, Lynch. Y ahora escucha. Tú obtienes las cosas siempre en el mismo sitio, ¿no?

«El bosque».

—Más o menos.

—Pues vuelve allí. No vayas a ninguna otra parte; no tendría sentido. Ve directo a la madre del cordero, ¿estamos? Porque eso es lo que hay que hacer. Y antes de dormirte, te concentras en lo que quieres sacar del sueño, ¿vale? Sabes que va a estar ahí, en ese lugar. Pero actúa con sigilo. Si no lo haces, cambiará y ya no tendrás lo que querías. Entrar y salir, Lynch. Limpiamente.

—Entrar y salir —recitó Ronan. Aquello no se parecía a ningún sueño que hubiese tenido.

—Como un puñetero ladrón.

Kavinsky extrajo del bolsillo otras dos pastillas verdes. Se quedó con una y le ofreció la otra a Ronan.

—¿Nos vemos en el otro lado?

Quedarse dormido. Sí, te quedas dormido. Estás despierto, cierras los ojos, te pones a pensar y te invade la lucidez, pero después acabas por acercarte al abismo del sueño y te dejas caer en él.

Pero Ronan no se dejó caer. Lo que ocurrió fue que se precipitó, que el abismo se lo tragó. El sueño vino y lo noqueó y lo destrozó. Transformado en una copia aplastada de sí mismo, se arrastró por la ribera. Los árboles se encorvaban sobre él. Había risa en el aire. ¿Él, un ladrón? Más bien, la víctima de un robo.

Entrar.
Salir.
Allí estaba el objeto del que proyectaba adueñarse. Era aquello, ¿no? No estaba seguro. Lo cubrían las ramas de los árboles. Y allí estaba la niña: tirando, tirando.
Entrar.
Salir.
La voz de Kavinsky, muy clara:
—No hay efecto secundario menos original que la muerte.
Ronan agarró el metal. En su interior, un ventrículo se puso a sacudirse. La sangre penetró en tromba en la aurícula de su corazón.
—¡SAL! —gritó la niña.
Ronan abrió los ojos.
—Bienvenido a la tierra de los vivos, marinero —dijo Kavinsky aproximándosele—. Recuerda: o controlas o te controlan a ti.
Ronan no podía moverse. Kavinsky le propinó un puñetazo en el pecho con intención de hacerle volver en sí.
—Estás como nunca —exclamó. El sol ocupaba un lugar insólito en el parabrisas; o había pasado tiempo o el coche se había desplazado—. A ver, ¿qué leches te has traído?
Ronan volvió a sentir los brazos. Tenía en las manos una jaula de metal que alojaba un Camaro de cristal en miniatura. Aquello no tenía nada que ver con el equipo estéreo portátil que había planeado. De hecho, tampoco imitaba demasiado bien las formas del Camaro auténtico. En el interior del coche de cristal había un conductor anónimo con una remota expresión de sorpresa en el rostro.
—Querido Dick —dijo Kavinsky—, ¡este es tu nuevo coche!
Esta vez, Ronan se rio. Kavinsky le mostró su trofeo: una pistola plateada con la expresión MUERTE DE ENSUEÑO grabada en el cañón.
—No me has hecho caso —afirmó Kavinsky con tono acusador—. Te dije que entraras y salieras con sigilo. Pillas lo que has ido a buscar y te largas antes de que el lugar perciba tu presencia.
—Mierda —masculló Ronan, y añadió—: En lo sueños, ¿cuál es tu lugar?
Kavinsky colocó sobre el salpicadero dos nuevas pastillas que, de inmediato, se pusieron a vibrar por el sonido que emitían los altavoces. La letra de la canción decía: «Аре махай се, аре махай се, аре ахай се». Kavinsky le dio a Ronan una cerveza.
—¿Mi lugar secreto? ¿Quieres meterte en mi lugar secreto? —Kavinsky soltó una risotada—. Lo sabía.
—Vale. No me lo digas. ¿Qué me dices de tus padres?
Ronan no sabía mucho de la vida familiar de Kavinsky aparte de las leyendas que conocía todo el mundo: su padre, un búlgaro rico y poderoso, vivía en Jersey y probablemente era mafioso. Con una retahíla de operaciones de cirugía estética en su haber, su madre, siempre bronceada y en forma, vivía con él en la mansión. Aquella

era la historia que contaba Kavinsky. Aquella era la leyenda. Pero además se rumoreaba que su madre tenía problemas con las drogas y que su padre había abandonado todo impulso patriarcal después de que su hijo intentara asesinarlo.

Aun así, cuando se trataba de Kavinsky era difícil distinguir entre lo verdadero y lo falso.

—¿Es verdad que intentaste matar a tu padre? —le preguntó Ronan mirándolo a los ojos. La capacidad de mirar sin parpadear era la segunda arma de su repertorio; la primera era el silencio.

Kavinsky aguantó y no desvió los ojos.

—Yo nunca intento hacer nada, tío. Me lo propongo y lo hago; punto.

—Se comenta por ahí que ese es el motivo de que estés aquí y no en Jersey.

—Quien intentó matarme fue él a mí —replicó Kavinsky. Los ojos le relampagueaban. Era como si no tuvieran iris, como si en ellos no hubiera más que lo blanco y lo negro. Su sonrisa trazaba una curva desagradable—. Además, él no siempre quiere hacer lo que acaba haciendo. Y yo no soy tan fácil de matar. ¿Y tú? ¿Liquidaste a tu viejo?

—No —contestó Ronan—. Lo liquidaron los sueños.

—De tal palo, tal astilla —concluyó Kavinsky—. ¿Listo para volver al ataque?

Ronan estaba listo.

Esta vez, el suelo subió hasta él. Fue como si el cielo hubiera vomitado su cuerpo. Tuvo tiempo para poner la mente en blanco, para aguantar la respiración, para hacerse un ovillo. Rodó hasta el sueño. Vertiginosamente. Como si lo hubieran arrojado desde un vehículo en marcha.

Sin hacer un solo ruido, fue dando volteretas hasta llegar a los árboles.

Se observaron. Un pájaro extraño graznó. De la niña no había ni rastro.

Ronan se agachó. Era silencioso como la lluvia bajo una raíz.

Pensó: «Bomba».

Y allí estaba: un cóctel Molotov no muy distinto del que le había lanzado al Mitsubishi. Emergieron de la húmeda tierra del bosque tres piedras que eran como dientes gastados en encías de musgo. Una botella yacía entre ellas.

Ronan avanzó reptando. Rodeó con los dedos el cuello de la botella, húmedo de rocío.

«*Te vidimus, Greywaren*», susurraron los árboles.

(«Te vemos, Greywaren»).

Apretó con fuerza el cóctel Molotov. Notó que el sueño se desvanecía…

Despertó de golpe.

Kavinsky ya estaba de vuelta. Afuera, el crepúsculo irradiaba una luz hueca y mortecina. Iluminado por el resplandor del cuadro de mandos, que le bañaba el cuello y la barbilla, Kavinsky se pasó una mano por la cara. Al ver el objeto que Ronan había extraído del sueño, su expresión, de por sí dura, se endureció aún más.

Como era normal en él, Ronan estaba paralizado, pero distinguía perfectamente lo

que había traído consigo: un cóctel Molotov idéntico a los de la fiesta en el recinto de la feria del condado, compuesto por una camiseta enrollada y una botella llena de gasolina. Tenía el mismo aspecto que en el sueño.

Pero estaba ardiendo.

Hermosa y voraz, la llama había consumido buena parte de la tela y avanzaba por el interior del cuello de la botella. Un poco más y alcanzaría la gasolina y la destrucción.

Soltando una carcajada, Kavinsky presionó el botón que bajaba la ventanilla y asió la botella. La arrojó a las sombras. El artefacto explotó unos metros más allá generando una lluvia de cristales que golpearon el costado del Mitsubishi y entraron por el hueco de la ventanilla. Magnífico, el olor resultante recordaba a una batalla aérea, y la detonación ensordeció a Ronan.

Con un brazo colgando por fuera de la puerta y una impasibilidad absoluta, Kavinsky se quitó de encima los fragmentos de cristal y los tiró a la hierba. Si hubiera tardado dos segundos más en deshacerse del cóctel Molotov, habría perdido los brazos; y Ronan, la cara.

—Oye —dijo Ronan—, no vuelvas a tocar mis cosas.

Enarcando las cejas, Kavinsky volvió las espesas pestañas hacia Ronan.

—Mira esto.

Levantó en el aire lo que había sacado del sueño: un diploma enmarcado. Joseph Kavinsky, graduado con honores en la Academia Aglionby. Puesto que era el primero que veía, Ronan no sabía si el papel era el correcto o si la redacción era la adecuada. Aun así, reconocía la firma. El garabato con que se identificaba el director Bell era inconfundible.

Quedarse impresionado, y mucho menos mostrarlo, iba contra los principios de Ronan, pero la precisión y el nivel de detalle le parecieron insólitos.

—Eres demasiado emotivo, Lynch —observó Kavinsky—. Pero no pasa nada. Lo entiendo. Si tuvieras huevos, sería distinto —se tocó la sien—. Esto es un Walmart. Te vas al departamento de electrónica, te agencias unos televisores y te das el piro. No te quedas por ahí paseándote alegremente.

—¿Preparado para el lanzamiento? —Kavinsky cogió otras seis cervezas del asiento trasero.

Y soñaron. Soñaron y soñaron y, entretanto, las estrellas surcaron el cielo, la luna se ocultó tras los árboles y el sol circunvaló el coche. El habitáculo se llenó de aparatos imposibles, plantas venenosas, piedras que cantaban y sujetadores bordados. Cuando apretó el calor del mediodía, se apearon, se quitaron las sudadas camisetas y soñaron al aire libre. Produjeron objetos demasiado grandes para caber en el coche. Una y otra vez, Ronan se colaba en el bosque, se deslizaba entre los árboles y robaba algo. Estaba empezando a entender el mensaje de Kavinsky. En sí, el sueño era un subproducto del proceso; dormir era irrelevante. Los árboles eran tan solo obstáculos, una especie de sistema de alarma defectuoso. En cuanto logró saltárselo, se adueñó de

la capacidad de sacarse objetos de la mente sin necesidad de temer que el sueño los corrompiera.

El día languideció hasta sus últimas horas, y la noche se abrió paso arrancando de los cien coches toda clase de reflejos hipnóticos. Ronan no distinguía si llevaban allí días o si habían regresado a la noche del principio. ¿Cuánto hacía del accidente con Pig? ¿Cuándo había tenido la última pesadilla?

Volvió a amanecer. Ronan no supo si era una nueva mañana o la misma de siempre. La hierba estaba húmeda y una capa de gotas de agua cubría las carrocerías de los Mitsubishis, pero resultaba difícil deducir si se debía a la lluvia o al rocío.

Ronan se sentó en el parachoques trasero de uno de los automóviles para refrescarse con el tacto del metal de la carrocería y devorar chocolatinas. Le dio la impresión de que cada bocado que tragaba se quedaba flotando en el mar de alcohol que llevaba en el estómago. Kavinsky se dedicaba a inspeccionar el último hallazgo de Ronan: una motosierra. Tras saciar sus instintos mutilando con ella los neumáticos de unos cuantos Mitsubishis, se unió a Ronan y aceptó una sola chocolatina.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ronan.

Kavinsky tenía la cara y el pecho llenos de limaduras de goma de los neumáticos.

—Ahora soñarás con el Camaro —dictaminó.

44

Parecía fácil.

Píldora. Cerveza. Sueño.

Un Camaro esperaba entre los árboles del sueño; imaginarlo no suponía un esfuerzo mayor que el del resto de objetos que Ronan había concebido. Era de mayor tamaño y nada más.

Entrar.

Salir.

Sigiloso, colocó la mano en el tirador de la puerta. Pendía por encima el follaje trémulo de los árboles. Un pájaro gimió en la distancia.

La niña oteaba desde el otro lado del coche. Meneó la cabeza. Ronan se llevó un dedo a los labios.

«Despertar».

Abrió los ojos al cielo de la mañana, y allí estaba. Un Camaro casi rojo, casi naranja; glorioso. Era perfecto en su imperfección, con las manchas y rozaduras de Pig. Estaba presente incluso la rascadura que Gansey le había hecho al dar marcha atrás y tropezar con una mata de azalea.

La primera sensación no fue de alegría, sino de alivio. Ronan no lo había echado todo a perder: había recuperado a Pig y podía regresar a Manufacturas Monmouth con la cabeza alta. La felicidad llegó después. Ronan se sintió embargado, inundado, casi mareado por la emoción. Se había sentido muy orgulloso con la caja rompecabezas, las gafas de sol y las llaves. Qué estúpido había sido; como un crío con unas ceras de colores.

Aquello era un coche. Todo un coche. Creado a partir de la nada.

«Un mundo entero».

Todo iría bien. Sí, a partir de aquel momento, todo iría bien.

Impertérrito, Kavinsky fue hasta el morro del vehículo y levantó el capó.

—Joder, colega. Creía que habías dicho que conocías este coche al dedillo.

En cuanto recuperó el dominio del cuerpo, Ronan fue hasta donde se encontraba Kavinsky. El defecto no podía ser más evidente. Faltaba el motor. Lo único que había allí era un hueco y, debajo, hierba. Aun así, el coche debía de funcionar. Si había funcionado en el sueño, también lo haría en el mundo real. Pero daba igual: aquello no era ningún consuelo.

—No pensé en el motor —admitió Ronan.

El regocijo de hacía unos momentos se estaba evaporando. ¿Cómo iba Ronan a recrear en su mente todos los entresijos y vicios de Pig? Gansey no querría un Pig perfecto que no necesitaba motor. Querría su Pig. Adoraba el Camaro precisamente

porque se estropeaba, y no pese a ello. El desasosiego se apoderó de los pensamientos de Ronan. La empresa se le antojó demasiado complicada.

De pronto, Kavinsky le dio un golpe en el costado de la cabeza.

—¿Pensar? ¡Nada de pensar, imbécil! No somos filósofos. Apaga el cerebro. —Examinó de nuevo el hueco del motor—. Supongo que Dick podría utilizarlo de maceta. Para plantar petunias y bazofia de esa.

Exasperado, Ronan cerró el capó con violencia. Puesto que daba igual rayar la pintura, se subió encima y se golpeteó la rodilla con los dedos mientras intentaba aclararse la mente. «Nada de pensar». No se le ocurría otra manera de materializar un coche a partir de los sueños. No imaginaba cómo hacer para interiorizar el concepto en el momento de quedarse dormido. Estaba cansado de sus propios sueños. Eran un andrajo, igual que las alas de los horrores nocturnos.

—Oye, tío. Seguro que le vale con este —opinó Kavinsky—. Y si no le gusta, que se joda.

Por toda respuesta, Ronan le lanzó una mirada fulminante. Kavinsky no era Gansey, así que quizá no entendía el significado de lo que acababa de decir. Ronan no estaba dispuesto a aceptar aquello de que se jodiera Gansey. No había tenido intención de hacer pedazos el Camaro, pero, por mucho que le pesara, había ocurrido. Y, desde luego, a aquel daño no iba a añadir el insulto de intentar darle gato por liebre. Aquel coche no era el verdadero. Era una mentira; golosa y bonita, sí, pero mentira.

—Esto es una mierda —dijo Ronan apoyando las manos en la carrocería del coche.

—¿Y de quién es la culpa?

—Tuya.

Kavinsky le había prometido que le enseñaría. Sus enseñanzas se demostraban inútiles.

—¿Mía? ¡Hay que tener práctica, colega! —Kavinsky abarcó con un gesto la colección de Mitsubishis—. ¿Ves todos esos abortos? Tardé meses en acertar. ¡Fíjate en esa birria de ahí!

Señaló un Mitsubishi que tenía un solo eje situado en el centro del chasis. Inclinado, el coche descansaba en el parachoques delantero.

—Ensayo y error, tío. Metes la pata y vuelves a empezar. Y a veces hay que esperar un poco, hasta recuperar fuerzas. Cuando las tienes, lo intentas de nuevo. Y así hasta conseguirlo.

—¿Qué quieres decir con esperar hasta recuperar fuerzas? —inquirió Ronan.

—El lugar especial, el de los sueños, se agota —explicó Kavinsky—. ¡Walmart no puede estar toda la noche reponiendo televisores! Ahora mismo la cosa está bastante floja. ¿No lo notas?

¿Era aquello lo que estaba sintiendo Ronan? ¿Cansancio? ¿Torpeza? En realidad, lo que estaba sintiendo en aquel momento no era más que ansiedad, y también

modorra por la cerveza.

—No tengo tiempo para ensayos. Si no lo hago ahora, no puedo volver.

—No tienes que volver —replicó Kavinsky.

Aquello era lo más absurdo que había dicho desde que estaban juntos. Ronan ni siquiera se molestó en tomárselo en serio.

—Voy a volver a hacerlo —dijo—. Y esta vez voy a conseguirlo.

—Así se habla, chavalote.

Kavinsky fue a buscar una nueva remesa de alcohol —quizá también había estado soñando con eso— y se reunió con Ronan junto al morro del deficiente Camaro. Dedicaron unos minutos a beber en silencio. Kavinsky puso un puñado de pastillas en la mano de Ronan, y este se las guardó en el bolsillo. Anhelaba algo más que chocolatinas. Estaba hasta arriba de sueños.

Si Gansey lo viera en aquellas circunstancias… Prefería no pensarlo.

—Vida extra —dijo Kavinsky. Después añadió—: Abre.

Ronan abrió la boca y Kavinsky le metió una pastilla de color rojo. Los dedos le sabían a una mezcla de sudor, goma y gasolina.

—¿Para qué sirve esta? —preguntó Ronan, atento a la sensación que le producía la pastilla al descender hacia el estómago.

—No hay efecto secundario menos original que la muerte.

Los acontecimientos se desencadenaron de inmediato.

Ronan pensó: «Espera, he cambiado de idea».

Pero ya no había vuelta atrás.

Ronan era un extraño en su propio cuerpo. Oblicua y pertinaz, la puesta de sol se le metió en los ojos. Mientras lo agitaban espasmos musculares, se derrumbó sobre el capó del coche y apoyó la mejilla en el metal, que le quemó la piel sin llegar a hacerle daño. Cerró los ojos. Aquella pastilla era distinta a las anteriores. Era un salvoconducto hacia la ultratumba. Notó que el cerebro se le iba desconectando.

Después de unos instantes, percibió que Kavinsky se acodaba junto a él y que el capó gemía bajo el peso. Luego sintió la yema de un dedo que le recorría la piel de la espalda trazándole un arco amplio y lento entre los hombros, justo por encima de las líneas del tatuaje. El dedo le descendió por la espina dorsal y fue tensándole la musculatura.

La mecha que ardía en su interior estaba consumiéndose.

Ronan no se movió. Si se movía, el dedo que le bajaba por la columna vertebral lo apuñalaría; lo heriría como la píldora. No había vuelta atrás.

Sin embargo, cuando abrió los ojos pese al plomo que le lastraba los párpados, vio a Kavinsky tendido sobre el parabrisas del coche.

Ronan no sabía qué pertenecía a la imaginación y qué a la realidad.

Una vez más, el Camaro estaba aparcado entre los árboles. Una vez más, la niña se encontraba agachada junto a él con los ojos tristes. Las hojas tiritaban y se marchitaban.

La energía del lugar se estaba disipando.

Ronan caminó hacia el coche a hurtadillas.

Entrar.

Salir.

—Ronan —susurró la niña—. ¿*Quid furantur a nos*?

(«¿Por qué nos robas?»).

Como Noah, era una figura desvaída, borrosa y espectral.

—Solo una vez más —murmuró Ronan—. Por favor —la miró fijamente—. *Unum. Amabo te*. No es para mí.

Entrar.

Salir.

Pero esta vez no se ocultó. Él no era un ladrón. Se incorporó y abandonó su escondrijo. Bruscamente alerta, el suelo se estremeció a su alrededor. Vaciló. Los árboles se inclinaron hacia fuera, lejos de él.

No había robado a Sierra, que era lo más puro que había obtenido de un sueño.

Tampoco robaría el coche. Ya no.

—Por favor —insistió—. Déjame hacerlo.

Acarició con una mano el esbelto perfil del techo del Camaro. Al despegar la mano del metal, vio que la tenía manchada de verde. Mientras se frotaba los dedos, cubiertos de polen, el corazón le golpeaba las costillas. El aire, de pronto, estaba caliente; el sudor se le acumulaba en el pliegue interno de los codos, y el olor a gasolina hacía que le escociera la nariz. Aquello era un recuerdo, no un sueño.

Abrió la puerta. Al subirse, la tapicería del asiento le abrasó la piel. Tomó conciencia de todo lo que le rodeaba e incluso del raído forro de plástico que cubría las puertas a la altura de las manivelas de las ventanillas, manivelas que eran un torpe añadido posterior.

Se perdió en el tiempo. ¿Estaba durmiendo?

—Llámalo por su nombre —pidió la niña.

—Camaro —dijo Ronan—. Pig. El coche de Gansey. Cabeswater, por favor.

Giró la llave de contacto. Melindroso como siempre, el motor tosió y titubeó.

Cuando se encendió, Ronan se despertó.

Desde el parabrisas, Kavinsky estaba sonriendo. Ronan se encontraba sentado al volante de Pig.

El aire fluía a través de las toberas de ventilación, y su soplido traía consigo el perfume de la gasolina y del tubo de escape. A Ronan no le hacía falta levantar el capó para saber que la vibración que sentía en los pies se correspondía con un motor; con el motor del Camaro.

«Sí, sí, sí».

También se le ocurrió la razón por la que había desaparecido Cabeswater. Lo cual implicaba que tal vez sería capaz de lograr que volviera a manifestarse. Lo cual significaba que la sonrisa de Matthew duraría un poco más. Lo cual suponía que

tendría algo más que devolverle a Gansey que un coche restituido a su estado original.

Bajó la ventanilla.

—Me voy —anunció.

Durante unos instantes, la cara de Kavinsky no tomó forma ninguna. Luego, el propio Kavinsky volvió a adueñarse de ella.

—Estás de coña —dijo.

—Te mandaré flores. —Ronan pisó el acelerador en punto muerto. Tras el Camaro surgió un torbellino de polvo y humo. Al llegar a las 2.800 revoluciones por minuto, el motor se ahogó momentáneamente. Igual que en Pig. Todo estaba en su sitio.

—¿Vuelves a refugiarte en las faldas de mamá?

—Ha sido divertido —dijo Ronan—. Pero ahora empieza el juego de los mayores.

—Eres su marioneta, Lynch.

«Lo que nos diferencia de Kavinsky es que nosotros importamos», susurró la voz de Gansey en la mente de Ronan.

—No lo necesitas, ¿te enteras? —afirmó Kavinsky.

Ronan desbloqueó el freno de mano.

Kavinsky lanzó un puñetazo al aire.

—No me lo puedo creer. ¿Estás de coña?

—Yo no engaño —repuso Ronan frunciendo el ceño con incredulidad. La situación se había tornado aún más extraña que todo lo que había sucedido hasta entonces—. Espera un momento. ¿Creías que… tú y yo íbamos a ser colegas? No funcionaría.

Kavinsky endureció el gesto.

—O estás conmigo o estás contra mí.

Lo cual no era más que un disparate. Ronan siempre había estado en contra de Kavinsky. No existía ninguna otra alternativa.

—No funcionaría.

—Haré que ardas —masculló Kavinsky.

En el rostro de Ronan se dibujó una sonrisa afilada como un cuchillo. Se sabía ardido hasta el último rescoldo.

—Ya te gustaría.

Kavinsky formó una pistola con el dedo índice y el pulgar y apuntó a Ronan en la sien.

—Bum —musitó bajando la mano—. Nos vemos en el asfalto.

45

Y Adam tuvo coche.

El automóvil no era más que una de las tres posesiones nuevas que Adam sumó aquella mañana. Antes de cruzar la puerta, los Gansey y su hija, como excéntricas hadas madrinas, le fueron dando un regalo cada uno.

Richard Gansey II se ajustó el nudo de la corbata frente al espejo del pasillo y le ofreció un chaleco de cuadros.

—No estoy tan delgado como antes —explicó—. Pensaba cedérselo a Dick, pero creo que te sentará mejor a ti. Venga, pruébatelo.

Más que un regalo, fue una obligación.

A continuación, le llegó el turno a la señora Gansey, quien, tras asomarse a la ventana para verificar que el chófer la estaba esperando, dijo:

—Dick, tengo una planta de menta para ti. No olvides llevártela. Adam, a ti te he escogido un ficus. Y a ver si los dos empezáis a pensar un poco más en el feng shui.

Adam entendía que aquello se debía a que lo habían rescatado en el arcén de la interestatal en circunstancias bastante penosas, pero no tuvo ánimos para rechazarlo. Era una planta. Y él, en cambio, les había echado a perder el sábado.

«Un día perdido», pensó. A ellos les había arruinado el sábado, pero él lo había perdido por completo. Por lo visto, su propio cuerpo había decidido desprenderse de él y actuar unas horas por su cuenta.

Si profundizaba en aquella idea, el pánico…

No volvería a ocurrir. De ninguna manera.

Mientras se dirigían hacia la puerta de entrada —Gansey sosteniendo su planta de menta y Adam viéndoselas y deseándoselas con la enorme maceta en la que estaba plantado el ficus—, Helen les salió al paso tirando de una maleta de color negro con ruedas.

—Dick —dijo Helen—, los de la grúa dicen que no pueden venir hoy por la mañana. ¿Te importaría ocuparte del asunto antes de irte? Voy a perder el vuelo.

Gansey, que ya estaba tenso, se irritó aún más, como si aquello le pareciera un ultraje.

—¿Pero anda? ¿No podemos llevarlo nosotros directamente?

—Sí, anda. Más o menos. Pero hay que dejarlo en Herndon.

—¡Herndon!

—Ya. Por eso quería que lo llevase la grúa. La verdad es que me cuesta más transportarlo hasta allí que lo que voy a obtener donándolo. Ahora que lo pienso, ¿no os vendría bien? Adam, ¿quieres un cacharro de coche? Me ahorrarías la grúa.

La oferta parecía cosa de fantasía. La realidad se proyectaba en una pantalla de

cine.

Tres miembros de la familia Gansey, tres regalos y tres horas de viaje para llegar a Henrietta.

«Que no pierda el control antes de llegar a casa», pensó Adam. «Lo único que pido es llegar».

Su coche nuevo era un modelo incierto fabricado en una fecha indefinida. Tenía dos puertas y apestaba a fluidos automovilísticos. El capó, la puerta del copiloto y el faldón trasero derecho procedían claramente de otros vehículos. El cambio de marchas era manual. Adam se encontraba en la curiosa situación de saber cómo arreglar una transmisión y no estar muy seguro de cómo manejarla. Aprendería con la práctica.

Era insignificante, pero coincidía que también era suyo.

«Este día… este lugar… esta vida…».

Le daba la sensación de que estaba en Washington desde siempre, que había nacido en aquella sartén de asfalto, que Henrieta y Aglionby habían sido un sueño. Le suponía un esfuerzo sobrehumano convencerse de que había un futuro más allá del presente inmediato.

«Concéntrate en volver», se dijo. «En cuanto estés allí, podrás descubrir si…».

—Oye, si algo va mal, indícamelo con una ráfaga de los faros —dijo Gansey abriendo la puerta del Suburban. Por lo general, no utilizaba aquel coche, pero nadie confiaba del todo en que el ingenio rodante de Adam fuese capaz de atravesar el estado.

Gansey sacudió suavemente la puerta. Adam advirtió que quería preguntarle si se encontraba bien o si necesitaba algo. Colocada sobre el salpicadero, la planta de menta asomaba sus ramitas.

—Mejor no digas nada —aconsejó Adam.

Gansey parecía más enfadado que la noche de la discusión.

—Ni siquiera sabes lo que iba a decir.

—Yo creo que sí.

Gansey volvió a sacudir la puerta. Tras él, el Suburban parecía un coloso. En su interior había espacio para el coche de Adam y para Pig, y aún se podrían meter un par de bicicletas. Adam se acordó de lo pasmado que se había quedado al enterarse de su existencia. «¿Dinero suficiente para mantener dos coches?».

—Vale, ¿qué iba a decir?

Las líneas de alta tensión que pasaban por encima comenzaron a temblar. En el interior de Adam había algo que estaba vibrando y dando voces de alarma. Tenía que volver. Cuanto antes. Era lo único que tenía en la cabeza.

—No creo que sea buen momento para esto, Gansey.

—¿Para qué exactamente no es buen momento? Creo que lo que está pasando es que tú… —Gansey se contuvo con visible esfuerzo—. ¿Piensas venir a Monmouth o…?

«No hay tiempo. No hay tiempo para eso». Adam debía dejar de esperar y pasar a la acción. En cierta medida, se veía como Gansey aguardando a que fuera otro el que activara la línea ley. Tenía que moverse.

—Iré a Fox Way a pedir consejo —contestó Adam.

Gansey abrió la boca. Tenía cien argumentos distintos que exponer, y el noventa y nueve por ciento de ellos pondrían a Adam de mal humor. Intuyéndolo, se tomó su tiempo para responder.

—Está bien. Iré a ver cómo está Ronan.

Adam se instaló en el polvoriento y gastado asiento de su nuevo coche viejo. Al encenderlo, el sistema de ventilación comenzó a silbar. «Al fin. Ya voy. Ya voy».

Gansey lo estaba mirando. ¿Qué querría decirle? Ni él mismo sabía ya quién era.

—Si algo va mal, dame luces —le dijo Gansey.

46

Cuando Maura abrió la puerta del 300 de Fox Way, se encontró con el Hombre de Gris que, meditabundo, hacía tiempo en el vestíbulo. Le había traído dos cosas: una corona de margaritas que le colocó con gesto solemne en la cabeza, y una navaja automática de color rosa que le puso en la mano. Le había supuesto un esfuerzo hacerse tanto con lo uno como con lo otro. Primero, porque había olvidado lo difícil que era trenzar margaritas, y segundo, porque las navajas automáticas eran ilegales en Virginia, incluso las rosas.

—Estoy buscando algo —dijo el Hombre de Gris.

—Lo sé.

—Creía que era una caja.

—Lo sé.

—Pero no es una caja, ¿verdad?

Maura meneó la cabeza y retrocedió para invitarlo a pasar.

—¿Algo de beber?

El Hombre de Gris no se movió del vestíbulo.

—¿Es una persona?

Maura le sostuvo la mirada.

—¿Algo de beber? —insistió.

Él suspiró y la siguió. Maura lo condujo por el pasillo hasta la cocina, en donde le preparó (torpemente) una bebida y lo invitó a salir al patio trasero. Cala y Persephone ya se habían colocado en dos sillas situadas en donde el descuidado césped dejaba paso a charcos recientes y ladrillos antiguos. Bajo la larga y dorada luz vespertina que había surgido tras la tormenta, ofrecían una estampa etérea y gozosa. El cabello de Persephone era una nube blanca. Cala incluía en su persona tres tonalidades de púrpura distintas.

—Señor Gris —dijo Cala, expansiva y mordaz. Aplastó de un manotazo un mosquito que le subía por la pierna y reparó en el vaso que Maura llevaba en la mano —. Por lo que veo, esa bebida es una mierda.

Maura observó el vaso con tristeza.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la has preparado tú.

Enderezándose la corona de margaritas, Maura dio unas palmaditas en el respaldo de la silla que quedaba libre y se sentó junto a ella, en los ladrillos. El Hombre de Gris se acomodó donde le dijeron.

—Ay, ay, ay —musitó Persephone, atenta al débil ánimo del Hombre de Gris—. Así que ya nos hemos enterado, ¿verdad?

Por toda respuesta, el Hombre de Gris se tomó su bebida de un trago. Los aparatos de Greenmantle lo habían llevado a un claro en el que había visto cien automóviles iguales modelo Mitsubishi Evolution y dos muchachos ebrios hablando de sueños. Los había observado durante horas. Cada minuto, cada sueño imposible y cada frase pronunciada habían sido como un martillazo más en el clavo de la verdad, que al fin había encontrado su sitio.

—¿Y ahora qué va a pasar? —preguntó Maura.

—Soy un asesino a sueldo, no un secuestrador —argumentó el Hombre de Gris.

Maura frunció el ceño.

—Quizá quien te emplea tiene otras ideas.

El Hombre de Gris no conocía los planes de Greenmantle. Sabía que no le gustaba perder y que llevaba al menos cinco años obsesionado con el Greywaren. Y no olvidaba que él mismo había matado con una palanca al último Greywaren. A pesar de haber asesinado a bastante gente, el Hombre de Gris nunca había destruido ninguno de los artefactos que se le había encomendado buscar.

La situación era más compleja de lo que había estimado.

—El asunto se resume en esos dos chicos, ¿no es cierto? —Más que una pregunta, había sido una afirmación. El Hombre de Gris trató de imaginar lo que sería llevar a uno de ellos ante Greenmantle. No estaba acostumbrado a transportar víctimas vivas, fuera cual fuese la distancia. Lo encontraba incluso de mal gusto, y, desde luego, no tenía nada que ver con matar.

—¿Dos? —inquirió Cala intercambiando una mirada con Persephone.

—En fin —murmuró Persephone sirviéndose de la sombrilla de papel que adornaba su copa para librarse de un mosquito que le había caído en la bebida—. Que sean dos tiene más sentido.

—No estamos hablando de cosas —repuso Maura—. Conviene recordarlo. Del mismo modo que tampoco es una cosa una… conjuntivitis.

Frotándose los ojos, Persephone masculló:

—Esa es una metáfora rara y desagradable, Maura.

—Me da igual. Insisto: no nos referimos a una mercancía que se pueda llevar de un lado para otro —arguyó Maura—. Además, conocemos al menos a uno de los chicos. Nos enfadaríamos mucho si te lo llevaras —añadió mirando al Hombre de Gris—. Yo me enfadaría mucho contigo.

—Mi cliente es un hombre bastante duro —dijo el Hombre de Gris. Hasta entonces, aquello no se había interpuesto entre Maura y él. Tal vez las cosas estaban a punto de cambiar.

—¿Y no serviría explicarle que son muy buenos chicos? —sugirió Persephone.

—No son muy buenos chicos —gruñó Cala—. Por lo menos, uno de ellos no lo es.

—No creo que eso sirva para hacer que mi cliente cambie de opinión —reflexionó el Hombre de Gris.

Suspirando, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, indefenso como nunca. Los rayos del sol bañaron su rostro, su cuello y la musculatura de sus brazos. Deslumbrada, Maura no era capaz de quitarle ojo.

Todos bebieron excepto el Hombre de Gris, que ya había terminado su copa. No quería secuestrar a un muchacho ni tampoco enfadar a Maura; quería… quería, simplemente. Las cigarras se desgañitaban desde los árboles. No podía ser más verano.

El Hombre de Gris quería quedarse.

—Pues bueno —dijo Persephone consultando su reloj y poniéndose de pie—. No envidio el lugar del señor Gris, aquí presente. Tengo boxeo. Me voy. Adiós, adiós. Maura, que no te mate nadie.

Maura agitó la navaja en el aire.

Persephone, también levantándose, dijo:

—Yo, en tu lugar, le daría eso a Blue. Me voy a trabajar en lo mío. En mi cuestión. En mi doctorado. Ya sabes.

El Hombre de Gris abrió los ojos y vio que Persephone se detenía frente a él con la copa vacía entre las manos. Comparada con su corpulenta presencia, Persephone parecía bastante menuda y delicada. Le observó darle unas palmaditas en la rodilla.

—Sé que harás lo correcto —murmuró Persephone.

Cala y ella entraron en la casa y cerraron la puerta. Maura se sentó un poco más cerca del Hombre de Gris y apoyó la espalda en sus piernas. El Hombre de Gris pensó que había que tener mucha serenidad para confiar en un asesino a sueldo de aquel modo. La esperanza hizo que el corazón le aleteara. Le recolocó la corona de margaritas y se sacó del bolsillo el teléfono móvil.

Greenmantle descolgó de inmediato.

—Dame buenas noticias.

—No está aquí —respondió el Hombre de Gris.

Se hizo una larga pausa.

—Perdona, no tengo buena conexión. ¿Qué decías?

El Hombre de Gris prefería no tener que repetirse.

—Las lecturas de los instrumentos se deben a una antigua falla geológica que recorre estas montañas. Indican un lugar y no un objeto.

Otra pausa, más ominosa que la anterior.

—Dime, ¿quién se ha puesto en contacto contigo? ¿Alguno de los hombres de Laumonier? ¿Cuánto se ofrecen a pagarte? ¿Sabes qué te digo? Hoy no es un buen día para buscarme las cosquillas. Precisamente, hoy no.

—No quiero más dinero —respondió el Hombre de Gris.

—En ese caso, ¿pretendes quedártelo para ti? Supongo que eso tendría que hacerme sentir mejor, pero la verdad es que no. —Por lo general, Greenmantle necesitaba unos minutos para perder los nervios, pero parecía que los había perdido antes de iniciar la llamada—. Después de tantos años confiando en ti, puñetero loco,

me encuentro ahora con que…

—Yo no lo tengo —recalcó el Hombre de Gris—. Y no te estoy engañando.

Maura agachó la cabeza y experimentó un leve temblor. A pesar de que no conociese a Greenmantle, adivinaba lo que el Hombre de Gris ya sabía: la situación se había torcido sin remedio.

—¿Te he mentido alguna vez? —inquirió Greenmantle—. ¡Ni una! No le he mentido nunca a nadie y, aun así, hoy todo el mundo se empeña en… Es que ¿por qué no se te ocurrió esperar cuatro meses y decirme luego que no podías encontrarlo? ¿Por qué no me cuentas una mentira más creíble?

—Prefiero la verdad —respondió el Hombre de Gris—. Las anomalías energéticas se manifiestan en las proximidades de la falla, especialmente en el lecho de roca en algunas zonas. He fotografiado ejemplos de hipertrofia en plantas causada por esas fugas de energía, las cuales también provocan que la compañía eléctrica lleve tiempo teniendo problemas con la tensión de las líneas. Además, la actividad energética se ha intensificado debido al terremoto que tuvo lugar hace unos meses. Puedes consultarlo en internet, en cualquier periódico. Te lo explicaré en cuanto vaya a devolverte los equipos.

Se calló. Se quedó a la espera.

Durante una fracción de segundo pensó: «Confiará en mí».

Greenmantle colgó.

El Hombre de Gris y Maura permanecieron en silencio contemplando la gran haya, cuyas ramas ocupaban buena parte del jardín. Una tórtola elevó su llamada, insistente y acongojada. El Hombre de Gris dejó una mano colgando, y Maura se la acarició.

—Es el diez de espadas —dijo.

Maura le dio un beso en el dorso de la mano.

—Vas a tener que ser valiente.

—Siempre soy valiente —repuso él.

—Tendrás que serlo aún más.

47

Gansey apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que lo golpeara el Camaro.

Estaba cerca de Manufacturas Monmouth, parado en un semáforo, y oyó el sonido familiar y anémico de la bocina de Pig. Temió estár imaginándoselo. Pestañeó, miró por el espejo retrovisor y el Suburban se bamboleó.

Algo lo había empujado.

Volvió a sonar la bocina de Pig. Gansey bajó la ventanilla, sacó la cabeza y miró hacia atrás.

Oyó la risa histérica de Ronan antes siquiera de llegar a distinguir el Camaro. Y entonces, el motor de Pig rugió y su parachoques volvió a golpear la parte trasera del Suburban.

Aquella era la vuelta a casa que habría esperado tras el desastroso fin de semana.

—¡QUE NO TE ENTERAS, VEJESTORIO!

—¡Ronan! —gritó Gansey. Le faltaron las palabras. «He destrozado a Pig». Por lo que veía, el morro estaba en perfectas condiciones; eso sí, había que comprobar el resto. Aun así, se contentó con disfrutar unos segundos más de la idea de que el Camaro no tenía ni un rasguño.

—¡Para! —exclamó Ronan, en cuya voz se apreciaba un eco de risa—. ¡A los menonitas! ¡Ahora!

—¡No me apetece! —respondió Gansey. El semáforo se puso en verde. No se movió.

—¡Claro que te apetece, ya verás!

No tenía ganas, pero hizo lo que Ronan le pedía y se desvió hacia la derecha en el siguiente cruce para entrar en Henrietta Granja y Jardín (y Hogar), un complejo de tiendas regentadas mayoritariamente por menonitas. Era un buen sitio para, en una sola parada, adquirir alimentos, antigüedades, casetas de perro, ropa vaquera, productos militares de saldo, balas de la guerra de Secesión, perritos calientes con salsa de chile o lámparas hechas por encargo. Gansey decidió estacionar el Suburban lo más lejos posible de los edificios, y se fijó en las miradas que se volvían desde los puestos de frutas y verduras instalados al aire libre. Cuando se apeó, Pig ocupó con estruendo la plaza de al lado.

Y no había nada en el coche que estuviera fuera de sitio.

Gansey se tocó las sienes mientras procuraba reconciliar los mensajes que había recibido con lo que estaba viendo. Era posible que todo fuera una broma de Kavinsky.

En todo caso, allí estaba Ronan levantándose del asiento del conductor, lo cual era bastante increíble. Las llaves del Camaro continuaban en la bolsa de Gansey.

Ronan salió del coche.

Y aquello también era desconcertante. Porque estaba sonriendo, estaba eufórico. Desde luego, no era que Gansey no hubiese visto a Ronan feliz desde la muerte de Niall Lynch. Sin embargo, siempre había detectado que las suyas eran unas alegrías con un deje cruel y susceptible.

El Ronan que tenía delante, en cambio, era otra cosa.

Ronan lo sujetó por los brazos.

—¡Míralo, tío! ¡Tú míralo!

Gansey miró. Observó el Camaro y observó a Ronan. Y volvió a observar. Se frotó los ojos, pero lo que veía seguía pareciéndole un sinsentido. Con pasos cautelosos, rodeó el coche en busca de alguna zona en la que la chapa estuviese abollada o arañada.

—¿Qué pasa aquí? ¿No me habías dicho que…?

—Que lo había destrozado, sí —convino Ronan—. Y así fue. —Soltó los brazos de Gansey y le dio una palmada en la espalda—. Lo siento, colega. Fue una metedura de pata por mi parte.

Gansey tenía los ojos como platos. Nunca había creído que viviría lo suficiente para oír a Ronan disculparse por algo. Advirtió demasiado tarde que su amigo seguía hablando.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

—He dicho —contestó Ronan agarrando a Gansey por los hombros y sacudiéndolo—, he dicho que este coche procede de un sueño. ¡Que lo he soñado yo! Que viene de mi cabeza. Y es igualito, tío. Sé cómo hacía mi padre para conseguir todo lo que quería, sé cómo controlar los sueños, sé lo que pasa con Cabeswater.

Gansey se tapó los ojos con las manos. Tenía la sensación de que iba a estallarle la cabeza.

Pero Ronan no estaba de humor para introspecciones, ni suyas ni de otros. Le asió las manos y se las separó de la cara.

—¡Súbete! ¡Dime si ves alguna diferencia!

Empujó a Gansey para obligarle a meterse en el coche y le colocó las manos en el volante. Observó el resultado como si estuviera analizando una pieza de museo. Luego extendió un brazo y se hizo con unas gafas de sol que estaban en el salpicadero.

Montura blanca, cristales oscuros como la noche. Serían las de Joseph Kavinsky, o quizá una copia. ¿Cómo distinguir entre lo que era real y lo que no lo era?

Ronan le puso las gafas a Gansey y se apartó para admirar su obra. Su gesto se ensombreció durante unos instantes, pero enseguida volvió a iluminarse para dar lugar a una carcajada magnífica y audaz. Era la risa del Ronan Lynch de siempre. O incluso mejor, porque en aquellas risotadas se advertía un toque de oscuridad subyacente. Por lo que parecía, Ronan era consciente de que había horrores en el mundo y, aun así, se reía.

Gansey no pudo evitar reírse también, aunque con menos ímpetu. De algún modo, había superado un trance difícil para caer en una especie de júbilo. Con todo, no estaba seguro de que la sensación sería tan profunda de no haber preparado cada fibra de su cuerpo para afrontar una discusión con Ronan.

—Vale —dijo—. Cuéntamelo todo, anda.

Ronan lo hizo.

—¿Kavinsky?

Ronan le explicó.

Gansey apoyó la cabeza en el volante, que estaba ardiendo por el sol. Lo encontró reconfortante. Nunca debió separarse de aquel coche. No volvería a hacerlo jamás.

«Joseph Kavinsky». Increíble.

—¿Y qué pasa con Cabeswater?

Ronan se puso una mano sobre los ojos a modo de visera.

—Es cosa mía. Bueno, y también de Kavinsky. Cuando soñamos, consumimos la energía de la línea ley.

—¿Y la solución consiste en…?

—Detener a Kavinsky.

—Imagino que no bastaría con pedírselo amablemente —repuso Gansey.

—Oye, incluso Churchill intentó negociar con Hitler.

Gansey frunció el ceño.

—¿De verdad?

—Supongo.

Dejando escapar un suspiro, Gansey cerró los ojos y permitió que el volante siguiera cocinándole la cara a fuego lento. El hogar era aquello: Henrietta, Pig y Ronan. O casi. También estaba Adam. También estaba Blue. La cabeza le daba vueltas.

—¿Qué tal ha ido esa fiesta, colega? —le preguntó Ronan dándole un golpe amistoso en el brazo—. ¿Qué tal Parrish?

Gansey abrió los ojos.

—Un éxito rotundo.

48

Mientras Gansey miraba el mundo a través de unas gafas de sol de montura blanca, Blue se hallaba pedaleando en su bicicleta por un barrio cercano a su casa. Llevaba consigo la llanta del Camaro, la pieza del escudo y una pequeña navaja automática de color rosa.

Definitivamente, la navaja la incomodaba. Aunque la idea le hiciese gracia —Blue Sargent la forajida, Blue Sargent la heroína, Blue Sargent la dura de pelar—, sospechaba que lo único que conseguiría al desplegar la hoja sería cortarse. Aun así, Maura había insistido en que la aceptase.

—Las navajas automáticas son ilegales —le había dicho Blue.

—También el crimen —había respondido Maura.

El crimen era lo único de lo que los periódicos —sí, periódicos, en plural, porque, por inverosímil que pareciese, Henrietta contaba con dos— sabían hablar. Por todas partes, los habitantes del pueblo, cada vez más temerosos, informaban de robos y allanamientos. No obstante, los testimonios se contradecían entre sí: algunos decían haber visto a un hombre, otros hablaban de dos, y había quien aseguraba que se trataba de una banda de cinco o seis individuos.

—Lo que significa que todo es mentira —había dicho Blue, mordaz. Desconfiaba del periodismo.

—O que todo es verdad —había replicado Maura.

—¿Es eso lo que te cuenta el sicario que tienes por novio?

—No es mi novio —había contestado Maura.

Cuando se bajó de la bicicleta frente a la casa de una sola planta a la que Cala iba a recibir clase de boxeo, Blue se sintió pegajosa y fea. La sombra del jardín, que atravesó para acercarse a la puerta y llamar al timbre, no contribuyó a suavizar esa percepción.

—Hola, chica —dijo Mike, el macizo profesor de boxeo de Cala. Era tan ancho de espaldas que Blue habría podido acostarse en sus hombros—. ¿Eso es de un Corvette?

Blue llevaba la llanta bajo el brazo.

—De un Camaro.

—¿De qué año?

—Pues… de 1973.

—Oooh. ¿El V8? ¿Doscientos cincuenta caballos?

—Pues… sí.

—¡Qué suerte, chica! ¿Pero dónde está el resto?

—Por ahí danzando. ¿Está Cala?

Mike abrió la puerta del todo para dejar pasar a Blue.

—En el sótano, relajándose.

Blue encontró a Cala en el sótano, tumbada en una alfombra gris y raída, respirando con dificultad. En la estancia había un montón de sacos de boxeo, algunos colgados del techo y otros apilados por aquí y por allá. Blue situó la llanta del Camaro encima del estómago de Cala, que ascendía y descendía sin cesar.

—Haz tu magia —le ordenó.

—¡Qué mala educación! —Cala, no obstante, extendió las manos sobre la llanta. Lo hizo sin abrir los ojos, de modo que no sabía de qué se trataba—. No está solo cuando deja el coche atrás.

La frase tenía tintes siniestros. «Dejar el coche atrás». Podía ser que se refiriese a que lo dejaba aparcado. Pero no había sonado así. Había sonado, más bien, a que lo abandonaba. Y tenía que haber una razón muy poderosa para que Gansey abandonase a Pig.

—¿Cuándo ocurre?

—Ya ha ocurrido —contestó Cala. Abrió los ojos y los centró en Blue—. Y todavía está por ocurrir. El tiempo es circular, guapa. Atravesamos los mismos parajes una y otra vez. Eso sí, algunas personas más que otras.

—¿Y no nos acordamos?

—He dicho que el tiempo es circular —repuso Cala—. La memoria es otra cosa.

—Me das miedo —afirmó Blue—. A lo mejor es lo que pretendes, pero mejor decírtelo por si no te estabas dando cuenta.

—Aquí, la que se dedica a asuntos que dan miedo eres tú. Eres tú la que se arrima a individuos que hacen cosas raras con el tiempo.

Blue pensó en Gansey, que había engañado a la muerte en la línea ley y que parecía, a la vez, joven y viejo.

—¿Gansey? —aventuró.

—¡Glendower! Pásame la otra cosa que tienes ahí.

Blue recuperó la llanta y puso en su lugar la pieza del escudo. Cala dedicó un rato a examinarla. Después se incorporó y le asió la mano a Blue. Mientras palpaba los cuervos grabados en el metal, comenzó a tararear en voz baja. Era una melodía arcaica y angustiosa, hasta el punto de que Blue se soltó de Cala y se apartó.

—A estas alturas, lo estaban arrastrando —describió Cala—. Los caballos habían muerto. Los hombres estaban muy débiles. No dejaba de llover. Pretendían enterrar esto con él, pero no podían con tanto peso y lo dejaron atrás.

«Lo dejaron atrás».

Las semejanzas se intuían deliberadas. Gansey nunca abandonaría el Camaro de no verse obligado a hacerlo. Los hombres de Glendower debían de haber abandonado el escudo por la misma razón.

—¿Pero pertenece a Glendower? ¿Está Glendower cerca? —Blue percibió que se le aceleraba el pulso.

—«Cerca» y «lejos» es como «ya ha ocurrido» y «está por ocurrir» —sentenció Cala.

Blue estaba cansada de los enigmas. Perseveró.

—Pero no tenían caballos. No creo que llegaran demasiado lejos andando.

—La gente es capaz de andar mucho cuando lo necesita —observó Cala.

Se levantó y le devolvió la pieza del escudo a Blue. Su olor corporal denotaba que había estado haciendo ejercicio. Suspiró ruidosamente.

—Cala —dijo Blue de pronto—, ¿tú también puedes hacer cosas raras con el tiempo? ¿Y Perspehone? ¿Y mi madre?

—¿Nunca has sentido que en ti hay algo diferente? —replicó Cala—. ¿Que en ti hay algo más?

El corazón de Blue volvió a brincar.

—¡Sí!

Cala se sacó del bolsillo las llaves del coche oficial de Fox Way.

—Me alegro. Es lo que todo el mundo debería sentir. Toma. Conduces tú. Te conviene practicar.

Blue no consiguió de ella más explicaciones. Se despidieron de Mike («¡Conduce despacio y por la derecha!»), metieron la bicicleta en el maletero y, con prudencia y lentitud, emprendieron el regreso. Mientras Blue trataba de aparcar frente a la casa sin golpear un coche pequeño y pintado de tres colores distintos que estaba estacionado junto a la acera, Cala chasqueó la lengua.

—Fíjate tú —dijo—. Parece que hoy va a ser un día completito.

El motivo: Adam Parrish las estaba esperando en las escaleras de la entrada.

49

Torpe e incómodo, Adam se sentó en el borde de la cama de Blue. Era extraño que hubiese sido tan fácil entrar en el cuarto de una chica. Conociendo a Blue, su habitación no le sorprendió: árboles de tela decorando las paredes, hojas trenzadas colgando del ventilador del techo, el dibujo de un pájaro con un bocadillo de diálogo en el que se leía GUSANOS PARA TODOS, un estante lleno de botones y nueve tijeras de distintas formas y tamaños. Con la espalda apoyada en la pared, Blue colocó una de las ramas de tela, que se había despegado.

«No hay tiempo, no hay tiempo».

Adam cerró los ojos con fuerza durante unos segundos. Esperó a que Blue terminara de componer los árboles. Viendo que se demoraba, se descubrió impaciente, casi frenético.

Se levantó. No podía estar más sentado.

Blue se quedó quieta. Con expresión vigilante, mantuvo ambas manos en la pared.

Adam había decidido comenzar argumentando por qué juzgaba que Gansey se equivocaba afrontando la búsqueda de Glendower de un modo tan poco atrevido. En el último momento, cambió de idea.

—Me gustaría que me explicaras por qué no quieres besarme, y esta vez te agradecería que no me mintieras.

Se produjo un silencio. Las aspas del ventilador giraban lentamente, haciendo que flameara la tela de las ramas de los árboles y que las hojas colgadas se movieran en círculos.

—¿Por eso has venido? —inquirió Blue.

Estaba enfadada. Adam se alegró. Hubiera sido mucho peor ser el único de mal humor.

Como Adam no se decidía a contestar, Blue volvió a hablar, esta vez más enfadada.

—El primer tema de conversación que se te ocurre después de volver de Washington es ese, ¿no?

—¿Qué importa de dónde venga?

—Importa. Si yo fuese Ronan o Noah, me estarías contando qué tal ha ido la fiesta. Me dirías que desapareciste, me explicarías por qué y todo lo demás; no sé, cosas reales. ¡No si me besas o me dejas de besar!

Adam encontró que aquella era una respuesta completamente irrelevante y también una manera de no contestar la pregunta que le había hecho.

—Ronan no es mi novia. Y Noah tampoco.

—¡Novia! —exclamó Blue. Por extraño que fuera, Adam se emocionó un tanto al oírle pronunciar aquella palabra—. Me bastaría con ser tu amiga.

—Creía que ya lo eras.

—¿Ah, sí? Los amigos hablan. ¡Tú te vas caminando hasta el Pentágono y yo me entero por Gansey! ¡Tu padre es una bestia y yo me entero por Gansey! Noah lo sabe todo de ti. Ronan lo sabe todo de ti.

—No es verdad. Además, saben lo que saben porque estaban allí. Como Gansey.

—Vale, ¿y por qué yo no estaba?

—¿Por qué ibas a estar?

—Porque tú podías haberme invitado —contestó Blue.

La realidad que circundaba a Adam se escoró durante unos momentos. Adam parpadeó para hacer que volviera a su sitio.

—No había razón para hacerlo.

—Claro, claro. ¡Porque las chicas no pintamos nada en política! Por supuesto, ¿por qué iba a interesarme? ¿Votar? ¿Para qué? Mira, se me ha olvidado ponerme el delantal. De hecho, me voy ahora mismo a la cocina. Y también tengo que ponerme los rulos y…

—No sabía que tú…

—¡Precisamente! ¿Ni siquiera se te pasó por la cabeza?

Lo cierto era que no.

—Por otra parte, tú nunca irías a ninguna parte sin Gansey —le espetó Blue—. ¡Sois la pareja ideal! ¡Bésate con él!

Adam sacudió la cabeza con desdén.

—Mira, yo no estoy solo para los besos. Yo quiero una amistad de verdad. No soy una cualquiera con la que pasar el rato… ¡solo porque tengo tetas!

Blue no solía hablar así, pero a Adam le molestó tanto la palabra «tetas» como el cariz que estaba tomando la conversación.

—Muy bonito, Blue. Gansey tiene razón. Cuando te pones en plan feminista…

Blue apretó las mandíbulas y los hombros le temblaron. No, por cierto, por miedo, sino más bien como si estuviera a punto de desencadenarse un terremoto.

Adam continuó embistiendo.

—Todavía no me has contestado. Nada de lo que has dicho tiene que ver ni por asomo con nosotros.

Blue torció el gesto, amarga.

—¿Quieres la verdad?

—Sí. La busco desde el principio —afirmó Adam, quien, sin embargo, ya no entendía muy bien qué era lo que quería de Blue. Deseaba dejar de discutir. Deseaba no haber ido. Deseaba que, al menos, ella le hubiese preguntado por Glendower. Deseaba que se le hubiera ocurrido invitarla a la fiesta. Sin embargo, ¿cómo podía haberlo hecho? Tenía la cabeza demasiado llena, demasiado vacía, demasiado ida. Se había aventurado más allá del suelo firme y se podía hundir en cualquier momento,

pero, por lo visto, no se decidía a dar la vuelta.

—Muy bien. La verdad. —Blue cerró los puños y se cruzó de brazos—. Aquí la tienes. Llevo toda la vida oyendo a adivinas decirme que si beso a mi amor verdadero, lo mataré. Hala, ya está. ¿Contento? No te lo he contado hasta ahora porque temía que te asustaras con lo de «mi amor verdadero».

Tras Blue, los árboles de tela oscilaban. Una visión estaba pugnando por manifestarse. Adam intentó desembarazarse de ella y consagrarse a los recuerdos; intentó examinar a la luz de la funesta profecía todas aquellas ocasiones en que habían estado a punto de besarse. Le pareció irreal; como todo lo demás, de hecho.

—¿Y ahora?

—No te conozco, Adam.

«Eso no es culpa tuya», oyó decir Adam. «Eres incognoscible».

—¿Y ahora?

—¿Ahora? Ahora… —Por fin, a Blue se le quebró la voz—. Ahora puedo contártelo porque ya no importa. Porque sé que no vas a ser tú.

Adam encajó aquellas palabras como si hubiese recibido un puñetazo de su padre. Un instante de muerte y, después, un chorro de sangre manando de la herida. Y luego, no tristeza, sino incendio, un fuego que ya conocía. Como si le hubieran explotado las entrañas, las llamas lo devoraban todo, lo derribaban todo, hacían que todo saltara por los aires.

Vislumbró a cámara lenta el precipitarse de la mano.

No.

No. Ya le había hecho aquello a Blue y no iba a volver a hacérselo.

Se dio la vuelta con la mano estrellada en la frente. Empleó la que tenía libre para darle un porrazo desganado a la pared. Se estaba descargando como una conexión a tierra. Estaba descuartizando la furia, partiéndola en pedazos. Estaba enfrentándose al fuego terrible que le abrasaba el pecho y que ansiaba ver extinguido.

«No vas a ser tú».

Y al final, todo lo que quedó fue esto: «Quiero irme».

Debía existir algún lugar en el que aún no hubiese estado, algún punto del globo en el que no prosperasen aquel tipo de emociones.

Al volver a mirar a Blue, la descubrió inmóvil, observándolo. La vio parpadear y derramar dos lágrimas que se le materializaron en los ojos como por obra de un encantamiento. Lágrimas fugaces. Lágrimas que nacían y se despeñaban antes de que te dieras cuenta de que estabas llorando. Sí, Adam las conocía bien.

—¿Esa es la verdad? —preguntó con la voz hecha un murmullo como de violín tocado con la máxima delicadeza.

En los ojos de Blue esperaban dos lágrimas más que, sin embargo, no llegaron a caer. Dos lagos relucientes.

«Tú no».

No él con su ira andrajosa, sus largos silencios, su postración.

«Tú no».

«Mírate, Adam», susurró la voz de Gansey. «Tú mírate».

«Tú no».

—Demuéstramelo —murmuró.

—¿Cómo?

—Demuéstramelo —repitió alzando la voz.

Blue empezó a menear la cabeza.

—Si no soy yo, no va a pasar nada, ¿verdad?

Blue sacudió la cabeza con más decisión.

—No, Adam.

Adam estaba casi gritando.

—Si no voy a ser yo, Blue, ya nada importa, ¿no es cierto? Tú misma lo has dicho. No voy a ser yo.

—No quiero hacerte daño —musitó ella con pesar.

—O es cierto o no lo es.

Blue se tocó el pecho con una mano.

—No quiero besarte. Lo nuestro no va a ninguna parte.

«Tú no».

Fruto de la paliza que le había dado su padre, Adam tenía inútil el oído izquierdo. No oía ni un zumbido ni una crepitación. Tan solo la ausencia de sonido.

En aquel momento se sintió igual; todo él.

—Está bien —recitó con voz monocorde.

Blue se secó los ojos con el dorso de la mano.

—Lo siento. Lo siento mucho.

—Está bien.

La sensibilidad volvía a extendérsele por el cuerpo, pero estaba fuera de foco, fuera de ángulo. Todo era turbio y confuso. Lo de Blue y él no iba a ninguna parte. Lo de Gansey y él tampoco iba a ninguna parte. Se había acabado lo de «no aquí, no ahora». Era aquí. Era ahora. Era Cabeswater.

«Soy incognoscible».

Se descubrió bajando por la escalera sin recordar cómo había salido de la habitación de Blue. ¿Le había dicho algo más? No lo sabía. Simplemente, se estaba yendo. Yéndose sin rumbo. Yéndose mientras lo emboscaba un opresivo carrusel de voces e imágenes rasgadas y retorcidas.

Se elevó sobre la cacofonía una voz clara. La más suave.

—Adam —dijo Persephone agarrándolo por la manga antes de que abriera la puerta de salida—, tenemos que hablar.

50

Persephone le dio un trozo de tarta. Era de nueces, la había hecho ella y estaba obligado a aceptarla.

Maura le dirigió una mirada ceñuda.

—Pe, ¿estás segura de que es lo correcto? Tú eres la que sabe más, pero…

—Sí, a veces soy la que sabe más —contestó Persephone—. Vamos, Adam. Iremos al cuarto de los clientes. Si quieres, también puede venir Blue. Pero va a ser algo muy íntimo.

Adam no había reparado en la presencia de Blue. Agachó la cabeza. Se había hecho una herida en la mano en su caminata por la interestatal y, de pronto, le preocupó el estado de la cicatriz.

—¿Qué está pasando? —preguntó Blue.

Persephone agitó una mano en el aire para indicar que se desentendía de la responsabilidad de responder.

—Persephone va a equilibrarle lo de dentro con lo de fuera —informó Maura—. Se trata de hacer las paces con Cabeswater, ¿no?

Persephone asintió.

—Más o menos.

—Adam, si quieres que vaya, voy.

Todos los ojos se volvieron hacia Adam.

Si iba solo, no habría más que esto: Adam Parrish.

En cierto modo, siempre había sido así. A veces, cambiaba el decorado. A veces, hacía mejor tiempo.

Pero al final, todo lo que tenía era esto: Adam Parrish.

Para animarse se repitió: «Es solo el cuarto de los clientes».

Sabía que no era cierto. Pero tenía la misma forma que la verdad.

—Me gustaría hacerlo solo —musitó sin mirar a Blue.

Persephone se levantó.

—Tráete la tarta.

Adam fue con la tarta.

El cuarto que se utilizaba para las adivinaciones estaba más oscuro que el resto de la casa. La única iluminación procedía de unas gruesas velas colocadas en el centro de la mesa.

Adam dejó el plato sobre la mesa. Persephone entró y cerró la puerta.

—Come un poco de tarta —dijo.

Adam comió un poco de tarta.

La realidad se le hizo un tanto más precisa.

La estancia olía como a rosas después del anochecer y a cerilla recién encendida. Y con la luz apagada resultaba difícil situar las paredes. Aunque Adam sabía muy bien que era una habitación reducida, se le antojó gigantesca, como una caverna. Las fronteras del espacio se perdían en la distancia, y la penumbra se tragaba los sonidos de las respiraciones y de las cartas rozándose entre sí.

Adam pensó: «Podría dejarlo ahora mismo».

Pero tan solo se trataba del cuarto de los clientes. Una habitación que muy bien podría haber sido en su origen un comedor. Era trivial y no iba a cambiar nada.

Adam creía que aquellos argumentos eran falsos, pero le resultaba más fácil digerir lo que estaba sucediendo si fingía considerarlos verdaderos.

Persephone eligió uno de los marcos colgados de la pared. Adam tuvo tiempo de distinguir que alojaba una fotografía de un monolito en un campo. Persephone la posó en la mesa, frente a él, con el cristal hacia arriba. La imagen desapareció en la penumbra; de ella tan solo se advertía el reflejo producido por el cristal, que era como una laguna rectangular o un espejo. Reproducía la danza de la llama de las velas, pero la reproducción no llegaba a identificarse del todo con la realidad. Adam sintió que le daba un vuelco el estómago.

—Imagino que eres consciente —dijo Persephone, de pie, desde el otro lado de la mesa—. Me refiero a tu desequilibrio.

No hacía falta ratificar lo obvio. Adam señaló la fotografía y sus engañosos reflejos.

—¿Para qué es eso?

—Para mirar —respondió ella—. Para observar otros lugares. Lugares que están demasiado lejos, lugares de existencia ambigua, lugares que rehúsan ser observados.

Adam creyó ver una espiral de humo girando en el cristal. Parpadeó. Ya no la veía. Le dolía la mano.

—¿Qué vamos a mirar?

—Vamos a mirar muy a lo lejos —explicó Persephone. Sonreía. Era una sonrisa secreta y diminuta, como de pájaro oculto entre las ramas—. Vamos a mirar en tu interior.

—¿Es seguro?

—Es lo contrario de seguro —repuso Persephone—. De hecho, te convendría tomar otro bocado de tarta.

Adam tomó otro bocado de tarta.

—¿Qué pasaría si no me prestara a hacerlo?

—Que lo que sientes ahora se volvería todavía peor. En este rompecabezas, no puedes empezar por las piezas de los bordes.

—Pero si me presto —insistió Adam, titubeando mientras la verdad se le volvía una mordedura, un puñetazo, una sacudida—, ¿lo que ocurra me cambiará para siempre?

Persephone ladeó la cabeza con gesto comprensivo.

—Ya has cambiado. Cuando accediste al sacrificio. Esto es solo el resultado de aquello.

En ese caso, no tenía sentido no hacerlo.

—Entonces, dime qué debo hacer.

Todavía de pie, Persephone se inclinó hacia delante.

—Tienes que dejar de dar cosas. No has sacrificado tu mente. Empieza por guardar para ti lo que piensas. Y recuerda el sacrificio. Debes tomártelo en serio.

—Me lo tomo muy en serio —masculló Adam, encendido por una ira inmediata y ácida: su enemiga inmortal.

Profundamente negros, los ojos de Persephone se limitaron a parpadear. La furia de Adam flaqueó.

—Prometiste ser las manos y los ojos de Cabeswater, pero ¿has estado prestando atención a lo que se te pide?

—No me ha pedido nada.

Persephone adoptó una expresión de complicidad. Por supuesto que le estaba pidiendo algo. De pronto, Adam comprendió la causa de las apariciones y de las visiones. Cabeswater había estado intentando ponerse en contacto con él, y aquella era la única manera de hacerlo. Todo aquel ruido, toda aquella agitación, todo aquel caos que llevaba en el interior.

—No lo estaba entendiendo.

—Porque también hay un desequilibrio en Cabeswater —dijo Persephone—. Pero eso es un problema distinto que requiere un ritual diferente. Bien, ahora debes mirar en tu interior, pero ten en cuenta que ahí dentro hay cosas dañinas. Mirar no es seguro. Nunca sabes con qué puedes encontrarte.

—¿Me ayudarás si algo va mal? —preguntó Adam.

Los ojos de ambos se encontraron. Adam comprendió. La única persona que podía ayudarlo estaba más allá de la puerta, en la cocina.

Comenzaron.

Al principio, Adam tan solo era consciente de las velas; de la llama fina y alargada de las velas de verdad, y de la combustión revirada y sinuosa de las reflejadas. Luego, tuvo la impresión de que una gota de agua se desprendía de la oscuridad que le sobrevolaba. Cuando la gota llegó al cristal, lo traspasó en lugar de deshacerse.

Había caído en un vaso de agua. Un vaso tosco y barato como los que su madre guardaba en las alacenas. Un vaso que estaba en la mano de Adam. Cuando fue a beber de él, detectó un movimiento. No tuvo tiempo de prepararse antes de que… el destello… el restallido…

Su padre le atizó.

—¡Espera…! —gritó Adam con intención de explicarse, siempre con intención de explicarse, pese a estar a punto de darse de bruces contra la encimera de la cocina de la casa familiar.

El puñetazo debería haber cesado, pero continuaba; Adam estaba atrapado en él. Adam era el chico, era el golpe, era la encimera, era la cólera ígnea que lo impulsaba todo.

Aquello lo habitaba. Aquel puñetazo, aquella primera vez que su padre le había pegado, se le repetía una y otra vez, en todo momento, en algún rincón de la mente.

«Cabeswater», pensó.

El puñetazo se deshizo. Mientras el vaso chocaba contra el suelo y resistía el embate sin romperse, la gota de agua resbalaba y volvía a precipitarse. Iba a caer en una laguna de aguas detenidas y especulares, entre árboles. Impenetrable, opulenta y viviente, la negrura reptaba por lo espeso del follaje.

Adam ya había estado allí.

Cabeswater.

¿Era realidad o sueño? ¿Importaba eso en Cabeswater?

Aquel lugar… Olió la humedad de la tierra bajo las ramas caídas, oyó el rumor de los insectos afanándose bajo la corteza podrida, sintió en la piel el tacto de la brisa que silbaba entre las hojas.

A sus pies, en la noche del agua, había peces de color rojo nadando en círculo. Sus bocas se asomaban a las ondulaciones que la gota había producido al zambullirse. Los ojos de Adam siguieron el movimiento hasta dar con la otra orilla y, levantándose en ella, el árbol de los sueños. Era tal y como lo recordaba: un roble viejo y magno con un hueco en el tronco lo bastante grande para que cupiese en él una persona. Hacía unos meses, Adam había estado en el interior del árbol y había tenido una espantosa visión del futuro: Gansey muriendo por su culpa.

Oyó un gemido. Era la mujer que había visto en su habitación de Saint Agnes; el primer espectro. Llevaba un vestido anticuado, de tela blancuzca.

—¿Sabes lo que quiere Cabeswater? —le preguntó él.

Apoyándose en la áspera corteza del árbol de los sueños, la mujer, angustiada, se sujetó la frente con una mano.

—¡*Auli*! *Greywaren furis al. Lovi ne…*

No era latín.

—No entiendo —dijo Adam.

Apareció otro espíritu tendiendo la mano hacia él. Y otro. Y otro más, todos atisbos de lo que había visto, por decenas. Incomprensibles.

Una voz situada a su lado le murmuró:

—Yo traduciré.

Se volvió y vio a una niña ataviada con un hábito negro. Quizá se pareciera un poco a una Persephone en miniatura: cabello abundante y blanco como algodón de azúcar, rostro estrecho, ojos negros. Lo tomó de la mano. Tenía la piel muy fría y un tanto húmeda.

Adam se estremeció, agotado.

—¿Traducirás bien?

La niña le apretó los dedos. Adam estaba seguro de que no la había visto nunca. De entre todas las visiones y ensueños que había experimentado desde el sacrificio, no había ni una cara que se correspondiera con la de ella. Era, no obstante, la viva (y equívoca) imagen de Persephone.

—No —dijo Adam—. Aquí solo puedo ayudarme a mí mismo.

La niña echó la cabeza hacia atrás, desairada.

—Aquí ya estás muerto.

Antes de que Adam pudiera soltarse, la niña le clavó la otra mano en la muñeca. Le hizo tres cortes. Adam notó el sabor de la sangre, como si en realidad le hubiese herido en la lengua.

Era como un mal sueño.

Pero no. Si aquello era como un sueño, si Cabeswater era como un sueño, Adam tenía el control y podía hacer lo que quisiera. Se liberó. No estaba dispuesto a entregar su mente.

—Cabeswater —dijo en voz alta—, dime qué quieres.

Metió una mano en la laguna. Percibió frío y falta de consistencia, como si estuviera tocando sábanas. Con sumo cuidado, recogió la gota de agua que lo había llevado hasta allí. La gota le rodó por la palma de la mano siguiendo la línea de la vida.

Titubeó. Preveía que al otro lado del momento en el que se hallaba había algo que lo separaría de los demás para siempre. Ignoraba cuánto. Pero iría a un lugar en el que ellos no habían estado. Que sería algo que ellos no eran.

De hecho, ya lo era.

Y entonces se convirtió en la gota de agua. Cabeswater ya no necesitaba manifestársele a través de apariciones. Ya no harían falta las torpes alucinaciones que se formaban en su campo de visión. Ya no sería necesario llamarle la atención con súplicas desesperadas.

Adam era Cabeswater, era el árbol de los sueños y era cada uno de los robles cuyas raíces se hundían entre las rocas en busca de ánimo y esperanza. Sintió el pulso y la aspiración de la línea ley atravesándolo… Ah, qué término grosero y mundano para denominarla: «línea ley». Se acordó de todos los nombres que habían servido para referirse a ella y los encontró más aptos: pasos de las hadas, sendas de los espíritus, vías cantoras, huellas de antiguo, líneas de dragones, senderos de los sueños.

Los caminos de los muertos.

La energía crepitaba y chisporroteaba al recorrerlo, más como un secreto recordado que como una corriente de electricidad. Era poderosa y extensa, y después languidecía y permanecía latente. A veces, Adam no era nada excepto eso, y otras veces, simplemente, no era nada excepto olvido.

Y por debajo de todo aquello, apreció la antigüedad de Cabeswater. Su unicidad. En su centro había algo inhumano y puro. Había existido durante siglos innumerables

y proseguiría hasta la eternidad. En el estado de cosas universal, Adam Parrish era insignificante. Era una partícula minúscula, tan solo una voluta en la huella dactilar de un ser inmenso…

«Nunca he dejado de guardar para mí lo que pienso».

Sería las manos de Cabeswater y los ojos de Cabeswater, pero no sería Cabeswater.

Sería Adam Parrish.

Echó la espalda hacia atrás para apoyarse.

Estaba en el cuarto de los clientes. Una gota de agua reposaba sobre la fotografía. Frente a él, Persephone se palpaba tres arañazos que tenía en la muñeca: se le había desgarrado la manga de la blusa.

Adam consideró que todo en la estancia se había vuelto distinto. Pero no sabría decir por qué. Era como si hubieran variado las proporciones de un cuadro para adaptar lo pintado a dimensiones más reales.

No alcanzaba a explicarse cómo había podido pensar que los ojos de Persephone eran negros. Eran, más bien, la combinación de todos los colores.

—No lo entenderán —dijo Persephone. Puso sobre la mesa una baraja de cartas del tarot—. No lo entendieron cuando yo regresé.

—¿He cambiado? —preguntó Adam.

—Viniste cambiado —respondió Persephone—. Pero ahora se darán cuenta.

Adam tocó los naipes. Se le ocurrió que hacía mucho tiempo que no veía una baraja sobre la mesa.

—¿Qué tengo que hacer con ellas?

—Golpea como si llamaras a la puerta —susurró ella—. Tres veces. Eso les gusta. Después, mézclalas. Y luego póntelas en el corazón.

Adam tomó las cartas entre los dedos, las barajó y las colocó de tal manera que no sobresaliera ningún borde ni esquina. Al pegárselas al pecho las sintió tibias, como si fuesen un ser vivo. Era la primera vez que experimentaba algo así.

—Y ahora hazles una pregunta.

Adam cerró los ojos.

«¿Y ahora qué?».

—Pon en la mesa cuatro —indicó Persephone—. No, tres. Tres. Pasado, presente y futuro. Boca arriba.

Con movimientos calculados, Adam dejó sobre la mesa tres naipes. Sus dibujos eran oscuros y borrosos, y la escasa iluminación de la estancia redoblaba el efecto. Las figuras que las habitaban parecían estar en movimiento. Adam recitó las leyendas impresas en cada una de ellas:

—Torre. Ahorcado. Nueve de espadas.

Persephone arrugó los labios.

Adam estudió la primera carta, en la que un hombre se caía de una torre en llamas, y después la segunda, en donde un hombre colgaba cabeza abajo de un árbol.

Finalmente, reparó en la tercera, en la cual un hombre lloraba cubriéndose el rostro con las manos. Sí, la última carta: la desesperanza más honda. No lograba despegar los ojos de ella.

—Es como si acabara de despertar de una pesadilla —dijo Adam.

«Y quizá me ocurra lo mismo a mí si la visión del árbol de los sueños se hace realidad», pensó.

Cuando alzó los ojos y se topó con Persephone, la supo capaz de ver lo mismo que estaba viendo él. Se lo adivinó en la tensión de los labios y en el remordimiento que le constreñía los ojos. A su alrededor, la habitación se amplió hacia la sombra y la infinidad. Una caverna, un viejo bosque, un lago de azogue negro y plano. El futuro seguía siendo algo hacia lo que Adam se estaba precipitando: una búsqueda, un sacrificio, el rostro muerto del mejor amigo.

—No —musitó Adam.

—¿No? —inquirió Persephone.

—No. —Adam sacudió la cabeza—. Es posible que este sea el futuro. Pero no es el final.

—¿Estás seguro? —preguntó Persephone.

En su voz había una nota distinta que no había sonado hasta entonces. Adam meditó sobre ella. Ponderó la tibieza de los naipes y la terrible respuesta que había recibido tras preguntar: «¿Y ahora qué?». Advirtió que todavía podía oír el eco de todo lo que le rodeaba en la voz de Persephone, pese a que las paredes de la estancia hubieran debido absorber el sonido. Recordó que había sido Cabeswater y que había sentido en sí mismo el serpenteo del camino de los muertos.

—Voy. Voy a… voy a sacar otra carta.

Vaciló, convencido de que Persephone le diría que no debía hacerlo. Pero ella no hizo nada. Adam dividió la baraja y cubrió con las manos los dos montones resultantes. Eligió la carta que le pareció más cálida. Le dio la vuelta y la situó junto al nueve de espadas.

Una figura envuelta en un manto se erguía frente a una moneda, una copa, una espada, un basto… y todos los demás símbolos de los palos del tarot. Sobre su cabeza flotaba la enseña del infinito, y uno de sus brazos estaba alzado para exhibir su poder. «Sí», pensó Adam. Creyó entenderlo, pero lo que fuera que entendía se le escapó al instante.

Leyó en voz alta el título de la carta:

—Mago.

Persephone suspiró largamente. Después se rio. Se rio con alivio, como si viniera de correr una gran distancia.

—Adam —dijo—, termínate la tarta.

51

Blue, en efecto, se cortó.

Después de que Adam se hubiese encerrado con Persephone, había probado a desplegar la hoja de la navaja automática, y esta le había atacado. En realidad, no era más que un rasguño. Apenas merecía una tirita, pero se la había puesto de todos modos.

No se sentía Blue Sargent la forajida, ni Blue Sargent la heroína, ni Blue Sargent la dura de pelar.

Quizá no debiera haber contado la verdad.

A pesar de que hubieran transcurrido horas desde la discusión, todavía le duraba el nerviosismo. Sentía que el corazón se le había desprendido y que se le movía por la caja torácica con cada latido. Una y otra vez repasaba la conversación. No tenía que haberse enfadado; tenía que habérselo dicho al principio; tenía que…

Cualquier cosa menos lo que había pasado.

«¿Por qué no he podido enamorarme de él?».

Extenuado, Adam se había echado en el sofá y estaba profundamente dormido. Persephone le había contado a Blue que calculaba que, tras el ritual, dormiría entre dieciséis y dieciocho horas seguidas, y que al despertar era probable que tuviera náuseas o incluso que vomitase.

Maura, Persephone y Cala se encontraban en aquel momento sentadas en la cocina, con las cabezas juntas, debatiendo. De vez en cuando, Blue captaba fragmentos de la conversación, como «convendría haberlo hecho antes» o «¡pero él tenía que aceptarlo!».

Blue miró a Adam una vez más. Era guapo y estaba prendado de ella, y si ella no le hubiese revelado la verdad, podría haber salido con él como habría hecho cualquier otra chica, e incluso besarlo sin temor a que muriese.

Instalada junto a la puerta, apoyó la cabeza en la pared.

Sin embargo, no era eso lo que quería. Ella quería algo más.

«¡Quizá no hay nada más!».

Puede que fueran a dar un paseo las dos solas, ella y la navaja automática. Hacían buena pareja. Ambas eran incapaces de abrirse sin hacer daño. Aun así, no se le ocurría adónde ir.

Con sigilo para no despertar a Adam o alertar a Orla, se deslizó al interior del cuarto reservado para las adivinaciones. Levantó el auricular y se quedó a la escucha para comprobar que no hubiese nadie en otro teléfono gozando de una experiencia en los mundos de lo oculto. Tan solo oyó el tono.

Llamó a Gansey.

—¿Blue? —titubeó él.

Tan solo su voz. El corazón de Blue se sofocó. No del todo, pero sí lo bastante para atajar los espasmos.

Blue cerró los ojos.

—¿Me llevas a algún sitio?

Decidieron ir en el recién creado Pig, que, en efecto, parecía ser idéntico al anterior hasta en el olor a gasolina y en las toses que el motor emitía al arrancar. El asiento del copiloto tenía la tapicería tan ajada como debía. Y los haces de los faros, extendiéndose por delante para abarcar la carretera, eran las mismas columnas de luz dorada.

Pero Gansey estaba cambiado. Aun así, llevaba sus pantalones color caqui y sus ridículos náuticos, además de la camiseta blanca y las gafas de montura de alambre. Aquel Gansey, en el que no se distinguía ni el mínimo indicio de la influencia de Aglionby, era el favorito de Blue. Con todo, había algo terrible en la manera en que la estaba haciendo sentir.

Al subirse, él le preguntó:

—¿Qué ha pasado, Jane?

—Adam y yo hemos discutido —respondió ella—. Se lo he dicho. Pero prefiero no hablar del tema.

Gansey metió una marcha.

—¿Pero te apetece hablar?

—De cualquier cosa menos de él.

—¿Te apetece ir a algún lado?

—A cualquier lugar lejos de aquí.

Salieron de Henrietta y Gansey le explicó lo sucedido con Ronan y Kavinsky. Cuando terminó su relato, continuó conduciendo hacia las montañas por carreteras cada vez más estrechas, y pasaron a charlar de la fiesta, el club del libro y los sándwiches de pepino ecológico.

El motor del Camaro gruñía y su estruendo rebotaba en el abrupto terraplén que se levantaba a un lado de la carretera. Los faros tan solo alcanzaban a iluminar la curva siguiente. Blue plegó las piernas y se las rodeó con los brazos. Con la mejilla apoyada en las rodillas, observó a Gansey manejar el cambio de marchas y orientar la mirada alternativamente hacia el espejo retrovisor o hacia ella.

Gansey le habló de las palomas y de Helen. Le habló de todo menos de Adam. Era como describir un círculo sin pronunciar la palabra «círculo».

—Está bien —dijo ella al fin—. Ya puedes hablar de él.

Se hizo un silencio o, más bien, tratándose del Camaro, se hizo el ruido. El motor rugía y el maltrecho aire acondicionado jadeaba.

—Ah, Jane —dijo Gansey de pronto—. Si hubieras estado allí cuando nos llamaron para contarnos que lo habían encontrado caminando por la interestatal,

habrías… —Dejó la frase en el aire, sin descubrir lo que sospechaba que haría Blue. Y entonces, de repente, se enderezó y recuperó el humor—. ¡Ja! Adam entra en contacto con árboles, Noah revive su asesinato cada dos por tres y Ronan se dedica a destrozarme el coche y a sacarse de la manga uno nuevo. ¿Qué me cuentas de ti? Imagino que algo igualmente estrafalario, ¿no?

—Ya me conoces —repuso Blue—. Soy muy racional.

—Como yo —exclamó Gansey con voz solemne, y Blue se rio, encantada—. Somos seres que aprecian los placeres sencillos.

Blue tocó la rueda del dial de la radio, pero no llegó a hacerla girar. Retiró la mano.

—Me siento fatal por lo que le he dicho.

Gansey metió a Pig en una carretera aún más angosta. En realidad, podría haber sido un camino particular. En aquellas montañas, costaba bastante distinguir lo uno de lo otro, especialmente después de que hubiese anochecido. Poblando los tupidos árboles, los insectos montaban aún más escándalo que el Camaro.

—Adam se ha dejado la piel por Aglionby —dijo Gansey de repente—. ¿Y todo por qué? ¿Por recibir una buena educación?

Nadie iba a Aglionby para recibir una buena educación.

—No solo por eso —matizó Blue—. También por prestigio, supongo. O por las oportunidades.

—Pero, en el peor de los casos, es probable que no le sirva de nada. Tal vez el éxito se lleva en los genes.

«Algo más».

—Ahora mismo, esta no es la conversación que me gustaría tener.

—¿Qué? Ah… No quería decir eso. Lo que quería decir es que me sobra el…

—Lo estás empeorando.

—Que me sobra el apoyo. Igual que a ti. Tú creciste entre personas que te querían, ¿no es cierto?

Blue asintió sin pensar; no le hacía falta hacerlo.

—También yo —dijo Gansey—. Nunca dudé que me quisieran. Jamás se me pasó por la cabeza. E incluso Ronan tuvo eso; al menos, durante los años que importan, cuando se estaba convirtiendo en la persona que es. La edad en la que se fija el carácter o como lo quieras llamar. Me gustaría que lo hubieses conocido en aquella época. Pero, claro, si mientras estás creciendo te inculcan que puedes hacer lo que quieras… Antes de conocerte, creía que era por el dinero. Es decir, que los padres de Adam eran demasiado pobres para darle amor.

—Sí, hombre. Pero fíjate en mi familia: también somos pobres, pero somos felices… —farfulló Blue, acalorándose—. Paletas, pero felices…

—No, Jane, por favor —imploró él—. Sabes a qué me refiero. Te estoy diciendo que era un imbécil por pensar así. Creía que tener que esforzarte tanto para salir adelante no te dejaba tiempo para cuidar de tus hijos como es debido. Evidentemente,

me equivocaba. Porque tú y yo somos… ricos en amor.

—Supongo —repuso Blue—. Pero eso no me va a ayudar a entrar en un centro de formación profesional.

—¡Formación profesional! —exclamó Gansey. El énfasis con que lo había dicho sentó tan mal a Blue que, incapaz de admitir su decepción en voz alta, se quedó callada—. Pero podrás optar a una beca universitaria, ¿no?

—No cubren los libros.

—Pero los libros solo cuestan unos pocos cientos de dólares por semestre, si no me equivoco.

—Gansey, ¿sabes cuánto gano por un turno en el Nino?

—¿No hay subvenciones para comprar libros o algo así?

La frustración de Blue iba en aumento. Todo lo que le había ocurrido durante el día parecía estar a punto de hacerla estallar.

—Mira, Gansey, o soy idiota o no lo soy, ¡así que decídete! O soy lo bastante lista para haberme informado y saber si puedo optar a una beca, o soy demasiado estúpida para haber analizado las opciones que tengo, ¡y no me la darían de todos modos!

—No te enfades, por favor.

Blue apoyó la cabeza en la puerta.

—Disculpa.

—Dios —musitó Gansey—. Ojalá se termine esta semana de una vez.

Durante unos cuantos minutos se concentraron en la carretera, que no dejaba de ascender.

—¿Llegaste a conocer a sus padres? —preguntó Blue.

Con una voz grave e inusitada, Gansey respondió:

—Los odio —un poco después añadió—: Venía a clase con moratones. ¿Quién le ha querido a él?

En la memoria de Blue, Adam golpeó la pared con un puño; sin fuerza, pero con la musculatura tensa, anhelando atravesarla.

—Mira eso —dijo Blue.

Gansey siguió con la mirada la dirección de sus ojos. A un lado, los árboles habían sido talados, lo que hizo patente que la pista de gravilla por la que escalaba el Camaro se encontraba al borde de una hondonada. Quedó así a la vista una espléndida panorámica del valle. A pesar de que hubieran salido ya las estrellas, el cielo seguía siendo de color azul oscuro, como el capricho de un pintor. Adelantando la hora, las montañas del flanco opuesto del valle, en cambio, se habían teñido ya de un negro nocturno y proyectaban una silueta fría, distante e inmóvil. Finalmente, al pie de la montaña dormitaba Henrietta salpicada de luces blancas y amarillas.

Gansey levantó el pie del acelerador y dejó que Pig fuese perdiendo inercia hasta detenerse. Puso el freno de mano. Blue y él contemplaron el paisaje a través de la ventanilla del lado del conductor.

Lo que veían irradiaba una belleza feroz e inamovible que rehusaba los

cumplidos; una belleza que hería a quien la miraba.

Gansey se permitió un suspiro breve y rasgado, como si no hubiera querido dejarlo escapar. Blue apartó la mirada de la ventanilla y la centró en su perfil, que observó con insistencia. Él se presionó el labio inferior con un pulgar —aquel gesto era puro Gansey— y tragó saliva. Blue pensó que se había sentido igual al admirar las estrellas mientras caminaba por Cabeswater.

—¿En qué piensas? —le preguntó.

Gansey demoró la respuesta. Pasados unos instantes, cuando se decidió a hablar, mantuvo la vista fija en el paisaje.

—He viajado por todo el mundo. De hecho, he visitado más países que los años que han pasado desde que nací. Europa, América del Sur y… las montañas más altas, los ríos más anchos y los pueblos más bonitos. No lo digo por presumir. Lo digo porque estoy intentando entender cómo es posible que haya estado en tantos sitios y que este sea el único lugar en el que me siento como en casa. Este es el lugar al que pertenezco. También lo digo porque estoy intentando entender cómo es posible que, si soy de aquí, ver esto…

—Duela tanto —adivinó Blue.

Gansey se volvió hacia ella con los ojos brillantes. Se limitó a asentir.

«¿Por qué no pudo haber sido Adam?», se preguntó Blue, angustiada.

—Si lo descubres, ¿me lo cuentas? —dijo.

«Lo vas a matar, Blue; por favor, no…».

—No sé si es algo que se pueda descubrir —repuso él.

—Claro que lo vamos a descubrir —le aseguró Blue con tenacidad, tratando de sofocar los sentimientos que crecían en su interior—. Si no lo haces tú, lo haré yo.

—Si lo descubres tú primero, ¿me lo cuentas?

—Por supuesto.

—Jane, ahora mismo te estoy mirando y… —se interrumpió—. Dios. ¡Dios! Ya no sé ni lo que digo.

Sin previo aviso, abrió la puerta y, apoyándose en el marco para impulsarse, se apeó a toda prisa. Cerró la puerta de un empujón y, mientras se atusaba el cabello, se dedicó a caminar alrededor del coche.

En el habitáculo reinó un silencio abrumador. Blue lo esquivó escuchando el zumbido de los insectos nocturnos, el croar de las ranas y el descuidado canto de pájaros tardíos. De vez en cuando, el motor emitía una especie de suspiro ronco al enfriarse. Gansey no regresaba.

Blue tanteó la puerta en busca del tirador y, al dar con él, lo accionó para salir del coche. Encontró a Gansey apoyado en el maletero con los brazos cruzados a la altura del pecho.

—Lo siento —dijo él evitando mirarla mientras ella se colocaba a su lado—. Soy un maleducado.

Blue valoró las distintas respuestas, pero no tuvo ánimos para hablar. Tenía la

sensación de que se le había metido dentro uno de aquellos pájaros trasnochadores. Creía percibir sus aleteos y piruetas cada vez que respiraba.

«Se va a morir. Va a ser horrible…».

Pese a todo, le tocó la nuca; lo hizo en la zona en que la línea del cabello le asomaba por encima del cuello de la camisa. Él no movió ni un músculo. Tenía la piel caliente, y Blue pudo notarle el débil repiqueteo del pulso. No se parecía nada a cuando había estado con Adam. No tenía que pararse a pensar en qué hacer con las manos. Estas sabían perfectamente cómo actuar. Con Adam debía haber sido así: menos impostura y más espontaneidad.

Gansey se inclinó hacia ella apenas unos milímetros, hasta recostar el cuello en su mano, que le abarcó desde la oreja hasta el hombro.

Blue se sintió electrificada. «Di algo, di algo».

Gansey le levantó la mano con que lo acariciaba y se la sostuvo en el aire como si estuvieran inmersos en una danza. Luego, se la rozó con la boca.

Blue se quedó petrificada. Como una estatua. Se le paró hasta el corazón. Ni pestañeó. No dijo: «No me beses». Tampoco pudo llegar a formular la palabra «no».

Gansey le acarició los nudillos con la mejilla y el borde de los labios y le apartó la mano.

—Lo sé —dijo—. Nunca lo haría.

La piel de Blue ardía en donde había entrado en contacto con los labios de Gansey. El pájaro de su corazón se estremecía una y otra vez.

—Gracias por recordarlo.

Él volvió a mirar hacia el valle.

—Ah, Jane.

—«Ah, Jane», ¿qué?

—No quería que fuese, ¿lo sabías? Me dijo que no fuese a buscarte para que vinieras a la mesa aquella noche en el Nino. Tuve que convencerlo. Y luego, claro, quedé como un idiota… —La observó—. ¿Y qué estás pensando tú?

Ella tan solo le miró. «Que me junté con el chico equivocado. Que he destruido a Adam sin motivo. Que soy muy poco sensible…».

—Que me pareciste un imbécil.

—Gracias por utilizar el pretérito —repuso él, galante. Luego agregó—: No puedo… no puedo hacerle esto.

Blue se erizó.

—No soy una cosa que pase de manos.

—No. Caramba. Claro que no. Pero creo que me entiendes.

Sí, lo entendía. Y le daba la razón. No le podían hacer aquello. Y, en todo caso, no se lo podía hacer a sí misma. Aun así, reprimirse le estaba dejando la cabeza, el pecho y la boca hechos un desastre.

—Desearía poderte besar, Jane —confesó él—. Si así fuera, te pediría un beso. Imagínate, con todo esto alrededor. —Extendió un brazo hacia las estrellas—. Y

después no volveríamos a hablar del tema.

Con eso podría quedar todo zanjado.

«Quiero algo más».

—Podemos fingir —propuso ella—. Solo una vez. Y después no volveremos a hablar del tema.

Qué extraño era. El Gansey que la miró en aquel momento estaba a millones de años luz del individuo altivo que había visto en él al conocerlo. Sin un solo titubeo, le rodeó el cuello con los brazos. ¿Quién era aquella Blue? Se sintió más grande que su propio cuerpo. Él reaccionó inclinándose hacia ella —el corazón de Blue volvió a temblar— y apoyando la mejilla en la suya. Sus labios no llegaron a tocarla, pero pudo sentir en la cara su aliento cálido e irregular. Él la ciñó por la cintura. Blue tenía la boca tan próxima a su mandíbula que llegó a notarle la aspereza de una barba incipiente. La inundó un torrente de sensaciones en el que se mezclaban el olor a menta, los recuerdos, el pasado y el futuro, y tuvo la sensación de que ya había hecho aquello y anhelaba volver a hacerlo.

«Socorro», pensó. «Socorro, socorro, socorro».

Gansey se separó.

—Y ahora no volveremos a hablar del tema —dijo.

52

Esa noche, después de que Gansey se marchase para encontrarse con Blue, Ronan sacó del bolsillo de unos vaqueros sucios una de las pastillas verdes de Kavinsky y regresó a la cama. Parapetado en una esquina, alargó una mano hacia Sierra, quien hizo caso omiso. El cuervo había robado una galleta salada de queso y estaba muy atareado acumulando sobre ella objetos para asegurarse de que Ronan no se la arrebatase. Haciendo como que no se daba cuenta y, al tiempo, muy pendiente de la mano que lo esperaba, agregó a la pila la tapa de una botella, un sobre y un calcetín.

—Sierra —dijo Ronan a modo de aviso.

Reconociendo aquel tono de voz, el pájaro voló hasta la cama. Por lo general, no le gustaban los mimos, pero en aquella ocasión volvió la cabeza a izquierda y derecha mientras Ronan le acariciaba cuidadosamente las plumas que le nacían a ambos lados del pico.

¿Cuánta energía de la línea ley había empleado para crear a Sierra? ¿Cuánta más haría falta para materializar a una persona? ¿Y para un coche?

Mientras pensaba, su teléfono emitió un zumbido. Se lo situó ante los ojos para leer el mensaje que acababa de llegar:

«Tu madre me llama después de pasar el día juntos».

Ronan soltó el teléfono, que aterrizó en el colchón. En otro momento le habría enfurecido descubrir el nombre de Kavinsky parpadear en la pantalla del teléfono, pero no aquella noche. No en vano había pasado muchísimas horas con él. No en vano había soñado con (y hecho aparecer) el Camaro. Tenía demasiado que procesar antes de encontrarse en condiciones de afrontar novedades.

«Pregúntame cuál fue mi primer sueño».

Los zumbidos continuaban, y Sierra picoteó el teléfono con exasperación. Había aprendido muchas cosas de Ronan.

Ronan hizo que la pastilla le rodase por la palma de la mano. Aquella noche no sacaría nada de los sueños, pues no olvidaba lo que le estaban haciendo a la línea ley. Aun así, pretendía escoger con qué soñar.

«Mi falsificación favorita es Prokopenko».

Ronan se guardó la pastilla en el bolsillo. Se sentía abrigado, somnoliento y… bien. Por una vez, se sentía bien y no como si tuviera un arma metida dentro del cráneo. Sabía que si le apetecía podía soñar con Los Graneros, pero prefería no visitar en sueños lugares que existiesen de verdad.

«Te voy a comer vivo».

Ronan cerró los ojos. Pensó: «Mi padre. Mi padre. Mi padre».

Cuando volvió a abrirlos, los viejos árboles se alzaban a su alrededor. La cúpula

celeste era negra y estrellada. Todo olía a leña de nogal y de boj, a semillas de hierba y a limón.

Su padre estaba allí, sentado en el BMW color gris oscuro con el que había soñado todos aquellos años. Era una reproducción viviente de Ronan, y también de Declan, y también de Matthew. Un hombre muy guapo con un ojo del color de las promesas y otro del color de los secretos. Al ver a Ronan, bajó la ventanilla.

—Ronan —dijo.

Sonó como si, en lugar de eso, hubiera querido decir: «Por fin».

—Papá —murmuró Ronan.

Habría añadido que lo echaba de menos. Pero añoraba a Niall Lynch desde que tenía uso de razón.

Una sonrisa fue abriéndose paso en la cara de su padre, como una grieta. Poseía la sonrisa más salvaje del mundo y se la había legado a su hijo más pequeño.

—Lo has descubierto —afirmó. Se llevó un dedo a los labios—. ¿Te acuerdas?

La música brotó de la ventanilla del BMW que había sido de Niall Lynch y que había pasado luego a Ronan. Se trataba de una melodía expansiva, interpretada por gaitas irlandesas, que iba a perderse entre los árboles.

—Sí —contestó Ronan—. Explícame lo que quisiste decir en el testamento.

—*T'Libre vero-e ber nivo libre n'acrea* —recitó su padre.

«Este testamento tendrá validez mientras no se sancione un nuevo documento».

—Es una paradoja recursiva —explicó su padre—. Una defensa contra ladrones.

—¿Significa eso que es mentira? —preguntó Ronan.

Porque Niall era el mayor mentiroso de los Lynch, característica que, por lo demás, había heredado su hijo mayor. No había tanta diferencia entre una mentira y un secreto.

—Yo nunca te he mentido.

Su padre arrancó el BMW y curvó lentamente los labios para sonreír. Había que verlo: su gesto desafiante, su mirada feroz, su compostura. Se había soñado un ciclo entero de vida y muerte.

—Quiero volver —anunció Ronan.

—Pues llévatelo —repuso su padre—. Ya sabes cómo.

Y Ronan lo hizo. Porque Niall Lynch era un incendio en el bosque, un mar desbordado, un accidente de coche, una cortina cerrándose, una sinfonía devastadora, un catalizador con planetas enteros en su interior.

Y le había dado todo aquello a su hijo mediano.

Niall Lynch sacó una mano por la ventanilla. Le dio una palmada a Ronan. El motor giró aprisa; su padre había pisado el acelerador y ya se disponía a salir disparado hacia la siguiente parada.

—Ronan —dijo.

Y sonó como si hubiera querido decir:

«Despierta».

Después de que la casa se hubiese quedado tranquila, Blue se acostó en la cama y se tapó la cara con la manta. Dormirse era una quimera. Tenía la mente ocupada por la expresión desalentada de Adam, el Camaro materializado por Ronan y la respiración de Gansey rozándole la piel.

Los pensamientos le condujeron hacia el olor de la menta y reprodujeron un recuerdo de Gansey que este aún no conocía: el de la primera vez que Blue lo había visto. No en el Nino, cuando él se había presentado en nombre de Adam. Sino aquella noche en la iglesia, cuando había visto pasar caminando a espíritus que morirían en el futuro. Un año; los espíritus no podían aspirar a vivir más allá de eso. Todos morirían antes de la siguiente víspera de San Marcos.

Blue había visto allí su primer espíritu: un chico vestido con el jersey de Aglionby y los hombros húmedos de lluvia.

—¿Cómo te llamas?

—Gansey.

En el piso de abajo, la voz de Cala, airada, se elevó de pronto:

—Mira, como te vuelva a sorprender usando esa maldita cosa, ¡te prometo que la rompo!

—¡Tirana! —le respondió Maura.

Acto seguido, Persephone murmuró algo con tono de reconciliación, pero fue imposible entender sus palabras.

Blue cerró los ojos con fuerza. Vio el espíritu de Gansey. Con una mano en la tierra. Sintió su aliento. Sus manos sujetándola por la espalda.

No había manera de dormir.

Unos minutos más tarde, Maura dio unos golpecitos en la puerta de su cuarto, que estaba abierta.

—¿Duermes?

—Siempre —respondió Blue.

Su madre se sentó en la estrecha cama y tiró de la almohada hasta que Blue cedió y le dejó un poco. Luego, se acostó junto a Blue: madre e hija como cucharas en un cajón de la cocina. Blue volvió a cerrar los ojos envuelta en la suave fragancia especiada de su madre y en un rastro de olor a menta de Gansey.

Tras unos instantes, su madre preguntó:

—¿Estás llorando?

—Solo un poco.

—¿Por qué?

—Tristeza generalizada.

—¿Estás triste? ¿Ha ocurrido algo malo?

—Todavía no.

—Ah, Blue. —Su madre la abrazó y se pegó a ella cuanto pudo, hasta el punto de que su respiración le hacía cosquillas en el cuello. Blue recordó lo que había dicho Gansey sobre que ambos fuesen ricos en amor. Y también pensó en Adam, quien

continuaba durmiendo en el sofá del piso de abajo. Si no tenía quien lo abrazase cuando estaba triste, ¿cabía perdonarle que se dejase llevar por la ira?

—¿Y tú? ¿También estás llorando? —inquirió Blue.

—Solo un poco —contestó su madre, sorbiéndose los mocos de una manera bastante poco elegante.

—¿Por qué?

—Tristeza generalizada.

—¿Estás triste? ¿Ha ocurrido algo malo?

—Todavía no. Hace mucho tiempo.

—No pueden ser las dos cosas a la vez.

Maura volvió a sorberse los mocos.

—Tienes razón.

Blue se enjugó las lágrimas con el forro de la almohada.

—Llorar no nos favorece.

Maura se secó las lágrimas con la manga de la camiseta de Blue.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué nos favorece?

—La acción.

Maura rio dulcemente.

«Debe de ser terrible no tener una madre que te quiera», se dijo Blue, de nuevo pensando en Adam.

—Sí —dijo Maura—. Eres muy sabia, Blue.

En el rincón opuesto de Henrietta, el Hombre de Gris se puso al teléfono. Quien llamaba era Greenmantle.

Sin otro preámbulo, Greenmantle dijo:

—Querido Allen.

Con el teléfono en una mano y un libro en la otra, el Hombre de Gris permaneció en silencio. Colocó el libro —un ejemplar bastante maltrecho de adivinanzas anglosajonas— en la mesa, con la tapa frontal hacia abajo. El televisor murmuraba de fondo; un espía se encontraba con otro en un puente para efectuar un intercambio de rehenes. Ambos tenían instrucciones de acudir en solitario. Ninguno de los dos había obedecido.

El Hombre de Gris estaba tomándose más tiempo del esperado para digerir el significado de las palabras de Greenmantle. En cuanto logró asumirlas, le hizo falta aún más tiempo para comprender qué había empujado a Greenmantle a pronunciarlas.

—Así es —dijo Greenmantle—. Se acabó el misterio. No ha sido muy difícil averiguar tu identidad. Resulta que el mundo de la poesía anglosajona es bastante pequeño. Incluso entre quienes todavía no se han graduado. Y tú ya sabes lo bien que se me dan los estudiantes universitarios.

El Hombre de Gris llevaba mucho tiempo sin ser Dean Allen. Prescindir de la identidad propia era bastante más difícil de lo que cabía suponer, pero el Hombre de

Gris había sido muy paciente y muy tenaz. Lo normal habría sido cambiar una identidad por otra, pero el objetivo del Hombre de Gris era no ser nadie. No estar en ninguna parte.

Palpó el raído lomo del libro de adivinanzas.

«*Ic eom wrætlic wiht on gewin sceapen*».

—Y bien —dijo Greenmantle—. Lo quiero.

(«Soy hermosura concebida para la batalla»).

—No lo tengo.

—Ya, Dean. Ya.

—No me llames así.

«*Nelle ic unbunden ænigum hyran*».

«*Nymphe searosæled…*».

—¿Por qué no? Es tu nombre, como bien sabes.

(«Libre de ataduras, a nadie debo obediencia»).

(«Mas si diestramente me amordazaran…»).

El Hombre de Gris no dijo nada.

—Por lo que veo, Dean, estás decidido a seguir contándome la misma historia —afirmó Greenmantle—. Y pese a ello, continúas contestando cuando te llamo. Lo cual quiere decir que sabes dónde está, pero que todavía no lo tienes.

Había enterrado aquel nombre hacía una eternidad. Dean Allen no debía existir. El Hombre de Gris tenía sus motivos.

—Te voy a decir una cosa —anunció Greenmantle—. Sí, te voy a decir una cosa. Primero, encuentra el Greywaren. Segundo, llámame el cuatro de julio y dame el número de confirmación del vuelo que pienses tomar para volver aquí. De lo contrario, me encargaré de que tu hermano sepa dónde estás.

«Estate quieto, Dean».

La lógica abandonó la mente del señor Gris.

—Te hablé de él porque confiaba en ti —murmuró.

—Y yo te pagué porque confiaba en ti. Tu hermano está deseando saber dónde estás —explicó Greenmantle—. Hemos estado hablando, Dean. Dice que desapareciste mientras mantenías una conversación que lleva tiempo queriendo concluir.

El Hombre de Gris apagó el televisor. No obstante, las voces continuaron susurrando desde algún rincón.

—Dean —dijo Greenmantle—, ¿sigues ahí?

No. La verdad era que no. La realidad estaba decolorándose.

—¿Tenemos un acuerdo?

No. La verdad era que no. Un arma no acordaba nada con la mano que la blandía.

—Dos días es mucho tiempo, Dean —observó Greenmantle—. Nos vemos a la vuelta.

53

Adam Parrish y el Hombre de Gris durmieron veintiuna horas seguidas. Mientras duraba su sueño sin sueños, Henrietta se preparó para el cuatro de julio. Las banderas treparon a lo alto de los mástiles en los concesionarios de coches. Los carteles del desfile aconsejaron a los conductores tener cuidado a la hora de estacionar sus automóviles. En los barrios de la periferia se vendieron fuegos artificiales y también se soñaron. Las puertas se cerraron con llave y después se abrieron bruscamente. En el 300 de Fox Way, Adam cumplió dieciocho años mientras dormía. Cala fue llamada a su oficina para asegurarse de que no faltase nada tras el asalto que se había producido. En el aparcamiento de Manufacturas Monmouth apareció de un día para otro un Mitsubishi blanco con la imagen de un cuchillo en los laterales y las llaves puestas en el contacto. Llevaba adosada una nota en la que se leía: «Para ti. Tal y como te gusta: rápido y anónimo».

Ceñudo, Gansey examinó la caligrafía.

—Creo que tiene que aclararse respecto a su sexualidad.

Ronan se mordisqueó las pulseras y contestó:

—No hay manera de aclararse con tres testículos.

En la casa de las adivinas, Adam se despertó. Según Maura, pasó las piernas por encima del respaldo del sofá, fue a la cocina para beberse cuatro vasos de zumo de granada y tres tazas del té curativo, menos apetecible, se metió en su coche de tres colores y se fue, todo ello en no más de diez minutos.

Un cuarto de hora más tarde, y siempre de acuerdo con el testimonio de Maura, Persephone bajó por la escalera con un bolso en forma de mariposa y un par de botas de cordones y tacón alto que le llegaban hasta los muslos. Llegó un taxi, y se montó en él para salir en la misma dirección en que se había ido el coche de tres colores.

Doce minutos después, Kavinsky le envió a Ronan el siguiente mensaje de texto: «Ni media leche». A lo que Ronan contestó: «Una leche y media». Kavinsky: «¿Vienes al cuatro de julio?». Ronan: «¿Dejarías de hacerlo si supieses que está destruyendo el mundo?». Kavinsky: «Eso sí que sería la leche».

—¿Y…? —preguntó Gansey.

—No confiaría demasiado en las negociaciones —informó Ronan.

Transcurridos siete minutos más, Maura, Cala y Blue se montaron en el sufrido Ford, fueron a buscar a Ronan y a Gansey y se dispusieron a aprovechar un día radiante.

Instalado en el desvencijado asiento trasero del vehículo oficial de Fox Way, Gansey era la viva imagen de un rey. Quizá precisamente por estar sentado en un asiento desvencijado de un coche desvencijado.

—¿Qué es lo que vamos a hacer? —preguntó.
—Pasar a la acción —dictaminó Maura.

54

—¿Qué hacemos aquí, tío? —inquirió Ronan siguiendo con la mirada a Sierra, que correteaba nerviosamente por la encimera. El cuervo estaba acostumbrado a los sitios nuevos, pero necesitaba hacer una inspección del perímetro antes de sosegarse. Se detuvo junto a un bote de galletas adornado con motivos avícolas y lo tanteó con el pico—. Estoy viendo más gallos que en una puñetera película de Hitchcock.

—¿Te refieres a *Los pájaros*? —preguntó Gansey—. Porque no recuerdo que hubiese en ella ningún ave con cresta. Pero vete a saber. Hace tiempo que no la veo.

Estaban en la acogedora cocina situada en el sótano de la pensión Pleasant Valley. Quizá emulando a Sierra, Cala se dedicaba a registrar alacenas y cajones. Había descubierto una plancha para hacer gofres y una pistola y había colocado ambos objetos en la mesa. Apostada en la puerta, Blue oteaba el panorama en busca de su madre, que pululaba por lugares desconocidos. Ronan suponía que Gansey y Blue habían discutido, pues saltaba a la vista que Blue intentaba mantener las distancias. Al lado de Ronan, Gansey extendió un brazo para rozar con los dedos una de las vigas, expuestas y oscuras. Estaba claro que se había quedado perplejo tras oír lo que Maura le había contado sobre Adam durante el trayecto en coche. Gansey era una persona de costumbres: quería que Adam estuviera allí, quería que Noah estuviera allí, quería caerle bien a todo el mundo y quería llevar la batuta.

Ronan, por su parte, no sabía qué quería. Miró su teléfono. Se preguntó si Kavinsky tendría de verdad tres testículos. Se preguntó si sería de verdad homosexual. Se preguntó si le convenía ir a la fiesta del cuatro de julio. Se preguntó dónde estaría Adam.

—Lynch —dijo Gansey—, ¿estás atendiendo?

Ronan alzó la mirada.

—No.

En la encimera, Sierra despedazaba un rollo de papel de cocina. Ronan se acercó a él y chasqueó los dedos, y el cuervo, con un graznido de insolencia, voló hasta la mesa, cuya superficie rayó con las garras al posarse. De pronto, Ronan se enorgulleció de haber soñado y creado aquel pájaro. Lo había hecho sin proponérselo. Por una vez, su subconsciente le había regalado algo que inspiraba cariño en lugar de pánico.

Gansey le preguntó a Cala:

—En serio, ¿por qué estamos aquí?

—Sí, Maura, ¿por qué estamos aquí? —inquirió Cala a su vez.

Maura acababa de entrar en la cocina procedente de otra habitación; tras ella, Ronan divisó la esquina de una cama y una maleta de color gris. Se oyó un ruido

como de tuberías y de agua corriendo desde un grifo.

Maura se sacudió el polvo de las manos.

—Porque cuando venga el señor Gris quiero que lo mires a los ojos y le convenzas de que no te rapte.

Gansey le dio un codazo a Ronan.

Ronan levantó los ojos súbitamente.

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí, tú —confirmó Maura—. El señor Gris fue enviado aquí para recuperar un objeto que permite a quien lo posea extraer objetos de los sueños. El Greywaren. Como bien sabes, eres tú.

Ronan experimentó una oleada de sensaciones fugaces la oír la palabra «Greywaren».

«Sí, ese soy yo».

—Por increíble que parezca —comentó Cala—, vas a tener que encomendarte a tu encanto personal para lograr que tenga piedad de ti.

Ronan reaccionó con una sonrisa voraz. Cala contraatacó sonriendo con la misma voracidad. Era como si estuvieran diciéndose: «Sé dónde vives».

En todo caso, la noticia no constituía ninguna novedad para Ronan. En parte, encontraba asombroso que hubiesen tardado tanto en llegar a aquel punto. Quizá era él el que había provocado aquel giro de los acontecimientos: se le había prohibido regresar a Los Graneros y no había hecho caso. Su padre le había ordenado que no le hablase a nadie de sus sueños y no había hecho caso. Una a una, estaba saltándose todas las normas que deberían haber regido su vida.

Y como no podía ser de otro modo, no había pasado inadvertido. Alguien lo había estado vigilando y al fin lo había descubierto.

—Pero él no es el único que lo busca —dijo Blue de repente—, ¿verdad? Por eso se están produciendo tantos robos. —Para enfatizar su intervención, se sacó del bolsillo nada menos que una navaja automática de color rosa. Hasta el momento, aquello era lo más extraordinario que había sucedido durante la conversación.

—Me temo que así es —respondió Maura.

«Ladrones», pensó Ronan con brusquedad.

—¿Esos robos…? —Gansey tuvo que dejar la pregunta en el aire.

Ronan lo interrumpió.

—¿Él es quien le dio una paliza a mi hermano? Si lo fuera, tendría que mandarle una postal de agradecimiento.

—¿Qué importa? —replicó Maura.

Casi al mismo tiempo, Cala preguntó:

—¿Crees que tu hermano ha podido contarle algo a alguien?

—Seguro que sí —masculló Ronan—. Pero no hay que preocuparse: miente siempre.

Gansey decidió intervenir. Por su modo de hablar, Ronan advirtió que manejaba

suficiente información para hacerse con el control. Preguntó si era cierto que el señor Gris quería secuestrar a Ronan, si quien lo había contratado tenía la certeza de que el Greywaren estaba en Henrietta y si también estaban al tanto de eso los demás individuos implicados en la búsqueda. Al final dijo:

—¿Qué le pasará al señor Gris si vuelve con las manos vacías?

Maura frunció los labios.

—Digamos que la única manera de resumir las consecuencias conllevaría utilizar la palabra «muerte».

—Aun así, para que nos resulte más sencillo tomar decisiones, digamos que es peor que eso —terció Cala.

—Pues que se lleve a Joseph Kavinsky —murmuró Blue.

—Si se llevasen al otro chico —dijo Cala—, terminarían por volver a por la serpiente. —Para clarificar su argumento, señaló a Ronan con un movimiento de la barbilla. Luego, sus ojos viraron hacia Maura.

Detrás de Maura, había hecho acto de presencia el Hombre de Gris, con el asa de una maleta gris en una mano y una chaqueta gris colgada de la otra. El recién llegado dejó ambos objetos en el suelo y se enderezó.

El silencio que se produjo a continuación pertenecía a esa clase de silencios que se dan cuando entra en la estancia un asesino a sueldo.

A pesar de que su naturaleza le impidiera demostrar demasiado interés por nada, Ronan se descubrió observando al Hombre de Gris descaradamente. Era el hombre de Los Graneros, el que se había llevado la caja rompecabezas. No obstante, Ronan nunca lo habría descrito como un asesino a sueldo. Para él, un asesino a sueldo era otra cosa. Un matón. Un culturista. Un héroe de acción. El depredador receloso que tenía ante él no se parecía a nada de aquello. Su constitución era modesta y se correspondía con una manera de moverse más basada en la astucia que en la fuerza; no obstante, sus ojos…

De pronto, Ronan le tuvo miedo. Lo temió como temía a los horrores nocturnos. Porque estos lo habían matado, y volverían a matarlo, y no había modo de olvidar el dolor de aquellas muertes. La aprensión le conquistó el pecho, el rostro y la nuca. Aguda y lacerante como la palanca de metal que había acabado con su padre.

Sierra brincó al hombro de Ronan, bajó la cabeza y clavó los ojos en el Hombre de Gris. Emitió un solo graznido estridente.

Atento a la escena, el Hombre de Gris se mantuvo imperturbable. Cuanto más observaba a Ronan y a Sierra, más se le fruncían las cejas. Y mientras miraba, Gansey fue acercándose a Ronan con pasos imperceptibles. En cierto momento, la atención del Hombre de Gris recayó en el espacio que mediaba entre los dos chicos.

Pasados unos instantes, el Hombre de Gris optó por hablar.

—Si no vuelvo con el Greywaren el cuatro de julio —dijo—, mi hermano recibirá noticia de mi paradero y vendrá a matarme. Lo hará despacio.

Ronan confió en sus palabras como nunca había confiado en nada en su vida. Era

igual que si ya lo tuviese en la memoria: aquel hombre extraño siendo torturado en el cuarto de baño de uno de los moteles de Henrietta, su cuerpo siendo arrojado en un rincón cualquiera, su desaparición siendo un hecho del que nadie se preocuparía.

No hacía falta que el Hombre de Gris les explicase que le resultaría mucho más sencillo optar por llevarse a Ronan y satisfacer así a quien lo había contratado. Tampoco era necesario que aclarase lo poco que le importaba que Ronan se resistiese. Y tampoco servía de nada que Cala —como Ronan acababa de advertir— hubiese encontrado en un armario el arma del Hombre de Gris y que la tuviese en la mano en aquel momento. Si las circunstancias desembocaban en un enfrentamiento directo entre ellos y el Hombre de Gris, a Ronan no le cabía duda de que el Hombre de Gris los vencería sin esfuerzo.

Era como oír en sueños la llegada de los horrores nocturnos. Como percibir aquella misma fatalidad ineludible.

—Por favor —dijo Gansey con un hilo de voz.

Maura suspiró.

—Hermanos —explicó el Hombre de Gris. Por supuesto, no se refería a Declan ni a Matthew. Su rotundidad se desvaneció de pronto—. Los pájaros no me hacen ninguna gracia. —Pasados unos segundos, añadió—: No soy un secuestrador.

Maura le endosó a Cala una mirada cargada de reproche, pero Cala fingió no darse cuenta.

—¿Estás seguro de que tu hermano te encontraría? —preguntó Gansey.

—Estoy seguro de que ya no podré volver a casa —contestó el Hombre de Gris —. Allí no tengo demasiadas cosas, pero los libros… Me vería obligado a moverme constantemente, al menos durante una temporada. En su momento, tardé años en lograr que me perdiera la pista. Además, aunque me vaya, los otros continuarán. Cuentan con equipos para detectar las anomalías energéticas que están produciéndose en la zona de Henrietta, y ahora mismo esas anomalías forman una flecha que apunta hacia él —miró a Ronan.

Gansey, que había torcido el gesto al oír que el Hombre de Gris tendría que abandonar sus libros, arrugó aún más la frente.

—¿Podrías soñar con un Greywaren? —le preguntó Blue a Ronan.

—No pienso compartir lo que tengo con otros —gruñó Ronan. No se le escapaba que debía ser más amable; al fin y al cabo, estaban tratando de ayudarle—. La línea ley está pagando las consecuencias. ¿Queréis volver a ver a Noah? Ya no lo haré más.

«Pero Kavinsky no se detendrá». Aquello sería como colocarse junto al blanco de una diana gigantesca.

—Podrías mentir —sugirió Cala—. Podrías darle cualquier cosa, prometerle que es el Greywaren y dejar que crea que no es lo bastante listo para descubrir cómo funciona.

—Mi cliente no es un hombre compasivo —repuso el Hombre de Gris—. Si detectase un movimiento en falso, las cosas se pondrían muy feas para nosotros.

—¿Qué es lo que me haría? —preguntó Ronan. «¿Y a Kavinsky?»—. ¿Qué es lo que me haría si me entregases a él?

—No —dijo Gansey como dando respuesta a una pregunta que no había sido formulada.

—No —coincidió el Hombre de Gris.

—¿A qué viene eso de «no? —protestó Ronan—. Quiero que me contestes, joder. No estoy diciendo que vaya a entregarme. Pero quiero saberlo.

El Hombre de Gris llevó su maleta a la mesa, la abrió y les mostró la pistola que se encontraba en el interior, sobre un montón de ropa pulcramente doblada. Luego, volvió a cerrar la maleta.

—A mi cliente no le interesan las personas. Le interesan los objetos. Encontrará el objeto que te permite hacer lo que haces y te lo extirpará. Lo meterá en un frasco de cristal con una etiqueta y, cuando sus invitados hayan bebido el vino suficiente, los conducirá a contemplar tu cadáver y el objeto que llevabas dentro. Después se entretendrán con el resto de frascos, reliquias y trofeos.

Como Ronan no movió ni un solo músculo —y no lo haría aunque se acabara el mundo—, el Hombre de Gris prosiguió.

—No descarto que hiciera una excepción contigo. Sí, quizá preferiría meterte entero, tal cual, en un frasco. Lo suyo es el coleccionismo. Es capaz de hacer cualquier cosa por su colección.

Ronan siguió sin inmutarse.

—Me dijo que matara a tu padre de la manera más descuidada posible y que dejara el cuerpo en donde tu hermano mayor pudiera encontrarlo. Su idea consistía en que, como resultado, tu hermano confesara dónde estaba el Greywaren.

Ronan no reaccionó. Necesitó unos instantes para entender que el Hombre de Gris acababa de admitir que había asesinado a Niall Lynch. La mente se le quedó en blanco. Cuando volvió en sí, hizo lo que había que hacer: cargó contra el Hombre de Gris. Sierra echó a volar.

—¡Ronan! —gritaron varias voces.

El Hombre de Gris recibió la embestida vaciando los pulmones con un jadeo. Encajó tres o cuatro puñetazos, tal vez por tolerancia o tal vez por la pericia de Ronan. Sin embargo, enseguida lo inmovilizó y lo dejó tendido sobre la mesa.

—¡Gris! —gritó Maura prescindiendo, al calor del momento, del irónico tratamiento de cortesía.

Sierra se abatió sobre la cabeza del Hombre de Gris. Mientras este se protegía los ojos de la arremetida del cuervo, Ronan lo arrolló con la cabeza, no sin adornarse con una retahíla de improperios. El Hombre de Gris perdió el equilibrio y se golpeó la nuca contra el marco de la puerta.

—¡Esto no se puede tolerar! —chilló Cala—. ¡Tú, el guapo! —Por lo visto, había olvidado el nombre de Gansey—. ¡Haz que pare!

—Creo que está justificado —replicó Gansey.

Sujetándolo por la cabeza, el Hombre de Gris volvía a tener a Ronan a su merced.

—Lo entiendo —le dijo—. Pero no fue nada personal.

—¡Para… mí… sí…!

Ronan lanzó un puño contra la rodilla de su captor y el otro contra su entrepierna. El Hombre de Gris lo soltó. El suelo se elevó repentinamente y se estrelló contra la sien de Ronan.

La pelea terminó. Los contendientes pugnaban por recuperar el aliento.

Con la boca aplastada contra una de las baldosas que cubrían el suelo, Ronan dijo:

—Me da igual lo que hagas por mí. Jamás te lo perdonaré.

El Hombre de Gris se encorvó y se apoyó en el marco de la puerta.

—Nunca me lo perdonan —masculló.

Ronan se puso de pie. Blue le dio el cuervo. El Hombre de Gris se puso de pie. Maura le dio su chaqueta.

El Hombre de Gris se secó las palmas de las manos en los pantalones. Miró a Sierra y dijo:

—A falta de una idea mejor, el cuatro de julio llamaré a mi cliente y le diré que el Greywaren está en mi poder.

Todos se le quedaron mirando.

—Y después —dijo—, le diré que me lo quedo y que no se lo entregaré.

El silencio que siguió a eso duró un largo rato.

—Y luego, ¿qué? —preguntó Maura.

El Hombre de Gris volvió los ojos hacia ella.

—Luego huiré.

55

Al volante del coche tricolor, Adam se adentró cuanto pudo en el campo en que una vez había estado Cabeswater, y cuando ya no le fue posible continuar, aparcó en la hierba y prosiguió a pie. Cuando había estado allí con los demás, se habían servido del GPS y del medidor de frecuencias electromagnéticas para encontrar Cabeswater. Ahora, sin embargo, ya no le hacían falta aquellos aparatos. Él era el detector. Si se concentraba, alcanzaba a sentir la línea ley extendiéndose bajo el suelo. Percibía sus vibraciones e intermitencias; su desequilibrio y su escasez. Con las manos por delante y las palmas hacia abajo, se abrió paso entre la hierba alta en pos de la trémula corriente energética. Los saltamontes se apartaban a su paso. Temeroso de las serpientes, miraba bien dónde ponía los pies. Por encima, el cielo iba apagándose poco a poco a medida que avanzaban desde el oeste las nubes de tormenta. No le preocupaba la lluvia; los relámpagos, en cambio… Los relámpagos.

En realidad, los relámpagos podían ser útiles. Se conminó a recordarlo para más adelante.

Observó la línea de árboles que se levantaban a su derecha. Su copa aún estaba quieta. Calculó que faltaban horas para que llegase la tormenta. Acarició los tallos de los hierbajos con los dedos.

Hacía mucho tiempo que no se sentía así, capaz de desviar el pensamiento de la idea de encontrar una cama en la que descansar. En su mente había espacio, actividad, hambre. Había también certeza: la de que podía lograr todo aquello que se propusiese. En realidad, no se sentía así desde antes de entrar en Aglionby.

«Mundo, allá voy».

Deseó que se le hubiera ocurrido traer consigo una de las barajas del tarot que había en el 300 de Fox Way. Cabeswater habría podido emplearla para comunicarse con él con más facilidad. Quizá, más tarde, podía regresar y hacerse con una. Pero, por el momento, la prioridad consistía en llegar hasta el punto en el que la línea ley tenía más fuerza.

«Seré tus manos. Seré tus ojos».

Aquel era el trato al que se había comprometido. Y, a cambio, podía sentir a Cabeswater en su interior. Cabeswater no le había ofrecido ojos ni manos, sino algo más; algo que tenía que ver con la vida, con el alma y con el conocimiento.

Un poder antiquísimo.

Caminaba ya bajo nubes hoscas y bajas. Había una voz en él que no dejaba de suspirar de alivio, pues volvía a reconocerse a sí mismo, volvía a ser él y algo más, y también porque estaba solo y no tenía que preocuparse por hacerle daño a nadie ni por anhelar la compañía de alguien.

Llegó hasta el regato que anteriormente los había conducido hasta Cabeswater y que, desaparecido este, no conducía más que a la expansión del campo. Tras arrodillarse, situó las manos sobre el agua que circulaba por el cauce. Aunque no hubiese nadie para verlo, sonrió, y sonrió mucho. Porque la primera vez que habían estado en aquel pequeño arroyo, Gansey tenía en la mano el medidor de frecuencias electromagnéticas, cuyas luces emitían destellos de color rojo. Cuánto se habían emocionado con aquellas luces: ¡habían encontrado algo, el aparato les estaba diciendo que habían encontrado algo!

Ese algo era, precisamente, lo que Adam estaba percibiendo ahora con las manos. Y con la espina dorsal. Y con el cerebro, a modo de mapa mental. Tras viajar hasta allí en forma de ondas de energía, la línea ley se desviaba justo en aquel punto para ascender desde las profundidades y aflorar en la superficie del agua. Se trataba tan solo de un regato, de apenas un hilo de agua que resbalaba sobre la roca, de modo que lo que se levantaba desde el subsuelo era poco más que una filtración insignificante.

El rumor de un trueno hizo que Adam advirtiese que el tiempo transcurría deprisa. Se enderezó y siguió el curso del regato, remontando la pendiente del campo. La línea ley ganó intensidad y le raspó el corazón, pero no lo detuvo. Cabeswater ya no estaba allí, pero el recuerdo de haber paseado por su espesura era tan vívido y preciso que no se diferenciaba de la experiencia real. Allí estaba el paraje en el que habían tenido que trepar entre dos rocas para continuar subiendo por el regato. Y allá se encontraba la zona en la que los árboles se habían vuelto más altos y gruesos, con nudos de raíces que quebraban el suelo del bosque. Y más allá se hallaba el sitio a partir del cual los troncos empezaban a vestirse de musgo.

Y al fin, allí estaban la laguna y el árbol de los sueños. El primer espacio que se había transformado ante Gansey, el primer lugar que les había revelado a todos su magia.

Adam vaciló. Se adueñó de su mente la visión que había tenido en el árbol de los sueños. Gansey en el suelo agonizando. Ronan, enloquecido de dolor, gritando: «¿Por fin estás contento, Adam? ¿Era esto lo que querías?».

Pero no. Eso no iba a suceder. Adam había modificado el futuro. Había escogido un camino distinto.

Los truenos se despeñaron y restallaron en la distancia. Inspirando una bocanada de aire para darse ánimos, Adam progresó a través de la hierba hasta alcanzar el área en que se había levantado, se levantaría, se levantaba aún el árbol de los sueños. No lo visitó ninguna visión, pero percibió el latido de la línea ley presionándole las plantas de los pies.

Sí, había llegado adonde debía llegar. Se acuclilló, apartó la hierba y empujó la tierra con las palmas de las manos. Estaba caliente como un organismo. Cerró los ojos.

Vislumbró el trazado de la línea ley alargándose hacia un lado y hacia el otro. Venía de una distancia de cientos de kilómetros y se perdía en una lejanía de cientos

de kilómetros. Percibió, asimismo, encrucijadas iridiscentes allí donde la línea se cruzaba con otras, y quedó deslumbrado. Las posibilidades que presagiaban eran innumerables y maravillosas. Glendower era un milagro de por sí, pero si, tal y como intuía, había un milagro en cada una de aquellas líneas, existían portentos para colmar muchas vidas. Aprovecharlos dependía tan solo de tener paciencia para buscar.

«Oh, Gansey», pensó sin proponérselo. Porque Gansey tenía paciencia para buscar. Y porque lo insólito tendía a dejarse encontrar por Gansey. Ojalá estuviera allí.

«No. Si estuviera aquí, todo cambiaría. Estoy solo, y así debe ser».

Adam expulsó de su mente todo lo concerniente a Gansey y a las intersecciones, y se concentró en la porción de la línea ley que se hallaba debajo de él. Corrió por ella atravesando los altibajos de energía. Aquí se vertía a un río subterráneo. Ahí se escapaba por las grietas que el terremoto había abierto en la roca. Allí ascendía por un pozo. Allá hacía explotar un transformador.

No era de extrañar que los sueños la debilitaran tanto. Era un cable deshilachado, y la electricidad se perdía en cien puntos distintos.

—Lo estoy sintiendo —susurró.

El viento murmuraba al peinar la hierba de alrededor. Adam abrió los ojos.

Si reparaba aquellas fugas como un electricista que pusiese cinta aislante aquí y allá, tal vez lograse que la línea ley recuperara la potencia suficiente para que Cabeswater volviera a manifestarse.

Adam se levantó. Le había sentado bien identificar el problema. Aquella parte era siempre la más difícil. En un motor, en clase, en la vida. Sin embargo, en cuanto sabías a qué te enfrentabas, las soluciones llegaban por sí solas.

Cabeswater apremiaba. El eco de sus voces resonaba por las entrañas de Adam y le producía hormigueos en los oídos.

«Espera», pensó. Deseó contar con una baraja. Con algo en lo que centrar la mente para desentrañar lo que Cabeswater trataba de decirle. «No voy a conseguir entenderte. Espera a que pueda entenderte».

Cuando volvió la vista hacia la pendiente, vio que se le estaba aproximando una mujer. Se colocó una mano extendida sobre los ojos a modo de visera. En un principio, creyó que se trataba de una de las apariciones provocadas por Cabeswater. Desde luego, la visitante parecía un capricho de la imaginación: el cabello como una nube, un vestido gris y unas botas que le cubrían toda la longitud de las piernas.

Sin embargo, después advirtió que la mujer proyectaba una sombra, que su cuerpo respondía a formas precisas y consistentes, y que, de hecho, parecía estar sin aliento.

Superada la ascensión, Persephone se plantó frente a él con los brazos en jarras. Mientras jadeaba, miró alrededor para contemplar el panorama.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Adam. ¿Pretendería obligarle a volver? ¿Estaría allí para decirle que se equivocaba?

Ella le sonrió de una manera pícara e infantil. Adam recordó al punto el reflejo que había visto de ella en el cristal de la fotografía durante el ritual. La criatura de entonces, aniñada e inquietante, se asemejaba poco a la figura evanescente que se hallaba ante él. Tras abrir la mariposa que tenía por bolso, Persephone extrajo del interior una bolsa de seda negra. La textura de la tela, suave, brillante y holgada, invitaba a alargar una mano para tocarla. Parecía ser lo único que llevaba en el bolso.

—Adam, te marchaste antes de que me diese tiempo a entregártelas —dijo Persephone ofreciéndole la bolsa de seda.

Adam la tomó y la sopesó. Lo que fuera que contenía estaba caliente, como si fuera un ser vivo al igual que la tierra de aquel campo.

—¿Qué es?

No bien lo hubo preguntado, reparó en la cautela con que Persephone había pronunciado su nombre. Quizá no tuviera importancia, pero daba la impresión de que había querido recordarle quién era.

«Adam. Adam Parrish».

Inclinó la bolsa y se la vació en la mano. En su mente se formó una sola palabra:

«Mago».

—Mi baraja del tarot —explicó Persephone.

56

«Eh, Lynch, no dejé ese coche ahí para nada».

57

El Hombre de Gris pagó lo que debía en la pensión Pleasant Valley, fue al 300 de Fox Way y dejó la maleta en el dormitorio de Maura, junto a la puerta. No la deshizo. El cuatro de julio estaba al caer. No hacía falta.

—Recítame una estrofa y te pongo una copa —le dijo Cala.

El Hombre de Gris satisfizo la petición.

—«Debemos ser firmes de corazón, más bravos en el hacer, tener grandeza en el alma, aunque nuestras fuerzas puedan ceder».

A continuación, volvió a recitar la estrofa en el anglosajón original.

Cala le puso una copa.

Más tarde, Maura cocinó algo con mantequilla, y Cala algo con beicon, y Blue se defendió cociendo un poco de brécol. En otra zona de la casa, Jimi se preparaba para el turno de noche y Orla atendía las llamadas al servicio telefónico de adivinación. El Hombre de Gris hizo lo que pudo por ser de ayuda. Entendía que aquella noche, con su ruido y su conmoción y su desorden, era una de tantas en el 300 de Fox Way. Le recordó a una especie de danza delirante, a la vez artística y difusa. Maura giraba bien alrededor de Blue, bien alrededor de Cala, y sus pies descalzos no dejaban de dar vueltas por toda la cocina.

Aquello era lo opuesto a lo que el Hombre de Gris había vivido durante los cinco años anteriores.

Anhelaba quedarse.

«Alguien como tú no encajaría en esta vida», se dijo.

Con todo, se decidió a disfrutar por una noche.

Mientras cenaban, Cala preguntó:

—¿Y ahora qué? —Solo comía beicon o lo que estuviera relleno de beicon.

Blue, que comía solo brécol, respondió:

—Imagino que deberíamos ingeniárnoslas para que Joseph Kavinsky deje de soñar.

—¿Pero qué es lo que quiere el tal Kavinsky? —inquirió Maura.

Parapetada tras una montaña de brécol, Blue se encogió de hombros.

—¿Qué va a querer un drogadicto? Nada.

Entretenida con un plato que rezumaba mantequilla, Maura frunció el ceño.

—En algunos casos, todo.

—Sea una cosa u otra —repuso Blue—, no sé cómo vamos a dárselo.

—Si queréis, podría hablar con él esta noche —se ofreció el Hombre de Gris amablemente.

Blue acuchilló un trozo de brécol.

—Por mí, estupendo.

Maura le clavó la mirada.

—Lo que mi hija quiere decir es: «No, gracias».

—No —replicó Blue con las cejas enarcadas—. Lo que quise decir es lo que dije. Además, de paso, también podrías humillarlo un poco, si no es mucho pedir.

—¡Blue Sargent! —exclamó Maura, asombrada—. ¡No te he educado para que seas violenta!

Cala, a quien las carcajadas habían hecho atragantarse, se agarró al borde de la mesa hasta tragar el pedazo de beicon que le atoraba la garganta.

—Es verdad —convino Blue, irónica—, pero a veces las niñas buenas hacemos cosas malas.

El Hombre de Gris se estaba divirtiendo.

—Mientras no me marche, la oferta sigue en pie —dijo.

Sonó el teléfono. Desde el piso de arriba llegó el sonido de las pisadas de Orla, que corrió a responder. Con sonrisa apacible, Maura descolgó el aparato del piso de abajo y estuvo escuchando durante unos instantes.

—Es una idea estupenda. Así será más difícil de rastrear —dijo hablando por el auricular. Luego, volviéndose hacia la mesa, agregó—: Gansey tiene un Mitsubishi que el señor Gris puede utilizar en lugar del coche de alquiler. Ah, también dice que la idea es de Ronan.

La generosidad del gesto regocijó al Hombre de Gris. Analizada fríamente, su escapada iba a ser mucho más difícil de lo que estaba dispuesto a admitir. Había que preocuparse de un coche, del dinero para la comida y del dinero para el combustible. Además, había dejado una olla sucia en el fregadero de su casa, en Masschusetts, y no lograba quitársela de la cabeza.

Desde luego, ayudaría no tener que robar el coche de alquiler. El robo de coches no le suponía ningún esfuerzo, pero anhelaba la simplicidad.

Prosiguiendo con la conversación telefónica, Maura dijo:

—No… no. Adam no está aquí. Creo que está con Persephone. Sí, seguro que se encuentra bien. ¿Querrías hablar con Blue? ¿No…?

Blue bajó la cabeza y estudió su plato. Acuchilló un segundo trozo de brécol.

Maura colgó y, entrecerrando los ojos, escudriñó la expresión de Blue.

—¿Habéis vuelto a reñir?

—Sí —murmuró Blue—. Claramente.

—También puedo hablar con él —propuso el Hombre de Gris.

—Gracias —contestó Blue—, pero no, gracias. Mi madre no me ha educado para ser violenta.

—Tampoco la mía lo hizo conmigo —apuntó el Hombre de Gris.

El Hombre de Gris se comió su brécol, su mantequilla y su beicon, Maura se comió su mantequilla y Cala se comió su beicon.

Cuando, tras la cena, tocó recoger y fregar, se produjo una nueva danza tan

frenética como la anterior, y a eso siguió una pelea por los cuartos de baño, el mando del televisor y los lugares en los que sentarse. Para protegerlo de la refriega, Maura tomó de la mano al Hombre de Gris y lo llevó al jardín trasero. Bajo la negrura del cielo y las amplias ramas del haya, estuvieron besándose hasta que los mosquitos y la lluvia los obligaron a guarecerse en el interior de la casa.

Más tarde, cuando ya se habían acostado, el teléfono móvil del Hombre de Gris zumbó para indicar una llamada entrante, que acabó recibida por el contestador automático. El Hombre de Gris siempre había intuido que las cosas terminarían así.

—Hola, Dean —dijo su hermano con una voz lenta, fluida y paciente. En eso, los hermanos Allen se parecían—. Henrietta es un pueblecito la mar de pintoresco, ¿no crees?

58

—Deprisa.

Persephone y Adam no hablaron mucho mientras duró la noche, y tampoco cuando salió el sol al llegar la mañana; y si lo hacían, se limitaban a decirse precisamente eso: «Deprisa». Ya habían visitado una decena de sitios en los que habían ido reparando —a veces invirtiendo horas— las fugas de la línea ley, y se encontraban en aquel momento a medio camino de Henrietta.

En el enésimo jardín, Adam se arrodilló junto a un rosal enfermo. Sus manos mugrientas se hundieron en la tierra y buscaron la piedra que debía de estar allí debajo, en algún lugar. Montando guardia en las cercanías, Persephone desvió la mirada hacia la casa, situada en el costado opuesto de la propiedad.

—Deprisa —insistió.

El cuatro de julio estaba al caer. Un banco de nubes avanzaba con parsimonia tras las montañas, y Adam adivinó qué traería el resto del día: un calor creciente que desembocaría en una nueva y estruendosa tormenta de verano.

«Relámpagos».

Los dedos de Adam se toparon con la piedra. Había ocurrido lo mismo en el resto de puntos de la línea ley en los que habían estado: una piedra o una masa de agua confundía o repelía el discurrir de la energía. A veces, bastaba con darle la vuelta a un guijarro para que la línea ley volviera a su cauce; era como accionar un interruptor. No obstante, en otras ocasiones había que manipular más de una piedra e incluso retirar alguna o cavar una pequeña zanja para reconducir la corriente. Se habían dado casos en los que ni Adam ni Persephone sabían lo que hacer, y entonces recurrían a las cartas del tarot. Adam extraía de la baraja una o dos y Persephone lo ayudaba a interpretar el mensaje. Tres de bastos: construir un puente sobre el cauce con esas tres piedras. Siete de espadas: desenterrar la piedra más grande y guardarla en el coche.

El uso de los naipes le recordaba a Adam cuando empezó a estudiar latín. Poco a poco, lograba comprender las oraciones sin necesidad de traducir por separado las palabras que las componían.

Estaba exhausto y despabilado; eufórico y ansioso.

«Deprisa».

¿Qué tenían de especial aquellas piedras? No lo sabía. Todavía no. De alguna manera, eran como las losas de Stonehenge o de Castlerigg. Había algo en ellas que absorbía la fuerza de la línea ley y la conducía hacia fuera.

—Adam —dijo Persephone, ceñuda, escudriñando la carretera aunque no circulara ningún coche. También ella tenía las manos sucias, y unas manchas le afeaban la delicada tela del vestido. Parecía una muñeca sacada de un vertedero—.

Deprisa.

La piedra en cuestión era más grande de lo que Adam había calculado. Tendría unos treinta centímetros de anchura y no se sabía cuántos de altura. No había manera de sacarla de allí sin arrancar también el rosal. Sin tiempo que perder, Adam se hizo con una pala que estaba junto a él. Atacó con ella la tierra, arrancó el deformado rosal y lo apartó. Tenía las manos bañadas en sudor.

—Discúlpate —sugirió Persephone.

—¿Cómo?

—Deberías disculparte cada vez que matas un ser vivo —susurró Persephone.

Adam necesitó unos instantes para deducir que se refería al rosal.

—Ya se estaba muriendo.

—Que se estuviese muriendo no quiere decir que estuviera muerto.

Un tanto avergonzado, Adam pidió perdón en voz baja; después metió la punta de la pala bajo la piedra. Esta cedió.

Persephone le dirigió a Adam una mirada inquisitiva.

—Nos la llevaremos —dijo él. Ella asintió. La piedra fue a parar al asiento trasero del coche, con las demás.

Adelante.

El coche tricolor acarreaba ya un buen número de piedras, pero la última preocupó a Adam más que las otras. Se le ocurría que podía ser útil en conjunción con los relámpagos. Útil para… algo. Para concentrar en Cabeswater la energía de la línea ley. Para hacer una… puerta.

«Deprisa».

—¿Por qué ahora? —le preguntó Adam a Persephone—. ¿Por qué hay fugas en la línea ley?

Absorbida por su labor, que consistía en disponer los naipes sobre el salpicadero, Persephone no levantó la mirada. Los motivos pictóricos de las cartas, de trazo negro e impreciso, se asemejaban más a una idea que a una imagen propiamente dicha.

—No es eso. Lo que pasa es que está circulando un caudal mucho mayor de energía, y de ahí las filtraciones. En el pasado, las sacerdotisas se habrían ocupado de mantener la línea. De preservarla. Igual que nosotros ahora.

—Como en Stonehenge —repuso Adam.

—Es un ejemplo bastante manido, pero sí —contestó Persephone a media voz. Estudió el cielo. Las nubes del horizonte se habían aproximado un poco más; continuaban siendo blancas, pero estaban empezando a acumularse unas sobre otras.

—Me gustaría saber qué ocurriría si todas las líneas ley estuvieran reparadas —musitó Adam, hablando más bien para sí.

—El mundo sería muy distinto —respondió Persephone—. Las prioridades serían otras.

—¿Y sería un mal mundo? —inquirió Adam.

Ella lo miró de soslayo.

—Que sea distinto no quiere decir que sea malo, ¿no? —dijo él.

Devolviendo su atención a la baraja, Persephone descubrió una segunda carta.

«Debería llamar al trabajo», pensó Adam. Se suponía que debía acudir al turno de la noche. Hasta entonces no había faltado nunca, ni por enfermedad ni por ningún otro motivo. «Debería llamar a Gansey».

Pero no había tiempo. Todavía tenían que acudir a muchos sitios antes de que… antes de que…

«Deprisa».

Al entrar en la interestatal, Adam se fijó en un Mitsubishi blanco que aceleraba desaforadamente por el carril contrario, al otro lado de la mediana. Kavinsky.

¿Pero era Kavinsky quien conducía? Adam miró por el espejo retrovisor tratando de distinguir al conductor, pero el Mitsubishi ya no era más que un punto indefinido en la lejanía.

Persephone le dio la vuelta a una nueva carta. El diablo.

De pronto, Adam comprendió por qué tenían tanta prisa. Desde la noche anterior estaba al tanto de que debía reconducir la energía de la línea ley para posibilitar que Cabeswater volviera a manifestarse. Se trataba, desde luego, de una labor importante, pero no crucial, no de vida o muerte.

Pero el hecho era que acababa de desentrañar el motivo de su apresuramiento. Estaban restableciendo la línea ley por Cabeswater, sí, pero había una razón más. La estaban restableciendo también porque Ronan iba a necesitarla. Aquella misma noche.

«Deprisa».

59

El cuatro de julio, lo primero en lo que se fijó Ronan al entrar en la iglesia fue que el sacerdote tenía un ojo morado. Lo segundo, que Matthew no estaba allí. Lo tercero, que junto a Declan, en el banco, había dos espacios libres. En Saint Agnes, todo el mundo sabía que los hermanos Lynch nunca se presentaban solos.

La imagen era como para quedarse estupefacto. Durante las semanas posteriores a la muerte de Niall Lynch, los tres hermanos siempre habían reservado un lugar para su madre, como si esperaran verla aparecer por arte de magia durante el oficio.

«Pienso solucionar eso», se dijo Ronan antes de quitárselo de la cabeza.

Había llegado bastante tarde a la misa del cuatro de julio; cualquiera lo consideraría una insolencia. Cuando al fin se acomodó junto a Declan en el banco, una mujer menuda y encorvada ya había empezado a recitar la primera lectura. Era un pasaje con el que Ronan había disfrutado mucho de niño, del que incluso se había enorgullecido. En realidad, el retraso de Ronan se debía a que había ido con Gansey a la oficina de la compañía de alquiler de coches para recoger al Hombre de Gris. El intercambio resultante había sido así: ellos le habían entregado el Mitsubishi y él había devuelto la caja rompecabezas. Ronan lo consideraba un trato justo. Un objeto extraído de los sueños por otro objeto extraído de los sueños.

Declan le clavó la mirada.

—¿Dónde está Matthew?

—Esperaba que lo supieras.

Alguno de los feligreses instalados en el banco de detrás carraspeó pidiendo silencio.

—No estabas aquí el domingo. —La voz de Declan arrastraba el peso de una acusación—. Y Matthew dice que ni siquiera le explicaste por qué.

Ronan tenía que reconocer que era cierto. Tumbado en el capó de un Camaro recién creado, no se había preocupado por saber en qué día vivía. Sin embargo, Declan quizá estuviera insinuando otra cosa: que Matthew no había hecho acto de presencia como venganza, para que Ronan se replantease su actitud. A pesar de que fuese cierto que tener a Ronan a solas con Declan en la iglesia constituía todo un castigo, el hecho no parecía una estratagema que pudiera haber sido urdida por el pequeño de los Lynch.

—Venga ya —murmuró Ronan—. No es tan listo.

Declan aparentó sorpresa y furia. La verdad siempre lo alteraba.

—¿Lo has llamado? —le preguntó Ronan.

—No contesta. —Declan entrecerró los ojos como si creyese que no contestar al teléfono fuese una costumbre que Matthew hubiese aprendido de Ronan.

—¿Lo viste esta mañana?

—Sí.

Ronan se encogió de hombros.

—Nunca falta. —La afirmación opuesta quedaba implícita: «No como tú».

—Pues le habrá dado por empezar a hacerlo.

—Es culpa tuya —susurró Declan echando un vistazo al espacio vacío que había en el banco, junto a Ronan, para luego devolver la vista al altar—. Te dije que tuvieras la boca cerrada. Te dije que no montaras escándalo. ¿Tanto te cuesta hacerme caso, por una vez?

Alguien le dio una patada al banco que ocupaban. A Ronan le pareció un acto muy poco católico. Con ademanes despreocupados y a la vez amenazadores, miró por encima del hombro, hacia atrás, y le alzó las cejas al hombre de mediana edad que encontró sentado tras él. Espero unos instantes. El hombre bajó los ojos.

Declan tiró del brazo de Ronan.

—Ronan.

—Deja de actuar como si lo supieras todo.

—Ah, sé lo suficiente. Sé perfectamente por qué estás aquí.

En otra época, aquella afirmación habría sido recibida por Ronan como una inyección de veneno. No obstante, en aquel momento le dio igual. En su concepción del mundo, la opinión de su hermano tenía un valor bastante escaso. De hecho, Ronan estaba allí por Matthew y, dado que Matthew no había aparecido, no veía motivos para quedarse. Se levantó.

—Ronan —susurró Declan con ferocidad—, ¿adónde te crees que vas?

Ronan se señaló los labios con un dedo. A ambos lados de este, le brotó una sonrisa.

Declan meneó la cabeza y sacudió una mano en el aire como dando a su hermano por un caso perdido. Lo cual, desde luego, era rigurosamente falso, porque jamás dejaría de incordiar a Ronan. Aun así, a ojos de Ronan, los dieciocho y la libertad se antojaban más próximos que nunca, de modo que no importaba lo que su hermano hiciera o dejara de hacer.

Al atravesar las poderosas y pesadas puertas de la iglesia —las mismas por las que había pasado tras crear a Sierra—, Ronan se sacó el móvil del bolsillo y llamó a Matthew.

Oyó la voz del contestador.

Ronan no podía creérselo. Se subió al BMW dispuesto a regresar a Monmouth y volvió a llamar.

Una vez más, el contestador.

Se obsesionó. No entendía qué pasaba. Matthew nunca se separaba del teléfono. Y tampoco dejaba de acudir a la iglesia, sobre todo a una misa tan señalada como aquella.

Por su mente desfilaron la cara del Hombre de Gris y el maltrecho ojo del

sacerdote, y la cabeza le dio vueltas.

Metió una marcha y se encaminó hacia las afueras del pueblo. Llevaba el volante con la rodilla. Llamó de nuevo. Otra vez el contestador.

Algo iba mal.

Al frenar junto a la fachada de Manufacturas Monmouth, le llegó un mensaje de texto procedente del número de Matthew.

Por fin.

Ronan accionó el freno de mano, apagó el coche y examinó la pantalla del teléfono.

«¿Qué pasa, capullo?».

Aquello no era lo que cabía esperar de su hermano. Antes de que se le ocurriera cómo responder, recibió un nuevo mensaje, esta vez remitido por Kavinsky.

«¿Qué pasa, capullo?».

Ronan se temió lo peor.

Un segundo después, Kavinsky volvió a enviar otro mensaje.

«Vente con algo bueno al cuatro de julio o veremos qué pastilla le va mejor a tu hermanito».

Sin pensárselo dos veces, Ronan marcó el número de Kavinsky, quien contestó al instante.

—Lynch, qué alegría oírte.

—¿Dónde está? —masculló Ronan.

—Mira, las primeras veces te lo pedí con educación. ¿Vienes el cuatro? ¿Vas a venir? ¿Vienes o no? Hala, toma un maldito coche. ¿Vienes ya? Pero ahora la has cagado. Esta noche, ven con algo que valga la pena.

—No voy a hacerlo —respondió Ronan.

Mil pesadillas en las que Matthew aparecía muerto. Con los rizos ensangrentados, con los dientes ensangrentados, con moscas en los ojos, con moscas en las vísceras.

—Oh —exclamó Kavinsky con una nota enfermiza de hilaridad en la voz—, yo creo que lo harás. Si no, haremos experimentos con tu hermanito. Podría utilizarlo para el gran final de esta noche. ¡Bum! A lo mejor te apetece ver cómo explota…

Ronan encendió el motor y retiró el freno de mano. Gansey había salido a la puerta de Monmouth y tenía una mano levantada como si quisiera hacer una pregunta.

—No te vas a salir con la tuya.

—Me salí con la mía con papaíto —observó Kavinsky—. Y con Prokopenko. Y no te ofendas, pero ellos eran bastante más duros que Matthew.

—Estás cometiendo el error de tu vida. Te voy a deshacer.

—No me decepciones, Lynch.

60

Adelantándose a la tormenta, Gansey entró por las buenas en el 300 de Fox Way. No llamó a la puerta. Se limitó a empujarla y a pasar al interior, donde Blue estaba atándose los zapatos para cumplir con otra de sus actividades laborales a tiempo parcial: pasear perros.

—¿Jane? —exclamó Gansey.

Viéndolo, a Blue le dio un vuelco el estómago.

—¡Blue! —insistió él.

Algo marchaba muy mal. Era insólito que la llamase por su nombre.

Quien entró a continuación con la misma brusquedad fue Ronan, cuya expresión acabó de confirmar lo que Blue ya había leído en Gansey. Tenía en los ojos un gesto como de fiera enjaulada. Cuando se detuvo, se aferró al marco de la puerta y lo apretó como si pretendiese arrancarlo de cuajo.

—¿Qué ha pasado? —les preguntó Blue.

Se lo contaron.

Desentendiéndose de sus obligaciones sin dudarlo, Blue los acompañó al desfile del cuatro de julio, donde buscaron infructuosamente a Maura o Cala. Fueron hasta la casa de Kavinsky y la encontraron vacía. Luego, mientras la tarde iba avanzando, Blue los condujo a la pista de aceleración de Henrietta, que acogía todos los años la fiesta que organizaba Kavinsky para celebrar el cuatro de julio. Parecía imposible que ni Gansey ni Ronan la hubieran visitado nunca. También parecía imposible que Blue, alumna del corriente y moliente instituto de Mountain View, tuviese información de Kavinsky que ellos desconocieran. Quizá aquel capítulo de la vida de Joseph Kavinsky no entraba dentro de lo que podía digerir la mentalidad de Aglionby.

La fiesta del cuatro de julio de Kavinsky era famosa. Y temida.

Dos años atrás, se decía que habían hecho volar un tanque a modo de gran final. Sí, un tanque de verdad, pintado de verde oliva, con caracteres cirílicos impresos en los costados. No se trataba más que de un rumor, por supuesto, y seguiría siendo tan solo un rumor, ya que, según se comentaba, había sido el propio Kavinsky el que había efectuado la detonación. Blue conocía a un chico en el instituto que afirmaba conservar un trozo de metal del tanque como recuerdo.

Hacía tres años, un alumno de un colegio de otro condado había sufrido una sobredosis de una sustancia que el laboratorio del hospital no había podido identificar. Sin embargo, no fue la sobredosis lo que causó sensación. Fue que Kavinsky, con solo quince años de edad, ya tuviera la capacidad de convocar a chicos que vivían a cuarenta y cinco minutos en coche. Estadísticamente, nadie llegaba a morir en las fiestas de Kavinsky.

Todos los años se acumulaban decenas de coches a la espera de batirse en la pista. Nadie sabía de dónde provenían ni qué sería de ellos después. Tampoco importaba que los aspirantes a conducirlos tuvieran o no permiso de conducir. Lo único que contaba era que supieran pisar el acelerador.

Supuestamente, el año anterior, Kavinsky había lanzado un cohete pirotécnico que había subido tan alto que la CIA se había presentado en su casa para interrogarlo. Blue no creía demasiado en la historia. En su opinión, debía de haber sido el Departamento de Seguridad Nacional.

Aquel año, había dos ambulancias y cuatro coches patrulla apostados a poco menos de un kilómetro de la pista. Lo bastante próximos para llegar a tiempo. No lo suficiente para supervisar lo que pudiera ocurrir.

Kavinsky era intocable.

Cuando llegaron a ella, la pista —dos lenguas de asfalto rectas y planas alojadas entre colinas— estaba abarrotada. Procedente de algún rincón, una música atronadora añadía al ambiente un punto rotundo de animación y de optimismo. Las barbacoas perfumaban el aire con el aroma del carbón y de las salchichas abandonadas en las brasas. No parecía que hubiese alcohol. Tampoco se divisaban los coches, ya célebres, que deberían competir en la pista a medida que fuese avanzando la fiesta. Había, eso sí, un Mustang y un Pontiac viejos que, mirando en paralelo hacia el fondo de la pista, quemaban la goma de los neumáticos para satisfacción del público; pero daba la sensación de que quienes participaban en los enfrentamientos lo hacían no tanto para competir como para dar espectáculo, como si todo estuviese amañado. Entre la asistencia se contaban adultos y también niños. Ronan se quedó mirando a una niña que llevaba un globo; por lo visto, se le antojaba una criatura de otro mundo.

Aquello no era lo que habían esperado.

Gansey contempló el panorama con aire dubitativo.

—¿De verdad es esta la fiesta de Kavinsky?

—Aún es temprano —explicó Blue, observando también lo que tenía alrededor. Se debatía entre aspirar a encontrarse con algún conocido del instituto y desear que nadie la viera en compañía de chicos de Aglionby.

—No creo que esté aquí —insistió Ronan—. Debes de haberte equivocado.

—No sé si está aquí o no —repuso Blue—, pero el sitio es este. Como todos los años.

Ronan clavó la mirada en uno de los altavoces. De él brotaba un soniquete que Blue relacionó con la música pop de los años noventa. En todo caso, Ronan estaba cada vez más asqueado. Percibiéndolo, la gente —especialmente la que iba en compañía de niños— procuraba distanciarse de él.

—Si Jane dice que es aquí, es aquí —resolvió Gansey—. Inspeccionemos.

Inspeccionaron. Mientras iban alargándose las sombras, se abrieron paso entre el gentío, preguntaron a unos y a otros si habían visto a Kavinsky, y miraron detrás de los edificios que cercaban la pista por un costado. No lo encontraron, pero cuando la

tarde dejó paso a la noche, advirtieron que se había operado un cambio sutil en la fiesta. Los más jóvenes fueron los primeros en desaparecer. Después, los adultos empezaron a ser reemplazados por chicos de instituto e incluso universitarios. Empezó a circular un número creciente de vasos de plástico de color rojo. El pop de los noventa se volvió una cosa oscura, honda y sucia.

El Mustang y el Pontiac ya no estaban. Una chica le ofreció a Blue una pastilla.

—Tengo de sobra —le explicó.

Blue cayó presa de un nerviosismo repentino y violento. Sacudió la cabeza.

—No, gracias.

Cuando la chica le hizo la misma invitación a Gansey, este la miró de arriba abajo en silencio, sin darse cuenta de que estaba siendo grosero hasta que fue tarde. Todo aquello quedaba tan lejos del ambiente al que estaba acostumbrado que le faltaron las palabras.

Ronan, por su parte, le arrebató la pastilla a la chica y la tiró al suelo. Ella le escupió en la cara, se dio la vuelta y se alejó a grandes zancadas.

Ronan giró sobre sí mismo, oteando.

—¿Por dónde andarás, perro?

Se encendieron los focos.

El público lo celebró con vítores.

Los altavoces bramaban en algún idioma extraño. Los graves hacían que a Blue le vibraran las suelas de los zapatos. Por encima sonaban los truenos, los de verdad.

Los motores se pusieron a rugir y la muchedumbre se apartó para dejar paso a los coches. Las manos se alzaron en el aire, botando, bailando, celebrando. Alguien gritó:

—¡Dios bendiga a América!

Entraron en la pista diez Mitsubishis blancos. Eran idénticos: parrillas negras y sobredimensionadas, cuchillos en los laterales y grandes alerones. Uno de ellos se adelantó a los demás e hizo un trompo que levantó una enorme nube de polvo que lo cubrió por completo. Lo único que se divisaba de él era el haz de luz de los faros.

La gente se volvió loca.

—Es él —dijo Ronan, echando a andar por entre la aglomeración.

—Lynch —exclamó Gansey—. ¡Ronan! ¡Espera!

Pero Ronan ya estaba a varios metros, dirigiéndose inexorablemente hacia el Mitsubishi que se había apartado de los demás. Cuando el polvo se posó quedó a la vista Kavinsky, que se había subido en el techo del automóvil.

—¡Que empiece el fuego! —aulló Kavinsky, que chasqueó los dedos señalando hacia un punto indefinido. Se oyó un siseo y un silbido y, de repente, el primer artefacto pirotécnico trazó una espiral ascendente y estalló creando un caos azul que se extendió sobre los focos. Poseído, Kavinsky soltó una risotada—. ¡Que os jodan a todos! —Añadió algo más, pero su voz se perdió en la barahúnda de la música.

—Esto no me gusta —le gritó Gansey a Blue.

Pero era inevitable.

Alcanzaron a Ronan justo cuando este alargaba una mano hacia Kavinsky, que para entonces había descendido del techo del coche y se encontraba junto a la puerta. Fuera lo que fuera lo que se habían dicho Kavinsky y Ronan, la cosa había empezado mal.

—Ah, fíjate —gruñó Kavinsky cuando sus ojos se toparon con Gansey y Blue—. Ha llegado papá. Dick, qué bien acompañado vas. ¿Es que ahora te va la heterosexualidad? ¿Qué pasa, Lynch? ¿Tenemos problemas para que se nos levante?

Ronan aferró a Kavinsky por el cuello y, por una vez, Blue no lo lamentó. Los fuegos artificiales se sucedían poco a poco e iban a perderse en la negrura del cielo. Los relámpagos los atravesaban de vez en cuando.

—¿Dónde está? —rugió Ronan, o casi ladró.

Kavinsky tenía aspecto de despreocupación. Gesticuló hacia el Mitsubishi y después hacia alguna de las otras réplicas. Con un tono de voz un tanto ahogado, dijo:

—En este coche. O en aquel. O en el de allá. O en ese de ahí. Ya te imaginas. Todos se parecen mucho.

Acto seguido, le propinó un rodillazo en el estómago a Ronan. Sin aliento, Ronan lo soltó.

—Pasa lo siguiente, Lynch —afirmó Kavinsky—. Cuando te dije que o estabas conmigo o estabas contra mí, no creí que fueras a elegir lo segundo.

Blue saltó hacia delante al ver que uno de los Mitsubishis pasaba tras ella con el motor aullando y una vaharada de humo saliéndole por el escape. Pese a ello, su mente ya estaba ocupada tratando de averiguar de qué manera podían registrar todos aquellos coches o cómo se las apañarían para distinguir entre los que ya hubieran visto y los que no. Todos ellos eran iguales, todos lucían una matrícula del estado de Virginia en la que se leía: LADRÓN.

—Aunque, en cierta medida —dijo Kavinsky—, es mejor así. Ya sabes lo que gozo con las explosiones.

—Devuélveme a mi hermano —respondió Ronan.

—Primero —repuso Kavinsky abriendo una mano para revelar una de sus pastillas verdes—, procura no morir. Vuelvo enseguida, corazón.

Se metió la pastilla en la boca.

Se derrumbó al instante, primero dando con las rodillas en el suelo y después desmoronándose contra el coche. Sin entender lo que ocurría, Blue y Gansey observaron la silueta postrada de Kavinsky. Se le habían hinchado las venas de los brazos, y los espasmos de la mandíbula replicaban los golpes de bajo de la música.

—Mierda —dijo Ronan, quien se arrojó al interior del coche, abrió la guantera y rebuscó en su interior. Enseguida encontró lo que buscaba: otra píldora verde—. Mierda, mierda.

—¿Qué está pasando? —preguntó Blue.

—Está soñando —contestó Ronan—. Quién sabe lo que pretende traer. Nada bueno. ¡Mierda, Kavinsky!

—¿Podemos detenerlo? —inquirió Gansey.

—Habría que matarlo —respondió Ronan metiéndose la pastilla entre los labios —. Encontrad a Matthew. Y largaos de aquí cuanto antes.

61

Ronan se precipitó al sueño. Cuando aterrizó con los codos por delante, descubrió que Kavinsky ya estaba allí, hundido entre las zarzas y tapándose la cara con las manos. Los árboles que Ronan conocía tan bien lo estaban atacando, sirviéndose de las ramas como si fueran garras. Había algo en el color de la figura de Kavinsky que estaba fuera de lugar o, al menos, que no se correspondía con el bosque que lo rodeaba. Era como si el sueño lo hubiese pintado de usurpador.

—Supongo que compartimos el mismo lugar secreto —dijo Kavinsky, risueño. Tenía el rostro cruzado por rasguños muy finos, causados por las espinas.

—No veo que te haya ido muy bien tu estrategia de ladrón —le espetó Ronan.

—Hay noches en que lo mejor es tomar sin pedir permiso —replicó Kavinsky, todo dientes—. El consentimiento está sobrevalorado.

Sobre ellos, las ramas se agitaron. Un trueno bramó y detonó, próximo y muy muy real.

—No tienes por qué hacer esto —afirmó Ronan.

—No hay nada más que hacer, colega.

—Está la realidad.

Kavinsky soltó una risotada.

—¡La realidad! La realidad es lo que otra gente sueña por ti.

—La realidad es donde está la gente —repuso Ronan. Alargó los brazos hacia él —. ¿Qué hay aquí, Kavinsky? ¡Nada! ¡Nadie!

—Solo nosotros.

Aquella afirmación conllevaba una certeza honda que el sueño no hizo sino amplificar. «Sé lo que eres», había dicho Kavinsky.

—Eso no basta —replicó Ronan.

—Tío, no me vengas ahora con Dick Gansey. Ni lo nombres. Él nunca estará contigo. Y no me digas que no te va eso. Estoy en tu cabeza.

—Eso no es lo que Gansey significa para mí —aseveró Ronan.

—No has dicho que no te vaya.

Ronan se quedó callado. Un trueno hizo que temblara el suelo.

—No, no lo he dicho.

—Pues mucho peor. Está claro que eres su puñetero perro faldero.

Ni un solo rincón de Ronan se sintió intimidado ante aquella afirmación. Al pensar en Gansey, Ronan veía la mudanza a Manufacturas Monmouth, veía noches de insomnio pasadas en compañía, veía un verano empleado en la búsqueda de un rey, veía a Gansey defendiéndolo ante el Hombre de Gris. Veía a un hermano.

—La vida no es solo sexo, drogas y coches —dijo Ronan.

Kavinsky se levantó. Las zarzas le arañaron las piernas y se le engancharon a los pantalones. De pestañas pobladas, sus ojos se clavaron en los de Ronan, y Ronan recordó todas las ocasiones en que, a través de la ventanilla del BMW, se había encontrado con el desafío de aquella mirada. Con aquella emoción vedada. Con la certeza de que Kavinsky no permitía que nadie le dijese quién era.

—La mía, sí —afirmó Kavinsky.

Contempló el bosque. Como había hecho para dar inicio a los fuegos artificiales, extendió una mano y chasqueó los dedos.

El bosque entero chilló. El bosque o lo que fuera que Kavinsky había creado. El sonido sacudió a Ronan. Fue como si alguien le hubiese dado una palmada en el oído. Como si el aire restallase. Algo se estaba acercando, y era descomunal.

Los árboles se cimbrearon y gimieron, vibraron y se combaron. Debilitada, la línea ley languideció y se oscureció. Ya no quedaba nada. Kavinsky lo había consumido todo para que tomase forma la bestia de sus sueños.

—No lo hagas —insistió Ronan.

Era una bola de fuego. Una explosión en el aire. Era un dragón y una hoguera y un infierno y un diente tras otro. Era la destrucción del Mitsubishi hecha criatura.

Cuando descendió, abrió las fauces y chilló. Ronan no había oído nada parecido. Silbaba como un fuego sofocado por agua. Y de sus mandíbulas ciclópeas se despeñó una lluvia de chispas.

Los aborrecía infinitamente. A Ronan. A Kavinsky. Al mundo.

Su hambre no conocía límites.

Kavinsky miró a Ronan con ojos muertos.

—Intenta mantenerte a la altura, Lynch.

Después, el dragón y Kavinsky desaparecieron.

Se había despertado y se había llevado a la criatura consigo.

Deprisa.

Si Adam y Persephone no hubieran llegado ya hasta el último punto en que la línea ley estaba perforada, nunca lo habrían encontrado. Mientras estaban allí, en la oscuridad, contemplando la quietud del gran lago artificial, Adam sintió en su interior que el correr de la línea ley había cesado.

«Kavinsky», pensó al instante. Lo supo del mismo modo que un organismo que se precipita hacia el abismo sabe que está cayendo. Lo supo con el intelecto y lo supo también con las entrañas. Lo supo del mismo modo que hacía un rato había sabido que Ronan era el motivo de aquella urgencia.

Lo supo.

Ronan necesitaba la línea ley. La necesitaba ya. El tiempo se agotaba.

Pero la línea ley estaba muerta, y Adam había dejado de oír la voz de Cabeswater. Lo único que tenía ante sí era una laguna de aguas tenebrosas, un coche lleno de piedras y una baraja de naipes que ya no le decían nada.

—¿Qué hacemos? —le preguntó a Persephone. Los fuegos artificiales silbaron en la distancia, amenazadores como bombas.

—No soy yo la que lo sabe.

Adam señaló las cartas.

—¡Eres médium! ¿No puedes mirar en las cartas? ¡Sin la línea ley, ya no significan nada para mí!

Se oyó el estertor de un trueno; un rayo saltó entre nube y nube. La línea ley no emitía ni la mínima vibración. Kavinsky acababa de soñar con algo colosal, y Ronan no contaba con nada que pudiese contrarrestarlo.

—Tú eres el Mago, ¿no? —dijo Persephone.

—¡No lo soy! —exclamó Adam. No notaba nada en su interior. La línea había enmudecido y, con ella, había enmudecido todo lo demás—. Todo era gracias a Cabeswater.

Estáticos, los ojos de Persephone emularon la inmovilidad de las aguas de la laguna.

—Tu poder, Adam, no está relacionado con personas. No está relacionado con objetos.

Adam la estaba escuchando, pero no olvidaba que no había tenido poder en su vida.

—El poder del Mago no depende de poseer cosas ni se debilita cuando las pierde —aseguró Persephone—. El Mago observa lo que hay a su alrededor y encuentra las conexiones. El Mago es capaz de hacer magia con cualquier cosa.

Adam deseó fervientemente que la línea ley volviera a la vida. Si pudiera examinarla, se veía capaz de aprovecharse de cualquier pista para idear el modo de reanimarla. Sin embargo, no percibía ni la señal más leve. La línea ley no era nada. Nada.

—Bien —dijo Persephone con un hilo de voz—. ¿Eres el Mago o no lo eres?

Adam cerró los ojos.

Conexiones.

Su mente viajó hacia las piedras, la laguna, las nubes de tormenta… los relámpagos.

Por algún insólito impulso, pensó en el Camaro. En aquella batería que les había hecho falta para volver a casa.

«*In indiget homo*… batería».

Sí.

Abrió los ojos.

—Necesito una de las piedras del coche —dijo—. La de aquel jardín.

«Deprisa».

—¿Adam? —exclamó Ronan—. ¿De verdad eres tú?

Porque, de súbito, el paisaje se había transformado. Trémulos, los árboles se

habían hecho a un lado, y lo que ocupaba el lugar no era otra cosa que el lago artificial que había descubierto con Gansey y los demás. Adam estaba agachado en la orilla, disponiendo unas piedras en el suelo de acuerdo con un complejo diseño. ¿Era el Adam de carne y hueso? ¿O era el Adam de los sueños?

Daba igual. Levantó la mirada con gesto brusco. Era Adam y, a la vez, era otro. Algo más.

—Lynch. ¿Con qué acaba de soñar Kavinsky?

—Con un fuego de mierda —respondió Ronan. Tendría que despertarse. Allá tumbado en medio de la fiesta, durmiendo, estaba perdido.

Adam miró hacia atrás e hizo unos gestos indescifrables.

—¿Y con qué estás soñando tú para hacerle frente?

Ronan auscultó el sueño con cuidado. Lo sintió tirante y delgado como un hilo de caramelo. No iba a ser posible obtener nada de él.

—Con nada. Aquí no hay nada.

Persephone corrió hasta donde se encontraba Adam con una piedra grande y plana en los brazos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Ronan.

—Arreglando la línea —contestó Adam—. Eso hago. Intentaré que esté funcionando para cuando hayas terminado.

Ronan oyó un grito a lo lejos. Procedía del exterior. El sueño se estaba cayendo a pedazos.

—Deprisa —aconsejó Persephone.

Adam volvió los ojos hacia Ronan.

—Supe que habías sido tú —dijo—. Lo deduje. El alquiler.

Le sostuvo la mirada durante unos instantes, pero entonces Ronan entrevió que había algo desplegándose en su interior y estuvo a punto de expresarlo en voz alta. En ese momento, Adam se levantó de un salto, le quitó la piedra a Persphone y salió corriendo hacia la orilla opuesta.

—Ahora —dijo Persephone.

Ronan se dio la vuelta y observó los convulsos árboles.

—Cabeswater —pronunció—, necesito tu ayuda. Y tú necesitas la mía.

«Rapiñador», susurraron los árboles.

«Saqueador».

No había tiempo para aquello.

—¡No estoy aquí para robar! ¿No quieres salvarte?

Silencio.

El malnacido de Kavinsky.

—Yo no soy él, ¿está claro? —gritó Ronan—. No soy como él. Joder, tú me conoces. Me conoces desde siempre. Y también conociste a mi padre. Él era un Greywaren. Igual que yo.

Allí estaba la niña; por fin. «Sí». Estaba oculta detrás de uno de los troncos,

oteando. Si lo ayudaba, Ronan podría crear algo, lo que fuera. Extendió una mano hacia ella, pero la niña meneó la cabeza.

—*Vos estis unum tantum*.

(«Tu eres el único»).

Cambiando de idioma, agregó:

—Muchos ladrones. Un Greywaren.

El conocimiento inundó a Ronan como solo podía suceder en un sueño. Comprendió que había muchos que volvían los sueños realidad, pero muy pocos que fuesen capaces de hablar con ellos. Comprendió que su labor consistía en ser la mano derecha de Cabeswater. ¿Cómo era posible que no lo supiera? Se lo estaba preguntando Cabeswater, pero sin palabras. ¿Cómo era posible que no lo hubiera sabido desde el primer momento?

—Mira, lo siento —dijo Ronan—. No lo sabía. No sabía nada. He tenido que descubrirlo todo yo solo, y he tardado mucho, ¿vale? Por favor. No puedo hacerlo sin ti.

De repente descubrió que tenía en las manos la caja rompecabezas. Ya no parecía un sueño. La caja tenía peso y textura; era real. Hizo girar los discos hasta formar la expresión «por favor» en el costado de la caja que se correspondía con su lengua. Luego miró la cara del idioma misterioso. Se dio cuenta de que, en realidad, no era un idioma humano. Era el idioma de los árboles. Leyó:

—*T'implora*.

El efecto fue inmediato. Oyó las hojas agitarse y crepitar en un viento que no sentía, y advirtió entonces que eran muchos los árboles que aún no habían hablado. Pero ahora sí: murmuraron y susurraron y sisearon en tres lenguas diferentes, y todos ellos alcanzaron la misma conclusión: lo ayudarían.

Ronan cerró los ojos, aliviado.

Todo iría bien. Le darían un arma de alguna clase, y se despertaría y destruiría al dragón de Kavinsky antes de que pudiera pasar algo.

Cegado por sus propios párpados, oyó algo. Tic-tic-tic-tic.

«No», pensó. «Los horrores nocturnos, no».

Pero allí estaba el tamborileo de sus garras. Allí estaba el parloteo de sus picos.

Del sueño a la pesadilla en un solo segundo.

No tuvo miedo; era pavor. Y no pudo menos que esperar. Morir en sueños era un proceso lento y laborioso.

—Eso no sirve de nada —les dijo a los árboles. Se arrodilló y hundió los dedos en la blandura de la tierra. Aunque supiese que no podía salvarse, no parecía estar dispuesto a convencerse de dejar de luchar—. Así nadie se salvará.

«*Quemadmodum gladius neminem occidit; occidentis telum est*», susurraron los árboles.

(«La espada nunca mata a nadie; mata quien la empuña»).

Sin embargo, los horrores nocturnos no eran un arma que Ronan pudiera

empuñar.

—¡No puedo controlarlos! —gritó—. ¡Lo único que quieren es hacerme daño!

Apareció entonces un horror nocturno. Surgió de entre los árboles y cubrió el cielo. Ronan nunca había soñado con nada que se le pareciera. Era tres veces más grande que los otros y blanco como el hielo. Olía a amoniaco. Tenía unas garras amarillentas y translúcidas, con las puntas opacas y rojizas. Rasgadas y andrajosas, sus alas contenían una red de venas rosáceas. Entre las arrugas de la cabeza acechaban unos ojos minúsculos y furiosos, de pupila blanca e iris rojo. Y en donde tan solo debería contarse un pico, había dos, el uno junto al otro, chillando al unísono.

En el otro lado del lago, Adam tendió las manos hacia el cielo. Aquel Adam era un extraño. Aquel Adam era un sueño. Un relámpago brotó del cielo y fue a estrellarse contra la piedra que estaba a su lado.

Como si fuera un corazón, la línea ley sufrió un espasmo y volvió a la vida.

Cabeswater respiraba de nuevo.

—¡Ahora! —gritó Adam—. ¡Ronan, ahora!

El horror nocturno aulló.

—Eres tú —murmuró la niña, agachada, dándole la mano a Ronan—. ¿Por qué te odias tanto?

Ronan se quedó callado, meditando.

El horror nocturno se arrojó sobre él con las garras extendidas.

Ronan se enderezó y extendió un brazo como hubiera hecho con Sierra.

—No me odio —dijo.

Y se despertó.

62

Además de arruinarle la vida, el plan del Hombre de Gris para sacarlos a todos de Henrietta se estaba desarrollando excepcionalmente bien. Greenmantle, quien en el fondo nunca había confiado en él, había aceptado sin dudarlo su falso relato y lo había tomado por ladrón. Había maldecido y amenazado, pero dado que ya había hecho todo el mal que podía hacer, sus palabras no habían surtido el efecto deseado.

Al parecer, las noticias se habían difundido a una velocidad pasmosa. Tras aquellos faros de allá iban los dos hombres que, según el Hombre de Gris había descubierto, habían saqueado el sótano de la pensión Pleasant Valley. Y los faros que iban tras ellos, calculadores e inexorables, eran los del coche de su hermano.

«Seguidme. Vosotros seguidme».

Iban pasando los kilómetros, y el Hombre de Gris se dedicaba a jugar al gato y al ratón con sus perseguidores. El automóvil en el que viajaban quienes —como él había hecho— perseguían al Greywaren se mantenía en una posición discreta, pero el otro, el de su hermano, hacía todo lo contrario. Por eso no le cabía duda de que se trataba de su hermano. Su hermano no se escondía. Era parte del juego.

«Mi hermano. Mi hermano. Mi hermano».

En un principio, el hecho de que su hermano estuviese tan cerca había estado a punto de paralizar al Hombre de Gris, quien, para concentrarse en la carretera, había tenido que recordarse todo lo que había conseguido desde que abandonase su antigua identidad. Porque, si se dejaba llevar por Dean Allen, habría parado el coche en el arcén y todo habría terminado. «Si haces que tenga que venir a buscarte, será mucho peor», le susurraba Dean Allen en su fuero interno.

El Hombre de Gris, por otro lado, le decía: «No es más que un gestor de inversiones de treinta y nueve años; bastaría con dispararle dos veces en la cabeza y enviar el cadáver de vuelta a su oficina junto con una nota ambigua».

También había una tercera voluntad que no pertenecía ni al Hombre de Gris ni a Dean Allen, y que tampoco se preocupaba por su hermano. Aquella voluntad —quizá la del señor Gris o la de «Gris» a secas— estaba centrada en todo lo que había dejado atrás. Los hermosos y desvaídos rincones del pueblo, la amplitud resuelta de la sonrisa de Maura y el latido renovado de su propio corazón. Incluso echaba de menos el coche de alquiler.

Los ojos del Hombre de Gris vagaron hasta dar con la nota pegada en el volante.

«Para ti. Tal y como te gusta: rápido y anónimo».

La verdad, era un plan brillante; sencillo y al tiempo ingenioso. Lo único que debía hacer era renunciar a todo. Y estaba funcionando muy bien.

Pero entonces sucedió algo.

Alrededor no había más que árboles, carretera y tinieblas, pero de pronto, en el asiento del copiloto, los instrumentos de medición empezaron a registrar una actividad inusitada.

Aquello no era un fenómeno momentáneo ni, mucho menos, débil.

Era una explosión, un frenesí de pilotos indicadores lanzando a la noche la luz más brillante e ininterrumpida. Por detrás, los faros de los coches que lo seguían se hundieron de súbito y empezaron a distanciarse. Equipados con dispositivos similares y, por tanto, informados del fenómeno al mismo tiempo que el Hombre de Gris, sus conductores habían clavado los frenos.

«No», pensó. Aquellos estúpidos chicos de Henrietta habían vuelto al ataque con sus sueños y lo habían echado todo a perder.

Pero no era eso.

Porque la señal recibida por los instrumentos era muy fuerte y constante. Por lo general, la energía tendía a experimentar un repunte en el instante en que se extraía un objeto de un sueño, pero después volvía a los niveles acostumbrados. No obstante, los medidores continuaban al máximo. Y aunque el Hombre de Gris estuviese alejándose de Henrietta a 110 kilómetros por hora, seguían igual.

Detrás de él, el primer coche no acababa de decidirse a proseguir con la persecución. Tal vez sus ocupantes habían empezado a dudar del relato del Hombre de Gris. Tal vez sospechaban, como él, que había un tercero utilizando el Greywaren.

Sin embargo, cuanto más se prolongaba el espectáculo de los pilotos indicadores y de las alarmas, más patente se hacía que aquello no era obra del Greywaren. Las lecturas no solo eran constantes, sino que apuntaban en todas direcciones. Debía de tratarse de la línea de la que había hablado Maura. Tenía que haberle sucedido algo que la había hecho activarse y causar aquel frenesí desmesurado.

Daba la impresión de que el primer coche había optado por mantenerse a cierta distancia. Aquellos hombres tenían acceso a las mismas lecturas que el Hombre de Gris y estaban confundidos.

Una idea fue tomando cuerpo en la mente del Hombre de Gris. Mientras la línea ley produjese unas señales tan extraordinarias, el Greywaren era imposible de detectar. En aquel marasmo no resultaba factible percibir un incremento momentáneo de los niveles de energía.

Lo cual implicaba que en Henrietta ya no tendrían que preocuparse por la posibilidad de que apareciesen nuevos cazadores decididos a hacerse con el Greywaren. Nadie podía aprovechar aquellas lecturas para otra cosa que no fuera identificar la situación de la línea ley. Implicaba, asimismo, que si el Hombre de Gris conseguía librarse del primer coche, tan solo quedaría un motivo para huir de Henrietta.

Su hermano.

Ronan había creado un horror nocturno para que luchase contra el dragón de

Kavinsky, y, en efecto, el horror nocturno y el dragón lucharon.

Enredados entre sí, subieron hasta las alturas, envueltas en oscuridad. Los fuegos de artificio estallaban a su alrededor y les iluminaban las escamas. Los participantes en la fiesta, borrachos, drogados, crédulos y ávidos de maravillas, gritaban de emoción.

Uno al lado del otro, con las cabezas echadas hacia atrás y los rostros vueltos hacia arriba, Ronan y Kavinsky contemplaban también sus respectivas creaciones.

Las criaturas eran hermosas y terribles. Allí donde chocaban sus garras y sus llamaradas saltaban las chispas, que formaban una cascada que se precipitaba hacia el suelo. De los picos del horror nocturno brotó un chillido semejante al eco de uno de los artefactos pirotécnicos.

Y siguieron subiendo y subiendo hacia la oscuridad. Ronan, entretanto, escudriñó el gentío. Cada uno por su lado, Gansey y Blue estaban abriendo las puertas de los Mitsubishis en busca de Matthew. La batalla entre las dos criaturas había hecho que todos los automóviles se detuvieran. Además, no eran muchos. Gansey y Blue encontrarían a Matthew. Todo iría bien.

Sin embargo, en ese instante, el dragón de fuego de Kavinsky logró zafarse del horror nocturno. Revestido de gases, replegó los brazos y emprendió un descenso vertiginoso. Fue a chocar contra uno de los focos, y la colisión produjo un ruido rotundo y sibilante. El dragón quedó indemne, pero el poste sobre el que estaba instalado el foco empezó a inclinarse. Se multiplicaron los gritos entre la muchedumbre, y el poste se vino abajo como un árbol recién talado.

Kavinsky estaba radiante. Dio un salto al ver que el dragón de fuego volvía a embestir otro de los focos. Las llamas se inflamaron y se disiparon. La bombilla se hizo añicos.

El horror nocturno se abatió desde el cielo y cayó sobre el dragón de fuego. Ambos chocaron contra el suelo y, durante unos momentos, rodaron por él unidos en un furioso abrazo, pero después remontaron el vuelo una vez más.

Nadie parecía tener miedo. ¿Por qué no tenían miedo?

Aquello era magia, pero nadie acababa de creérselo.

La música seguía sonando. Los fuegos artificiales teñían la pista con ráfagas de color. Había dos seres formidables batiéndose en el cielo, pero la fiesta proseguía como cualquier otra fiesta.

El dragón de fuego perforó el aire con un graznido terrible y voló a gran velocidad hacia Ronan y Kavinsky.

—Detenlo —exclamó Ronan.

Kavinsky estaba obnubilado.

—Aquí no se detiene nada, Lynch.

Furibundo, el dragón extendió las alas y viró en el último instante. Planeó sobre la pista y escupió una cortina de llamas que se extendieron por la franja de tierra que corría paralela al asfalto. Al llegar al extremo, se apoyó en el techo de uno de los

Mitsubishis. En cuanto sus garras entraron en contacto con el metal, el coche se volvió una hoguera. El dragón tomó impulso y echó a volar. La fuerza resultante hizo que el automóvil saliera despedido como si fuese un juguete.

«¿Matthew?».

En el otro lado de la pista, Gansey levantó los brazos y meneó la cabeza mientras miraba a Ronan. Matthew no estaba allí.

—Dime en qué coche está mi hermano —le exigió Ronan a Kavinsky.

—Te daré una pista: es de color blanco.

El dragón ganó altura. Por lo visto, se proponía efectuar un nuevo picado. Pese a la distancia, llamaba la atención lo bien que se le distinguían los ojos. Eran unos ojos espeluznantes. Y no lo eran porque estuviesen vacíos, sino porque una vez que se superaban las llamas y el humo y todavía más llamas, lo que se advertía en ellos no era más que eso, llamas y humo.

La gente dejó de gritar.

Aprovechando el silencio, las carcajadas de Kavinsky conquistaron el ambiente.

En medio de la aglomeración, alguien chilló. Fue un chillido en grado de tentativa, como si al fin se empezase a considerar que el pánico era la reacción adecuada.

El horror nocturno se lanzó hacia el dragón de fuego y este lo recibió con las garras extendidas, vomitando por las fauces una vaharada de azufre. Era una criatura tan letal como el cáncer. Tan mortal como la radiación. Tenía dientes, pero estos eran la menos temible de sus armas.

Kavinsky chasqueó los dedos. Respondiendo a su señal, un nuevo cohete pirotécnico salió disparado hacia arriba y dejó a su paso una estela de luz entre las dos criaturas. Cuando alcanzó el cénit de su vuelo, explotó sobre ellas como una flor tóxica.

El horror nocturno embistió al dragón de fuego. Atenazándose entre sí, cayeron al suelo y fueron dando volteretas hacia la multitud. La gente, ahora sí, chilló y se dispersó para evitar ser aplastada. Las dos criaturas se aferraron al techo de uno de los Mitsubishis. Y volvieron a volar. Y volvieron a caer.

—¡Ronan! —gritó Blue con voz aguda y quebradiza. Acababa de registrar otro Mitsubishi, pero seguía sin encontrar a Matthew. La gente huía en todas direcciones. En algún lugar empezó a sonar una sirena. Había fuego por doquier. Era como si el dragón de Kavinsky pretendiese hacer un mundo a su imagen y semejanza. La mayor parte de los focos habían quedado inservibles, pero la pista resplandecía más que nunca. Cada vehículo era una tea ardiente.

El dragón varió el rumbo y se cernió sobre Gansey y Blue.

Ronan no tuvo que gritarle ninguna orden al horror nocturno. Este sabía lo que quería. Lo sabía muy bien.

«Salvarlos».

El horror nocturno asió la maraña de las alas del dragón de fuego. Las dos

criaturas pasaron rozando las cabezas de Blue y Gansey.

—¡Haz algo! —gritó Gansey.

Ronan valoró la posibilidad de matar a Kavinsky. Si le paraba los pies, detendría también al dragón. Sin embargo, una cosa era estar al corriente de aquella solución, y otra muy distinta era observar a Kavinsky, quien en aquellos instantes levantaba los brazos en el aire con ademán demente, y pensar: «Lo voy a matar».

Además, en el fondo, no era una opción.

Ronan no podía matarlo.

—Está bien —gruñó agarrándolo por el brazo—. Ya vale. ¿Dónde está mi hermano? Esto se ha acabado, Kavinsky. Dime dónde está.

Kavinsky movió una mano hacia el Mitsubishi que estaba al lado.

—¡Todo tuyo! Todavía no lo has entendido, colega. Todo lo que quería era esto…

Hizo un gesto hacia el dragón y el horror nocturno, trabados en la lucha.

Ronan lo soltó y corrió hacia el coche. Abrió la puerta trasera. El habitáculo estaba vacío.

—¡No está aquí!

—¡Bum! —gritó Kavinsky. Acababa de incendiarse otro coche. Voraces, las llamas se elevaban desde el vehículo en una danza incandescente y destructora. Cuando Ronan cerró la puerta, Kavinsky se subió al techo del Mitsubishi. Por sus temblores, se diría que estaba experimentando una especie de éxtasis.

Se llevó una mano al pecho y, con la otra, se sacó del bolsillo trasero las gafas de sol de montura blanca. Al ponérselas, las lentes le ocultaron los ojos y reflejaron el resplandor del incendio de alrededor.

En el extremo opuesto de la pista, el dragón de fuego volvió a ulular y se zafó del abrazo con que el horror nocturno pretendía asfixiarlo. Libre de este, el dragón surcó el aire hacia Ronan y Kavinsky.

En ese momento, Ronan lo vio. Vio que todos los coches habían ardido excepto el que estaba a su lado. Vio que el dragón había devastado cada uno de los artefactos que Kavinsky había extraído de los sueños. Vio su furia en acción dirigida contra ellos. Y vio también al horror nocturno, ya un tanto debilitado, que volaba tras él como una brizna de ceniza arrastrada por un viento nuclear.

Y entonces, pese al caos reinante, oyó unos golpes amortiguados.

Matthew estaba en el maletero del Mitsubishi.

Ronan salió corriendo hacia la parte trasera del coche, pero frenó en seco antes de llegar. Recordó que el maletero se abría desde el interior del habitáculo. Le echó un vistazo al dragón, que iba hacia allí en línea recta, premeditado y maligno.

Ronan tanteó la cara interna de la puerta del conductor, dio con la palanca que buscaba y abrió el maletero. Mientras rodeaba el coche, vio que Matthew le daba una patada al portón para que terminara de desplegarse. Tras salir y ponerse de pie, su hermano pequeño dio unos cuantos pasos torpes y terminó por apoyarse en la carrocería para evitar perder el equilibrio.

Ronan pudo percibir el olor del dragón de fuego, que apestaba a azufre y a carbón, y saltó hacia su hermano. Lo apartó del coche lo más rápido que pudo y le gritó a Kavinsky:

—¡Baja de ahí!

Sin embargo, Kavinsky continuó admirando el vuelo de las criaturas.

—El mundo es una pesadilla —dijo.

El terror provocó que a Ronan se le formase un nudo en la garganta. Era exactamente la misma sensación que había experimentado en el recinto de la fiesta del condado, al deducir que Kavinsky se proponía reventar el Mitsubishi.

Próximas al suelo, las alas del dragón levantaron nubes de polvo.

Enfurecido, Ronan insistió:

—¡Al suelo, imbécil!

Kavinsky no contestó.

Lo que siguió fue el estallido que Ronan había oído en el sueño, el batir de las alas del dragón en el aire, como una explosión que absorbiese todo el aire de una habitación.

Ronan abrazó a Matthew y agachó la cabeza.

Un segundo más tarde, el dragón de fuego arrolló a Kavinsky. Como una llama cayendo sobre un objeto, lo traspasó y lo rodeó. Kavinsky cayó. Pero no como si hubiese recibido un golpe, sino como si acabara de tomarse otra de sus pastillas verdes. Las rodillas le fallaron y perdió el equilibrio, tras lo cual se dio de bruces contra el techo del coche y acabó deslizándose por la carrocería hasta chocar contra el suelo.

Unos metros más allá, el dragón, ya exánime, barrió el suelo hasta que el rozamiento lo detuvo definitivamente.

«*Non mortem, somni fratrem*».

Del otro lado de la pista, uno de los Mitsubishis, aún en llamas, se estrelló contra uno de los edificios. Ronan no tuvo que orientar la vista hacia allí para saber que quien iba al volante no era otro que Prokopenko. Dormido.

Lo que significaba que Kavinsky había muerto.

Sin embargo, su muerte había comenzado mucho antes, cuando Ronan lo conoció. Quizá, también, como la del propio Ronan.

«No hay efecto secundario menos original que la muerte».

Las gafas de sol estaban en el suelo, a los pies de Ronan. Las dejó estar. Le bastaba con abrazar a Matthew durante unos instantes más. En su mente volvió a ver a su hermano pequeño saliendo del maletero, el fuego golpeando el coche, a Kavinsky desplomándose…

Ya no recordaba cuántas pesadillas había tenido en las que le sucedía algo horrible a su hermano pequeño.

El horror nocturno los sobrevoló. Tanto Matthew como Ronan alzaron la cabeza para observarlo.

Tic-tic-tic-tic.

Tembloroso y confiado como un niño, Matthew escondió el rostro en el hombro de Ronan.

—¿Qué es? —susurró, apenas capaz de expresarse con claridad.

El horror nocturno miró a su creador por última vez. Luego, batió las alas para emprender un ascenso en espiral. Se dirigía hacia algún punto de la negra cúpula celeste; resultaba imposible adivinar hacia cuál.

—No pasa nada —murmuró Ronan.

Matthew confió en sus palabras; ¿por qué no iba a hacerlo? Ronan jamás le había mentido. Había sirenas aullando en las cercanías, y luces estroboscópicas que, semejantes a los focos de una discoteca, emitían destellos de color azul y rojo a través del polvo. Ronan experimentó una alegría abrumadora al ver que Gansey y Blue caminaban hacia ellos. Por algún motivo, le asaltó la impresión de que habían estado separados mucho tiempo y que esa separación había terminado.

—¿Esa cosa es uno de los secretos de papá? —le preguntó Matthew.

—Sí. Pero ya verás —repuso Matthew—. Pienso enseñártelos todos.

63

El Hombre de Gris no lograba encontrar la manera de librarse de sus perseguidores y, al tiempo, evitar enfrentarse a su hermano.

La idea de vérselas con su hermano le resultaba inconcebible.

Recordó el naipe con el que Maura lo había relacionado. El diez de espadas. Lo más funesto que había podido sacar de la baraja. En un principio había interpretado que la carta implicaba que tendría que abandonar Henrietta, pero aunque aquello fuese de por sí terrible, se daba cuenta de que no era lo peor que le podía ocurrir.

Lo peor siempre había sido su hermano.

«Vas a tener que ser valiente», le había dicho Maura.

«Siempre soy valiente».

«Tendrás que serlo aún más».

Su hermano llevaba mucho tiempo siendo la más acuciante de sus preocupaciones. Aunque estuviese a cientos de kilómetros de distancia, aunque el Hombre de Gris estudiase y entrenase y fuese cada vez más peligroso. Su hermano le había arrebatado todo.

Sin embargo, ¿qué era lo que le impedía enfrentarse a él? ¿El miedo? ¿De qué iba a tener miedo un asesino a sueldo? ¿Qué más podían arrebatarle?

El Hombre de Gris volvió a reflexionar sobre la sonrisa de Maura. Y también sobre el alegre y ruidoso desorden del 300 de Fox Way, el humor risueño de Blue, el bocadillo hecho con el mejor atún de Henrietta y las montañas azules que habían despertado en él la nostalgia del hogar.

Quería quedarse.

Persephone le había dado unas palmaditas en la rodilla. «Sé que harás lo correcto», había dicho.

Mientras conducía, el Hombre de Gris echó un brazo hacia el asiento trasero, en donde tenía la maleta. La asió y la colocó sobre los aparatos de Greenmantle. Llevando el volante con una sola mano y atento a la carretera, más peligrosa de lo normal debido a la lluvia, abrió la maleta y rebuscó en su interior hasta dar con su álbum preferido de The Kinks.

Introdujo el disco en el reproductor.

Tomó la pistola que había estado escondiendo en una de las alacenas de la cocina de la pensión Pleasant Valley y se aseguró de que Cala no hubiese retirado la munición. Por fortuna, no lo había hecho.

Se salió de la interestatal.

Iba a quedarse. O moriría en el intento.

Al mirar por el espejo retrovisor, comprobó que los dos coches continuaban tras

él. Por delante divisó dos estaciones de servicio de aspecto más bien deprimente; no había nada que sintetizara mejor el cansancio que las luces de una estación de servicio, siempre encendidas. Se decidió por la mayor.

Pese a la oscuridad y la distancia, fue capaz de distinguir la silueta de su hermano al volante del segundo coche. La edad no le había cambiado las líneas de la mandíbula ni la forma de las orejas. La edad tampoco debía de haberle cambiado ningún otro aspecto, ni de su físico ni de su carácter. El Hombre de Gris tragó saliva.

Entretanto, The Kinks confesaban a través de los altavoces que ya no querían continuar vagando sin rumbo.

El Hombre de Gris se detuvo junto a un surtidor de gasolina.

En lo que a las gasolineras en horario nocturno se refería, el Hombre de Gris tenía clara una cosa: eran el mejor lugar del mundo para matar a alguien, y también el peor. Porque allí, entre los surtidores y bajo aquella iluminación insomne, el Hombre de Gris era casi invencible. Aunque no hubiese otros coches repostando, había dos cámaras apuntadas hacia él. Y el empleado que las supervisaba disponía de un botón de emergencia que pulsaría a la primera de cambio. Solo el más sutil de los asesinos se atrevería a actuar entre aquellos surtidores. En un lugar así, matar suponía ser apresado.

Pero el hermano del Hombre de Gris no se dejaría alcanzar. Su peligro no residía en su temeridad, sino en todo lo contrario.

En cuanto a los otros dos hombres… No debían de ser asesinos profesionales. Como mucho, serían ladrones especializados en forzar puertas y ventanas y robar objetos sin dañarlos.

Tal y como había previsto el Hombre de Gris, su hermano no se acercó a los surtidores y prefirió estacionar tras los contenedores de basura, en la oscuridad.

Los ocupantes del otro coche también vacilaron, pero el Hombre de Gris bajó la ventanilla y les hizo un gesto con la mano para invitarlos a acercarse. Tras pensárselo durante unos momentos, rodearon la gasolinera, entraron por el costado opuesto y se detuvieron junto al automóvil del Hombre de Gris, ventanilla con ventanilla.

Eran tan solo un par de jovenzuelos con aspecto de estar exhaustos y frustrados. El que ocupaba el asiento del pasajero tenía una colección de aparatos en el regazo. Sobre el salpicadero se veían varios envoltorios y botellas de refresco, y en el asiento trasero había una manta arrugada. A juzgar por lo que veía, el Hombre de Gris dedujo que debían de llevar al menos dos días metidos en aquel coche. En el fondo, no los culpaba por haber saqueado su habitación de la pensión de una manera tan chapucera. En otra época, el Hombre de Gris habría procedido del mismo modo. O quizá no. En todo caso, no eran tan ineptos como los dos desdichados que había enterrado en el bosque.

«Por eso eres el mejor», había dicho Greenmantle.

Era cierto. El Hombre de Gris se tenía por el mejor.

Saltaba a la vista que aquellos dos no habían esperado que se detuviese ni mucho

menos que, acodado en el marco de la ventanilla, los estuviese mirando tranquilamente mientras The Kinks elevaban una estrofa en la que condenaban los instintos suicidas de la juventud.

—Buenas noches —dijo el Hombre de Gris con amabilidad. La gasolinera olía a aceite que llevase demasiado tiempo en la freidora.

—Hola —contestó el conductor con una nota de inquietud en la voz.

—Por lo que veo, me estáis siguiendo —aseveró el Hombre de Gris.

—Oye, nosotros no… —protestó el conductor.

El Hombre de Gris le interrumpió levantando una mano.

—No perdamos el tiempo. No tengo lo que buscáis. Le mentí a mi cliente. Le dije que las anomalías energéticas se debían al objeto, para que siguiera pagándome la habitación y las dietas mientras yo continuaba buscando. Y después le dije que si no me daba más dinero, me quedaría con el objeto. Lo cual, como podéis observar, no ha funcionado demasiado bien.

Se le quedaron mirando boquiabiertos. Al parecer, no se les ocurría cómo contestar.

—Oye —dijo el conductor. Su compañero se rascó la cabeza y palpó con aire meditabundo los aparatos que tenía en el regazo—, ¿y cómo sabemos que no nos estás mintiendo a nosotros?

—¿Por qué iba a hacerlo? —replicó el Hombre de Gris. Señalando el Mitsubishi, agregó—: Seamos sinceros. Con este coche, os podría perder en cualquier momento.

O eso creía, al menos. Tal vez. El coche, desde luego, parecía rápido.

Ceñudos, sus interlocutores aparentaron opinar lo mismo.

—Mirad, me he parado por cortesía profesional —les aseguró el Hombre de Gris —. Veo que no lleváis tanto tiempo en este negocio como yo, pero me gustaría pensar que, si se cambiaran los papeles, haríais lo mismo por mí. —Quiso invitarlos a registrar el Mitsubishi, pero desechó la idea. Demasiado exagerado. Demasiado sospechoso.

Sus ceños seguían fruncidos. El que estaba sentado en el lado del copiloto dijo:

—¿Y qué pasa con las lecturas?

—Ya os lo he explicado. Mentí sobre ellas porque sabía que mi cliente se lo creería durante un tiempo. Las causa la falla. Id a las montañas si os apetece comprobarlo. La falla pasa por allí.

Estaban deseando confiar en sus palabras. El Hombre de Gris se lo notaba en los enrojecidos ojos y en la línea prieta de los labios. Los habían enviado a perseguir a un fantasma, y, excepto el Hombre de Gris, no había demasiada gente que tuviese la paciencia suficiente para eso. Querían cerrar el asunto y dedicarse a empresas más concretas y fiables.

—¿Y qué le decimos a nuestro jefe?

—No me lo preguntéis a mí —repuso el Hombre de Gris—. Os recuerdo que me estoy fugando porque el mío no me cree.

—Cierto —convino el del asiento del pasajero. Tras hacer una pausa, añadió—: Tengo que ir al baño.

El Hombre de Gris supo que había ganado.

—A ver, este es mi número de teléfono —dijo—. Así podremos mantenernos en contacto.

Intercambiaron sus datos y números respectivos. El del asiento del copiloto fue al servicio.

—Pues vale. Oye, no tendrás un cigarrillo, ¿verdad? —preguntó el conductor.

El Hombre de Gris meneó la cabeza con expresión lúgubre.

—Lo dejé hará un año —mintió. Jamás había fumado.

El conductor señaló con un gesto de la barbilla el lugar en el que aguardaba el hermano del Hombre de Gris. La lluvia centelleaba al atravesar el haz de los faros de su coche.

—¿Qué pasa con él?

—¿Con el chico prudente? No sé. Supongo que tendré que hablar con él en algún sitio donde no haya cámaras.

El conductor alzó las cejas y orientó la mirada hacia donde le indicaba el Hombre de Gris.

—Vaya. No me había fijado.

El Hombre de Gris se dio unos golpecitos con el dedo en la punta de la nariz.

—Pero que quede entre tú y yo, ¿eh? En fin, ya hablaremos.

—Sí —convino el conductor—. Ah, oye…

El Hombre de Gris soltó el botón que controlaba la ventanilla, la cual se quedó a medio camino. Intentó no contener el aliento.

—¿Qué ocurre?

El conductor sonrió.

—Me hace gracia tu matrícula.

El Hombre de Gris necesitó unos momentos para entender a qué se refería.

—Gracias —dijo luego—. Cuando puedo, me gusta ir con la verdad por delante.

Acabó de cerrar la ventanilla y arrancó. Al verlo, su hermano también se puso en movimiento. Iba en un cupé de tamaño reducido; un coche así debía de lucir elegante por las calles de Boston. Reluciente, el techo del vehículo reflejaba las luces de la gasolinera.

Una estación de servicio era el mejor lugar para matar a alguien y, a la vez, el peor. Porque, más allá de los surtidores y de las cámaras, solía haber un aparcamiento en el que los camioneros se paraban a dormir. A veces era lo bastante amplio para albergar diez o quince camiones. Otras, daba para veinte o incluso cuarenta. En todo caso, la iluminación tendía a ser escasa y nunca había cámaras; tan solo camiones y camioneros fatigados.

Aquella estación de servicio en particular contaba con una zona de aparcamiento especialmente extensa, y el Hombre de Gris, seguido por su hermano, fue hasta el

extremo más alejado. Aparcó el coche detrás de uno de los camiones.

Había llegado la hora.

La hora de la verdad.

El Hombre de Gris creyó sentir el filo de las diez espadas de su naipe.

Le habían perseguido días grises. Y habría sido muy fácil rendirse a ellos.

El cantante de The Kinks recitaba en aquel momento que las noches eran tan oscuras como uno quisiera.

El cupé estacionó junto al Mitsubishi de tal modo que la ventanilla del lado del conductor del uno quedó enfrente de la del otro. Y allí estaba su hermano, con el aspecto de modestia y debilidad que lo caracterizaba. Había cultivado una pulcra barba que de algún modo le acentuaba la línea de las cejas, espesas y siempre dispuestas a la compasión. La gente opinaba que tenía una cara agradable. Solía oírse por ahí que los sociópatas siempre se ocultaban tras una cara agradable, pero aquel no era el caso de su hermano. Cuando necesitaba pasar inadvertido, era tan cálido y sensible como el que más. Incluso allí, sentado en aquel cupé y sonriente, parecía un héroe.

«Dean, vamos a probar a hacer una cosita».

—Hola, hermanito —dijo el hermano del Hombre de Gris, sabedor de que aquel tono de voz bastaría para paralizarlo. Como una serpiente, se tomaba su tiempo para digerir a su presa—. Por lo que veo, volvemos a encontrarnos.

Y sus palabras tuvieron el efecto de siempre: un reguero de memorias envenenadas. Toda una década desfiló por la mente del Hombre de Gris.

Filo.

Corte.

Herida.

Quemadura.

Pico.

Mancha.

Grito.

El Hombre de Gris sacó la pistola del bolsillo de la puerta del copiloto y disparó a su hermano. Dos veces.

—El único que se encuentra soy yo —dijo.

Se puso un guante que guardaba en la maleta y transfirió la nota que llevaba pegada en el volante al coche de su hermano.

Luego, subió el volumen de la música, cerró la ventanilla y regresó a la interestatal.

Se iba a casa.

EPÍLOGO

Los secretos son raros.

Los hay de tres clases. Los primeros son los que todo el mundo conoce, los que requieren al menos dos personas: una para guardarlos y otra para no descubrirlos jamás. Los segundos son más complejos: son los que te guardas para ti. Todos los días, miles de personas callan confesiones a sus confesores sin ser conscientes de que esos secretos nunca admitidos se resumen, todos ellos, en las mismas dos palabras: «Tengo miedo».

Y luego está la tercera clase de secreto, el más recóndito. El secreto que nadie conoce. Quizá se supo una vez, pero se fue a la tumba con su portador. O quizá se trate de un misterio inútil, un misterio oscuro y solitario que nadie ha descubierto porque nadie se ha preocupado por él.

A veces, en ocasiones excepcionales, hay secretos que permanecen sin descubrirse porque lo que contienen es de una naturaleza tan extraña, vasta y aterradora que sobrepasa la capacidad de comprensión de la mente.

Todos tenemos secretos en nuestras vidas. Los guardamos o nos los guardan, los controlamos o escapan a nuestro control. Secretos y cucarachas, eso es lo único que sobrevivirá cuando todo termine.

En la vida de Ronan Lynch había todo tipo de secretos.

El primero le concernía a él mismo. Era hermano de un mentiroso y era hermano de un ángel, era hijo de un sueño e hijo de un soñador. Era una estrella contradictoria con posibilidades infinitas, pero al final, mientras aquella misma noche dormía en el asiento trasero del coche de camino a Los Graneros, soñó tan solo con esto:

ARTÍCULO 7.

OTRAS CONDICIONES.

CUANDO OCURRA MI FALLECIMIENTO, MIS HIJOS TENDRÁN PERMISO PARA ACCEDER A «LOS GRANEROS» CON LA CONDICIÓN DE QUE NO VUELVAN A RESIDIR ALLÍ HASTA QUE HAYAN CUMPLIDO LOS DIECIOCHO AÑOS DE EDAD.

Después de que se despertara, ayudaron entre todos a Aurora a meterse en el coche. Sin decirse nada, viajaron hasta el lugar determinado por las coordenadas que Gansey había apuntado en su diario.

Cabeswater había recuperado su estado original. Allí estaba, extenso y misterioso, íntimo y sobrecogedor, soñador y soñado. Ronan pensó que cada uno de aquellos árboles era una voz que quizá hubiese oído en algún momento. Y también estaba allí Noah, con los hombros caídos y una mano alzada en señal de disculpa. Y acompañándolo, Adam con las manos en los bolsillos y Persephone con los dedos

entrelazados.

En cuanto traspasó la frontera de Cabeswater, Aurora se despertó como una flor con la llegada de la primavera. Al verla sonreír, Ronan pensó: «Matthew se le parece un poco».

Ella lo abrazó y le dijo:

—Flores y cuervos. —Porque quería que supiera que se acordaba.

Y después abrazó a Matthew y le dijo:

—Mi amor. —Porque Matthew era su preferido.

No tuvo palabras para Declan, pues este no estaba allí.

El segundo secreto de Ronan era Adam Parrish. Adam había cambiado después de ofrecerse en sacrificio a Cabeswater. Era más fuerte, más extraño, más distante. Era difícil no fijarse en las líneas de su rostro, raras y esbeltas. Después de que los hermanos Lynch hubiesen revivido a su madre, Adam les dijo a todos:

—Tengo algo que enseñaros.

Mientras el amanecer teñía de rosa la corteza de los árboles, los condujo a las profundidades de Cabeswater.

—Ya no está la laguna en la que Gansey vio peces que cambiaban de color —dijo—. Pero ahora…

Junto al árbol de los sueños, el espacio dejado por la laguna había sido ocupado por una superficie pétrea inclinada. La atravesaban numerosas grietas, la más honda de las cuales se perdía en las profundidades del subsuelo. La oscuridad que brotaba de ella se antojaba fresca y acogedora.

—¿Una cueva? —inquirió Gansey—. ¿Adónde llega?

—No he entrado —respondió Adam—. Creo que no es seguro.

—¿Cuál es el siguiente paso? —preguntó Gansey con cierto recelo, motivado quizá por Adam o quizá por la cueva.

—Conseguir que sea más seguro —contestó Adam.

Le dirigió una mirada ceñuda a Ronan, adivinando que este lo estaba observando.

De inmediato, Ronan desvió los ojos.

El tercer secreto era la cueva en sí. Cuando al fin llegaron al 300 de Fox Way, el sol ya estaba alto. Para sorpresa de Ronan, junto a la acera estaba aparcado nada menos que un Mitsubishi blanco. Por unos instantes pensó que… Pero luego vio al Hombre de Gris esperando junto a Cala en la puerta de la casa. El hecho de que el Hombre de Gris estuviera allí en lugar de a cientos de kilómetros era improbable, pero no imposible.

Mientras Persephone remontaba los escalones hacia la puerta, Cala la miró con gesto acusador y le dijo:

—Es culpa tuya. ¿Sabías que iba a pasar?

Persephone pestañeó.

—¿Gris? —inquirió Blue—. ¿Cómo…?

—No —interrumpió Cala—. Más tarde. Venid conmigo.

Los condujo al piso de arriba, al dormitorio de Maura. Abrió la puerta y los invitó a mirar.

Una vela se había derretido sobre la alfombra. A su lado, inmerso en un cuadrado de luz procedente del exterior, había un cuenco volcado; era uno de los cuencos que empleaban para mirar en otros tiempos y lugares.

—¿Quién ha hecho esto? ¿Dónde está mi madre? —preguntó Blue.

En silencio, Cala le dio una nota. Todos se aproximaron a Blue para leerla.

Con una caligrafía rápida, entre manchas de humedad, se leía: «Glendower está bajo tierra. Yo también».

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría darles las gracias a los sospechosos habituales; en particular, a Jackson Pearce, sin el cual este libro no existiría, literalmente. Querría darles las gracias también a Brenna Yovanoff, por el principio, y a Tessa Gratton, por el final.

El equipo de Scholastic sigue siendo asombroso, particularmente David Levithan, dispuesto en todo momento a tolerar mis manías, y Becky Amsel, dispuesta en todo momento a alentarlas. Como siempre, gracias en especial a Rachel Horowitz y Janelle DeLuise, por lograr que se me lea en todo el mundo.

Blue Ridge Mac: me habéis salvado la vida antes de que se terminara el plazo, no una, sino dos veces. No lo olvidaré. Ponis para todos vosotros.

Agente Laura Rennert: tú también me has salvado la vida antes de que se terminara el plazo, no una vez ni dos, sino por sistema. Tampoco lo olvidaré. Ponis para la eternidad.

Como siempre, soy una inútil sin mi familia. Papá, gracias por los dragones. Mamá, gracias por las horas, horas y horas. Ed, tuviste que vivir con Kavinsky durante catorce meses. No hay ponis que puedan compensártelo.



MAGGIE STIEFVATER, nació en Virginia, Estados Unidos, en 1981. Es escritora, ilustradora y además toca varios instrumentos musicales. Está casada y tiene dos hijos.

Es una autora de literatura para jóvenes adultos. Su libro más conocido a nivel internacional es *Temblor*, aunque tiene publicada también una serie de libros, *A gathering of faerie*.